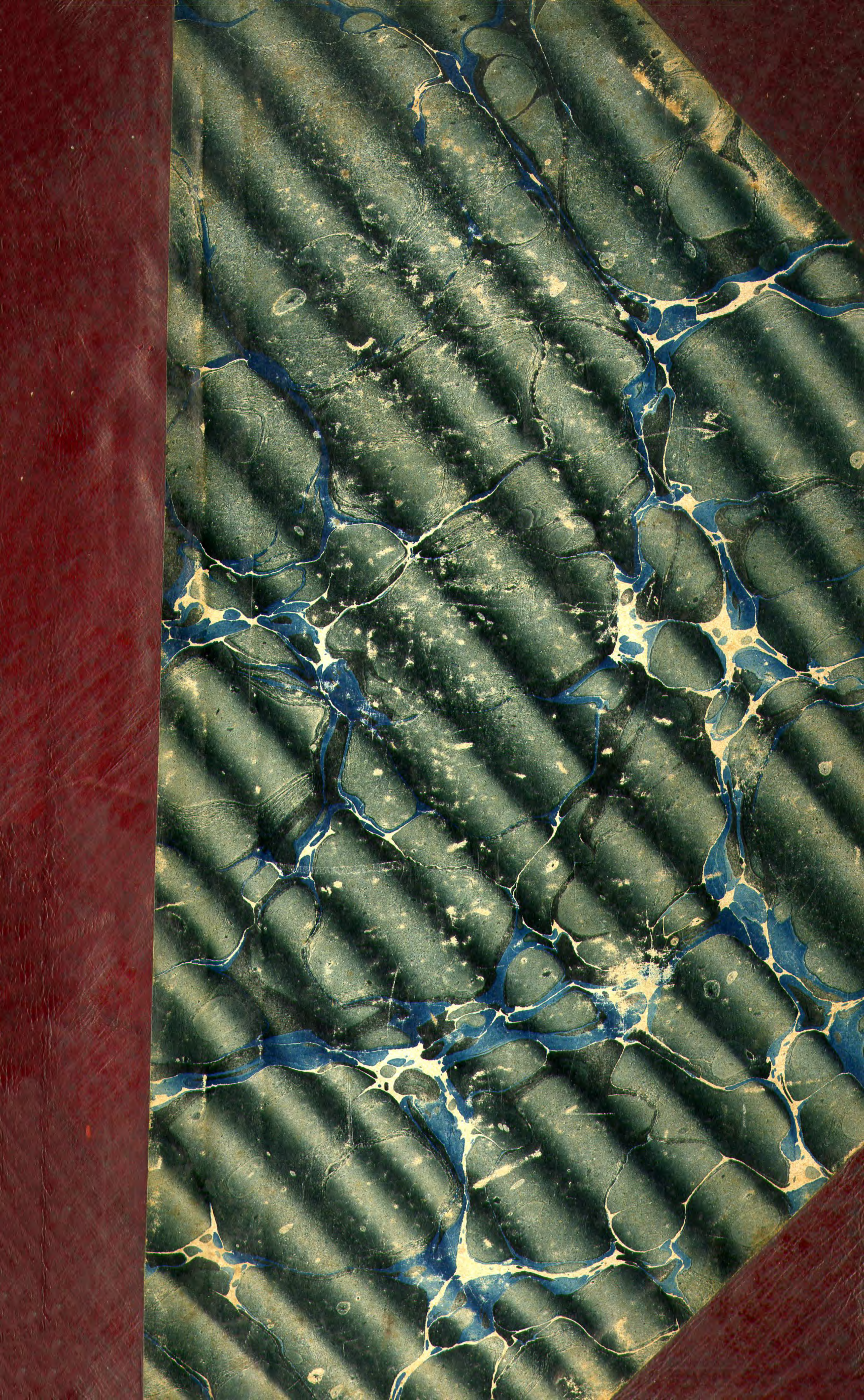




JUEGOS MALABARES

JUEGOS MALABARES



ALFONSO CASTRO

Visco

VISCO Y CIA.

Alfonso Castro

*A mi nieto Santiago, en el día
de su graduación*

Pío S

JUEGOS MALABARES ✓

1926

TIPOGRAFIA INDUSTRIAL

MEDELLIN

Alfonso Castro

(«Vibraciones» — «Los Humildes» — «Abismos sociales»)

JUVENTUD!.....En las obras de Alfonso Castro hay una intensa juventud: una juventud que corre por dentro de los episodios dramáticos; una juventud que es la juventud de las mujeres que, después de vistas, Alfonso Castro crea más jóvenes de lo que realmente son. Entiéndasenos: con una juventud que podría ser la esencia de la juventud, algo como un agua oculta bajo flores; una juventud de tacto; algo como la alegría de un cometa suelto a pleno viento; como un fuego de verbenas o un farolillo en la sombra perfumada.

Colombia tiene un novelista de fuerte temperamento en Alfonso Castro. «Los Humildes» es una novela completa que, publicada en otro medio, hubiera dado a su autor fama definitiva.

*
* *

«Vibraciones», de las tres obras de Alfonso Castro que han venido a nuestras manos, es la primera en orden cronológico. En «Vibraciones» están todos los matices que después se fundirán en la obra del escritor antioqueño. Hay en «Vibraciones» el raro estudio de «Anima en penas»; que revela a un novelista de una sensibilidad fuerte y aguda.

«Anima en penas» tiene influencias. Qué importan! El autor las sabe bien! Poe.....y algo sin nombre que flota en el aire, el pólen que el viento arranca de los grandes temperamentos y que fecunda por reflejo sin que, a veces pueda precisarse quién es el fecundador, siendo, como lo son, todos. La corriente actualísima, la época, la extrema sensibilidad que, no bien firme, sorbe todo lo que pesa. Pero hay en el raro estudio de «Anima en penas» una figura de mujer inquietante e inolvidable: Amparo.

Diríamos de Alfonso Castro que tiene una parte de sus

novelas libre de toda penetración extraña, y una parte en que toda la vida literaria del momento influye. Sus mujeres. Sus hombres.....Diríamos de Alfonso Castro que tiene en sus novelas una parte de visión directa y otra parte de visión refleja. La realidad de su tierra; el inconformismo enfermizo de algunos de sus personajes.

*
* *

Jules de Gaultier ha lanzado la teoría del Bovarysimo. Bovarysimo es el poder concedido al hombre de concebirse otro del que es. Y agrega Jules de Gaultier: «Un desfallecimiento de la personalidad, es el hecho inicial que hace que todos los personajes de Flaubert se conciban otros que no son. Dotados de un carácter determinado, asumen un carácter diferente bajo el poder de un entusiasmo, de una admiración, de un interés, de una necesidad vital.»

No de todos los personajes de Alfonso Castro podría decirse lo mismo. Son bovarystas sus hombres, los que se perciben más cerca del autor, los más personales, los que tienen dentro de ellos, en vez de un vaho de tierra, un aliento de arte.

Roberto en «Los Humildes», es el tipo perfecto del que se concibe distinto del que es, del que se cree otro. Desde la primera página de la novela, se adivina que Roberto será un vencido, porque quiere serlo. Belillo, hervidero de vida, de lucha, de pasión,—alta o baja, qué importa?—repelerá al que llegue a ella como extraño, acariciando la incompreensión como una droga cara.

*
* *

Las mujeres en Alfonso Castro están hechas de algo precioso; son ensueño, son perfume, son ideal, sin dejar de tener el raro encanto de ser reales. Bajo cada nombre quimérico palpita una verdadera mujer, incluso en las más extraterrenizadas, como Amparo de «Anima en penas», que ya mencionamos. Ula-lume, Helen, Annabel Lee, Annie, Lady Ligeia, sus hermanas, no palparán de humano dolor, como ella, bajo su inmovilidad. Las niveas azaleas tomarán la luz sobrenatural de sus manos, blancas hasta la inmaterialidad, no la agonía desesperada de la que sólo tiene su íntimo dolor para consolarse.

Hay una mujer, Consuelo, en «Las Vendidas» sobre la que podría pesar una sombra de desprecio. Vende su cuerpo al viejo avaro que lo compra. Pero ved cómo el autor no se aparta del

tipo de mujer prefijado. Sus lamentos, sus reproches, son recuerdos para el cuerpo perfecto que va a ser profanado, para la que le había dejado la visión de una tarde amplia de luces y de viento destacándose sobre la furia radiante del cielo en la cima de un otero, vestida de rojo azafrán y con una trinidad de claveles escarlata en el pecho.

«Caín redimido» y «En la Montaña» son los dos esbozos más impersonales del autor. Ni su tipo de mujer ni su tipo de hombre están en ellos, son cuadros vistos; no vividos. Quisiéramos hoy una novela de Alfonso Castro.

Hemos de confesar que en «Caín redimido» hay una fuerte intensidad de construcción. Nuestra novela tendrá un valor, un valor de recuerdo y de sentimiento; es nuestra vida vivida. Pero la novela que forjemos tendrá el valor de vida que hemos vivido al escribir, y sus páginas palparán con una fuerza que faltará en otras páginas.

*
* *

En «Los Humildes» hay los dos tipos centrales de Alfonso Castro, la pareja enamorada que es el punto fuerte de sus novelas. Belillo puede formar la masa coral; en Belillo la observación del autor hará destacar figuras que son las que dan originalidad a la literatura antioqueña. Habrá en ellas esta verdad de realidad tan difícil de encontrar, debido a su simplicidad misma. Anatole France nos ha dicho: «La naturaleza no es sino lo que parece. En sí no es bella ni es fea. Es el ojo del hombre, el único que da belleza al cielo y a la tierra. Amándolas daremos belleza a las cosas. El amor contiene todo el misterio del ideal». La literatura antioqueña ha sabido hallar este punto de imparcialidad en que las cosas tienen la visión común que podría llamarse aspecto físico. Ni las aman ni las odian. Las revelan con trazos característicos, con lo que es su corteza o externidad. Y hé aquí cómo el pensamiento de France ha explicado el por qué las mujeres de Alfonso Castro, siendo reales, se destacan de la masa de sus otras creaciones, por el amor que les tiene el autor, por la devoción con que las canta. Y hé aquí por qué sus otros personajes, no tocados de amor ni de odio, tienen esta faz conocida que no hallamos en los que, buscando la realidad, recargan en demasía a sus héroes de realidad.

*
* *

Hay escenas de multitud bien movidas en «Los Humildes».

En la escena en que el borracho interrumpe con sus gritos a los que anuncian el triunfo del poder constituido sobre los revolucionarios, Roberto acusa su temperamento de inconformidad. Es otro distintivo de bovarysme, según Jules de Gaultier: «esta tentativa de reformar la sociedad colectiva según las exigencias del sueño individual». Roberto huye de los tipos reales de Alfonso Castro, nó por el amor puesto en la visión sino por la afinidad de sentimientos. Bajo él se esconde la juventud del autor. Los elementos complejos que lo forman le dan una realidad más novelesca que real, exotizando entre las figuras tan caracterizadamente verdaderas que lo rodean.

*
* *

«Los Humildes» tienen un interés sostenido de novela. Por esto asegurábamos anteriormente que publicada en otro medio hubiera dado a su autor fama definitiva. Alfonso Castro es un novelista. No hay en sus figuras este valor de poema que tienen las figuras de Tomás Carrasquilla, pero logra una maestría feliz al fundir sus diversos elementos de construcción, y sabe despertar un interés, que no decae, sin recurrir a recursos vedados; un interés honrado de fortaleza descriptiva y estudio minucioso. Alfonso Castro sería un ejemplo para muchos novelistas españoles que han claudicado a los pies del editor, y que llenan sus obras de escenas dadas a la estulticia general, como se da la carne a las fieras. De estilos diversos, de vigores distintos, presentaríamos a Gabriel Miró al lado de Alfonso Castro como ejemplares de alteza. Alfonso Castro no publica. Gabriel Miró da sus obras al editor misericordioso que se las estampa tal como las escribe, aceptando su hospitalidad para el gran público, su honradez literaria y su decoro espiritual.

*
* *

«Abismos Sociales» son unos cortos apuntes de novela, escritos para un certamen literario y en un certamen literario premiados. Tendremos para ellos un elogio discreto.

Nos afirman en lo que hemos dicho de Alfonso Castro. Alfonso Castro es un temperamento fuerte de novelista. Interesa, incluso cuando escribe sobre temas tan manoseados como el de la muchacha que un joven rico intenta seducir, y que abandona el camino recto del amor honrado por el camino curvilíneo del amor triste. Hay en ellos tipos tan interesantes como Juanita, que podría ser una gran creación.

Anotemos un ligero cambio. Paco Rondel de «Abismos Sociales» podría continuar al Roberto de «Los Humildes». Pero desbovaryzándose, dando un paso hacia la vida, con sólo un distintivo de bondad intensa. La morfina, el alcohol, la bohemia irregular que era lo que afinaba toda personalidad poética en épocas pasadas—¡oh vuestra influencia, los que os llamásteis poetas malditos!—ha desaparecido de él. Es un hombre normal en el que arde la hoguera furiosa de un amor sin correspondencia.

*
* *

Insistimos en la juventud que fluye, que salta, que se derrama como agua de surtidor, de las obras de Alfonso Castro. Lo dicen su apasionamiento amoroso, sus diálogos idílicos de un candor profundo, que son un encanto. Todas las palabras bellas sirven para las letanías a la amada; a la amada que se ve a cada minuto con más ardor, sabiendo que hay en ella siempre algo nuevo para ver, como el muchacho de los «Descubrimientos» de Charles Vildrac, que ni al hundirse dentro de un túnel, en sus viajes, aparta los ojos de la ventanilla del vagón contemplando el paisaje, pues: «cada minuto es como un presente ofrecido al que abre, como deben abrirse, los ojos y el corazón».

En las amadas de sus obras, ama Alfonso Castro; ama todos sus amores y sus quimeras; pone en ellas su lirismo florido y matutino, su alma libertada de la fatiga del vivir; cada una de sus mujeres es como una escapatoria de niño; como un retozo en un prado de yerba oliente, como una nube de incienso subido de un jardín al abrir la ventana en la mañana; como el momento en que el primer vals rompe la unción de una tarde de fiesta. Las veréis llorar alguna vez, pero no sé por qué sus lágrimas no evocan devastaciones sino rocío. Han llevado tantos claveles en su cintura! Han tenido tanto oro en sus cabellos! Representaron también la frágil felicidad que dura la eternidad de un instante!

*
* *

Este estudio de Alfonso Castro es incompleto, lo sabemos! Falta el análisis, si análisis puede llamarse a lo que hemos hecho, de «Hija espiritual» y de «Anima expuesta», que talvez nos diera algún nuevo matiz de su arte. Puede decirse que más que estudio, hemos hecho unas acotaciones de lectura. Que otro

escriba definitivamente sobre este autor, más admirable que muchos otros a quienes se ha concedido el maestrazgo.

*
* *

Hay una escena en «Los Humildes» que no queremos pasar por alto. La del suicidio de Contreras. Basta ella sola para dar una fama. Esta madre cargada de lutos junto al cuerpo sangriento de su hijo; esta muchacha loca que impreca abrazada al suicida, y toda la historia de dolor de esta familia unida por un sublime amor que la fatalidad rompe despiadadamente, son una fuerza de tragedia, de un vigor de angustia admirables. Recordamos aún las palabras de la madre que destilan un cariño desesperado e invencible: «Amorcito mío, hijo de mi alma: tú el mimado, el tierno, el que más me amabas, ¿has sido capaz de causarme esta pena? Debías sufrir terriblemente cuando te atreviste».... Y el treno funeral continúa sollozante, lento, con más vigor de luto que las airadas imprecaciones de los Profetas del Viejo Testamento; con un valor perpetuo, definitivo, porque hay en él toda un alma materna desgarrada.

*
* *

Porqué no publica nuevas obras Alfonso Castro? Lo comprendemos! Vale tan poco la pena publicarlas. El filisteo lo embarga todo y no deja espacio para la obra de arte. Después.... después viene el crítico que se queda satisfecho cuando, en vez de hablar del libro nuevo, ha contado qué clase de profesión ejerce el autor, a qué hora se baña, cómo trabaja, y alguna que otra pequeña indiscreción sobre sus defectos personales. Eso sí, escrito todo con una chistosa espiritualidad que intenta ocultar la carencia total de cultura literaria. Con esto se sale del libro que tantos trabajos ha costado.

Pero le repetiremos a Alfonso Castro una lección de entusiasmo que Eugenio d'Ors daba: «Yo creería en el poeta que se pasara la noche puliendo un poema, sabiendo que el mundo ha de terminarse al despuntar la aurora.» En las palabras de Eugenio d'Ors, hay una profunda enseñanza. Alfonso Castro la comprenderá! «Escribe para tí, escritor! Qué deben importarte los que te lean, los que te comenten; los que te insulten, y los que te alaben?»

RAMON VINYES

JUEGOS MALABARES

.....«Poca cosa es la vida si no pifa en ella un afán formidable de ampliar sus fronteras. Se vive en la proporción en que se ansía vivir. Toda obstinación en mantenernos dentro de nuestro horizonte habitual, significa debilidad, decadencia de las energías vitales. El horizonte es una línea biológica, un órgano viviente de nuestro sér; mientras gozamos de plenitud, el horizonte emigra, se dilata, ondula elástico, casi al compás de nuestra respiración. En cambio, cuando el horizonte se fija es porque se ha anquilosado, y porque nosotros ingre-amos en la vejez».

LA DESHUMANIZACION DEL ARTE.—Ortega y Gasset,

Et a défaut de reste la curiosité ne suffirait-elle pas à charmer l'existence?

LA RENAISSANCE —Le Comte de Gobineau.

Notre crime est d'être homme et de vouloir connaître:

Ignorer et servir, c'est la loi de notre être.

A LORD BYRON.—A. de Lamartine.

Antes

En ocasiones me pregunto porqué escribo, y nunca encuentro una respuesta satisfactoria.

Afán de lucro? Nó. Hasta el presente no he ganado un peso con mi pluma, y muchos he perdido por dejarme llevar de la manía de esgrimirla, como he perdido tranquilidad, algunas amistades y hasta un poco de lo que candorosamente se denomina buena reputación.

En nuestro país, el trabajo intelectual se cotiza a muy bajo precio, máxime si pertenece al género literario y lleva sello de absoluta independencia. Aquí medran los escritores de política ministerial y raquis serpentino y los gacetilleros rabiosos y maledicientes galanteadores del escándalo.

Los otros, novelistas, poetas, literatos, científicos, pueden estar seguros de que sus artículos o libros son giros en favor de la escasez, o al menos pérdida fija de dinero. Por fortuna, no he necesitado de mi pluma para enfrentarme con la vida, y jamás he tenido el escribir como un oficio; oficio, por lo demás, duro y cruel, especialmente en tierras como la nuestra, donde impera el inmenso y proteiforme personaje ya clasificado por Remy de Gourmont.

¿Esperanzas de gloria? Quizá las abrigué en un principio, en la edad florida de los ensueños fantásticos, las románticas corbatas y las grandes locuras; mas en el día no tienen razón de ser. La gloria es hembra de divinas excelsitudes que reclama espíritus predestinados, nacidos bajo circunstancias excepcionales, capaces de una labor inmensa y sostenida, para permitir, como recompensa la caricia siquiera de un airón de su veste. Necesitárase ignorar la mentalidad, la pujanza, la paciencia, la actuación en la vida de los conquistadores de la fama y forjadores de ideales, para suspirar por la gloria.

Ridícula, cuando menos, resultaría la pretensión de salir yo ahora en su rebusca. En pleno siglo xx, cuando el pen-

samiento culmina en regiones aquilinas, encendiendo millares de antorchas al progreso, y la ciencia y la razón someten bajo su imperio la naturaleza robándole su secreto; sería cosa de lástima o de risa, que, borronando cuartillas, pretendiese el grato airecillo del renombre, un ganapán de la existencia, americano del sur, hijo, a mucha honra, de la República de Colombia y habitante de las orillas del Aburrá, tierra de temperatura mucilaginosas, de hosco ascetismo y donde el hígado sufre crueles alternativas. En verdad os digo, por lo tanto, que no es aquéllo, divino y atrayente, lo que me pone ante la mesa del trabajo y maltrata mi cerebro; las uvas no brillan con el negror de la madurez, añadiré imitando a la zorra.

Existe la gloriola de parroquia, que me es un poco conocida y francamente no vale la pena de, en su nombre, romper una lanza..... Esa de que en cualquier comida íntima, en el más modesto matrimonio, en insignificante guazabara política, consideren al individuo instrumento parlante con obligación de dirigir la palabra al respetable, vaya o no preparado para el efecto, y haya o no asunto que merezca la pena. La de sentirse mirado con curiosidad, como animal raro, por muchachas sentimentales o buenos provincianos, lectores de novelas y perpetradores de versos, que vienen de paseo a la capital con ánimo de conocer las «notabilidades». La de soportar a todo bohemio tomatrágos y trotamundos, dejándose explotar tristemente por aquello de la hermandad en «al Arte» (con mayúscula). La «gloria» caricaturesca, *vispera-eleccionaria*, casera en fin, que suele estilarse....puah!. No merece que un hombre de bien le sacrifique una contracción muscular, ni la vibración de la más insignificante célula nerviosa.

¿Qué me mueve entonces? Tal vez el afán de contribuir al perfeccionamiento de mis semejantes? Menos, mucho menos. Para descargo de mi conciencia, anoto que aún abrigo la idea infantil de que el hombre debe trabajar, en una u otra forma, y en la medida de sus fuerzas, por el bien colectivo. Pero francamente dudo de la eficacia de la letra de molde.

Esta es útil para unos pocos muy pocos; y pocos muy pocos, los elegidos, son capaces de prestarle el prestigio necesario para que abra hondo surco en las almas. El común de las gentes lee por perder el tiempo; sin afán de instruirse; sin hambrienta curiosidad, que no excluye la femenina; sin penetrar en la médula de lo escrito; sin saborear el engranaje maravi-

lloso de las palabras; olvidando a los cinco minutos lo que acababa de leerse.

Con mi pluma ni pienso enseñar, porque muy poco material tengo para éllo; ni aspiro a salvar al país de ningún precipicio; ni pretendo mostrarle rumbos nuevos; ni anhelo redimir al pueblo; ni soy apóstol de ninguna idea, ni profeta, ni filósofo, ni jefe de ningún partido.

Téngoles horror a unos y a otros, como a los conductores de multitudes. Son pintorescas personalidades que, encastilladas en su dogmatismo fanático o estrecho, quieren amoldar los espíritus a su personalísima y geométrica textura interior.

Por lo demás, no obstante todo lo bueno y bello que se ha escrito, creo que la humanidad es inmodificable y continuará exhibiendo sus modalidades presentes y pasadas hasta la eternidad. A pesar de los libros, periódicos, poemas, discursos, será siempre, considerada en masa, perversa, salvaje y estúpida.

El escribir para mí es placer doloroso, inclinación inevitable del alma, vicio tal vez. Las palabras y las ideas me captivan como al voluptuoso las prendas femeninas, o como al deportista el instrumento con que se entrega al juego preferido.

¿No es para el jardinero grato entretenimiento el pasarse las horas muertas, junto a sus plantas, remirando la flor recién abierta que le brinda amores con su aroma, quitando hojas secas y tallos marchitos, removiendo y abonando la tierra para hacerla benéfica, dando frescura y vida con el riego a las frondas sedientas? ¿No siente el cazador un acrecentamiento de sangre fluída que le regocija el corazón y le dilata el pecho de entusiasmo, cuando oye el latido melancólico de los perros que levantan la presa; o cuando ésta, como zaeta, pasa ante sus ojos o cae tendida a sus pies después de un tiro certero? ¿Y el juglar no experimenta la alegría de la dificultad o la elegancia, cuando hábil, pasmosamente, lanza al aire múltiples objetos coloreados que dibujan fugaces figuras de un instante?

Pues mucho de todo éso existe en el componer una página. Palabras perfumadas como flores, y otras que se tornan musicales al engarzarlas en la frase; y la rebelde no encontrada y con angustia perseguida; y la idea borrosa que después de lento trabajo va surgiendo a la vida clara, precisa; y el matiz espiritual indefinible pero sí sugestivo; y el

dulce coqueteo de la inteligencia con los pensamientos oscuros; y el vuelo a regiones de ensueño que cobra la fantasía una vez entrenada la mente en la meditación; y el íntimo goce de la página concluída y en limpio, con lo propio, con lo que es savia de nuestro sér, y nadie puede quitarnos.....

Juego delicioso y atormentador, origen de un intenso sentimiento de la vida y de la afirmación de una personalidad por modesta que sea. Juego inocente para el público, porque por mal que resulte a nadie perjudica, y saludable para el aficionado que a él se entrega.

No quiero olvidarlo. En él me refugiare cuando la monotonía cotidiana sofoque y estrangule, merced a la suma de esas pequeñas heridas que causan los buenos amigos, la lucha diaria, el amor y la ansiedad de anhelos imposibles..... Será para mí oasis, con frutos maduros, verdes de campos dorados por el sol y por el viento estremecidos, refrescantes y cristalinas músicas de arroyo. Tendrá palpitaciones como vívido protoplasma, y la expresión dolorida y ardiente de lo humano que bajo la bóveda azul palpita.

¡Atención, alma malabarista! Tienes delante flores, lágrimas, venenos, alegrías, amores, tristezas, pasioncillas, odio, vicios y virtudes. ¡A jugar con éso en admirable y policroma amalgama! ¡A reír y a llorar! No importa que los dolores del alumbramiento te desgaren las carnes. No pienses en que los mismos utensilios que has de manejar te desangren en ocasiones el corazón. Si eres femenina para sentir, masculina debes ser en el dolor.

Y arriba la cortina.....!

Año Nuevo

Suenan las doce campanadas nocturnas del treinta y uno de Diciembre, iguales a todas, pausadas, lentas, y no obstante el alma las oye con innegable inquietud. Es un año más que se hunde en la eternidad. Es un pedazo de nuestra vida que se escapa. Somos ahora un poco más viejos y más tristes. Nuevas desilusiones han acrecentado el haber de nuestros despojos. Hemos aprendido nuevas modalidades mortificantes de los hombres; más hondos problemas han torturado nuestro pensamiento; la sombra de soledad que a toda alma rodea se ha opacado más y más.

Con un suspiro de satisfacción, a pesar de todo, despedimos el año que se va. Hubiera podido ser peor. Cruelles heridas ha dejado en otros, y sinembargo alientan y quizá a estas horas sonríen y alegres se hallan con la alegría de las copas y la esperanza.

Si no fuera por la esperanza, la vida sería insufrible. El momento presente, por grato que se muestre, siempre deja un sedimento de amargura. La sola preocupación de que ha de pasar, es suficiente para que no podamos disfrutarlo con toda felicidad. En la más sana alegría queda la bruma de un interrogante doloroso.

Qué vendrá después de este instante de placer, nos preguntamos con la intranquilidad de quien escruta las tinieblas? Y esa duda perpetua, aguijón del alma, es una pequeña congoja que atormenta cual una pequeña herida.

El año que empieza tiene el encanto de la esperanza, y por éso se recibe con gusto. El burbujeo del champaña no es por el pasado, que deja en nuestro interior las resacas de este oleaje de la existencia, sino por el porvenir que se presenta cargado de promesas.

El hombre es infantil, y la experiencia de muy poco le sirve. Sabe que al fin y a la postre sólo el dolor cosecha; que en la misma satisfacción del triunfo está el cansancio de

la lucha y la insaciabilidad del ideal; que en la glotonería del beso está el hastío; que el dinero, ansiado y buscado, con todo su poder no es capaz de evitarnos uno de los grandes sufrimientos como la pérdida de un ser querido. Sabe que el mal por doquier asecha; y que la redención sólo llega cuando nos desliguemos de este pellejo inmundo lleno de bestiales apetitos y de tristezas infinitas; y no obstante pone una gasa de olvido sobre conocimientos reales, y da libre vuelo al ensueño.....

Los días venideros serán mejores. El porvenir es riente como una boquita de niño! Bien venido año nuevo! Así decimos y lo creemos sugestionados por una hora igual a las demás, en que arbitrariamente los hombres han dividido el tiempo.

Yo también, año nuevo, participo del regocijo de verte llegar. Sé que eres igual al que se va e igual a los otros, que tantas cosas mías se han llevado, y cosas tan tristes me han traído, y sin embargo me autosugestiono y te veo como a hermoso mancebo, cuya alforja está repleta de dones.

Me traes la salud para mí y para los míos; acrecientas mi amor por lo noble y por lo bello; purificas mi alma, y, saciándola, la libras de la obsesión de lo intangible; me das recia contextura y valor para la lucha; iluminas mi espíritu con los destellos de la Verdad Suprema, para que algún día pueda triunfar sobre los siete príncipes rojos que en rima de oro cantara Rubén Darío?

Traes igualmente para mi patria ricas ofrendas, mancebo encantador? ¿No es verdad que tú le darás cumplida libertad librándola del fanatismo y de la ignorancia; que tonificarás con temple de acero a su juventud, cuyo ánimo día por día se amengua lastimosamente en una atmósfera de servilismo, de adulación y de miedo; que traerás el progreso en todo campo y abrirás las ventanas del pensamiento para que éste pueda expandirse en la serenidad del azul, adonde no llegan las estridencias de las aves de corral ni el graznido de los cuervos ahitos con los despojos de la vida?

Un síntoma

Para los que creemos en el meliorismo, es decir, en el progreso constante de la especie humana, e ingenuamente en la influencia benéfica de libros, conferencias y periódicos, como en la voluntad y en las virtudes positivas, elementos indispensables en la regeneración de las colectividades; para los que con patriótico entusiasmo pensamos que nuestro pueblo viril, después de experiencias dolorosas y sangrientas, entra con pie firme y el ánimo resplandeciente de fé por sendas de porvenir amplio y fecundo, no puede menos de ser doloroso y desconsolador, y de ocasionar flojedad de desaliento profundo, la manifestación de ciertos hechos regresivos que a las claras muestran «el algo podrido del alma popular».

Estamos en los tiempos de la más adusta moralidad. Persíguese con ahinco el pensamiento para salvación y pureza de las almas. A los libros se les exige cuarentena como a los buques apestados. El cielo está acribillado de rezos y plegarias. La buena prensa abunda. Hombres y mujeres tienen frecuentes épocas de severo ascetismo bajo el amparo de aquel varón insigne que se llamó en el siglo Iñigo de Loyola. El cristiano boicoteo es moneda válida y apetecida como un águila americana. Háblase enfáticamente de «raras energías» y de «duras cervices», y no obstante llega un momento en que todo ese conglomerado de valores y virtudes que se creyó obra armónica y definitiva esencia íntima de un organismo vigoroso, timbre excelso de una raza, es humildísima vestimenta de farsa, que la más leve agitación desgarrar dejando al descubierto el armazón de una psicología plebeya y enfermiza.

La baja del precio del alcohol ha sido un estallido de salvajismo. Lo que virtud se juzgaba consistía sólo en carencia de fondos o máscara de tacañería. La abstinencia o lucha contra la gula, cuestión de imposibilidad monetaria únicamente.

Con pena es preciso confesar que las buenas doctrinas no han ido al fondo, ni mucho menos se han incorporado a la sangre del pueblo para constituir savia de bien.....Dos muertos, nueve heridos, dos o trescientos presos en pocas horas según partes oficiales, y el espectáculo repugnante de hombres en pleno delirio alcohólico o en estado comatoso, apestando el ambiente con la hediondez de los vicios, que la policía conduce de continuo a la cárcel, en presencia de niños y de buenas mujeres, y bajo la lluvia de cucufletas de cocheros y gentes del betún.....¿No es poco como prueba de lo epidérmico de nuestra moral?

Pero lo raro de todo es que en tierras como la nuestra, donde tanta intransigencia contra las malas ideas y las funciones sexuales se gasta, se tolere que el alcohol, para lucro de unos pocos, inunde al pueblo, sin reparos en la ola de sangre y abyección que viene en seguida.

Hechos como los apuntados, se prestan a hondas reflexiones, y deben servir a los conductores para el estudio de nuevos rumbos educativos, pues los empleados hasta el presente no parecen muy fructuosos. Si por la rebaja de algunos centavos en la copa de aguardiente se conmueve de tal modo la sociedad ¿cuál será la reacción en presencia de causas más íntimas e importantes?

Por los niños

Necesítase un corazón seco en absoluto, desprovisto de arrullos y de lágrimas, para no ver en la fundación del Club Noel un acto hermoso de cristiano amor, que refluye directamente sobre los niños pobres, «esas flores de la vida», como las llamó Máximo Gorki.

Nada que infunda mayor conmiseración y conmueva más intensamente, hasta el punto de humedecer los ojos, como el desamparo de los niños. Verlos con los ojitos ensombrecidos por la angustia; con el rostro, hecho para las sonrisas y los sonrojos de la salud, empalidecido por las privaciones; con el cuerpecillo, la más bella miniatura del Creador si lleno de hoyuelos y gorduras de sazonado fruto, convertido en flaco organismo, maculados de escrófulas, presa de continua dolencia y en donde la crueldad ancestral ha dejado rastros indelebles de vencimiento, es cosa que desgarrar el alma y hace pensar en las maldades asesinas de la vida.

La contemplación del dolor humano, para quien el egoísmo y la vulgaridad no le han tornado de cáñamo el sistema nervioso y de pedernal el corazón, es siempre un espectáculo torturante, y se presta a meditaciones de infinita melancolía, que insensiblemente llevan al pensamiento de que los hombres con sus brutalidades antropoides, la malevolencia ingénita que los domina, el desvío fatal de sus pasiones, su pequeñez altanera, de lo que ante todo están ávidos, más que de cárceles y manicomios, castigos y desprecios, odio y persecución, es de una inmensa piedad.

Y si tal se dice de los hombres, de cuyas miserias en infinitud de casos son culpables, qué decir de los niños, inocentes, débiles y en absoluto irresponsables de las venganzas de una existencia, que torcida empezó desde su iniciación?

Pero donde es más lacerante la pena ante el desamparo infantil, es en horas de alegría colectiva, en fechas clásicas

de unánime regocijo, cuando todo el mundo se bota a la calle de nuevo y limpio trajeado y las sonrisas esplenden en los semblantes, con la espontaneidad de luz brilladora y en la atmósfera se siente como un revoloteo de contento y bondad.

En uno de esos instantes, la presencia del chiquillo sin ventura, que con ojos hambreados mira la dicha ajena como preguntando: ¿Y a mí porqué no me toca mi parte en el reparto de goces? ¿Yo qué he hecho? ¿Quién me castiga? ¿Porqué no tengo juguetes, ni me hartó de golosinas, ni mi cuerpo miserable lo cubre un vestido bonito de los que llevan los niños ricos? Es algo que reviste los caracteres de las desoladas tragedias silenciosas, hijas de un destino implacable. Tórna-se en acíbar el vino de la fiesta, e irónica tortura es el juguete que al dulce tiranuelo de la casa se regala, y el pan no nos nutre por el desabrimiento que en él advertimos, y un lazo de angustia constriñe la garganta.....

Tál piensan las gentilísimas mujeres, doncellas y matronas, cuyas almas trascienden a la pura esencia de nardo que de labios del Justo ha fluído en ola inagotable; aristócratas con sello inconfundible, si por lo preclaro de la estirpe, si por la nobleza del corazón, o por ambas cosas a la vez, y que a pesar del abrigo y sabrosuras del hogar, y no obstante las suavidades de azalea de sus manos, se entregan año tras año a la confección de vestiditos para los niños pobres, con la mira de ofrendar al Dios Niño, en la fecha clásica de la Noche Buena, limpio tributo de amor.

Quieren que a la hora del hosanna haya risas en las bocas infantiles en vez de lágrimas; que el nacimiento de Aquel que quiso hacer de los hombres siempre párvulos por la claridad interior, sea iluminado por la radiación con que esplenden caritas felices; que siquiera por una hora fulja la paz en las conciencias y que hasta el seno de sus hogares llegue la lumbré del bien obrar, para que la evocadora fiesta nocturna tenga un inequívoco sello de nobleza que atraiga las bendiciones del Cielo.

En todas ellas, en lo recóndito del corazón, como en frase lírica dice un poeta, se columpia una cuna de niño, puesto que mujeres son y una alma delicada y tierna las anima. Y precisamente, en una hora de inefable ternura, se convierten en madres ideales de los malpocados, y en surtidor magnífico vierten el bálsamo del consuelo, que el Creador deposita en los pechos femeninos como en sagradas urnas.....

Por desgracia hay para los espíritus, como para la tierra, épocas de crudo invierno, y no han faltado rachas de vendaval. Las azucenas, las encarísticas rosas, los jazmines y demás concreciones de belleza que moran en los jardines inviolados, reciben entonces, en la albuza de los pétalos, los pringues de lodo que revientan en el suelo cuando cae la lluvia.....

Lo falaz

Las multitudes se someten al dominio de las palabras con embriaguez delirante, sin parar mientes en su significación y sin que poco ni mucho se preocupen por el hecho práctico que encarnan.

Piénsese sólo en el prestigio innegable que para cualquier grupo humano tiene la voz libertad. Cuando se oye, una corriente de entusiasmos recorre los sistemas nerviosos, dilata los pechos y enciende el furor en los corazones. Sin que ésto signifique que los por ella electrizados, capaces en un momento de heroicos sacrificios, hayan sido o aspiren a ser verdaderamente libres. Quizá sometidos a la más humilde de las esclavitudes la soportan sin quejas ni protestas. Quizá nunca han meditado en el beneficio de ser libres. Tal vez ni siquiera necesitan serlo.

Pero éso no impide que, al escuchar el vocablo, en la aglomeración caliginosa de la plaza pública, enloquecidos por la combinación silábica, lleguen a la autosugestión de que amamantados han sido a los pechos de la libertad, y de que necesitan la sombra vigorosa de sus alas para vivir.

Patria, Derecho, República, Democracia, son términos formidables que al igual del mencionado, sirven para la kaleidoscopia de un discurso o el relleno de un artículo político. Y por cierto que su eficacia es manifiesta si se escriben con mayúscula y se pronuncian enfáticamente, cuando se anhela la cosecha de los aplausos populares o la muelle alfombra de los salones legislativos.

No importa que quien los use, desprovisto en absoluto de espíritu público y sin pizca de sentimiento altruista, desconozca por completo la noción de patria; que sea un conculcador de todo derecho, inclusive los ínfimos de sus criados y servidores; sin otra idea sobre democracia que la del lucro personalísimo que pueda obtener practicando lo así llamado; ayuno de conceptos de honradez, puesto que

nunca ha pagado sus deudas y siempre ha sido un gallardo ratero dentro de las mallas sutiles del código; amante de la ley por considerarla, cuando llega el caso, trampa maravillosa para explotación en propio provecho de incautos e infelices.

La cuestión está en que el cascabeleo de las mágicas palabras vibre en el aire, sin que hagan falta pruebas, hechos, almas. El público sólo pide lo que decía el Príncipe de Dinamarca: palabras, sólo palabras.....

Religión es otra falaz como el agua. Sugestionadora como pocas, verdadera trinchera para ciertas almas sombrías amantes de la careta. A un lado el sentimiento del amor en sus excelsas manifestaciones de piedad, caridad, pureza de intenciones, elevación de espíritu. No importa que se viva en los fangales de una vida canalla, sin que jamás los ojos se levanten a lo alto donde esplenden los grandes ideales y la Verdad Suprema, y que el corazón, macerado en odio y bajas pasiones, convierta el labio en semillero de chismes e injurias y tizne el ánima de cólera, fanatismo e hipocresía. No importa que el tránsito por el mundo sea fuente inagotable de dolores y perfidias para el prójimo.

Basta con adormecer a las gentes con el sonoro sustantivo. Las acciones son cosa secundaria. Amparado por vocablo tan trascendente, que rescata la angusta idealidad del sinventura sobre la tierra, el crimen, muchas veces, asesta sus golpes desde la sombra.

Verdaderamente contrista el ver cómo todo lo falsificamos cómo amamos la mentira y de qué modo somos superficiales, con superficialidad agresiva, que nos inhabilita para mirar la esencia de la vida.

De allí la pueril manía de las clasificaciones. Rotúlanse los cerebros cual frascos de farmacia, y con ésto se cree en lo fundamental de una labor. Olvídanse en presencia del individuo sus capacidades, energías, antecedentes, valor moral. Pídesele sólo su apelativo genérico, el nombre que le ha tocado en el reparto, y éllo es suficiente. Nadie se preocupa por que los hechos desmientan el término de la clasificación. Y así sujetos, deambulan por ahí, decorados de honorables, que si no lucen en la pierna la cadena del presidiario, es porque la ley para los hábiles, como escenario de cine, tiene múltiples boquetes de escape.

El primer postulado en Pedagogía debe ser que las pa-

labras en el orden moral designen algo verdadero, tangible, como aquellas conque se nombraban las cosas materiales. Precisa un estudio intenso del diccionario, reforzado con alma y sentimiento. Por tal medio se educa y se plasma un carácter.

Apena el pensar que es en la escuela donde el niño se inicia en las primeras nociones de la farsa humana. En los libros de lectura y pláticas del maestro, conoce las nobles palabras que designan los bellos atributos del espíritu. Amalas y las pronuncia con respeto, con ellas se entusiasma y sueña realizar algún día lo que encarnan y sugieren..... Mas de repente, en un momento inesperado, por un descuido o una actitud sospechosa de los que ha juzgado como semidioses, padres, maestros y compañeros, abre los ojos y entra en análisis.

El niño es implacable y lógico con la lógica cerrada y férrea de la ignorancia y la sinceridad. Predícasele la bondad de un acto dado, y en cambio ve que se ejecuta lo contrario. Entonces duda de que tal bondad exista, o piensa con justicia que quien de ella le habla lo engaña. Y en su alma, después de que descubre muchas veces el móvil poco pulcro de acciones censurables, surge la primera desilusión precedida de asombro, dejándole un germen de mentira del cual más tarde se aprovechará para el logro de bestiales y torcidos apetitos, o, si en su alma hay rastros de atávica dignidad, el dolor profundo que causa la villanía humana.

Guerra al libro

Ciertas acciones de los hombres producen miedo, otras risa, algunas admiración, y muchas lástima. Entre las últimas está la guerra al libro.

En pleno siglo XX el derroche de energías para impedir su difusión, es algo tan extraño y anómalo como la actitud del loco que pretendiese vaciar el océano con una copa.

Hoy el libro vuela por doquiera, se entra a todas partes, preside los cenáculos todos, domina la gran mayoría de las acciones humanas. No es el exótico pergamino de pasados siglos, guardado en harcón de hierro para uso externo de nobles infanzones, o custodiado por frailes meditabundos en los anaqueles de empolvadas bibliotecas. Es el demócrata portador de ideas, que, como mensajero de evolución, de progreso y anhelos, va sembrando la inquietud en las conciencias, dilatando los horizontes del saber, destruyendo tiranías, pulverizando ídolos de barro, libertando los espíritus y haciéndolos cada vez más hábiles.

El libro hoy es un producto indispensable, absolutamente como el pan. El precio popular que ha alcanzado, la rapidez de las vías de comunicación, la voracidad por la nutrición intelectual de que están llenos los espíritus, lo han hecho artículo de primera necesidad en todo conglomerado humano, no obstante los obstáculos del oscurantismo.

El odio al libro es odio a las ideas y odio al pensamiento, única facultad que diferencia al hombre de los brutos. Quien lo practica, va derecho a la tiranía de la conciencia, la más pavorosa de las tiranías, que por lógico despeñadero conduce al garrote como último argumento, o a las alevosas hachuelas del Capitolio.

Que tiemblen los ciudadanos y la libertad vele el rostro, cuando se incinere el primer libro, se prohíba un periódico o se encarcele a un pensador! Están próximas las hordas negras de los inquisidores, que achicharran los cuerpos por destruir

las ideas, que castigan las altiveces del espíritu con certera puñalada en el corazón, y que por salvar las almas, para el goce de una vida mejor, hacen de la presente un infierno.

Por fortuna, los tiempos son impropicios para la esclavitud de la conciencia. Y aun cuando es cierto que en estas híbridas democracias americanas, el morbo del fanatismo y misoneísmo—fatal herencia de viciada sangre española—aún aqueja muchas almas, también lo es que las leyes biológicas, imperativas como las matemáticas, se encargan de depurar poco a poco la raza de las intoxicaciones que la degradan y debilitan para hacerla culminar, en un porvenir no lejano, sana, fuerte y briosa como conviene a un gran destino.

El ambiente, por lo demás, es favorable en alto grado a las grandes depuraciones colectivas. La tiranía hoy no pelecha en el mundo, con perdón de España y de la pobre Venezuela. Soplan vientos recios de evolución y de revaluación. Las ideas han contagiado a los cuerpos. Hervidero de fragua es el pensamiento moderno, que traspasa con sus chispazos luminosos hasta los dolientes globos oculares de los ciegos. A fuerza de bala y bayoneta, entre dolores y sangre, entre las trincheras de Europa, se han delineado los contornos de una nueva filosofía rejuvenecida, rotunda y libre, libre especialmente, que derrumbará todas las opresiones. Asistimos a un radiante amanecer del espíritu humano, no obstante la mentalidad retrógrada de un Primo de Rivera o de un mulato megalómano como Juan Vicente Gómez.

Corrientes son éstas de los hombres, pero que los hombres no pueden atajar. Son la resultante de la plenitud y madurez del intelecto, que el Sér Supremo encauza. Vano y lastimoso por lo tanto, el intento de buenas gentes, de los limpios de corazón, de los que con virtudes negativas se adornan, que quieren oponerse con tramas alguacilesas al vuelo libre del pensamiento. Este, ante ciertos ataques, quizá se inunda en mansa sonrisa irónica, como esos pájaros maravillosos de la industria moderna, que impasibles y serenos continúan su vuelo majestuoso, apesar de los humildes disparos del rifle, por la serenidad del éter.

Lo que entristece en la lucha contra el libro y las ideas, no son los perjuicios que puedan sufrir. Es la inutilidad del esfuerzo y el desparrame inoficioso de actividades que encauzadas en otro sentido quizá lograrían opima cosecha.

Es más bello y varonil crear que domoler, y las so-

ciudades nuevas, en donde todo es incipiente, necesitan muchas cosas para su bienestar y progreso.

Quiérase o nó, el libro es dueño y señor del mundo, y las ideas son como oxígeno del cerebro. O este las asimila de continuo, o se atrofia hasta la imbecilidad, que es la muerte del espíritu.

Siendo ello verdad, y presentándose con la clarividencia de hecho cumplido que el pensamiento, por el constante cultivo de los cerebros durante siglos y siglos, es en los tiempos actuales atmósfera necesaria para el intelecto, como el gas benéfico para la vida, ¿con qué objeto se gastan energías en pugna abierta para enrarecerlo o destruirlo?

Déjesele que fluya vivo y ardiente, como chorro de fuego que del crisol se escapa, y la vitalidad sobrante póngase al servicio de causas de importancia transcendental. Abandónese la persecución por un momento en las serenas regiones del alma, que es inocente, y vuélvanse los ojos hacia la tierra para salvar la carne que es pecadora, dolorida y melancólica.

Hay problemas que reclaman una mirada intensa. A ellos está vinculado el porvenir. La lucha contra el coco de Neisser, contra el treponema pálido de Schudin, contra el paludismo, la unciniariasis y el pian, contra eso grato que los alambiques destilan y los gobiernos propagan como prodiga renta para sus despilfarros; la lucha en favor de la higiene de la infancia y de las escuelas, sería, a más de hermosa y fecunda, propia para aquellos, que, animados de tanto vigor, lo malgastan ferozmente en vanas empresas de retroceso.

A un crítico

Varias veces he dicho, y lo repito ahora, que cuando escribo me propongo sólo, hasta donde es posible, exponer mis ideas y atacar las que no juzgo convenientes. Procuro siempre elevar las cuestiones, según mis restringidos medios mentales, muy por sobre la vida parroquial, y muy por sobre los peculiares modos de ser de las personas, por más notables que ellas se juzguen o las juzguen sus semejantes. No quiero mi nombre vinculado a los problemas municipales, ni departamentales, como tampoco a la política estrecha y miope de los círculos sectarios, donde un espíritu medianamente culto tiene que sentir comienzos de asfixia, cuando no sensaciones de náuseas en el epigastrio.

La vida y las acciones individuales las respeto demasiado, y como amante de la libertad que soy, me tienen en absoluto sin cuidado, para que me ocupe de ellas en mis desmañados escritos. Tengo la vana aspiración de que mi prosa se lea fuera de Antioquia, y por eso procuro universalizarla un poco, desantioqueñizándola hasta donde me es dable. Evito con sumo cuidado la mortificación del prójimo, aun cuando ésto no siempre es fácil, porque hay gentes incapaces de diferenciar la mente que piensa, del hombre que come papas y garbanzos.

Cualquiera que haya tenido la paciencia de leer mis artículos o libros, sin odio partidista, sin pasión torcida, con calma y meditación como debe leerse, a más de desabrimiento, habrá encontrado en ellos la verdad de lo que dejo expuesto.

Naturalmente, como respiro en Colombia, sello colombiano han de exhibir. El hombre no vive aislado entre sus semejantes, aun cuando lo pretenda, y su pensamiento se forma y nutre con los gérmenes que se escapan de los cerebros circunvecinos, lo mismo que de las sensaciones, proporcionadas por la naturaleza donde se espacia su mirada. Hay que sentir la vida y las ideas para poder hablar since-

ramente sobre unas y otras. Triste papel haría el escritor de los trópicos que se propusiera escribir una novela sobre los esquimales, o dictase una conferencia sobre la evolución mental de aquellos frígidos habitantes del polo. Indestructible y potentes son las raíces del individuo con respecto al suelo donde vio la luz y a la raza que le dio origen.

Hago estas declaraciones, porque algún amable escritor, a quien tengo en alta estima, se ha permitido sugerir que la génesis del anterior capítulo de este libro de malabarismo mental, obedece a las medidas que actualmente dicta la policía contra las obras pornográficas. Al propio tiempo el escritor referido, que con justicia goza de gran acatamiento en los círculos sociales y hasta en algunos de gran poderío, de manera cultísima que sé agradecer, deja transparentar la idea de que soy, si no amante, al menos tolerante con la literatura de lupanar. Y con tal motivo se pregunta lo que yo haría si viese en manos de mis hijas una novela obscena, o un álbum de «tarjetas postales inmundas».

Aplando en un todo el celo moralista de mi distinguido impugnador, aun cuando, si he de ser franco, no veo la causa de su, por otra parte, justo desahogo. Comprendo muy bien que en ocasiones es agradable y conveniente la exposición de propios pensamientos, máxime si están reforzados con la nota de inmejorables personas que entienden el asunto. Pero en esta vez no se me alcanza que de ello hubiera necesidad, sobre todo refiriéndose a mí.

Creo que a mi buen amigo y crítico le ha pasado al presente una de dos cosas: o leyó mi artículo, que tenía la loca pretensión de mostrar ideas abstractas, de combate si se quiere, pero abstractas, con criterio netamente municipal, impresionado por el rumoreo de las luchas de la parroquia, o me tomó de mampuesto para explicar con facilidad su pensamiento. Si lo último, tiene perfecto derecho, pues bien sabe el aludido la amistad antigua y leal que le profeso, y para algo han de servir los amigos. Si lo primero, no hago sino suplicarle que relea con calma la página motivo de la controversia.

Probablemente al manifestar mis pensamientos sobre la guerra al libro, obraron como causas determinantes en mi ánimo, las periódicas rebuscas policíacas en las librerías. Pero no quise referirme a ese hecho concreto, por los motivos ya apuntados.

En mi escrito no hay una sola palabra que se roce con persona determinada, ni con cuestión local. Si como lleva mi firma, llevase un seudónimo desconocido, podía pasar como escrito en Venezuela, en la República del Plata, o en España, pues no tiene un solo rasgo regionalista. De una cuestión particular, síntoma de trascendental modalidad psicológica, ampliando, generalizando y elevando el asunto, he sacado tema para decir mis opiniones con respecto a la fobia de las ideas. Nada más.

He hablado de libros, de ideas, de pensamientos, de espíritu filosófico si se quiere. Adrede no he mencionado la arrastrada literatura pornográfica, porque siempre la he juzgado indecorosa y repugnante. No he creído conveniente que en páginas donde se trata de las bellas cosas del espíritu que son las ideas, y donde se reclama la libertad de aquél para que vuele en cielos de verdad y de arte, se mezcle para nada lo que es bajo y ruin y estimula los viciados apetitos de la bestia humana.

Siempre he mirado como triste y vergonzoso la celebridad que dan las novelas obscenas, y creo que un hombre que se respete, ni las escribe ni se deleita en su lectura. Es cuestión de limpieza moral, de estimación a sí mismo. Ciertas cosas dejan de hacerse, no porque sean malas sino por antieséticas y deformes. La obscenidad como fin está en esa categoría. Si a veces ni se menciona ni se señala a la execración pública, es porque se considera que persona bien nacida aprendió a abominarla en el seno del hogar y en la escuela. Sólo la chusma, aun cuando gaste frac, es capaz de macular un muro con un anónimo o un letrero indecente, o pasarse las horas muertas oyendo y contando cuentos sucios. Del mismo modo, únicamente quien tenga una alma muy hostigada por los vicios y la vulgaridad, puede sentir goce en contemplar las abyecciones últimas del bruto.

Con mucho gusto estoy por la lucha contra lo pornográfico, lo obsceno, y lo canalla. Quizá opine por otros recursos de los empleados en nuestros medios pacatos e hipócritas, pero en todo caso aplaudo desde el fondo de mi ser al jefe de hogar, al maestro de escuela, al sacerdote, al conferencista, al periodista que con entereza van contra lo que corrompe y degrada bajo cualquier forma que se presente. No hay motivo, pues, para hacerme pasar por favorecedor de apetitos torcidos, por más que ello sea conveniente para ciertos fines.

Por lo que respecta a las preguntas que se me hacen,

sobre la conducta que yo seguiría si viese a mis hijos manejando un libro obsceno, ruego al notable escritor que me deje guardar silencio. No tengo por costumbre mezclar los seres caros a mi corazón en polémicas de ningún género, y mi hogar y mi vida privada son insignificantes y sagrados, como la vida y el hogar de todo caballero.

Divagación

Has hablado de los jóvenes incluyéndote en el número, y es una audacia de tu parte. Tu no eres joven, ni lo has sido nunca. Tienes pocos años, pero pesa sobre tí, como un fardo abrumador, la senectud en el cuerpo y en el alma. Estás arrugado y anquilosado física y moralmente.

No sabes sonreír, porque tienes sobre la seriedad un concepto por completo zoológico. Para tí seriedad es rostro rígido y adusto; calvicie prematura; bilis regada por doquiera; movimientos finchados y ceremoniosos; egoísmo; hostilidad rencorosa contra las bocas rojas, los ojos endemoniados y encantadores y el cascabeleo de los espíritus!

Tu seriedad no la buscas en la armonía y calor comunicativo por la inquietud tras un bello ideal que debe vivificar toda existencia; no la asechas en la profundidad del alma, donde se cuajan los grandes pensamientos, las hondas ternuras, las fuerzas de una voluntad fecunda, el vapor tornasolado de los sueños, sino que te contentas con echártela sobre el pellejo como un hosco sayal de penitente.

Eres en exceso modoso y bien educado, educado para las conveniencias, y alejas, por lo tanto, la tibieza espontánea del cariño. Las almas comunicativas, atrayentes y luminosas, no soportan el formulismo del «buen trato», ni de la estricta corrección externa. Una y otra cosa excluyen la sinceridad, la confianza en sí mismo, el respeto a la vida, la pasión que es perfume y condimento de aquélla. Los que exhiben rótulo oficial de bien educados, no son buenos. Los que aspiran a captarse la estimación por las solas maneras afectadas, ocultan grietas morales por donde se ha evaporado el sentimiento. Como piensan demasiado en sus gestos convencionales de histriones sombríos, no tienen una brizna de tiempo para dedicar a algo grato y desinteresado. Compáralos a trampas cubiertas de reverdecida y rumorosa hojarasca, bajo la cual está la agresión del dentado instrumento de hierro.

Con hombres tan bien educados como tú, con esa educación difundida en toda tu persona, que a veces opaca los rasgos de tu virilidad, el mundo sería el más desolado de los fastidios y el amor habríase extinguido por completo, pues tan bella dádiva de los dioses no luce bajo el rigorismo de los buenos modales.

Eres demasiado exacto en el comer, en el vestir, en el dormir, y por eso tu presencia evoca las habitaciones cerradas desde hace mucho tiempo en que todo está meticulosamente arreglado y en su puesto, pero en que todo huele a moho y a aire enrarecido, sin que por parte alguna aparezca el sugestivo desorden de lo viviente.

Muy arreglado eres para el diario trivialismo, pero te falta el método admirable para desentumecer el espíritu poblándolo de vibraciones generosas y de altivos ensueños. Desconoces el encanto de los matices de las almas camaleónicas, que en veces dan la impresión de deslumbramiento cegador y a ratos, ante las injusticias o los ultrajes, presentan la oscura opacidad de los precipicios o las amenazas fulgurantes de los cielos preñados de tormenta. Tieso y almidonado como el cuello que usas, es tu espíritu, apenas perceptible a través de tus antiparras cercadas de oro.

Tienes alma de esclavo. Lo pregona, a más del rendimiento que gastas ante gentes influyentes, la emoción subyugadora que te embriaga, restándote personalidad, cuando penetras a la sala del potentado y pisas el tapiz grueso y blando. ¡Cómo te sientes otro! ¡Cómo desprecias y olvidar quisieras tu modesta estirpe de mulato! Tu voz entonces, desabrida y dominante con el inferior y el pobre, tórnase abyecta y dulzarrona con ciertas inflexiones de camaradería inusitada; tu ademán, ahora sí, adquiere la elasticidad de lo que se prosterna o arrastra, de un artrópodo.

Ignoras el placer viril de las ideas, de las personales, nutridas con propia sangre y propia carne, que han costado el dolor de un alumbramiento. Tus ideas son las que te ha ido pegando el medio ambiente cazurro y provinciano. Retácitos convencionales que dan buena reputación; no violan la calma asfixiante del cotarro; no intranquilizan conciencias anémicas; sirven para el aderezo de inocuos discursos académicos; ayudan la rebusca de la pitanza y convierten al individuo en honorablemente despreciable, decorado en ocasiones hasta con el título de eminencia.....

Ignoras los deleites de la rebeldía, del orgullo, del dolor infinito de ser hombre, cuando miles de ideas contorsiona-

das como llamas, hambrientas como lobos, punzantes como espinas, iconoclastas o creadoras, prolíficas o estériles, vienen a tallar el yo personal, el infalsificable, el libre entre las tristezas de la materia, bajo la comba sombría de los cielos regados de astros, frente a los mil ruidos y rumores de la naturaleza, en permanente gestación y evolución; por sobre el jadeo rabioso del prejuicio, la rutina, la envidia, el sentido común, la pequeña malevolencia, que se irritan y desesperan cuando un macho delinea su silueta inconfundible en el apelmazamiento del rebaño humano.

¿Siquiera se te puede hablar de amor? De ningún modo. Desconoces, y siempre ocurrirá lo mismo, lo que es esa tortura divina, sed de cielo e infierno, ansia voraz de la naturaleza desparramada en el protoplasma de cada célula.

Conseguiste mujer y vives con ella correctamente como correctamente se vive con un mueble que nos hace falta, cómodo por lo demás; pero tu alma de geometría desesperante no ha logrado conmover la de tu compañera. Al contrario, la has opacado y anestesiado encauzándola por la senda de la resignación.

Tu esposa es un jardín inexplorado, envuelto en atmósfera de pasividad tediosa, un instrumento musical sin artista que lo haga estallar en vibraciones, una bella ofrenda de la naturaleza, que en lugar de despertar cada día a la vida del sentimiento y del espíritu, muere, hora por hora, bajo la prosa de tus supuestas virtudes cronométricas y disolventes.

¿Eres capaz de imaginar semejante tortura para un ser que no ha sido hecho a tu imagen y semejanza? Insatisfecho dejas un grande anhelo; huérfana con soledad de aislamiento mantienes un alma; segado para el mundo y para tí, sin arrullos ni músicas, sin alegrías ni lágrimas, está el dulce manantial de las ternuras que quizá otras manos más expertas y vibrantes hubieran hecho reventar en borbotones de delicia para ennoblecer embelleciendo dos existencias.....

¿Comprendes ahora que has usurpado el título de joven? Juventud es idealismo, audacia, inquietud, ensueño, calor, vida, luz, y tú eres lo más desvaído del universo. Sin ser malo, sin poder serlo, eres repulsivo como ciertos bichos mansos y feos. Tu vejez, ya está dicho, es eterna y pesada hoy como cuando tenías, diez, quince, veinte años. Vejez de desierto, de pirámide egipcia inmodificable. Pesa sobre tí el grave y horrendo pecado de no haber entrado de lleno en los turbios remolinos de la vida, de no ser magnífica fuerza animadora.

Lo práctico

Amiga mía: ¿Y es usted, señora, la de los ojos oscuros y profundos en cuyo fondo se advierten las llamaradas de un espíritu sediento; la de clásico perfil de madona y labios estuosos que son diabólico trazo de pasión; la de piel perfumada, tibia y blanca, pregonera de la pureza de la estirpe, y de melena aleonada, que en casco magnífico y atormentado cubre el cráneo, dándole aires de arrogancia; la de líneas impecables como de ser creado para ejemplo de ritmo y de dominio absolutos; la de voz blanda y suave cual hilillo de agna cristalina que corre oculta, pero que al alma penetra bañándola en claridades; es usted, la donosa, la gentilísima, la amante de las sedas y las joyas, que exhibe manos ducales recargadas de anillos y cuyas uñas rosadas son verdaderas filigranas de arte; la que ha hecho un culto de los aromas tenues en una perenne aspiración de delicadeza sentimental; es usted, señora, quien con acento de ternura dice: «seamos prácticos»?

Crea usted que semejante frase en sus labios me desconcierta, máxime si se considera que ha sido formulada con motivo de un breve palique sobre el grave problema del amor, uno de los más trascendentales de la vida. Quiero pensar que usted la vertió inconscientemente, por decir algo, sin reparo en lo odioso de su significado.

No ignora usted que en nuestro medio, plano, pesado, ayuno de idealismo, caquéctico de alma, plebeyo en síntesis, el ser práctico es algo que se aleja de la pulcritud estética.

Muchas veces las facultades acomodaticias, los sentimientos en bosquejo, la fullería en el uso de virtudes minúsculas y negativas, los escamoteos hábiles que no caen bajo el imperio de la ley, la eterna e idiota conformidad, los galanteos complacientes a la buena opinión, la adulación a todas las tiranías chiquitas que nos acogotan, es lo que viene a dar la patente de hombre práctico.

Los prácticos así no rompen la monotonía del ambien-

te, no perturban ninguna conciencia, no chocan con nuestra señora la rutina y cumplen su labor metódica y diaria con pasividad de acémila, pero sin el ensueño doliente que ésta lleva retratada en las pupilas como protesta muda contra la imbecilidad humana. Son ellos los honrados, los ciudadanos prestigiosos, los elementos directivos, los hombres serios. No se ríen; el ensueño no los atormenta; el dolor y el anhelo universales los dejan indiferentes; la vida con sus fuerzas devastadoras, fecundas y maravillosas les pasa por la epidermis como un soplo de brisa, sin dejarles otro rastro que algunos dientes de menos, grisosa la cabeza y crecida la panza.

Siéntense en ocasiones biliosos y toman un purgante de sulfato de soda, o se les congestiona el apéndice y se lo hacen extirpar. Son especialistas en comentarios sobre la crisis y en rictus avinagrados por la mala situación.....

El concepto de lo práctico suele reducirse única y simplemente a acaparar algún dinero. Los medios importan poco. Lo que no redunde en repleción del arca es despreciable. Por lo tanto conviene falsificar sentimientos, traicionar la conciencia, transitar las sendas del servilismo y las pequeñas estafas, doblegarse ante el prejuicio emperador, y así se abre campo en la vida y se es victorioso. Lo demás es literatura.

Engrandecer el alma; sondear los abismos para descubrir la llamarada vacilante de una estrella redentora; soñar locos ideales; cubrirse con el polvo de todos los caminos; vibrar con las múltiples palpitaciones de la naturaleza; amar con todas las potencias del espíritu y de la carne; ser célula viviente y progresiva en el estercolero, verdura en el follaje, tierra fecunda y palpitante como entraña de mujer en el suelo; brillo de astros en los cielos; borrascas y gemidos del agua en la cuenca de los grandes ríos y del océano; bestia carnífera y trituradora de la selva; hélice del velívolo que viola las nubes, arrullo fecundador y tierno como de tórtola al lado de la mujer querida, vivir, vivir, vivir; éso no vale la pena. Son simples modalidades de seres anormales y peligrosos.

Y con todo, señora, lo práctico en la vida es vivirla intensa y noblemente como señor, exprimiendo hasta donde sea posible los jugos favorables que ofrece y que por cierto, en ocasiones, dejan en la boca el amargor de la cicuta.... Mas qué importa? Allí está la muerte purificadora y mag-

nánima, que es sólo la más alta manifestación de la vida, el tabor donde se transfiguran en bién los dolores cuando llevan un sello inequívoco de perfeccionamiento indefinido.

Tales ideas me llevan a formularle estas preguntas: ¿Cuando usted proclama ante el amor el que «seamos prácticos», lo hace con el criterio imperante? Y si tal criterio la guía, qué queda del amor? ¿No ve usted, señora, que el amor no se domestica como los perros o aves de corral, porque pierde su esencia; que no calcula, ni analiza, ni hace cuentas, ni es de buen trato, ni sabe dactilografía? ¿No sabe usted que él, como todo lo que emana de la vida, es fuerza arrolladora, brutal, implacable? ¿No recuerda que cuando fue dios, con sentido profundo, ciego y niño lo representaron?

Sus mismas manifestaciones deben ser impulsivas y dominantes para que ofrezcan belleza y no las tizne fealdad de vicio. Calcúle usted, mujer sentimental y delicada, lo que puede ser un «beso práctico», no aquel encendido y voraz que donosamente cantó Rostand.

Metodizado y frío, sometido a las conveniencias y corrección sociales, dominado por la paga, es sencillamente antihigiénico por no decir otra cosa..... Considérola desde pecaminoso hasta estúpido.... Y así de todo lo noble y luminoso que ofrece la existencia; patrimonio del fuego sacro que por dentro llevamos, que nos diferencia y nos eleva por sobre el hermanito asno, el hermano sapo y nuestra simbólica señora la hermana lagartija.

Guineo

Mientras me entrego a mis quehaceres en uno de estos mediodías de mayo, oigo en la calle un vocerío desusado y me asomo al balcón. Es que llevan a Guineo a la cárcel, y él hace repulsa. Un grupo de chiquillos de ambos sexos presencian la escena con verdadero júbilo, que se exterioriza por gritos y asaltos.

¿Guineo? ¿Quién no lo conoce? Es un hombrecillo infeliz, desequilibrado, guiñapo de la vida, indefenso en absoluto ante la bondad de los hombres, que se excita hasta el frenesí, cuando los niños, por inocente y sana diversión, le lanzan a voz en cuello el grito de Guineo!.....

Palabras insolentes vuelan entonces de la boca del vencido; contráese su rostro de ira; la piedra que encuentra a mano es arrojada contra quien lo insulta. Verdadero energúmeno el pobre, capaz de una atrocidad en uno de esos momentos de exaltación.

Estas escenas se repiten con frecuencia en las principales calles de la ciudad, y entretanto la policía mira complacida o indiferente las travesuras de los niñitos, salidos muchas veces de la espuma social y concurrentes asiduos a los Establecimientos de educación.

Justo es que los niños se diviertan y que aprendan desde pequeños, con contentamiento de padres, maestros y agentes del orden público, a ultrajar a los débiles y a los desheredados de la fortuna. Mañana, cuando crezcan, lo tendrán que hacer en grande escala con saña implacable, en esta lucha por la vida, y es conveniente que se preparen con tiempo. La piedad por los infelices es virtud de eunucos; la sensibilidad del corazón, el cariño por los tristes, el consuelo para los desamparados, son simples brotes de histerismo. La doctrina cristiana es para recitarla de memoria en las escuelas, durante los actos públicos de fin de año, nó para incorporarla en la masa de la sangre y hacer de ella perfu-

me de la existencia. El derecho a un puesto bajo el sol de todo sér viviente, es frase vacía de sentido, cuando se trata de gentes sin pan y sin abrigo y por añadidura de meollo perturbado.

¡Guerra a los enfermos y a los debilitados! como quiere Federico Niezstche, el germano agresivo, que tanto ha contribuído con sus doctrinas a desatar los salvajismos teutones que han aterrado al mundo, y que tan del gusto han sido de algunos de nuestros cristianísimos semejantes!

La tortura de los desvalidos para algo ha de servir, siquiera para diversión de los chicos. En todo corazón humano alienta una bestia, y es conveniente pulirle la garra antes que recortársela. Mañana, cuando uno de los niños que hoy desgarran el alma de Guineo con gritos que él juzga el *summum* de los ultrajes, llegue a mayor edad, bien ejercitadas las potencias sadistas, tendrá la sociedad un ciudadano todo lo honorable que se quiera, pero incapaz de sentir conmiseración por nadie, ni un impulso benéfico y desinteresado por los que lo rodean, como incapaz de un brote de idealismo o chifladura, de esos que conquistan las almas y elevan al hombre a alturas no imaginadas por los seres prácticos. Lo cual, por lo demás, es una ventaja. En cuestiones internas pasa lo mismo que con las semillas: las de ortiga sólo ortigas producen, como azahares el limonero.

Por fortuna, no necesitamos esas flores de delicadeza que da el espíritu cuando se pule. Tenemos lo suficiente con lo bien cimentado que abrigamos el concepto de lo práctico. Y entre tanto, bien pueden nuestros chicos continuar gozando con el ajeno dolor; exhibiendo la prudencia en el ánimo, trasparenteada en ultraje a quien no puede defenderse; vaciando en calles y espectáculos públicos todo el vocabulario pútrido de las gentes de la hampa; atentando contra los derechos individuales por medio de la caligrafía sobre los muros recién enlucidos.....Eso, si no nos da patente de pueblo culto, sí nos exhibe como enérgicos, graciosos, individualistas y titáncitos laboradores.

En el caso de Guineo, la cuestión presenta otra faz. Ese pobre diablo, no obstante su miseria, tiene la estupidez de amar el trabajo. En vez de ser el pordiosero que va de puerta en puerta, importunando a todo el mundo, se resigna a la dura ley de ganarse el pan con el sudor de su frente, y yo lo he visto, los días enteros, bajo el rigor de la canícula, echa-

do sobre las piedras, limpiando las calles de yerba y maleza con la punta roma del cuchillo. A nadie molesta y para nadie tiene una mirada. Sólo cuando un mozo, de los que ya aspiran a ser hombres, pasa a su lado, su rostro se vuelve torvo y sus ojos se preñan de desconfianza. Sabe que allí está un enemigo, tanto más odioso cuanto que es gratuito, y su alma toda tiembla de coraje.

Si alguien lo protegiera! Y como bestia acorralada mira a uno y otro lado. Quizá a algún pacífico transeúnte. Tal vez al policial que camela a la maritornes del vencidario.....Mas nó; ya por dolorosa experiencia sabe que el transeúnte pasa de largo sin importarle un ardite su congoja, y que el agente de la tranquilidad pública, cuando él se exalta, al escuchar la palabra ofensiva, y arroja piedras, y lanza al aire su vocabulario malsonante, corta el mal de raíz, llevándolo a la cárcel como a perturbador del orden social. De nada valen sus protestas ni sus súplicas. Ha cometido una grave falta de escándalo, y debe purgarla en la prisión.....¿Qué más que ser un enfermo, un triste, un desamparado, un desecho humano? En tanto, el ofensor corre regocijado sin que sér viviente piense en segarle esa fuente de alegría explosiva y de buen gusto, que así mismo se celebra.

Probablemente a estas horas Guineo yace a la sombra, tranquilo, con el rancho seguro para aplacar los mordiscos del hambre y con la perspectiva de un techo que lo libre de la noche lluviosa.

Verdad es que le falta la libertad, pero ese es dón que no han menester los infelices.

Y hé aquí las ventajas de vivir en una sociedad civilizada y cristiana.

Almas de encrucijada

Por más propenso a la benevolencia y al optimismo que uno sea, hay momentos ante ciertas reacciones y modalidades de los hombres, en que se llega a la conclusión dolorosa de que son ilógicos y perversos.

Tál ocurre en las épocas de intensa marejada popular, cuando como gases se inflan las pasiones políticas envenenando el ambiente, y retoñan en las almas los malos instintos. Recúrrese entonces a las armas vedadas por la dignidad y el decoro. La calumnia más vil es de recibo; la mentira circula con la facilidad de áurea moneda; el insulto soez florece en los labios cual maleza invasora en tierra fecunda; el fraude y la estafa son aceptados como habilidades de espíritus perspicaces; el odio es el amo y señor, que aplebeyando y deformando las conciencias, las rodea de gran prestigio entre los copartidarios; no hay respeto por las reputaciones inmaculadas; el culto a la virtud desaparece cuando del contrario se trata, como con apariencias de virtud se presentan las villanías del correligionario; la ola de infamia todo lo inunda, y en el aire soplan miasmas de podredumbre; hasta el mismo crimen es mirado con complacencia por gentes que en otras circunstancias no tendrían palabras suficientes para reprobalo.

Es inexplicable cómo el espíritu humano puede descender tanto, tiznarse con tintes tan sombríos y destilar icor moral de tal repugnancia.

Compréndese que la multitud en pleno hervor de lucha, cuando la pasión surge arrolladora en el fondo del alma colectiva, borrando todo rastro de inteligencia, recalentada por la compactación, los gritos y el sudor de los cuerpos crispados y vibrantes, excitada por sentimientos simples de odios o amor, se entregue al desborde de actos que tienen la feroz o inevitable característica de fuerzas desatadas de la naturaleza. La multitud no raciocina, obra galvanizada por sentimientos, y es inferior en mentalidad a cada uno de sus componentes, según fórmula de Gustavo Le Bon.

Lo inadmisible es que un hombre que culto se titula, abundoso en lecturas y meditaciones, conocedor de la vida y las ironías, miserias y dolores que arropan a los humanos, junto con la conmiseración que éstos merecen; disector de sí mismo y que por lo tanto sabe de las deficiencias del yo interno, del tejido de miserias tristezas, dolientes apetitos y magnas ignorancias que lo informan, en la calma de su gabinete, bajo la sombra angusta de la noche, violada apenas por la modesta lámpara de estudio, oyendo quizá el ritmo respiratorio y tranquilo de seres inocentes y queridos, farfulla páginas y páginas de odio, calumnias y vilezas contra gentes honradas que apenas conoce, de quienes si bien no ha recibido, tampoco ha sentido ni siquiera el mal de una mirada, y cuyo único crimen es el de no pensar de acuerdo con el rabioso denigrante.

¿Como un chispazo no cruzará por ese ánimo entenebre- cido el pensamiento de que es infamia la contumelia y la afrenta contra personas que quizá valgan más que él, o contra seres cuyo nivel moral está muy alto? ¿A solas con su conciencia, no sentirá la llama del rubor, al revolver la vida ajena en busca sólo de defectos y miserias, cuando éstos quizá los eclipsen virtudes y cualidades? ¿No pensará, presa de un asomo de angustia, en lo injusto de la conducta de quien se convierte en juez y fiscal de los otros, cuando su existencia es trama de incorrecciones, claudicaciones, felonías, ruines faltas de las que no castiga la ley, pero sí se hallan censu- radas en los cánones de estética moral e higiene interna? ¿Al arrojar sus dardos emponzoñados, no se le habrá ocurrido que pueden volverse contra él por una ley de dinámica u- niversal y que causa o idea que necesitan pedestal de in- sulto y abyección para culminar no tiene derecho de vida? ¿Cuando las malas pasiones lo poseen no habrá reflexionado en que ellas, aparte de los ultrajes imborrables que al alma infieren, van dando al rostro la deformidad y repulsión de lo perverso, y a toda la persona los trazos de ciertos animales agresivos e indomesticables?

La intolerancia

Mientras más avanzo en la vida, y apesar del roce cons- tante con toda clase de deformidades y trastornos, menos comprendo la contextura mental de los que practican la in- tolerancia. Y es que ésta es una perturbación del cerebro de múltiples causas o un brote inequívoco de maldad, y na- da tan complicado como la patología del alma o la psicología del perverso.

En el acto de pensar obran gran número de factores, independientes, las más de las veces, de la voluntad. El ata- vismo, la herencia moral y física, el medio, siempre de com- pleja formación, y la educación, son elementos que influyen sobre la psiquis del individuo de una manera casi fatal por más que se quiera evitarlo. De suerte que el pensamiento, producto de una alma influenciada por una envoltura carnal, sobre la que han dejado marca imborrable las varias circuns- tancias de la vida, cuando surge al exterior, exhibe las ex- celencias y taras del vaso en que estuvo encerrado. De allí la diversidad de opiniones, los distintos modos de apreciar la existencia, las diferencias capitales en los juicios.

No somos libres para escoger nuestras ideas. Un determi- nismo más o menos acentuado hace que broten en nuestro cerebro, con el impulso ciego del rosal que revienta en ro- sas, o del cardo que de espinas se arma. En ocasiones una labor intensa o una voluntad fuerte pueden desviarlas de su curso inicial, destruirlas en germen o favorecer la aparición de algunas desusadas para el terreno en que prendieron, co- mo plantas de zona extraña que sólo prosperan merced a los artificios de la química. Pero esos hechos son accidentales y excepcionales. En el fondo, el problema queda planteado como antes se ha dicho.

Las ideas en cada individuo son algo propio, personal, necesario, como el color de la piel o la configuración del ros- tro. Nadie que así entienda el asunto puede irritarse porque determinado sujeto piense de esta o de la otra manera; como nadie se fastidia, a menos que sea un tonto, porque haya

personas chatas y otras que gastan hermosa nariz aguilena. Pretender que el mundo piense como yo pienso, e indignarme porque tál no suceda, vale tanto como llenarme de cólera porque no todos los prójimos con quienes a diario se topa se adornen de un bello rostro. Claro es que quisiera que mis ideas fuesen universalmente aceptadas, puesto que si las profeso es porque excelentes las juzgo; mas éso es un imposible moral por las razones expuestas.

Se objeta que la rabia de los intolerantes y el odio que profesan a quien como ellos no piensa, nace de que juzgan malas las ideas ajenas. Sólo que muchos no creen que en el campo metafísico existan ideas dignas de semejante adjetivo. Las ideas puestas en acción, los hechos, pueden ser y son malos en muchas ocasiones, como pasa con la intolerancia, que aun al servicio de la más noble causa, la desmedra y prostituye haciéndola repulsiva. Pero las ideas como abstracciones de la mente, como elementos puramente especulativos, tienen siempre, si no la belleza de todo lo animado, al menos la armonía de lo que cumple con los fines para que ha sido creado.

Argúyese, sin embargo, que existen ideas falsas y verdaderas, y no parece justo mirar con buenos ojos las primeras. Muy bien en apariencia. Lo malo es que el gonfalonero de la verdad absoluta no ha aparecido, que se sepa, por el mundo; y si tál sucediese, probablemente no sería él quien se armara del guayacán o del hacha para destruir cerebros pensadores, calcinar el pensamiento libre en hogueras inquisitoriales, o privar de la pitanza al que con honradez muestra las corrientes interiores de su ser.

La vasta comprensión de la vida, mera aproximación a un retazo de verdad por lo relativo de la mente humana, excluye la estrechez de criterio y el juicio geométrico.

Innegable la existencia de axiomas. ¿Pero en qué pueden perjudicarse éstos, porque haya alguien tan extraviado que los niegue? Ante el obsecado que rechaza la evidencia, quedan, en vez de los medios brutales que nada prueban, la indiferencia o la suavidad de una sonrisa con su condimento de ironía.... ¡Es tan dulce sonreír!

Por lo que respecta a las ideas que no tienen claridad axiomática,—y entiéndase que no digo verdades sino ideas,—parece menos disculpable la actitud de los aberrantes. Existen tantas preguntas para formularles, que de seguro dejarían sin respuesta, o con la única femenina—dulce en el

amor pero despreciable entre varones—de porque sí y porque nó. ¿Con qué derecho exiges que yo esté de acuerdo contigo? ¿Es tu razón un poco de luz inextinguible y te adorna el dón de la infalibilidad? ¿Has sondeado hasta lo íntimo el alma; has abarcado todos los grandes problemas sociales, morales, económicos, sobre los cuales está basado el porvenir de los pueblos; conoces siquiera la millonésima parte de la ciencia que la humanidad ha almacenado en el transcurso de los siglos? ¿Te ha hecho, por ventura, la Providencia maestro de maestros, o es tu espíritu de una esencia superior al mío?

Nó; desengáñate. Igual eres a todos los hombres. Gusanó como todos. Pasiones, nervios, tristezas, sensaciones, caídas como el más infeliz mendigo. El dogmatismo de tu ser, reflejado en tus ademanes y en tu voz, bullente en tus ojos provocadores, es muestra de impotencia, farsa orgullosa, o risible candidez espiritual.....

Los que honradamente se creen guardianes de la Verdad y sus rabiosos perros de presa, son disculpables, porque semejante manera toca en los límites de lo patológico. Quien se imagina que su cerebro debe marcar la norma de la ideación humana, da pruebas de una hipertrofia del yo, que siempre conduce a la vesania; es el *bovarista* de que nos habla Jules Gaultier. Como el que niega a los demás el derecho de libre pensamiento, nó por exceso de amor propio cual en el caso anterior, sino por sencillez de corazón o poquedad de inteligencia, exhibe inequívoca patente de que transita por los senderos de la ideosia.

Y son disculpables, no hay duda, los que así proceden, porque adolecen de un trastorno psíquico, y nadie es responsable de que se alteren sus centros nerviosos, como nadie merece censura porque el hígado se le supure.

Pero la sociedad necesita defenderse, y no está bien que a los atacados de manías agudas o crónicas se les deje en absoluta libertad. Tendría éllo tan funestas consecuencias, como la sífilis o la tuberculosis. Precisa la formación de un cordón sanitario contra la intolerancia a base de cultura, educación y bondad. El mal es eminentemente contagioso por el antropocentrismo enfermizo que al hombre domina. Y es lo expuesto tan verdadero, que hasta lo llamado libertad de pensamiento se infecta en múltiples ocasiones de una feroz y jacobina intransigencia.

Queda por analizar la forma repulsiva de la intoleran-

cía falsificada, tan odiosa como la falsificación de virtudes o de buenos modales.

Es frecuente en nuestras democracias dominadas por grosero caciquismo, vestigio abortado de prácticas feudales; donde la política se aparte de la serena ciencia que rige los destinos de los pueblos y es sólo el conglomerado de intrigas, calumnias, acechanzas y mermas de carácter de desocupados y falsarios, ávidos de mando, y donde la religión, muchas veces, no es el brote puro y amoroso dirigido a lo alto, y lazo de unión que con vívido fuego compacta los corazones e irradia piedad por doquiera, como lo ordena el Divino Maestro, sino trinchera política o plaza pública, hirviendo de bajos apetitos y negros furores; que aparezcan individuos practicantes de una intolerancia en el fondo abominada, pero que explotan como negocio productivo.

No tienen fe ni en sus ideas políticas ni en el cristianismo con que se decoran. Comprenden que no hay motivo para perseguir y ofender a los no partidarios de sus pensamientos. No obstante, en público se muestran como los más fuertes y fanáticos para rodearse de un prestigio que al fin y a la postre da pingües rendimientos.

¡Y a maldecir y perseguir con el peregrino pretexto de rebusca de almas para la buena causa! Sin escrúpulos siquiera en la escogencia de medios de ataque, echan mano de todo lo avieso que en la vida existe, convirtiéndose en ratas lúgubres que roen y roen y roen. Son los apaches del pensamiento. Inmorales y cobardes, deshonoran las causas a que se afilian, por más entusiasmo que pongan en servir las.

Afortunadamente, los hombres de buena voluntad, las gentes honradas, saben despreciarlos como se lo merecen y les abren a tiempo la sepultura moral donde los arrojan para que se pudran..... Hay por allí mucho enhiesto y lujoso mausoleo que oculta troneras donde alientan esas carroñas vivientes.

Pequeñas psicologías

Quiere usted, amiga mía, que diga algunas palabras sobre la moda femenina, y tengo el mayor gusto en complacerla, con tanta más razón cuanto que el tema, no obstante sus apariencias de frivolidad, recata complicaciones de espíritu que me seducen.

No pienso yo que nada de lo referente a las mujeres sea poco serio, inútil o de escasa monta; al contrario: lo que a ellas atañe juzgolo digno de estudio, y creo que ningún detalle de los que les pertenecen debe pasarse por alto.

Las mujeres son vida, sin vana alabanza y sin cobardes hipocresías, lo único digno de la vida, y en ésta no hay trivial ni insignificante sino lo insincero. Si como triviales e insignificantes aparecen ciertos hechos o cosas, es simplemente por deficiencia de análisis. Todo en este sucederse de los días posee su sentido profundo y la más modesta célula viviente, con sus reacciones protoplásmicas, ofrece rastros inequívocos de la sabiduría del Creador. El trivialismo y la insignificancia se encuentran sólo en ciertas almas pálidas, correctas o inocuas.

Pero en el supuesto de que frivolidad y fantasía fueran la esencia de la mujer, no por eso dejaría de ser gratisimo el abordar el asunto.

Las cosas dogmáticas y graves no son las únicas que componen la existencia. Lo risueño, lo bonito, lo fugaz, lo que ninguna trascendencia tiene, pero que acaricia el alma con suavidad, son también elementos o matices que a aquélla dan brillo, animándola de ritmo y de color, dorándola de pequeñas alegrías, y esfumándole muchas horas oscuras de las que suenan lúgubres en el correr del tiempo.

La aridez de las cuestiones merma vida, y quien en la labor diaria sólo mira el lado adusto que encierra, probablemente sufre una dolencia del espíritu, mortal y contagiosa, que lo torna en cadáver moral. Respírase dolor en el mundo,

y problemas torturantes confrontamos a cada minuto; mas uno y otros se atenúan cuando por esfuerzos de la voluntad, sabemos encontrar pinceladas de luz, que desvanezcan sus trazos agresivos y desolados en la luminosidad vivificante.

Flores, sonrisas, sol, verdura de los campos, canciones del agua fugitiva, ritmos vagarosos de la naturaleza, pasiones nobles de la mente, refrenados regocijos de la carne, amor, cosas son éstas que entremezcladas con lágrimas y palpitaciones del corazón en plena lucha, van ennobleciendo el alma, elevándola por sobre bajos menesteres y dándole la fortaleza de un cordial de varonil y delicada filosofía para cuando llegue el momento de las rudezas de la suerte.

Tontas aquellas cosas, vacías palabras el elogio que de ellas se haga, para doctos, sabios u hombres graves, que ni doctos, ni sabios, ni graves varones son, puesto que nada saben del vivir en regocijo y en ensueño, ni tampoco de la profunda ciencia de la frivolidad, ni mucho menos de lo que es conservar el alma en las cúspides de la existencia, cascabeleante, saltarina y curiosa cual si fuera de niño.

Pero dejemos esos seres secos, de zoológica seriedad, entregados a elucubraciones o trabajos honorables en demasia, que, pretendiendo cambiarle el rumbo al mundo, conforman sus acciones a una ética savonarolesca y que han ahuyentado de su predio las fulguraciones de la sonrisa, y divagamos sobre lo encantador, ligero y sugestivo que es la moda femenina.

Dícese de la actual que es inmoral y se oyen en todas partes voces que contra ella claman; porsupuesto que sin resultado, porque oponerse a los quererres del bello sexo es dar muestras de ignorancia sobre psicología femenina. Si ni los grandes doctores de la Iglesia, desde los primeros tiempos del cristianismo, lograron nada contra la pasión de las damas por adornos y afeites, ¿qué se podrá hoy cuando un viento de rebeldía vuela por el planeta, pretendiendo impulsar a la mujer por los despeñaderos del más antipático feminismo, que es sólo expresión de antifeminidad?

La moda del presente, amiga mía, ofrece la relatividad de lo humano en cualquier sentido que se le considere. Depende, en primer término, de quien la lleve, y, luego, del criterio con que se la analice. En materia de gusto, dígame lo que se quiera, reina la más completa anarquía, y aun cuando es cierto que los estetas han dado reglas más o menos precisas para el desarrollo y selección de aquél, también

lo es que cada persona, por sí y ante sí, se declara árbitro supremo, y dicta sus sentencias cual si partieran de la coruscante silla de Pedro el Pescador.

De suerte que es verdaderamente difícil acertar en estas cuestiones, y cuando uno las aborda, no representa grupo ni tendencia definido, ni mucho menos pretende imponer normas de pensamiento. Conténtase sólo con exteriorizar personalísimas ideaciones, con decir su verdad, forma inofensiva, por lo demás, de perder el tiempo.....

Para mayor claridad, supongo una mujer joven, de salud floreciente, de rasgos irreprochables y armoniosas proporciones, y con una alma delicada iluminando toda su persona. La falda moderna, angosta y corta, deja al descubierto un pie perfecto y primorosamente calzado, y los comienzos de una pierna delgada, envuelta en las penumbras falaces de una media de seda, que, en curva insensible y graciosa, se amplía hasta redondear la línea de las caderas. El cuello y parte del busto están al desnudo ofreciendo la tibia suavidad de la carne intacta, no arañada por las injurias del tiempo. Blanca o morena, luce esa carne vívida tonalidad de poma sazónada, con honda sugestión de frescos renuevos matinales. Los brazos a través de una gasa que poco vela y que sólo sirve para desvanecer cualquier detalle ingrato, exhiben la pureza del torneado pleno que se admira en las estatuas clásicas. El corsé deja adivinar la discreta curva del seno, la flexibilidad del talle y la eurtimia de los trazos todos del cuerpo; carece de la ofensiva adustez del embarrillado antiguo, lleno de ángulos y duro como una coraza. En los movimientos hay ritmo y donosura; diríase que el alma sincera e ingenua que allí anida ensaya pasos de baile; existen reminiscencias de los pajaritos cuando charlotean en los aleros o en las ramas de los árboles. Y la expresión, tenuidad de las telas, y la misma ausencia de ruido de la vestimenta del día, están en conformidad con el espíritu. Hay no sé qué de ligero, de aéreo, de saludable, de reconciliador con la vida. Quizá se ama más la juventud y más benevolencia se siente ante esas gracias ofrendadas con la sencillez con que una rosa esparce sus perfumes.

Tan mágica silueta, que con frecuencia vése alegrando esas calles del tedio, por donde en ola abrumadora corre la prosa del sudor y la fealdad, ofrece puntos dignos de meditación sobre los que quiero atraer su pensamiento, noble amiga.

Preséntase, en primer lugar, con todos los caracteres

de lo verdadero. No hay allí artificio de ninguna clase. He hablado de una mujer joven y gallarda, adornada de galas naturales, que, complaciente, la moda le permita exhibirlas, y a quien anima un alma sana, es decir buena. Nada tan claro y preciso. Lo ficticio no aparece por parte alguna. Trátase de un canto de juventud, de una carne llena de idealismo, de lineamientos armoniosos que aproximan al tipo perfecto de la figura femenina, y esto a plena luz, sin misterios ni ideas preconcebidas y sin la inquietud turbadora de lo que engendra pecado. Brilla allí la verdad con la nitidez percibida al contemplar una flor en un jardín o al analizar un axioma. Nada ofusca ni ciega la imaginación.

Repáre usted en que esa silueta es bella. Reúne los atributos exigidos para que una cosa lo sea. Variedad, armonía, proporción, expresión, desinterés y deleite al contemplarla, son cualidades que en ella se hallan reunidas y que pregonan en su graciosa amalgama la justicia de una admiración ilimitada y de que el orobias de la alabanza se vierta en lluvia de líricas letanías.

Esa admiración es espontánea; surge de lo íntimo, naturalmente, sin consideraciones de ningún género, como de la tierra el manantial. Brota en efluvio impalpable porque sí, porque el espíritu ha topado con un motivo para ponerse de fiesta como cuando contempla un paisaje, un cuadro o una estatua de arte supremo o cuando se baña en las músicas divinas de un poema. Es un goce elevado, durante el cual las bajas pasiones no se atreven a aullar de miedo de que se rompa el hechizo en que el alma se recrea.

Un goce de tal laya repercute bajo forma de bienestar corporal, haciendo que las funciones biológicas se cumplan con mayor eficacia y agrado, causa de serenidad de ánimo, de anhelos de selección y de acrecentamiento del fluido vital. Las emociones delicadas ejercen un influjo benéfico sobre el sistema nervioso, animador de la vida.

Sin darnos cata, la presencia de nuestra silueta, a más del sello de verdad y de belleza posee el atractivo de lo útil. Y esto es innegable, porque, ¿qué cosa de mayor utilidad para el sér viviente que la que en una u otra forma proporcione un aumento de vida por insignificante que sea? Y vida creciente y generosa son las pequeñas alegrías, los placeres inocentes, las sensaciones suaves, la dulce maravilla del recreo de los ojos.

Llegado a este punto no sería difícil probar que lo que

encierra los atributos de lo verdadero, lo bello y lo útil, puede, sin escrúpulo, decorarse con el calificativo de moral, en lo referente a la moral biológica. Hay filósofos de cuenta que sostienen que los tres primeros términos son inseparables del último y que si en ocasiones el ojo no percibe la estrecha relación que entre sí guardan, se debe a una concentración deficiente por falta de altura para el análisis, o que uno de ellos, más desarrollado, eclipsa los contornos de los otros.

Sin embargo, para mi objeto y hablándose de cuestiones de ética, no le atribuyo moralidad a la moda y la sitúo en el terreno de la absoluta indiferencia. Ya es mucho que cuente con su poco de verdad, belleza y utilidad.

Por supuesto que, como antes dije, está ella sometida al gran relativo de las cosas humanas. El ejemplo propuesto es cómodo, lo confieso, sacado de la realidad sin duda, pero escogido con cuidado para apoyo de mi tesis. Esa misma realidad nos ofrece a cada paso grandes desilusiones que desbaratan el más gallardo andamiaje sentimental o fantástico.

En la moda, dos actores capitales entran en juego; precisa no olvidarlo. De un lado la moda en sí, es decir las ideas más o menos extravagantes de modistos y modistas en trajes y en adornos convertidas, y de otro, la persona que luce las creaciones y fantasías. Nada vale aquélla sin el cuerpo y el alma de quien la sigue, porque se necesita cuerpo apropiado y alma comprensiva, o por lo menos sensible, para dar expresión y gracia a un vestido.

La moda es la persona, podría decirse imitando lo del estilo es el hombre; e injusto es calificarla expresando las cosas en abstracto, sin tener en cuenta el sujeto que la lleve. Urge una compenetración íntima del individuo con las galas que ostenta, de suerte que el desprevenido observador vea en el conjunto un dechado de armonía y gracia cautivante, desde el primer momento en que se advierta lo inseparable de los dos factores que lo integran.

En vez del ejemplo citado, puede escogerse otro tan real como el primero. Ya no se trata de la mujer bella, joven y de correcta vida. Es la mujer madura, de carnes fofas, poco favorecida por la naturaleza en asunto de proporciones y líneas, y de una existencia que no se anda en los lindes de la virtud. Lleva la moda actual, y entonces ésta no ofrece atractivos de ninguna clase.

En lucha contra los ultrajes del tiempo, recurre nuestra dama a los afeites: el bermellón pretenderá simular la vida fresca de la rosa en las mejillas; el blanco, ocultando estrías y manchas, aparentará la nítida tersura juvenil que no existe; el kohl ennegreciendo los párpados aspirará al engrandecimiento de los ojos y a la brillantez y fuego de los primeros años; gasas y sostenes no alcanzarán a fingir la discreción y triunfo de las curvas, que, apesar de los artificios, tendrán la flacidez y blanduras de los odres a medio vaciar. La tal silueta despedirá el aire de desconfianza del que pretende engañar, y en la mirada, en los gestos y actitudes se advertirá el anhelo de aparecer como en penumbra, de rehuir la evidencia diurna, para que los supuestos encantos no se desvanezcan con la inmisericordia de la luz.

Digno de estudio el proceso de aquella mente ante el espejo, en presencia de las avaricias de la naturaleza y de los rigores de los días, procurando, con creciente angustia, restaurar lo ya magullado por la vida, e ideando posturas y seducciones que sólo serán fúnebres como todo gesto del ser humano envejecido que pretende ser juvenil.

La verdad no aparece por parte alguna en caso semejante; todo es artificial y engañoso. Tampoco el concepto de belleza se deja sentir. Un interés menguado de falsa apariencia domina, al propio tiempo que las más triviales reglas de armonía se han violado y aun al mismo afán de gracia y gentileza ahuyentan aquélla, que ama la espontaneidad.

Con la falta de verdad y de belleza, la utilidad brilla por su ausencia, y por consiguiente la moral, o al menos la pulcritud interna, reveladora de una sensibilidad tranquila y noble, no queda bien parada.

El contemplador, en vez del bienestar antes descrito, experimenta una sensación molesta, que ahondándola se convierte en verdadera tortura.

Bien ve usted, señora, que hay la congoja del trabajo frustrado; el convencimiento de la desilusión de quien queriendo engañar no lo logra; la vista de la desarmonía siempre ofensiva. Y concluimos que la moda es un desastre, algo que debe ser proscrito de una sociedad correcta. De donde resulta que siendo una misma, puede ofrecerse como atractiva y discreta cuando exalta naturales dones físicos o internos, y repulsiva y hasta indecorosa, cuando pretende cau-

tivar la voluntad con dolientes lacerias morales o estafa la admiración con ruinas que serían respetables, si, noblemente, como ruinas silenciosas, pasaran por nuestros ojos.

Pero otro elemento digno de cuenta debe estudiarse en estas cuestiones. Refiérome al contemplador que en este caso es el público y sobre todo el masculino. Dirá de la moda según sus costumbres, educación, cultura, ideas, y, en especial, según el concepto que abrigue sobre la moral. Igual exactamente a lo que ocurre tratándose de obras de arte.

La intención dañada o el espíritu asustadizo pondrán malicia y escrúpulos donde existe hermosura y gusto. El alma cándida y provinciana, verá supremas elegancias y el sumum de la distinción, como ocurre con ciertos viajeros en las grandes ruas de las ciudades cosmopolitas, donde la sensualidad mercenaria y vivaracha asoma el rostro que hipnotiza con atractivos muy decisivos para médulas primitivas y exuberantes.

Cabría aquí una digresión sobre el desnudo en el arte; pero huelga porque ya la materia está agotada, lo que no impide, por supuesto que ante creaciones excelsas, divinizadas, en gesto grandioso y definitivo por el genio, que arroban el alma del artista, trasportándola a regiones ultrasensibles, donde alienta la fuerza creadora y el ansia de perfección suprema, se santigüen monagos livianos y chille la virtud positiva de fétidas cucarachas.

Conclúyese lógicamente, según lo expuesto, que la moda es una simple manifestación de gracia y arte cuando la anima un espíritu refinado que posee el privilegio de la elegancia; mas si cae en manos toscas, conviértese en risible caricatura o en algo que se aproxima a los campos de lo ridículo y censurable.

Feminismo

Querida amiga: si he de ser franco le diré que conozco poco de las cuestiones con el feminismo relacionadas. Nunca me he propuesto estudiarlas a fondo, porque siempre las he mirado con briznas de prevención. En la prensa suelo leer las noticias referentes a mítines y conferencias de las sufragistas de Inglaterra, Estados Unidos y hasta de la latina Buenos Aires, y cuando tal sucede, no puedo evitar que en mi imaginación surja una falange de seres exóticos de sexo equívoco, con curvas que tienden a ángulos y con cerebros perturbados por lectura mal digerida o por deficiencias o excesos de las glándulas de secreción interna.

Una feminista de las avanzadas según creo, es mujer que se sale de lo normal y pretende forzar la naturaleza, haciendo que en su cráneo quepa la masa encefálica de un hombre. Lógicamente resulta de allí un adefesio. Las ideas, que no tienen espacio suficiente para desarrollarse, salen encogidas y contrahechas, y así los actos que determinan.

Un discurso político, por ejemplo, en boca de mujer es algo que sin duda alguna tiene mucho de grotesco. Existe la desproporción que, como usted sabe, es uno de los elementos que da margen al ridículo. El timbre de la voz, la fragilidad y gracia del cuerpo, la misma gesticulación femenina, son elementos que no se compaginan con el pensamiento macizo y viril, que pide reivindicaciones y libertad, maldice o amenaza y lleva los pueblos a la revolución. Necesítase para eso de rostros de trazos fuertes y severos, de la crispatura del músculo recio, de la voz ronca y potente, capaz de dominar el hervidero de la multitud. Y la naturaleza femenina no puede dar de sí semejantes atributos, y cuando por una aberración biológica los produce, se ha perdido la feminidad, que es uno de los encantos de la vida.

Amo la mujer—mujer; la que sabe llorar y sonreír; la que con el contacto de su mano en nuestra cabeza nos ahuyenta dolores y malos pensamientos; la que nos roba el alma en una mirada; la que al besar nos sorbe la vida deli-

ciosamente por unos instantes; la que nos consuela y exalta nuestros bríos para la lucha; aquella que cuida y acrecienta los tesoros con que natura generosa la dotó; ama las flores y los niños; es frívola en la superficie, y llena de ternura como de inmenso corazón en el fondo; la mujer-madre, la mujer-novia, la mujer-esposa, la mujer-querida.....

Mujer que no sepa nada de política, ni de los tristes y mezquinos combates de los hombres; que ame las cosas bellas y delicadas como la poesía, pero que no haga versos, contentándose con sentir hasta lo íntimo el gran poema del amor; que sepa orar por nosotros los pecadores y sea el níveo copo de algodón que amortigüe la rudeza de esta flaca naturaleza masculina.....

Un niño pequeñito, con adorable media lengua, en una feliz confusión de términos, digna de altísimo poeta, llama a las flores, niñas. Bello símbolo para las mujeres! Niñas, séd como flores; alegrád el alma y los sentidos; perfumád en ola impalpable la existencia. Que la vida, por vuestro influjo, en vez del campo yermo, envenenado por los miasmas de todos los apetitos y bajas pasiones, sea el jardín maravilloso en donde, si punzan las espinas, lucen las rosas para consuelo y alegría.

Pero usted dirá noble amiga, que mis ideas sobre la mujer, en fuerza de quererla enaltecer, son las de un soñador, y que el mundo en su rápido avance reclama realidades, en vez de hermosas palabras. Y estoy de acuerdo con usted hasta cierto punto.

No puede la mujer vivir en una atmósfera de ensueño. En la tierra alienta, y la ley de la vida la solicita a la lucha como al hombre solicita; sólo que en estos dos seres las modalidades que aquélla adopte, deben estar conformes con la naturaleza. Oficios lucrativos y dignos existen para las mujeres, sin necesidad de que se despersonalicen ni invadan el predio masculino, en lo que de masculino tiene. Oficios que en ninguna forma ajen su belleza ni comprometan las grandes funciones que la vida les tiene encomendadas.

Soy partidario del feminismo si éste se propone educar a la mujer para elevarla y dignificarla, librándola de fanatismos y dotándola de capacidades para que pueda, por propia cuenta, ocupar su puesto bajo el sol. En el feminismo así comprendido está la salvación del país. Desde que las mujeres abandonen las sacristías y cara a cara se enfrenten con

la existencia, intensificando, por mayor comprensión, el angustioso papel de madres, de esposas y de amadas, los hombres para merecer las unas y por las otras influenciados, tendrán que comprender que la vida es digna de respeto, que hay bellas cosas en el mundo a qué aspirar, y que el trabajo es lo único que enaltece y liberta a los espíritus.

En la tierra antioqueña existe un gallardo resurgimiento del alma femenina, en el cual, de paso sea dicho, les cabe muy poca cuenta a los varones. Háse iniciado una corriente de saludable feminismo, que nada tiene qué ver con mítines, votos, ni leyes. La mujer ha dejado de ser la hermosa castellana prisionera en las cuatro paredes del hogar acosada en ocasiones de «nervios», que todo lo esperaba del padre, del esposo o del hermano, y se ha lanzado a la calle sin perder ninguna de sus galas naturales ni intoxicarse con ideas indigestas, resuelto el ánimo a la labor purificadora, en busca de honorable existencia merced al trabajo. Y allí está en las fábricas, en los almacenes, en las oficinas, gentil y delicada cual si ante el tocador se hallara poniendo su nota de orden, de pulcritud, de consagración y alegría en el tráfico de la diaria faena. Y no es sólo la hija del pueblo quien tal obra; es la dama aristocrática, enseñada a triunfar en los salones, que no desdeña, cuando la fortuna se muestra impropicia, acrecentar el haber común y mirar por su propia subsistencia con la mano que hizo sedosa el uso de la cabritilla.

Ejemplo palpitante, reproche enérgico, para esa juventud masculina de menguado carácter que anda tras los empleos oficiales, sin fe y sin entusiasmo por ninguna nobleza ni por ningún esfuerzo. Pero la mujer los hará varones de verdad, o acabará por eliminarlos. No admiten las abejas los zánganos en la colmena.

El feminismo en tal forma entendido, único digno de cuenta y que quizá ni feminismo sea, tonificará los valores morales de la patria y abrirá nuevos cauces a las energías de la raza.

Febrero 3 de 1916

Nótase desde temprano desusada animación en la ciudad. Día de fiesta parece. Las gentes, en coche, en automóvil o a pie, abandonan sus casas, y en grupos animados se dirigen a las colinas próximas. A las nueve de la mañana reina soledad completa en calles y plazas. Almacenes, talleres, oficinas, todo está cerrado. Vaga melancolía ciérnese por doquiera, que, por asociación de ideas, hace pensar en el trágico abandono de aldeas y ciudades azotadas por la guerra.

La mañana es luminosa, no obstante las manchas de blancura con que las nubes a trechos borronan el cielo. La temperatura es grata como una caricia. Ofrecen los vegetales la vernal tonalidad del verde en todas sus gradaciones; han beneficiado en grado máximo del invierno que se marchó hace poco para ventura de nuestros ojos.

Por colinas y collados hormiguea la multitud, que vista a lo lejos es como inmensa plaga de filoxera, destructora de cultivos y renuevos; pero que de cerca contemplada, regocija el ánimo por la animación que en ella vibra y por la nota alegre y amorosa que en aquellas capacidades humanas ponen las muchachas con sus ojos, sus risas, la púrpura de labios y mejillas, y la policromía de los trajes.

Generalmente la multitud no es agradable: no huele bien, entumece el espíritu e inculca la pavorosa toxina de los instintos primitivos. Mas cuando en esa multitud lucen hermosos rostros de mujer, y al aire libre se encuentra bajo un cielo magnánimo, animada de alegría y de leve inquietud por lo imprevisto, sin que haya espacio a los estallidos de vulgaridad y salvajismo de los circos de toros o de las películas americanas, entonces su contacto tonifica tornando jovial el ánimo.

Hay contagios de sonrisas ¡dulce contagio! Pregúntome ¿por qué no sonreiremos con más frecuencia los antioqueños? ¿Por qué diariamente no habrá eclipse total de mal humor? ¡Bendito el hermano sol, como diría el Amoroso de

Asís, que por un momento ha obrado el milagro del regocijo en este cristianísimo valle del Aburrá!

Y qué bien les sienta a mis paisanas la brillantez del astro! Intensificanse los ojos en su negror, delatando ocultas y sanas pasiones, «ojos en que refulgen las noches de Keden». Arrebola las mejillas el tenue rosa de la vida, dándoles frescura de pétalos. Despiden los cuerpos claridades de alma como si hasta lo íntimo la luz los penetrara. El aire, cargado de oxígeno y a satisfacción respirado, tórnalas vibrantes y sensitivas.....No sé por qué, pero al verlas en grupos, en mariposeo incesante, charlando y riendo, bajo la paz azul de la mañana, mi imaginación finge chorros de agua cristalina, reventando en copos de espuma, que musicalizan el ambiente con notas como risas de la naturaleza y las irizan con todas las gemas del arco iris.

Mas no todo es contento en el conjunto. Vaga por allí mucho ánimo suspenso con el temor de lo desconocido. Leyendas arrevesadas y terroríficas han circulado en los últimos días. Háblase de enfermedades extrañas, espantosos cataclismos, fríos polares, de una noche intensísima que puede prolongarse indefinidamente, y hasta la antigua superstición persa del monstruo fabuloso que devora la luna, ha venido a aposentarse en estas montañas quien sabe por qué conductos. Pero lo cierto es que los que así piensan no se atreven a confesarlo y de desprevenidos se las dan, no obstante la zozobra que al rostro se les asoma.

Empieza el eclipse. Todo el mundo venda sus ojos con vidrios ahumados, que amortiguan la intensidad de los rayos luminosos. El gran círculo rutilante del sol aparece ennegrecido hacia la derecha por una ligera escotadura que, lentamente, muy lentamente, se agranda. Y lentamente, al par que aquélla crece, el alma es presa de ansiedad. Algo indefinible, algo extraño, nunca sentido. Admiración del ignorante por las mentes capaces de comprender la magnificencia del fenómeno y predecir su desarrollo con exactitud; admiración por la grandiosa armonía que preside el rodar de los mundos, indiferentes y mudos ante los lamentos y sueños de los hombres, que en su minúscula soberbia imaginan que son causa de las revoluciones de aquéllos para premio o castigo de pobres corazones de hambre y sed aquejados. Presentimiento de la grandeza de Aquel que dictó las leyes a la fuerza. Vagas ideas sobre ese más allá enigmático, que siempre sobrecoge al ánimo más viril. Angustia por lo sublime

que se retarda. Miedo de un desengaño. Intenso anhelo por una manifestación de belleza perfecta. Necesidad de amparo. Urgencia de consuelo. Alguien a quién dirigir una mirada suplicatoria, para con voz del alma murmurarle: Padre mío, padre mío! Todo confundido, en híbrida mezcla todo, flotando por sobre la conciencia como sutil vapor, mas sin penetrarla, inquietándola, apenas dándole espacio a que viva un instante de vida intensa en consorcio con las cosas exteriores.

Algunas nubes escoltan al sol, y hay momentos en que se interponen a las miradas ansiosas; pero pronto pasan y se esfuman. La multitud siente alivio, porque ha temido perder el magnífico espectáculo.

Aproxímase el eclipse total. Faltan breves minutos para la hora señalada. Ya el sol no es sino una hoz de oro entre blancuras. Los ánimos están en suspenso, y hondo anhelar penetra el ambiente como una gigantesca respiración. Un ligero tinte violeta va invadiéndolo todo, poco a poco, y a medida que se hace más intenso, se matiza de un suave tono rosado que se desliza en sombras, insensiblemente, en las oquedades de las montañas vistas a lo lejos. La temperatura ha descendido algunos grados y la naturaleza se doblega ávida de reposo. Dos gallinazos, en la altura, indiferentes al fenómeno, rayan el cielo en cansadas espirales. En el reino interior, que dicen los poetas, la tristeza extiende una gasa impalpable como el desfallecido claro-oscuro que los ojos contemplan. No sé porqué acude a mi memoria, con insistencia de obsesión, el poema *Futuro* de Guillermo Valencia.

A cada instante el violeta se torna más sensible. El verde de los campos ha perdido su frescor de primavera. Aduérmese la vida cual si quisiera tornarse latente. En los cielos del oeste el azul se ensombrece. Los rostros adquieren palideces de emoción. Un livor argentado pone un toque de atardecer maravilloso sobre las montañas del sur. La hoz de oro ya no es nada; simple paréntesis ígneo, que en un instante desaparece titilando ante la negrura del satélite. ¡Y estamos en pleno eclipse!

¡Imponente espectáculo el de ese globo de concretas tinieblas, eterna fuente de la vida, que se precisa en la altura por el pálido resplandor que lo circunda! Diríase una tronera por donde se viera el caos.

Momento supremo, lleno de unción, en que se prescien-

te la proximidad del infinito y se palpa la grandeza de algo inmenso y misterioso que nos penetra con su soplo creador. Experimentase la necesidad de humillar el soberbio corazón humano. Abrese el espíritu para dar paso a sentimientos de amor y admiración que nada tienen qué ver con la fiebre de las torturas pasionales.

El crepúsculo está en su máximo, un crepúsculo lleno de tintes desvanecidos, cual visto a través de un ópalo contemplado sobre el agua, en un bosque, bajo los cielos tropicales, cuando en derroches de luces se incendia el poniente al despedirse el día. Oros pálidos, rosas tenues, verdes esfumados, sepías sombríos, pinceladas de ocre, gasas de sombra, azul muriente, blanco lechoso, y por sobre todo, penetrando el ambiente y las cosas, como un gas inmaterial, como algo de ultratumba llegado, una sutilísima coloración morada, que pone una nota de melancolía inquietante en lo que la vista abarca. Es como el instante preciso en que la luz quisiera despedirse para siempre, sin pensar nunca más en despertar. Y como si para siempre se marchara nos favorece con las delicadezas de sus colores en gradación y desfallecimiento admirables y las tristezas de su desaparición.

Siéntese la multitud dominada por lo que presencia. Palpita el silencio de los graves instantes de la vida. Los rostros no son los comunes de todos los días, vulgares o distinguidos, feos o hermosos; son rostros en los cuales el alma se asoma en anhelosa interrogación, y hay en ellos algo que los torna atrayentes. Advirétese por doquiera una como sensación de angustia. Hácese desapacible el frío; pero creo que viene no de fuera, sino de dentro del alma, por el extraño malestar en que ésta se ha sumido. Extraño malestar originado quizá por la consideración de la pequeñez humana ante la inmensidad de lo existente; por la sugestión inconsciente de lo crepuscular, que analogías estrechas guarda con el extinguirse de la vida; por indecibles anhelos, nunca satisfechos, nunca precisados, que adormecidos siempre durante el tráfigo del diario afán, en determinados momentos de profunda emoción, surgen a la superficie del espíritu y con un sentimiento de vacío, de acechanza o de infecundidad lo perturban hasta el dolor.....

Lo cierto es que mucho tiene el cosmos qué ver con los hombres, cuando tanto influye en nuestros pensares y tan hondamente modifican nuestras sensaciones la luz, el aire y los fenómenos naturales..... ¡Y así se aspira a que seamos

depositarios de la verdad absoluta y exhibamos una voluntad precisa y fatal como un teorema! ¡Pobres hombres!

Escápase de repente un rayo esplendoroso del círculo negro, que traspasa la atmósfera con no se qué de triunfal violación, de gloriosa alevosía, como si el sol, al recobrar sus dominios, quisiera dar muestras de toda la fiereza de su poder. Brota un grito de júbilo de mil gargantas y algunas manos aplauden cual si de una fiesta pagana se tratara. La naturaleza, al sentir el flechazo arrogante de la luz, vibra sonriente y estremecida como hembra enamorada que las caricias del amante recibe. Desvanécese poco a poco el crepúsculo, como se había iniciado, y tenemos al fin el día, monótono en su brillo, trivial como los que pasaron y vendrán, prosaico como aquéllos por la nitidez con que se muestran los detalles ingratos de las cosas y de los seres.

Del rebaño

Un sentimiento de bienestar profundo invade el espíritu cuando en horas de cansancio y desilusión, flojos los resortes morales, desengañado de los hombres y de los ideales perseguidos, el pensamiento, en el vagar de la fatiga, toca en las brumas del recuerdo con una vida aromada de bondad y transparencia como el manantial que limpio brota por entre los peñascales y musgos de la montaña.

Disípanse las sombras, serénase el ánimo y una claridad apacible nos dora por dentro. Sentimos algo parecido a lo que debe sentir la tierra reseca y polvorienta, cuando la lluvia benéfica, venida de los cielos, la penetra hasta lo íntimo de las entrañas. ¿No la véis cómo se sonríe y magnánima se exhibe en el reverdecimiento de los follajes, en las gotas irizadas que temblando se quedan en las hojas o resbalan por ramas y troncos, en el mugido de los arroyos, que se hinchán como arterias pletóricas de savia fecundante, en ese olor delicioso y prometedor de próximas cosechas y renuevos que ella esparce cuando sacia la sed que la consume y que aminora su potencia creadora?

El estudio de los Héroes y grandes hombres, que rumbos ignorados marcan a la humanidad, nos causa pasmo, subyugándonos en absoluto las más de las veces por lo trascendente de la obra realizada y porque su misma grandeza hace más resaltante nuestra pequeñez y la incapacidad en que nos hallamos de imitarla.

Tienen el genio y el heroísmo algo de deforme e incommensurable, un cariz de fatalidad como de fuerza bruta de la naturaleza, que espanta apesar de la admiración que causa. Frente a la inmensidad de una vida consolidada en una obra maestra y definitiva, el alma no se humaniza: abisma se y contempla; contempla presa de terror con todas las potencias despiertas y ávidas, convencida de que el paso de un segundo más levantará el velo de misterio o violará los arcanos inescrutables de Dios. Ante el *Pensativo de Rodin*, esa mole estremecida y angustiosa que en sí encierra las

crispaturas y dolores de la mente humana, que reconcentra bajo la dureza de la piedra todo el rencor del pensamiento que intenta dominar el mundo con su fuerza y no lo logra, el alma no vibra con un solo impulso de ternura o delicadeza, no siente el más leve rastro de amor. Torturada por un soplo sagrado, éntrase por las sendas de lo desconocido y allá se pasma en presencia de lo sublime..... Quédale al fin una sensación de anonadamiento motivada por la admiración excesiva y por el anhelo frustrado de abarcar en su totalidad la idea grandiosa.

Algo muy distinto de lo que se siente en presencia de las vidas nobles y sencillas, que son el puente que va de las miserias terrenas hacia las cumbres elevadas del espíritu. Son ellas el consuelo que necesitamos en horas de escepticismo y de congoja; son el perfume vivificante que amortigua y neutraliza la acritud de los problemas que nos hacen sangrar el corazón y agostan la esperanza.

Así he pensado en esta noche estrellada y serena, mirando el firmamento desde mi balcón, al evocar la benéfica silueta de la Madre Cayetana, a cuyo lado trabajé durante catorce años en las salas del Hospital.

Es uno de los recuerdos gratos de mi vida de estudiante y de médico, el de aquella santa mujer, que en estos días cumple cincuenta años de haberse consagrado en alma y cuerpo a los desgraciados, por amor al Divino Maestro que sólo fue amor y perdón para los derrotados del mundo, y a quien tan implacablemente se le calumnia en los tiempos modernos.

Paréceme que aún veo la figura atrayente y rolliza de la Madre Cayetana en los amplios corredores o en los patios florecidos, junto a las flores que cuidaba con tanto cariño, casi como a los enfermos. Perduran por ahí todavía unas azaleas blancas como vírgenes del Señor, orgullo de la Madre, que mucho tenían qué ver con la Hermana María, tan pura como ellas, y ante las cuales nos deteníamos todas las mañanas Emilio Jaramillo y yo, que gastábamos por aquel entonces el alma embrujada de romanticismos..... ¡Eran tan bellas y sugestivas las azaleas y nos decían cosas tan dulces con lo níveo de sus pétalos!

La Madre Cayetana iba de una parte a otra con su cara muy sonreída y franca, inspeccionándolo todo, inquieta y diligente como una abeja, regañando de vez en vez, mitad en

francés y mitad en español. Entre operación y operación, mientras yo fumaba un cigarrillo, solía echar con ella largas parrafadas, evocadoras de la guerra franco-prusiana del 70, en que tomó parte activa como directora de una ambulancia, o de las guerras nuestras en las cuales desempeñó repetidas veces puestos importantes y de peligro, o de médicos notables del país a quienes mucho conociera cuando estudiaban en los Claustros de Santa Inés. Tales paliques nunca terminaban sin que me endilgase una cariñosa reprimenda sobre ciertas cuestiones teológicas y de conciencia..... Era habilísima en el arte de los vendajes, y si hoy hago una capelina que no me causa rubor ni mucho menos, a ella se lo debo.

¡Cincuenta años! Fácil enúnciase esta cifra, pero hay que pensar los días y las horas que cincuenta años representan. Días y horas, en el caso de la Madre Cayetana, consagrados íntegros, con integridad de bloque marmóreo, a la virtud y al bien. Virtud activa y fecunda de la que impone sacrificios sin descanso y comanda el despliegue de un dinamismo excepcional, sólo albergado por un pecho de amor encendido hacia el género humano, y que acendra los más altos ideales de confraternidad universal.

Es preciso pensar en las largas vigiliass junto al lecho de seres torturados por el sufrimiento, que desgarran el silencio con sus ayes; en la incesante contemplación de angustias y dolores de todo género, donde el rostro de la muerte es lo único que conforta; en el adiós definitivo a la patria y a la familia, y en los recuerdos tristes de seres queridos que nunca más se verán y que en los momentos de descanso llegan a robarse la paz; en las privaciones y renunciaciones, tanto más heroicas cuanto más voluntarias; en la ingratitud y pequeñas maldades de los hombres y en especial de aquellos a quienes mejor se les sirve.....

Y esto soportado con magnánimo corazón sin una queja ni un gesto de protesta, con la sonrisa en los labios y la mansedumbre y pureza en el espíritu. Y soportado hora tras hora, en gozo apacible de creación, olvidando galardones y recompensas terrenos, el ansia puesta en Dios, entre los muros de los Hospitales, donde sólo es reina y señora la miseria. Y soportado durante medio siglo!

Tál ha sido la vida de la Madre Cayetana: cincuenta años de abnegación, de sacrificios y de engrandecimiento espiritual, sencillo y humilde.

¿No sentís, al pensar en existencia semejante, como el infujo de un hálito cordial capaz de reconciliarnos con la especie humana? ¿No advertís con íntima frescura interior, que por sobre los espasmos de la carne pecadora y los vahos de feria y furentes pasiones de que está llena la atmósfera, un soplo divino baja de lo alto, penetrándonos del encanto de las abstinencias y de la belleza oculta de aquellas almas, que en contacto con el dolor y ardidadas en la hoguera de Aquel que perdonó a la Magdalena y a la Adúltera, amó a los niños y a los desheredados y estigmatizó a los fariseos, se tornan sonrientes, nobles y expansivas?

La madre agua

He vuelto a la aldea después de veinte años, y la he encontrado tal cual entonces la dejara. Nada absolutamente ha cambiado. Las mismas casas de aspecto triste y sórdido, llenas de desgarrones como úlceras en cuerpos caducos; los mismos tejados oscurecidos por los años y borronados de vez en cuando por la columna de humo que se escapa del hogar; la misma yerba en las calles solitarias, cuya monotonía sólo interrumpe a ratos la gallina de un vecino, que escarba la tierra en busca de sustento, o el gruñido de un cerdo que ha juzgado más cómodo dejar el chiquero, donde la pitanza escasea, para ir a husmearla entre los desperdicios que fuérase se botan; la misma torre de la iglesia sin concluir, y ya vieja, con sus dos campanas de ruido sordo, sin vibraciones, como si rotas estuvieran desde que nacieron a la vida; iguales los arbolillos chamizudos y polvosos de la plazoleta, con hojas amarillentas privadas de clorófila, y un no sé qué de desamparo que da angustia; y dominando el conjunto el tedio de siempre, que todo lo envuelve como el aire, con su olor peculiarísimo a viandas de mala calidad, a emanaciones amoniacaes de establo, a habitaciones cerradas aun cuando estén abiertas.....a tedio en una palabra, porque el tedio huele como perfuma la alegría.

Pero no son sólo las cosas inanimadas las que hallo igual que antes. Son también los seres vivientes que pueblan ese abrumador rincón del mundo.

En la puerta de una tienducha negrusca, donde se vende tabaco, panela, alpargatas y chicha simple, veo a Jesusito el sacristán. Está como siempre, como hace veinte, treinta, quizá cincuenta años; en atisbo de crónica lugareña, y como siempre, oculta el saco de dril mugriento bajo una ruana parda, también mugrienta. Tócase también con el eterno sombrero grasoso y empuña las gruesas llaves de la capilla, atadas con cadena de cobre.

No ha envejecido Jesusito; puede tener treinta o sesenta años; su carilla picarezca y rolliza nada nos dice de edad;

sólo en el bigote recortado como un cepillo de dientes o en la barba descuidada, brillan a intervalos los alfilerazos de las canas que antes no se mostraban.

Jesunito continúa viviendo su vida de sacristán, entreverada con el aperitivo mañanero en el estanco, la ayuda a bien morir de quien intenta cerrar el ojo, el diario chismorreó y con acompañamientos de clarinete, muy de tarde en tarde, en las serenatas de los enamorados. Y esto dura años, siglos quizá. Hay ciertas vidas que tienen la estabilidad de los grandes monolitos.

Pasa don Pedro, uno de los gamonales, presidente del Consejo, muy robusto, de vientre mayestático y de cara congestionada sin afeitar. Calza botines de soche y lleva por donde quiera las llaves de la tienda en la mano. Hay en él algo de agosto, de satisfecho. Adviértese en sus ademanes la precisión de lo perfecto. Todo lo dirige en el villorrio: vidas, conciencias y haciendas. Es el verbo de Dios, hecho un señor peludo de aldea.

Hablo con don Cayetano, el ronco y monumental don Cayetano, coronel legitimista desde el vientre materno, y evocador perpetuo de sus glorias en aquella asamblea memorable en que aplastó a su contrario con aquello de que «La libertad la confunden los sinvergüenzas con el libertinaje, y el libertinaje no son sino los bajos apetitos de la carne». Don Cayetano sigue rememorando su formidable frase y viendo cómo se graba con letras de oro en el libro de la historia.

Veo a don Agapito, a don Polo, a don Roque, a todos los santos del lugar, defensores de la moral cristiana y de las buenas ideas. Me encuentro con Ramírez el telegrafista, siempre con la cara triste de vencido, cual si en efecto llevara sobre sus hombros las doce fecundidades de su señora. Con don Trino, el peluquero y talabartero a un tiempo, y lo veo en su tienda-barbería desliendo el jabón en la taza pegada de guarda azul. Topo con Guanajuaco, el idiota de rostro sonreído, que eternamente estira la garra mugrienta en demanda de un «tillo tillo» (cuartillo). Fulgencio, el boticario de anteojos, me saluda zalamero como siempre y me encomia el maravilloso quita-manchas que está haciendo patentar en la Capital. Eleuterio el anarquista, no ha de faltar. Eleuterio es la piedra de escándalo: tiene talento, hizo en tiempos remotos estudios en la Universidad; ha leído a Vargas Vila, Juancho Uribe, Eugenio Sué, Victor Hugo, y recita el *Que Sais Je?* y *La Hora de Tinieblas*. Un amigo le en-

vía números de *El Espectador* bajo cubierta. Es el informado, el ateo y el irónico. Los chicos lo creen espiritista.

Respetuosamente saludo al señor cura Corrales. Está más grueso y su pigmento de mulato háse acentuado. Como siempre, odia los sombreros y adornos femeninos, el baile y el canto. Centellea su verbo como siempre en las pláticas dominicales, para desacreditar a los rojos bandidos y en demanda de limosnas para el culto, y, como siempre, abomina de los libros y de las funciones de maroma o de cine.

Por lo que respecta a las señoras, se conservan lo mismo que los hombres: admirable, eternamente. Aguedita, rezandera y torturada por invencibles ganas de casarse, hablando sin descanso mal de los hombres y pestes de los ajenos matrimonios. Doña Rosana, dirigiendo de continuo las vidas ajenas, tan robusta, tan congestionada y de enaguas tan sonadoras. Un sol de alegría es su cara. Dirige y ordena en la iglesia cual el propio padre Corrales. Misiá Micaela, estirada y doctoral, y tan rabiosa de virtudes como un Tomás de Torquemada con faldas. Sin ella, sin su juicio olímpico, nada podría hacerse en aquella porción de humanidad. Es presidenta obligada de toda obra pía o de toda labor de propaganda, e invencible muéstrase en asuntos teológicos y de política cristana. Doña Justa, la componedora o comadrona, la médica mejor dicho, de vientre prolífico, pues con veinte mocosos dotó a la patria, sigue exhibiendo aquél voluminoso, cual urna sagrada en donde un día se albergó semilla fecunda. Hasta ña Chinca, la que narra los cuentos de Sebastián de las Gracias y de la Flor de Lilolá, continúa presentando el poco edificante espectáculo de sus patas rellenas de espundia.

Y yo me pregunto: ¿pero es posible que ni seres, ni cosas cambian en este pueblo? Parece que la vida se hubiera estabilizado en una mueca definitiva. Esta minúscula porción del globo se ha sustraído a las leyes de evolución. Como en la mágica leyenda de Perrault, aquí todo se ha dormido por un lapso de tiempo largo y aún no se piensa en despertar. Es isla de durmientes batida por el mar rumoroso de la existencia. Nada cambia, nada se modifica, nada se crea, ni se destruye. La muerte aquí no existe, porque todo está cristalizado y quieto bajo la vaga apariencia de vida vegetativa. El soplo de una idea no estremece a estas almas ni a estas cosas. La civilización ha pasado por sobre la triste montonera, como esas máquinas maravillosas que hoy rayan

el cielo sin dejar rastro. Los mismos chismes, la perpetua incomprensión, la falta de ideales, el idéntico tedio que arrojaba a los abuelos de estos pobres hombres, cuando hace más de cien años unos rústicos exploradores fundaron esta doliente agrupación de casuchas.

Y lo peor de todo es que se vegeta aquí creyendo que se está en el mejor de los mundos; que no hay nada más a qué aspirar; que las decisiones del Consejo Municipal son la norma infalible para derrotero de las naciones; que el mundo acaba allá, en la línea azulosa de la montaña, donde se amplía el horizonte más y más como para indicar los vuelos atrevidos del espíritu.....

Y este quietismo a qué se deberá, me pregunto? Cavi- lo, cavilo, y no encuentro la respuesta. Miseria no será, por- que alrededores maravillosos ostenta la parroquia. Son sus campos una gloria del cielo. En sus prados pasta gratamen- te el ganado, poniendo una nota bucólica sobre el tono ver- de dominante. Hay predios por ahí, donde las cañas de maíz ya paridas con su tonificante fruto, rumorean con ruido de gasas al ser besadas por la brisa. En las vertientes, los ca- fetos sombreados por los pisquinos alardean en el rubí de sus granos la prolificidad de las cosechas. Los platanares, car- gados de racimos ubérrimos, pueblan de rumores el aire con el agitarse grato de sus hojas desgarradas, que evocan banderolas de exóticos países, en despliegue de victoria. La caña de azúcar, jugosa, gruesa, alineada en penachos de un verde claro, está diciendo que en muchas leguas a la re- donda ahuyentará el frío y dará tonicidad al músculo traba- jador, con las calorías que su néctar proporciona, al propio tiempo que promete no dejar que se acabe el anisado de mi Dios.....La vida vegetal con su frondosidad y lozanía, murmura un cántico de triunfo al sudor humano, caído en los surcos, y es promesa de abundancia y redención para los seres futuros.

¿Qué será entonces? ¿Los habitantes de esa comarca como tantos otros en igualdad de circunstancias, estarán so- metidos por un hado fatal a permanecer estacionarios, como las rocas, y a no gozar de los beneficios del perenne des- envolvimiento y ascenso del espíritu? ¿Será, como lo pienso muchas veces, que la civilización o algo que a ella se a- proxime, no es sino para unos pocos privilegiados? Pero en fin, siquiera una brizna del progreso material, ¿por qué no les habrá traído en sus alas el viento?

Y obsesionado con el problema cuya solución se me es- capa, recorro la calle larga del pueblo, pomposamente nom- brada «Calle Real», hasta que entro a la casa de un mi an- tigo conocido; allí, después de alguna observación, puedo dilatar mi pecho con el eureka del sabio.

La verdad aparece a mis ojos evidente, luminosa o me- jor, para el caso, pringosa, con la simplicidad con que se mues- tra cuando en conjunto se abarca.

Desde que traspongo el umbral, un hálito molesto se me viene al olfato. Es una emanación de vejez pero de vejez descuidada. Muy lejos estoy de las queridas y evocadoras cosas viejas que cantó el poeta en estrofas admirables. Trá- tase aquí de cosas viejas y quietas, como todo lo de fué, que pueden ser hasta de reciente factura, pero a las cuales se ha adherido íntimamente como moho al hierro el des- cuidado y la plebeyez de la aldea. Aquello huele a sucio.

Salen chicos barrigones, de filantes narices, con los pies afrentados por los parásitos, y las pelambreras, jamás dome- ñadas por el peine, lastimosamente trasquiladas, como las pe- lucas de los idiotas en las zarzuelas de género chico. Cohi- bida preséntase la madre o si queréis, para el caso, la hem- bra. Su cuerpo se ha deformado sin que el más leve rudi- mento de arte intente oponerse nunca a las deformaciones de los alumbramientos ni a las explosiones de la grasa. El traje que la cubre, tiene todos los rastros de la promiscuidad con chicos sucios y bajos menesteres. El pie sin medias, cal- za alpargatas sueltas. En su rostro, que debió ser bello, se a- divina la resignación de virtudes demasiado prosaicas, con- solidadas en fuerza de carencia de tentación. El esposo, mi conocido, acomodado y gamonal, no ofrece en su cabeza la frescura de la ablución matinal, y su barba hace más de ocho días no es repelada por la navaja de Trino; como hace más de ocho días, la camisa se encuentra adherida al cuerpo. Y en la casa todo ostenta el mismo cariz de sus habitantes.

No hay agua por ninguna parte; y allí está el secreto de mi asunto. El agua la traen de uno de los pozos de la pobla- ción o de la pilita física que adorna la plaza. Y no es que en los contornos falte el arroyo bullicioso, coronado de espuma y fecundizador de campos y sementeras; no es que no se oiga la cascada lírica, cuya fuerza se ha transformado en luz eléctrica para alumbrar la desolación del poblacho; es que ¡Dios mío! no necesitan el agua sino para beberla y co- cer el sancocho.

Con ésto está dicho todo. Véase claro la paralización de aquellas almas, la estratificación definitiva de sus ideas embrionarias; la gruesa, la inconmensurable capa de prosa que las envuelve.

Desconociendo los encantos del baño, desconocen lo que es frescura limpia del cuerpo, y, por ende la graciosa frescura del espíritu. Los sistemas nerviosos, no tonificados ni exaltados por el beso del agua, se embotan día a día hasta ser sólo aparentes para conducir groseros instintos. Y quien sólo a la satisfacción de estos atiende, apoca su alma tornándola rastrera.

El agua y el jabón despiertan la mente y refinan la sensibilidad. Siéntese verdadera euforia después de un baño; el cansancio desaparece; la sangre circula más fluída; se amplían los pulmones en gozo de respiración; elévanse y dulcifican los sentimientos. Es entonces cuando mejor se siente la belleza del paisaje y se comprenden los beneficios de un cielo azul y las caricias del sol que pone su dorada tibieza sobre el universo. El hombre es entonces perfectamente abordable, y la mujer despliega todas las galanuras incitantes con que la naturaleza la dotó.

Recién bañados, hasta los brutos sienten las gallardías de la vida. Reparád en el caballo cuyo pelaje aún está húmedo por la reciente limpieza, cómo lleva su carga como placido, exhibe donosuras que son coqueteos al bien recibido, y lanza relinchos de intensa satisfacción.

El baño, refinando la sensibilidad, despierta ambiciones y torna al hombre inconforme, es decir, elemento de progreso. Quien diariamente frecuenta aquél, diariamente reclama para sí el uso de ropa limpia, habituándose por lo tanto a vivir en pulcritud, y quien en pulcritud de cuerpo vive, por un fenómeno lógico y natural, ha de confirmar sus actos internos a la pulcritud exterior. La rebusca de armonías en cualquier sentido acaba por crear la costumbre de un conjunto armonioso. Por la misma razón, quien mucho cuida de sí mismo no podrá conformarse con que cuidado no esté todo cuanto le rodea. De suerte que el amante del agua, necesitará la casa bien puesta y muy resplandeciente de limpieza, y para que aquélla luzca, no podrá tolerar que la del vecino se halle convertida en pocilga, ni que la calle en donde habite sea un depósito de desperdicios. Encauzará sus esfuerzos a contagiar de sus buenos hábitos a todos los

que lo rodean. Por donde vendrá, sin él darse cata, quiza sin quererlo, a convertirse en un buen ciudadano.

El ejercicio de la ciudadanía bien entendida desarrolla industrias múltiples; da nacimiento al arte, amplía las aspiraciones, estrecha y consolida los vínculos de los grupos humanos. Esto trae por consecuencia la suma de esfuerzos individuales en pro del bién colectivo, que es acrecentamiento del espíritu.

Sin agua por dentro y por fuera, la existencia es imposible. Lo está gritando la misma naturaleza al obligar a toda célula viviente a que sea acuática.

La cultura de un pueblo no se mide por el número de sabios que su suelo sustenta. Mídese por la cantidad de litros de agua que diariamente en aseo consumen sus habitantes. Agua es la higiene, la riqueza del suelo es agua, el progreso es agua. Sin agua no existe la belleza.

Pensád en las flores, en la esplendidez de los paisajes, en la tez satinada de las mujeres si no abundase el líquido elemento. ¿Podría existir el amor si no fuese por el baño purificador? En algunos pueblos del Asia, la mujer que compruebe, después de un pecado pasional, haberse bañado, no podrá ser motejada de adúltera por más que los hechos todos estén en su contra. No conciben el amor sin agua, y a fe que les sobra razón.

La carencia de agua es mugre, pereza, quietismo, fanatismo; es cuerpo y ánima enfermos y apocados; es odio a la luz y delirio de persecución; es fétida virtud.

¿Qué se suple la aldea de mi cuento con que la eléctrica alumbra por las noches la soledad de sus calles y vele el sueño soporoso de sus hijos, vencidos por aplastantes impurezas corporales y morales, si en los patios de sus casas no existe la alberca rebosante que copia un recorte del celeste terciopelo, claveteado de astros, y que invita a tonificar nervios y músculos en la pureza de su linfa?.....¿Qué se suple, qué puede reservarle el porvenir o siquiera el presente, si el tedio que la envuelve no lo rompe la música del chorro cristalino, que al lanzarse en medio del surtidor es símbolo de vibrante anhelo, y al caer desmadejado en la taza tiene el encanto fugaz de lo que al morir se desmenuza en esplendor y en blancura?

La fiesta nacional

Las corridas de toros son bellas en las panderetas y en los grandes abanicos de papel que los viajeros traen como recuerdos de España.

El rojo y el gualda allí alegran la vista con lo llameante de sus tonos. Manolas gentiles, que evocan a Goya, lucen las castizas peinetas y mantillas y la púrpura de claveles reventones. Majos pintureros de trabuco en el arzón de la silla, cabalgan gallardos potros andaluces aderezados con lujosas mantas de zamora. En actitudes imponentes, de fiereza inofensiva, se muestran toros soberbios, con astas como dagas, luciendo rehiletes y moñas policromos, frente a toreadores recamados de oro, que en irreprochable actitud digna del mármol, burlan la acometida.

Contemplando tales pinturas, se experimenta la grata sensación de lo vistoso o fugaz, de lo que lleno está de gracia y movimiento. Recuérdanse las tardes dominicales, arropadas por un cielo incendiado, en que hierve la sangre primaveral. Las imágenes de las bellas mujeres, de garbo embrujador y ojos intensos, cuyos labios fulguran con sonrisas de sensualidad, cual fulguran los horizontes tropicales cuando se avecina la tormenta, acuden a la mente. Fragmentos de cálidas páginas y versos de pasión musicalizan en la memoria. Adviértense casi los vapores del Manzanilla, que es ámbar diluído, junto al perfume de los claveles y al más capitoso de las mujeres emocionadas y palpitantes. Es como una ensañadora fiesta del espíritu, en que se amalgaman sensaciones intelectuales, hijas de lo que se ha leído y anhelado, y leves sensaciones de la médula espinal por lo intenso de las evocaciones y por influjo de esta sangre nuestra, donde el glóbulo hispano y moruno, con sus ardentías y crueldades se mezcla al lascivo del africano y al refinadamente sanguinario del aborigen.

Quiérese entonces a la Madre Patria, como se diría en un discurso académico, con amor explosivo, y dan ganas de arrojar la gorra a los aires, sonar castañuelas bailando una

jota, ceñirse estrechamente el talle para, con los ambiguos meneos de la gente «cañi», salir gritando ¡olé, con olé!

Por desgracia o por fortuna, semejantes estusiasmos no pelechan sino ante el abanico o la pandereta primorosamente decorados o ante las cajas de pasas malagueñas, que también son decididas propagandistas de la «afición».

En presencia de la realidad, el más cruel desencanto se apodera del alma. De los sueños sólo quedan el cabrilleo admirable de los trajes toreros, cuando no son de segunda mano; el fulgor voraz de una mirada femenina, y, algunas veces, la nostalgia del oro de tibar vespéral.

Nada hay tan triste y abyecto como una corrida de toros, ni nada que deprima tanto el espíritu y pisotee los delicados y nobles sentimientos que en él hayan brotado, inclusive el del amor.

Por supuesto que nunca vieron mis ojos la corrida clásica, la genuina fiesta nacional en tierras de España, donde se despanzurran decenas de caballos, se lidian toros, que son verdaderas fieras cuidadas y cultivadas para tales, se da en veces tinte trágico y de gran atractivo al espectáculo, con la muerte de uno de los fenómenos, y se contempla a todo un pueblo cegado de sadismo, ebrio de entusiasmo, en el colmo del frenesí, desorbitado y loco como un enfermo corazón monstruoso.

La corrida así, anegada en sangre y en vísceras estremecidas, llena de luz, de flores y mujeres; colmada de una multitud desbordante, que se mueve en oleadas y ruge y se enfurece como el océano, debe tener el sombrío esplendor del circo romano.....Púrpura por doquiera y ansias locas de extremar las sensaciones voluptuosas por la intensidad de los sufrimientos elegantes. Que el que caiga, bestia u hombre, caiga con gracia. Tempestad de palmas y lluvia de rosas. La marcha triunfal de la victoria. Las sonrisas amadas y prometedoras. Rosas, las divinas, que se agostan sobre los senos anhelantes y caen deshojadas a los pies del vencedor. Y por sobre todo, penetrando los íntimos poros del alma, el gas sutil del deseo y el otro embriagador y humano de la ferocidad. ¡Oh las carnes contraídas de dolor, rojas por los desgarrones y olorosas a la pura sangre de tragedia!

Una fiesta de tal laya, no está empequeñecida al menos con ningún detalle ridículo. Paséase allí la muerte imponente como una emperatriz. Todo es grandioso y deforme con la

monstruosidad, a veces subyugadora, de los grandes crímenes, pero sin la hipocresía cobarde de las faltas minúsculas. Para presenciaria, precisan nervios bien templados y fuerte corazón.

No pasa lo mismo con las que vemos en las calmosas ciudades de provincia, donde por plagio se falsifica desde el salvajismo hasta la civilización.

Unos novillos mansos, héticos, en cuyos ojos se refleja toda la desolación de los potreros avaros de pasto y agua, de las largas jornadas y de la picazón de larvas, que hacen troneras en el pellejo como balas de gras. Tres o cuatro toreros agobiados de triunfos y de nombre según rezan los carteles, amantes de la vida en exceso y con perfecto derecho, y en exceso parcos para dar las muestras del «divino arte» que dominan. Un público pateador y congestionado, que toma las llamadas «suertes» a lo serio, como asunto de trascendencia vital, y en cuyo seno abundan los tipos de la «afición», que desde las gradas dirigen la corrida a grito herido, e insultan y gesticulan con la pintoresca plebeyez de los nacidos en los suburbios. Un centenar de agentes de policía, mulatos y zambos en su mayor parte, con primitivos instintos de acometividad a flor de piel y con odio inconsciente hacia los débiles y al pueblo humilde, precisamente para desquitarse de la cobardía que sienten ante los fuertes y de la envidia que les inspiran el obrero o el operario, que a golpes de trabajo han conquistado su independencia.....

La corrida va a empezar. El estrépito de gritos y silbidos suena por todas partes, y la gente se arremolina presa del espíritu de la raza. España diz que se muestra hasta en el alarido o la palabrota del último enchichado indígena. Una vibrante nota de corneta rasga el aire. Aparece el alguacil, montado en un caballejo desmedrado y con pretensiones. Es un pobre muchacho de gran sombrero negro con pluma desplumada, de cuyos hombros prende el bosquejo de una capa que no llega al anca del caballo, y cuyo pantalón raído no alcanza a recatar la canilla morena y peluda, ni el rebujo de la media caída que quiso ser blanca. Saluda al presidente—por lo general un modesto empleado de oficina pública—y éste le arroja la llave del toril, que no tiene otra cerradura que una tranca de madera. Vuélvese hacia la puerta por donde ha entrado, e inicia el paseo de los toreros.

La muchedumbre al verlos, lanza un alarido formida-

ble. Rompe la banda de música con una marcha alegre, y los diestros, meneando las caderas con movimiento mitad viril, mitad femenino, avanzan por el centro hacia la presidencia, seguidos de los «chulos», un par de negros descalzos, de blusa roja, y de dos caballos uncidos a un yugo. Saludan y arrojan a los tendidos los capotes de paseo. Indicando el comienzo de la lidia, suena de nuevo la corneta. Precipítase por una puerta que se abre, dando coces y saltos, a causa de una púa adornada que le han clavado en el lomo, una res desgarrada y flaca, con aspecto de rata en ocasiones. Pásale por delante un torero lívido, a la carrera, tirándole la capa a los hocicos, y el animalejo, falsamente llamado toro, pues há tiempo perdió su prestigio de macho, a veces persigue al hombre, que se oculta veloz tras un burladero, y a veces permanece estacionario en media plaza, meneando la testa con aire de fastidio y mirando con ojos melancólicos, como quien dice: «No me jorobes, muñeco, que yo no me meto contigo».

Dos o tres carreras por el estilo, y cuando el «bicho» está rendido de fatiga, el «divino» o el «as» se perfila en medio de la arena con aires de suficiencia, y lo cita a la suerte de capa. Arremete el bruto repetidas ocasiones con más o menos coraje, y el «as» hurta el bulto con cierta habilidad innegable que diz que es el summum del arte.

El público, entretanto, apoplético y sudoroso, por farsa o por nefas berrea, pateo, insulta, chilla, silba, victorea, aplaude, maldice, arroja toda clase de objetos al redondel, se deforma, en una palabra, como masa plástica y crepitante, exhibiendo todos los aspectos y gestos de los seres de la escala zoológica que parten del «homo sapiens» hacia abajo.

Verdaderamente aquéllo es un viviente museo de historia natural, en donde un naturalista pintor puede encontrar admirables modelos para representación de la fauna conocida con sus más repugnantes apetitos e instintos. Y por cierto que hay mucho de pavoroso y hediondo en esa multitud inferiorizada, que ha ahogado los más leves rastros de bondad, de delicadeza y de compasión en los oscuros fondos del alma, en ese reino de tinieblas donde ni siquiera alcanza el irracional, porque éste, apesar de serlo o quizá por lo mismo, no descoyunta ni pervierte su naturaleza como lo hacen los conglomerados humanos.

Vibra de nuevo el toque de la corneta que ordena el castigo de banderillas. Uno de los toreros, armado de crespos y

coloreados palitroques, empieza a dar saltitos en media plaza, desafiando al animal, que ante la persistente provocación del monigote, se enfurece y embiste. Caro le cuesta la arremetida, porque los palos, terminados en arpones de acero, se le clavan traidoramente en el morrillo con beneplácito general.

Por supuesto que la suerte así descrita se efectúa rara vez. Comúnmente no se logra llevarla a feliz término, por la mansedumbre o fiereza del toro, porque diz que es malicioso y no «da juego», o porque—y ésto es lo válido—el torero respeta en demasía su propia humanidad.

Mas la parte culminante del espectáculo es la muerte de la bestia. Después de gritos y gesticulaciones han convenido el público, el presidente y los toreros, que el toro lidiado debe morir. La corneta ahora deja oír su voz en nota prolongada y firme, que se alarga como una cinta invisible. El «as» se previene con el trapo rojo y la espada. Enfrentado con la presidencia y destocándose, brinda la muerte en lenguaje pintoresco: «Brindo por usted y por er público aficionao, por laj muchachaj bonitaj y por su curto acompañamiento». Después dando media vuelta, arroja la montera hacia atrás y váse hacia el toro, humedeciendo la punta del estoque con el índice y el pulgar untados de saliva.

Empiezan los pases de muleta, que mucho entusiasman a «la afición», diz que por la importancia que tienen. Hay un minuto emocionante, y es cuando el animal, hostigado y rendido, se planta firme y el torero se arroja sobre él con el arma asesina lista.

Lo corriente es que marre el golpe y el asunto se resuelva por cinco o seis pinchazos, que no matan pero sí torturan. Es entonces cuando revienta en el aire, con el estrépito de un obús, la postema moral que hincha el alma de los espectadores. Protestas soeces o infames, saturadas de alcohol, vuelan de las gargantas; la rabia se retrata en los rostros; quien nunca cumplió con su deber y fue dañado miembro social, exige que un hombre se sacrifique tristemente para su regalo y emoción. El observador desprevenido que llega en tales momentos al circo, diría que la multitud había sido atacada súbitamente de un delirio furioso.

El «fenómeno», que en ese momento se ha convertido en el más malpocado de los humanos, se obstina inútilmente en acabar con el pobre animal, que sangra por diez heridas, mirando con tristeza en demanda de auxilio y que comete la estupidez de no estarse quieto un segundo para que cese el mar

tirio. Échase al fin agobiado sobre la arena, y llega un tipo de mala catadura y le hunde una puñalota en el propio nudo vital.

Es durante estos minutos atronadores cuando en ocasiones interviene la policía para dominar el tumulto, con actitudes matoides y desplantes de un primitivismo rural, que sería risible o despreciable si en veces no degenerara en drama. Dignos de verse son aquellos guardianes del orden, galanteadores eternos de las fámulas, que pávidos se muestran ante el guapo que los reta en las sambras extraurbanas, al habérselas con un chico gritón o un sér pusilánime.

¡Cómo despliegan energía cumpliendo con su deber; cómo son fuertes en el agarrar y en el agredir! Diríanse canes hambrientos ante una presa insignificante; cada uno quiere su pilitrafa para llevar a la cárcel. Compréndese a las claras que con machos de tanto empuje, la sociedad ha de marchar por rieles de bienandanza y progreso.

Espectáculo como el bosquejado, que rebota los malos instintos albergados en el fondo del alma humana y prostituye como la borrachera, encenegando el entendimiento, la voluntad y la conciencia en los más repugnantes desvaríos; que inútilmente expone la vida de los hombres y produce el dolor por el placer de producirlo; que hace germinar en el pueblo un falso concepto sobre el valor y el arte; que no da margen a una sola sugestión delicada, idea benéfica o movimiento de afecto; que deja siempre en el fondo del sér un sedimento de amargura y desolación como después de una orgía, ¿podrá considerarse como bello, digno de ser presenciado por gentes cultas? ¿Merecerá el que se le juzgue como excelsa manifestación de un pueblo que ha engendrado espíritus de la talla de Cervantes, y se enorgullece con pensadores como Ganivet, novelistas como Pérez Galdós, dramaturgos como Benavente, sabios como Ramón y Cajal, artistas como Zuluaga, poetas como Carrere, músicos como Granados? ¿Tendrá derecho de propagarse en sociedades de cultura incipiente, con muchas aristas qué limar y resabios qué destruir, que debe aspirar a un puesto entre las naciones civilizadas y al intenso cultivo del espíritu y del sentimiento? ¿Será justo que se intoxiquen las masas populares y las gentes que trabajan y fuerza activa son de la patria, con estallidos periódicos de salvajismo que predisponen al asesinato y la grosería, verdadero asesinato del alma?

¡Oh! España, España, cómo apena el pensar que no obs-

tante la fuerza comunicativa de tus ingenios, el burbujeo jacarandoso de tu gracia, la belleza y donosura de tus mujeres, el brillo de tus cielos andaluces, las trovas admirables de tus poetas, tus leyendas, tu valor, tu historia, tu grandeza, aún se proyecta en el horizonte el humo negro de los quemaderos de la Inquisición, que apenas desvanece el constante ondear del trape rojo de los toreros!

La moral biológica

Por haber empleado la frase *moral biológica* en estudio y conferencia recientes, algún escritor la ha tomado a mal, y, como es uso, ha querido cargármela en el haber de mis faltas que ya son legión como a Dios le consta.

El hecho en sí vale poco la pena, pues estoy convencido de que el público no ha parado mientes en ello, dado el ningún cuidado que semejante entidad le gasta a lo que vuele por sobre los diarios menesteres, máxime si se ejecuta con fatigoso y débil aleteo, y porque es muy eximia verdad la que enuncia el maestro de cosas tristes e interiores: «Nunca serás mejor o peor porque te alaben o menosprecien».

Sinembargo quiero insistir sobre tal tema, porque lo juzgo de positivo interés, al propio tiempo que es saludable proclamar el cultivo e intensificación de lo que él encarna como una necesidad ineludible para el progreso y robustecimiento social, que vale tanto como decir de la Patria.

El dicho *moral biológica* ne tiene nada de pecaminoso, no está saturado de vapores de azufre, ni exhala el sospechoso tufo de la heterodoxia desde que se le analice con ánimo sereno y en el campo puramente científico, de donde no hay objeto en sacarlo. Para entenderlo debidamente, precisa entrar en algunos distingos.

La biología o ciencia de la vida, está dividida en dos grandes ramas: la animal y la humana, que por sí solas se definen y marcan de modo categórico la línea que separa al hombre del bruto, evitando por tal medio la caída en los errores materialistas y el desencanto natural de quien en el sér humano sólo percibe materia y procesos fisiológicos y bioquímicos.

La biología humana reclama el espíritu ante todo, para explicar una porción de hechos, que, sin la presencia de aquél, no tendrían explicación.

En el estudio de la biología animal, se ha llegado a la

conclusión de que los animales obran movidos única y exclusivamente por instintos (reflejos), que dadas ciertas condiciones están necesariamente obligados a actuar en determinado sentido, sin que posean el dón de escogencia, lo que es tanto como decir que se hallan privados de la supremacía del raciocinio. El león hambreado, ante el tasajo de carne se avienta sobre él y lo engulle con voracidad, movido por el instinto de satisfacer su apetito. Y si en vez del tasajo un hombre se le pone delante, no se pára en consideraciones éticas de ninguna clase, sino que, atento sólo a la imperiosa voz del organismo, que en esta vez es la del hambre, se avalanza sobre él y lo convierte en deleitoso sustento, con tranquilidad idéntica a la empleada cuando consume un jugoso pernil de cordero.

En ese acto no hay nada moral ni inmoral. Trátase únicamente de un hecho simple: el de un sér viviente, que acosado por la necesidad, y en obediencia de mandatos ancestrales, toma su nutrición o sea lo por sus células reclamado en donde está y se lo incorpora; nada más. Y ésto lo hace desde el sér más rudimentario hasta el más elevado, movidos uno y otro por el imperativo de la conservación individual para el predominio de la especie. Y lo ejecutan como desde la época de la vida informe, determinados por la inanición, fatalmente, sin modificar en nada los procedimientos puestos en juego por la primera célula viviente de lo creado.

Cuando al hombre se estudia, tres características esenciales aparecen que no se encuentran en los seres inferiores y que son las que dan derecho para establecer la división de la biología en las dos ramas arriba mencionadas. Estas características son el pensamiento, la facultad del progreso indefinido y la voluntad.

El hombre, como el más modesto organismo de la escala zoológica, tiene la urgencia primordial de nutrirse para conservar la vida. ¿Mas, cómo cumple tal acto en relación con el caso antes citado? No es el sér movido por el sólo reflejo del hambre, que agarra la presa donde la encuentra, sin otra consideración que la de apaciguar los apremios de su naturaleza. Es un ente distinto, dotado de alto psiquismo, iluminado por los livores de una luz interna, que en presencia de la necesidad, la estudia debidamente, analiza los recursos con que cuenta para satisfacerla, los mejora para que sean más eficaces, procura que al ponerlos en práctica no vayan a perjudicar a un tercero, y, lo

más admirable en ocasiones, es que no sólo se preocupa por dar bienestar a su propio organismo, sino que trabaja y lucha por que muchos de sus semejantes puedan lucrarse de su esfuerzo.

En estos actos, enunciados a la ligera, hay algo, o, mejor, todo lo que no presenciemos en el animal. Existe el instinto, es cierto, pero perfectamente modificado. El hombre piensa que para comer debe laborar la tierra, estudiar, inventar instrumentos, aprovecharse de las experiencias de los antecesores, modificar el suelo, defenderse de él por medio de la higiene; en fin, una porción de hechos que nunca se le han ocurrido a ninguna bestia, por muestras de inteligencia que haya dado. Luego, el hombre mide sus apetitos, conoce hasta dónde debe satisfacerlos, encauzándolos en el sentido de un aumento de vida, y cuando así no lo hace, sabe que las extralimitaciones, de las cuales el animal es incapaz, refluyen sobre su organismo bajo forma de aminoramiento de existencia, causa siempre de sufrimiento. El hombre, pues, puede escoger lo que más le convenga para su fortaleza y predominio, y desde que puede escoger razona, y desde que razona es libre.

Un hecho es moral o inmoral si está basado en la libertad. A nadie se le ha ocurrido pensar que un acto en el cual no entra para nada el raciocinio, sea moral o inmoral, aun cuando provenga del hombre. La matanza ejecutada por un loco furioso, será lo que se quiera, menos una acción inmoral. Cae en los dominios de lo amoral, lo mismo que las ejecutadas por los animales, por más caracteres terroríficos que exhiban para el criterio humano.

Cuando se habla de moral biológica se trata sólo de moral humana, que es la única que existe y que tiene razón de ser. No hay nada en tal expresión que recuerde al animal o con él se roce. Refiérese en un todo a las altas cualidades del hombre, al soplo inmortal que vibra y se traduce al través de los neuronas puestos en vibración.

La síntesis de la moral la constituyen exclusivamente el aumento de la vida, y como en la humana entran dos elementos primordiales, el psíquico y el material, todo lo que en una u otra forma trata de ampliar y robustecer cualquiera de los dos es moral; e inmoral, biológicamente hablando, lo que por uno u otro medio los aminore o deprima. Y es ello tan cierto, que aun en determinados hechos que sofísticamente se han presentado como favorecedores de la vida,

por filósofos iconoclastas, cuando con detención en ellos se medita, se observa que en efecto tienen la inmoralidad asignada por las religiones más excelsas y de mayor inspiración en el progreso humano.

El matrimonio, por ejemplo, ha sido tildado por algunos como atentatorio contra la vida, pues reduce al mínimo la facultad reproductora del hombre. En apariencia el hecho es innegable: un hombre normal puede en un año procrear varios hijos en distintas mujeres, y a la especie lo que le importa es el acrecentamiento de la vida. Hasta allí hay una verdad; pero ese acrecentamiento de la vida, regido por la gran ley biológica, no se contenta únicamente con que haya cada día nuevos seres, sino que pide que los existentes y los futuros sean fuertes y vigorosos, cosa imposible desde que todos los hombres pudieran en exceso reproducirse. Llegaría el momento en que el inmenso número de los recién nacidos se verían privados de la protección paternal, y serían entonces seres entecos y miserables, de reducida vitalidad, presas perennes de toda clase de degeneraciones, y como consecuencia lógica la rápida desaparición del tipo humano.

Constituída como está la sociedad civilizada moderna, será menor la cifra de natalidad, pero en cambio la infancia goza de los cuidados de los padres, y mantiene en pleno vigor el genio de la especie. De donde resulta que las religiones más avanzadas, inspirándose en altos principios de lógica, sabiamente han instituido el matrimonio como salvaguardia de la humanidad, como medida de vigorización vital.

Cuando se pide para la sociedad, y muy especialmente para la juventud, una alta moral biológica, no se excluye la moral religiosa, pero sí se intenta incluir bajo un patrón de perfeccionamiento indefinido, que surge del mismo acto de existir como ser racional, a todos los hombres, aun a los que no tienen religión conocida.

El papel del biólogo y del sociólogo no es el mismo que el del predicador o el del sacerdote. Aquél, de la observancia del hombre y de sus múltiples reacciones ante el medio que le rodea, saca consecuencias cuyo fin exclusivo es el de mejorar en lo posible en este valle de dolores la condición humana, recurriendo a los preceptos de la higiene, a las leyes que favorecen a los necesitados, a la protección del débil contra el fuerte, a la difusión de la educación, a todo aquello que en una u otra forma tienda a hacer de la existencia un dón preciado y no un fardo agobiador.

El sacerdote mira más hacia arriba, hacia el pálido futuro de ultratumba. Impórtale poco la carne pecadora y doliente; por sobre ella ve el espíritu torturado que trata de desligar para el ascenso indefinido. La labor del uno y del otro no son opuestas, ni mucho menos; no se excluyen; antes al contrario: la del segundo es un admirable complemento de la del primero. Pero éste no tiene porqué invadir campos que le están vedados aun por la misma doctrina.

De tal suerte que pedir al escritor profano, a un mísero mortal, que se convierta en propagandista y expositor de dogmas altísimos, es obligarlo a ejecutar posturas sospechosas que en veces resultan ridículas por lo incompetentes o desmesuradas, y que en la gran mayoría de los casos son verdadero perjuicio para las mismas doctrinas que se trata de acreditar.

Dejemos a los doctores en teología y metafísica enfrentarse con los graves misterios del más allá. No queramos convertir a todo el mundo en monagos sabihondos, que fácilmente llegan a la irreverencia y profanación de cosas que a toda mente cultivada y sentimental le merecen profundo respeto.

La Paz

Tal palabra en estos momentos llena de alborozo los corazones. Ahora, como nunca, suena gratísima por las evocaciones y sugerencias que encierra.

En determinados instantes, las palabras al pronunciarlas tienen un dón especial de representación que verdaderamente conmueve, despertando sentimientos, descubriendo ideas, hiriendo el sistema nervioso con vibraciones excepcionales. El lenguaje común y diario es pálido, de muy escaso matiz y dice muy poco al alma. Los vocablos, si dan idea del objeto, no ahondan en la esencia del mismo. Y es porque el espíritu es por naturaleza inatento, lo cual constituye una defensa natural del organismo. Una constante vigilia de las capacidades intelectuales y sensitivas, daría al traste en poco tiempo con el más vigoroso de los hombres. En caso de que resistiera, lo incapacitaría para la vida normal y cotidiana. Piénsese en un individuo con la atención despierta a toda hora, para quien toda frase, palabra o la más insignificante cosa que desfilara ante sus ojos, tuviese las prerrogativas de despertarle una sensación o idea, en conformidad absoluta con la naturaleza íntima de la frase, palabra o cosa. Indudablemente acabaría por trastornársele el cerebro y no servir para nada, menos para pensar.

Quien a determinado grupo de vocablos atiende, exprimiéndoles el estricto significado, descuida por completo lo demás. Así se explican las especializaciones y se comprende el progreso humano. Un químico, en realidad de verdad, sólo presta oídos a las cuestiones con la Química relacionadas. Lo demás que hiere su órgano auditivo o visual lo deja frío, apenas lo entiende. La música de los versos, que hicieron la delicia del poeta, son para aquél simple engarce de palabras que no desflora su espíritu. Y si a las frases triviales que no son de su especialidad, presta en veces alguna atención y obra en consecuencia, aquélla es muy superficial, sin alma podría decirse, y los actos por ella determinados obedecen

al automatismo que da la vida, como bien lo demuestra el hecho de que mientras obra, puede continuar con el pensamiento fijo en el objeto de sus vigiliass.

La palabra muerte la oímos pronunciar a diario sinnúmero de veces y nos deja indiferentes o apenas la sentimos. Al escucharla sabemos lo que significa, pero no le prestamos atención, ni la incorporamos a nuestro ser. Muy otra es la impresión cuando con el espíritu predispuesto para entenderla en todo su espantoso significado, bajo la amenaza de una gran desgracia, los nervios tensos, el ánimo sobrecogido, la escuchamos: muerte! Entonces las sílabas nos llenan de inquietud, el frío del desamparo nos estremece y algo interno se nos desgarras. Sentimos todo el dolor de lo más caro que se hunde en lo desconocido; comprendemos el horror de dejar de ser.....

Otros vocablos que como amor, libertad, virtud, circulan por el mundo con la profusión de la maleza, al herir nuestros tímpanos no nos causan el más leve estremecimiento, ni nos damos cuenta de la magnificencia de lo que representan. Lo cual no obsta para que, si en una hora de ambiente propicio, con el espíritu angustiado por la privación de lo que aquéllo constituye, abierto a las ansias del anhelo, la atención aguzada hasta la congoja en espera de bienes, decimos las palabras antes triviales, todo nuestro ser se conmuevas, una nueva vida se dibuje en el porvenir y adquiramos un concepto más amplio y diáfano del universo.

Paz es hoy voz grata para el mundo entero. La atmósfera moral la reclama con urgencia. Tiene una música extraña y atrayente. Siéntese que penetra al espíritu; se la comprende hasta lo íntimo; se aprehende en lo estricto de su significado. Al pronunciarla en este momento magno de la Historia experimentase una sensación sedante, de calma, cual si se nos quitara un enorme peso de encima, o nos ahuyentaran un gran dolor. Paz!

Y no puede ser de otra manera; cuatro años largos de guerra, han creado un ambiente de espanto y congoja como nunca lo soportó la humanidad.

Hemos asistido a la agonía de la civilización, de la libertad y del derecho, con el corazón sangrante. Por nuestros ojos han desfilado en profusión abrumadora todas las infamias de que es capaz la bestia humana cuando, refinada y cruel, abre las válvulas de apetitos ancestrales, reprimidos por muchos años, merced al influjo de lo llamado civilización

que, entre paréntesis, no es patrimonio sino de unos pocos elegidos. Hemos visto pisoteado y destruido aquello que el hombre se acostumbró a mirar como inviolable: el honor de la mujer, la vida de los niños y ancianos, los tratados de los pueblos, las reliquias de arte, los sufrimientos de los heridos que dignamente cayeron en la liza. Con ojos pávidos, presenciámos hasta dónde alcanza y qué caracteres reviste la fatuidad de un hombre que se cree aliado de Dios! y apto para dirigir los destinos del universo; de un hombre providencial, en el más agresivo significado del adjetivo.

Ambiente de horror, de delirio, de pesadilla, en que todos los valores morales se han trastrocado para dar paso a la fuerza más brutal y formidable que hayan engendrado los siglos.

Si en esta tierra nuestra, de la paz evangélica y del mutismo colonial, palpámos el sobresalto de las horas, en que se jugaba la suerte de los pueblos y de las razas ¡como habrá sido allá en el escenario de la gran tragedia! Imagino las crispaturas de ánimo del belga, del francés o del serbio, ante el avance progresivo de las hordas incontenibles, cuando día por día, veían sus campos y ciudades invadidos y destruidos; las multitudes dispersas, prisioneras o asesinadas; la ofensa en la virtud de sus mujeres; la esclavitud por todas partes.

Doloroso es siempre el abandono del hogar, abrigo de los más caros afectos del alma, aun cuando se haga por propia voluntad y nos alumbre la esperanza del próximo regreso.

En el momento de la despedida, las lágrimas opacan la vista y un nudo aprieta la garganta. Miramos los objetos familiares como a seres queridos que quizá no volveremos a ver. Todo tiene alma en torno. La cómoda silla en que leíamos, nos sugiere muchas horas de la intensa vida del espíritu y de las gratas ideas a solas saboreadas. El vaso de las flores que empiezan a marchitarse y deshojan sus pétalos, nos recuerda la mano gentil y amorosa que adornó nuestra mesa de trabajo para que tuviera vislumbres de poesía. En el comedor, frente al mantel immaculado, el sitio vacío que quizá no ocuparemos más; los puestos de los que amamos; los cuadros del muro; la garrafa colmada de agua fresca; la vajilla familiar; todo evoca las comidas íntimas después de los fatigosos días de labor, cuando con la sabrosura del deber cumplido, abrimos las ventanas de la fantasía y, en presencia de los nuestros, echamos a volar el pajarillo de la ilu-

sión. ¡Cómo es plácida entonces la sonrisa que irradian los labios amados!

En la alcoba, la cortinilla que tamiza la luz; los libros habituales sobre la mesa de noche; el tocador donde se pretendió encontrar gallardías; el Cristo de marfil, recuerdo de una fecha querida, que abre los brazos sobre el lecho; el papel del muro, simétricamente floreado, nos dicen de tristezas, de alegrías, de noches de insomnio, de mañanas de esperanza. Son retazos de nuestra alma que allí se quedan; es el pasado que se nos escapa.

Pero eso nada vale en comparación con lo que se siente cuando precisa arrancarse de brazos que sofocan en apretado abrazo de amor y de congoja, o cuando se estampa el último beso, el definitivo, en una mejilla mojada por lágrimas de despedida.

Rómpele algo en el interior; nos arrepentimos de la ausencia que voluntariamente provocamos; la vida no representa, ni con mucho, pensamos, el dolor que hemos buscado y el que ocasionamos a quien bien nos quiere. Por sobre el goce, el estudio o el lucro, está nuestra tranquilidad y la de aquellos en quienes hemos puesto lo hondo de nuestros afectos.

Y esto, cuando ha intervenido la voluntad y la conveniencia. ¿Qué decir si la separación ha sido impuesta por la fuerza del extranjero odioso, que creyéndose nuestro señor arrasa la propia morada, nos ultraja en lo que más amamos y asesina nuestro hermano y al hijo del alma?

Bélgica, Francia, Servia, Italia, sentimos con vosotras, en lo récondito del sér, las heridas injustas y oprobiosas de los grandes degenerados de la Historia; de los que creyéndose los superhombres, dignos de trazar normas al destino, conchavados con un diós matoide, son los super-regresivos. Imposible para un corazón albergar todo el rencor que brota en presencia de tantas infamias. No es concebible lo que debieron sentir los labriegos y ciudadanos de los pueblos invadidos, cuando en plena faena o en el seno del hogar, vieron el avance de grandes masas oscuras, de soldados ebrios, sudosos y malolientes, hablando un idioma extraño, con la bayoneta calada por única ley, y con la voraz alegría de la conquista difundida en el rostro..... Preferible la muerte mil veces a aquellos espectáculos de sangre y ruina.

Por fortuna ya todo ha pasado, y la paz torna a irradiar sobre la tierra con el sometimiento de los bárbaros.

Al emplear tal calificativo, lo hago a sabiendas de lo que significa. Bárbaro no es sólo el hombre de la selva nutrido de raíces y de caza, sin ideología de ninguna clase, desprovisto del más insignificante asomo de cultura. Ese es el salvaje genuino, que puede, por añadidura, según sus intenciones y procedimientos, exhibir los atributos de aquél, o ser un manso representante de la especie a quien no hay razón para colgarle el calificativo de tanta nombradía en la Roma antigua.

En estas Américas hubo tribus salvajes que de bárbaras nada tenían, por más que lo aseguren los súbditos de Felipe II, quienes sí lo fueron y de la peor ley. En cambio, un civilizado, supersensible e ideólogo, alcanza las prerrogativas del bárbaro perfecto con derecho al más alto puesto en tal materia, precisamente por la eficacia y refinamiento de los medios empleados para revelar su potencia agresiva y dañados instintos.

El pueblo alemán, pueblo grande si los hay, civilizado, hábil y metódico, ha dado en esta guerra el máximo ejemplo de barbarie en la humanidad. Barbarie hábil, civilizada, metódica, filosófica.

Desde hace un siglo, sus eximios pensadores y directores lo prepararon para la conquista, afilándole garras y dientes por medio de una labor científica y calculada de todas las horas. Enseñáronlo primero a obedecer bajo la vara del cabo, y de allí el equilibrio de sus movimientos, pensamientos y sentimientos, que culminó en el espíritu de la pesadez de que hablara Federico Nietzsche. Lo inflaron más tarde con el concepto de la superioridad de raza y la decadencia de las distintas a la alemana. Imbuyéronlo a punta-piés en la lógica de que los fuertes, sin sentimentalismos de ninguna clase, tenían la obligación de dictar leyes regeneradoras a la humanidad caduca; de que debían romper las tablas de los valores antiguos y crear nuevos, y, por último, convertido en infernal y admirable máquina de guerra, lanzáronlo a la destrucción del mundo y de la decrepita cultura, con la consigna de reducirlo todo a polvo, teñir de sangre campos y mares porque la sangre es fecunda, y aventar a los cuatro vientos la semilla del superhombre.....

Naturalmente pueblo así formado, con una psicología plasmada a martillazos para exprimirle la piedad y los sentimientos propios de esclavos, según opinión tudésca, con un concepto satánico de grandeza y el morbo de la antropolatría, debía ser y ha sido el pueblo bárbaro por excelen-

cia, el pueblo-terror, el pueblo-catástrofe. Sus métodos de destrucción, de tormentos y de muerte han superado lo que en tal materia era conocido, precisamente por su amplia versación en ciencias e industrias.

La barbarie no excluye el talento, ni una maciza preparación científica o ideológica. Barbarie es refinamiento en la crueldad, premeditación del mal, satisfacción por el ajeno dolor. El bárbaro de potentes capacidades intelectuales y de seria preparación filosófica, será siempre el más nocivo y temible.

Lógica es la repulsión que ha inspirado Alemania a las gentes de sentimientos normales, como es lógico el entusiasmo despertado en seres de ánimo entenebrecido por ansias sádicas de persecución, por *nemos* ancestrales que evocan con nostalgia los instrumentos de esclavitud, por lo «tabla raza» del entendimiento como diría Aristóteles o por la fobia, producto de una educación viciada, contra los ambientes serenos y luminosos donde despliegue las alas el pensamiento libre.

La paz actual, con el sometimiento incondicional de poderes absolutos y el golpe mortífero asestado a la teocracia, llena de gozo a los amantes de la libertad y del derecho, pertenezcan a la raza que pertenecieren y profesen cualquier grupo de ideas.

Para los mismos que soportan las tristezas del vencimiento, el gran triunfo de la democracia es salvador, y en el correr de los tiempos, los pueblos inteligentes y trabajadores, ahogados antes por las insolencias del militarismo, apreciarán los incalculables beneficios de que sus capacidades y esfuerzos se desarrollen en una atmósfera de respeto al derecho. Prueba de ello es que la casi totalidad del pueblo alemán, en vez de responder a la derrota con un treno de dolor, se ha orientado rápidamente en la desgracia hacia la fuente de sus males, y pensando en el porvenir y en la grandeza de su destino, ha arrancado del corazón la sombra siniestra y sugestionadora del gran megalómano de la Historia suplantándola por la figura serena y magnánima de la República.

Páginas y páginas pueden llenarse con lo que esta paz de los aliados significa para el mundo. Múltiples son los problemas que abarca; inmensas las evoluciones que ha de producir en industrias, comercio, ciencia, artes, filosofía.

Al presente, la humanidad puede dividirse en dos por-

ciones: la vieja de 1914 para atrás, y la nueva, la regenerada, de 1918 en adelante.

No un cerebro, por más potente que sea, será capaz de apreciar todos los aspectos que con la paz se muestren. Requiere el concurso de pacientes pensadores de los países beligerantes y neutrales, para que poco a poco vayan desentrañando los beneficios que se reportan con la derrota del absolutismo tudesco y los rumbos inexplorados por donde la humanidad transitará en el porvenir. Precisa la calma y perspectiva del tiempo para la madurez y evidencia de las deducciones.

Cuando en lo íntimo de mi corazón, celebro el resultado admirable y definitivo que ha tenido la abrumadora tragedia europea, quiero únicamente dejar constancia de un hecho trascendente y hondo, quizá el más culminante y consolador de este grandioso momento de la Historia. Refiérome al poder del espíritu. Las naciones aliadas, con Francia a la cabeza, han dejado constancia de que es posible destruir ciudades, arrazar campos, sembrar la muerte y el espanto por doquiera, desgarrar cuerpos no hechos para la lucha, de mujeres, ancianos y niños, pero que es imposible el sometimiento de las almas.

Alemania, antes de la guerra, todo lo había calculado y previsto. Adiestró su ejército hasta convertirlo en fuerza desoladora de la naturaleza; sus armamentos fueron insuperables; su marina alcanzó el segundo puesto en el mundo; las vías férreas que recorren la Nación en todas direcciones, permitían la movilización, en pocas horas, a las fronteras, de grandes masas de soldados; analizado había la corrupción de Francia, próxima a su decadencia por los vicios; Inglaterra no poseía ejército que mereciera tal nombre; a Bélgica no valía la pena de tenerla en cuenta. Con razón juzgábase invencible. El mundo debía tener formación alemana o dejar de existir. Y el mundo todo sintió el horror de la conquista que se le venía encima.

Alemania, sin embargo, cometió un pequeño error al trazar sus planes: no contó con el espíritu.

Sus grandes psicólogos y conductores, prescindieron de una fuerza que no se ve, ni se mide, pero que es la esencia de la vida: la fuerza moral.

Por eso cuando la gran Nación creyó pasearse en carrera de victoria por toda Europa, sostenida por el estrépito de las armas, halló que sobre Bélgica la pequeña, alentaba

un pueblo con un corazón más resistente que las fortalezas de sus plazas; que el sentimiento de patria, francés, era la misma rosa vívida que esplendiera en el pecho de la doncella de Orleans, o bajo los capotes de aquellos gruñones granaderos de la Guardia; que Inglaterra tenía el culto del honor y de la justicia mezclado a la sangre de sus hijos; en fin, que ni la materia ni las fuerzas ciegas habían ahogado eso que el hombre lleva dentro y que aún sobre la tierra, palabras prestigiosas como patria, libertad, derecho, democracia, tenían tal valor y estridencia como jamás lo tuvieron las grandes bocas de acero salidas de la casa Krupp.

Esta guerra es la guerra del espíritu. Don Quijote ha resucitado. Para nosotros, pueblos débiles, es verdaderamente consolador, el ver que nada pueden los armamentos, ni la codicia brutal de los hombres, contra el soplo que nos anima, cuando se ha pulido y refinado hasta hacerlo culminar en las grandes virtudes que ennoblecen la vida. Hoy más que nunca, queda demostrada la inviolabilidad de la conciencia. Contra las ideas y los sentimientos, la fuerza material, las persecuciones y los ultrajes nada valen, nada destruyen. Al contrario, sirven de crisol para purificar el ambiente.

1918.

Veinte años

En la vida de los individuos y de las sociedades existen hechos de alta significación presente y futura, a los cuales no se les concede la importancia que tienen, precisamente por lo sedante de los beneficios originados al sucederse. Sobreviene entonces el estado grato de la subconsciencia, que excluye la crítica y el análisis y deja sólo campo para la oscura satisfacción de ser, sin las desarmonías de la existencia.

Tál ha ocurrido entre nosotros con la paz iniciada en el Wisconsin, en Noviembre de 1902 por los jefes de los bandos combatientes, especialmente por el de las fuerzas liberales, General Benjamín Herrera, quien sacrificó un ejército victorioso y los laureles en recia lid cosechados, para su prestigio y el de su partido, en aras de la soberanía y honor de la patria.

Colombia, ensangrentada, entristecida y en la miseria, clamaba con voces desgarradoras por el fin de la guerra. Del choque violento de las armas no esperaba ya redención. Descendía su nivel moral aproximándose a la catástrofe definitiva. Las malas pasiones e impuros apetitos de los subfondos de la especie, sin freno ético de ninguna clase, ascendían a la superficie convirtiéndose en normas de acción. Ojos voraces, juzgándola como borrón de la cultura moderna, la espiaban interesadamente para tornarla en presa de conquista.

Vino la paz, originada por un impulso de noble patriotismo, y Colombia, agotada y doliente, empezó a gozar de los dones de aquélla, casi sin darse cuenta. Mucho había sufrido y odiado para que en las horas siguientes no sintiese el desgaste orgánico de los supremos esfuerzos. Lo esencial era vivir. La reflexión pasaba al segundo plano, dando campo al descanso reparador. Falta de energías para abrir el cauce a corrientes salvadoras, y con el pensamiento embotado por la visión de la tragedia, impotente para el

planeo de reformas sustantivas, se entregó unánime en brazos de la dictadura. Aquéllo era el nirvana indio de íntimas analogías con la muerte.

Fue confiada, con la confianza enfermiza del vencimiento, y su obra regeneradora encomendóla íntegra al hombre providencial, pavoroso recurso de los pueblos cuyos ideales y sentimientos de dignidad se hallan en bancarrota.

Al último de los nuestros, justo es abonarle el impulso que dió a lo llamado Concordia Nacional, producto exclusivo de la fatiga, y el desencanto y al cultivo de energías en la iniciación de saludables orientaciones materiales.

Después de un tiempo de latencia del espíritu republicano y de estallidos de megalomanía muy explicables en un mandatario, cuya voluntad no admite valladares, la Nación, convaleciente de los trastornos de la guerra, empezó a comprender que en su organismo de pueblo joven existían valores morales, económicos e ideológicos que, bien encauzados, podrían llevarnos por sendas de libertad y de progreso. Dióse cuenta de que en las épocas modernas sobraban los hombres providenciales, como exponentes genuinos de un pretérito semi-bárbaro, y vino entonces una florecencia colectiva de gallarda altivez.

El país en masa, repuesto de su crisis de abulia, con sus potencias despiertas y vibrantes, como flechas en arcos tensos, listos para el tiro, iluminado por el fuego sacro de las reivindicaciones democráticas, sin una descarga de fusil ni una gota de sangre, armado únicamente de la severa y ancestral conciencia republicana, repudió al dictador, que se hundió para siempre en el más compasivo de los silencios.

Y éste fue uno de los primeros favores de la paz, y la enseñanza objetiva más admirable de que tenga noticia un pueblo.

Con la muda elocuencia de los hechos, está gritando que una Nación digna, amamantada en la libertad y nutrida con ensueños de grandeza, no ha menester el estrépito de las armas para domeñar la tiranía. Bástanle sólo la fe ardiente del convencimiento y el empuje irresistible de la voluntad unificada.

Mas el ejemplo no es único. Con melancolía y sin rencor ninguno, el país vio esfumarse cual fuego de San Telmo, la personalidad de un ilustre gramático a quien sus compatriotas no juzgaron digno del solio presidencial. Dos o tres

discursos parlamentarios y la reprobación unánime contra pequeñas faltas de estética moral, fueron bastantes para que el buen señor, amante del gay saber y apoyado por el clero, el ejército y parte de la prensa, abandonara el Palacio de Gobierno por la puerta trasera, en la actitud humilde y doliente de un lacayo sin oficio.

Los dos episodios apuntados de la Historia Nacional son verdaderas batallas incruentas ganadas por la democracia y por la República, y con evidencia cegadora pregonan el grado de evolución política e ideológica que ha alcanzado nuestro pueblo.

Combatir con ideas y razones, a golpes de puro sentimiento, sin otra mira que la del bien social y sin intentar el daño ajeno, buscando sólo el triunfo del derecho y la justicia, es un bello combatir. Cuando el hombre, ante el ataque, en vez de la crispatura del músculo y la deformación del rostro por la ira, enciende la llama del cerebro y la pone en ignición constante, convirtiéndola en rayo de luz para el contrario, es porque muchos escalones ha ascendido en la pendiente de la vida y muy distante se halla del tipo troglodita.

La caída de la dictadura produjo dos soberbios resultados: los hombres que posteriormente ocuparon el gobierno, en cuyo seno no han faltado varones de pro, llegaron al convencimiento de que la tierra colombiana era en absoluto impropicia para todo lo que no se ajustase a normas legales, y el pueblo que con dignidad supo conquistar sus libertades, adquirió el hábito inmodificable de no vivir sin ellas, convirtiéndolas en esencias de sus células y en resorte propulsor de sus múltiples energías.

Y hénos aquí como grupo social, en el goce pleno de la existencia, conscientes de nuestro destino, discutiendo con criterio emancipado los graves problemas que el presente y el porvenir nos plantean, sin temor de que un hombre o una institución, por audaces que sean, intenten siquiera por vía de ensayo el sometimiento del alma nacional. Cuando se habla, se escribe y se piensa sin miedo a la verdad, por más que aberraciones caducas e inofensivas pretendan en ocasiones recortarle el vuelo al pensamiento, y cuando el ojo de cada ciudadano discrimina el acto más insignificante del mandatario, mueren antes de nacer los brotes dictatoriales, desvanécese por innecesarios los estallidos de rebeldía, y las máquinas de guerra se enmohecen por inservibles en los rincones de los museos.

Nada es comparable a la fuerza de volición colectiva en el desborde expansivo de sus derechos. El pueblo que ha disfrutado de tales beneficios es como gas comprimido, que una vez escapado es imposible reducirlo a su forma primitiva. Para el colombiano la libertad conquistada, está dicho, es imprescindible como el aire para los pulmones, y de allí el rechazo brutal que sufre quien aminorarla intenta en cualquier sentido. Por eso nadie se atreve a enfrentarse en actitud de arrogancia dominadora, con un pueblo que, por tres años sucesivos, blanqueó de esqueletos el suelo y arrasó campos y poblados en castigo de las injusticias y alevosías del despotismo.

Pero la guerra es biológicamente necesaria se dice, y hora llegará en que el humo de la pólvora vuelva a entenebrecer el cielo de la patria.....

Sí; la guerra es indispensable, no hay duda. Vivir es luchar y el sér humano debe mantenerse listo para el rechazo del ataque. Mas la guerra, como todo a la vida referente, es accesible de evolución, y si el hombre ha transformado sus medios ofensivos y defensivos, desde la honda o el hacha de sílex hasta los gases asfixiantes o el velívolo cargado de metralla que siembran la muerte por doquiera sin nunca reparar en el adversario, justo es pensar que, continuando en ascenso progresivo, llegue el momento en que huelguen los instrumentos de tortura y sean reemplazados por otros más dignos de hombres espirituales, como la pluma y la palabra, que esparcen la simiente fecunda y exaltante de las ideas.

Escudado con mi firme creencia en el meliorismo indefinido, juzgo que para nuestro país ha sonado la hora blanca de culminación de altos valores morales, marcada con simbólico ramo de olivo, en que los colombianos se han convencido de que sólo las luchas de la cátedra, la prensa, el parlamento y la tribuna son capaces de salvaguardar íntegros los derechos de un pueblo altivo y redimirlo de su pobreza e ignorancia.

Y es muy justo que hoy, después de veinte años de calma, en que se ha hecho un examen de conciencia y se ha llegado a la conclusión de que sólo el trabajo y la armonía pueden salvarnos, sea un día espléndido de fiesta nacional, en que los corazones vibren de amor fraterno y los labios todos se abran con entusiasmo para dar paso, salida del fondo del alma como beso inmenso, a la sola palabra *Patria!*

Reclama este día un minuto de severa y tranquila me-

ditación para darnos cuenta precisa del camino recorrido desde que los machetes enmohecen en la vaina; de las conquistas obtenidas a golpes de pensamiento sin que una sola gota de sangre empurpure la tierra y de los ideales que lentamente se han cuajado en el horizonte, antes, en las épocas fragorosas, nébulas vagas e impalpables, hoy astros refulgentes que iluminan los derroteros de la actividad y esterilizan el odio en los corazones, como los rayos solares los campos malditos donde pululan gérmenes disolventes de la vida.

Extremécese gozoso el espíritu en presencia de conclusiones alentadoras, de ricas promesas cargadas, como las que surgen cuando se analizan sin mezquinos egoísmos o limitados intereses, los dones de la paz que los hechos respaldan con categórica filosofía.

Mas como imposible sería enumerarlos todos con la justicia y crítica que el asunto requiere, preciso es contentarse con enunciar unos de los eximios y significativos, cosechado fuera del círculo material. Refiérome al ascenso del nivel moral que va adquiriendo el alma colectiva a medida que se desvanece la visión horrenda del espectro de la guerra.

Ah! Ya no es el hosco militar, producto del desorden y descendiente de plebeyos caciques políticos, recargado de galones y trapos vistosos, quien explota y tiraniza a la multitud amedrentada. Es el hombre de trabajo o de ciencia que diariamente, sin alardes ridículos y peligrosos, ni desplantes de mandarín de opereta como el bufo y trágico Juan Vicente Gómez, en la calma del taller o del gabinete, labora por el bien colectivo. El reinado del perdonavidas, «defensor de las instituciones», ha pasado de moda como ha concluido el de los vividores fabricantes de guerras y de perturbaciones del orden público, cuyas miras sólo tenían por objetivo el robo organizado e impune de lo que hombres honrados cosechaban con savia de su savia. El tipo pintoresco del revolucionario apenas vive en la memoria de generaciones que se avecinan al sepulcro. Las prisiones inmotivadas hijas siempre de pequeñas venganzas lugareñas, el pillaje infame bajo el nombre de compartos conocido, las violaciones de los hogares, las emboscadas asesinas, la leva cobarde, son tradiciones curiosas que nos hablan de épocas de barbarie. La figura bizarra del curita de trabuco, paladín de una religión que nadie ha pensado en atacar, ya no la veremos sino en alguna crónica empolvada y amarillenta, al lado de

duendes y aparecidos, en estampas que reviven el goyesco mariñaque.

El pueblo hoy pide escuelas, higiene, trabajo y amplio goce de todos los derechos de la República. Labora por leyes que eleven su personalidad, afiancen las libertades y abran estadios propicios a su redención económica. Sus armas son los instrumentos con que gana el pan y contribuye al engrandecimiento del tesoro de la nación. La política tortuosa y falaz ha pasado a segundo plano y se refugia tímida en ciertos cenáculos de explotadores amorales, que ya el público tiene clasificados en la sección de despojos inservibles y nocivos. El solo vocablo de guerra crispa los nervios porque se sabe que recata el vicio, la districia y el entronizamiento de la escoria social. El prestigio del valor matonesco ha mermado considerablemente y es de mal gusto exhibirlo entre gentes bien educadas. Sustantivos abstractos de gran resonancia, escritos siempre con mayúscula en editoriales de periódicos sectarios, que mucho han sugestionado a las masas y ríos de lágrimas y sangre han costado al país, se miran ahora con la desconfianza de la moneda falsa, o con el temor de los pasajes donde hay trampas y encrucijadas.

Queremos vida fecunda y noble, santificada por el trabajo, aureolada por la libertad sin mayúscula y plena de anhelos accesibles y lógicos. No rehuímos la lucha. Antes bien la necesitamos sin descanso para la obra del engrandecimiento patrio; pero hemos cambiado en absoluto los medios de practicarla.

En vez del fusil y el machete, tenemos la ley. Para el gobierno malpocado que no se porta digna y eficazmente, está la modesta papeleta del voto popular. Contra los atentados al derecho o las tentativas de peculado, existe la broncínea trompa de la prensa que echa al suelo los muros de Jericó y pone el grillete del presidiario en la pierna de ilustres apaches. Los vicios coloniales, los pujos de caciquismo, los gruñidos hispídos de estancados y sectarios los disuelve la línea férrea, el avión que raya el cielo, la onda hertziana, el pito estridente de la fábrica, el canto de la escuela, la calma fecunda del laboratorio, la cátedra universitaria. Para el zarpazo feroz y alevoso de los falsificadores de sentimientos, de los traficantes con la fe y conciencia públicas, de los falsos profetas, poseemos el libro que como paloma portadora de mensaje de verdad y concordia vuela de continente en continente.

¿Defectos graves, irrealizadas aspiraciones, estancados progresos, herencias funestas, dolorosas incomprendiones, no manchan aún de tonos sombríos, este conglomerado admirable que es el alma nacional? Sin duda mucho de ello existe que ha menester reformas trascendentales y el cauterio implacable de una crítica justa. Mas convengamos que en la aurora de este día de bellas esperanzas, en que se afirma de modo categórico, para que grabado quede en los tiempos con rastro luminoso, el gigantesco vuelo del cóndor colombiano hacia arriba, hacia la concordia perdurable, no es humano que maculemos nuestro entusiasmo de aquilatado patriotismo con el recuento de los males que nos aquejan.

Noviembre, 21 de 1922.

La vista fiscal

La lectura de la Vista Fiscal sobre el odioso crimen cometido en la persona del gran colombiano Uribe Uribe, me ha sugerido algunas observaciones que quiero no dejar en silencio.

Estas cuestiones de ideas son siempre seductoras para espíritus inquietos que anhelan la posesión de la verdad. Y precisamente en el documento aludido, interesante por demás y obra de grandes alientos, se llega a ciertas conclusiones erróneas a mi modo de ver, que conviene rectificar, pues se apartan de los rumbos modernos del pensamiento científico.

En primer lugar, existe allí una confusión lamentable entre los dos términos, fatalismo y determinismo, siendo como son absolutamente desemejantes.

El fatalismo no tiene nada de científico. Es una doctrina grosera, producto de espíritus superficiales y abúlicos, incapaces de acción, que suponen la suerte de los humanos fijada con trazos necesariamente categóricos, por un hado funesto ante el cual no hay apelación posible. El fatalista razona del modo siguiente: está escrito por el destino implacable que he de soportar una existencia llena de miserias, vencido ante la vida desde un principio; que los esfuerzos y las luchas son inútiles y he de morir tal día a tal hora. No podré sustraerme a la deidad inmisericorde que marca la frente del hombre con indeleble sello desde el instante en que el óvulo y el espermatozoide se fusionan en el fondo del útero para constituir un nuevo sér. No hay objeto, por lo tanto, en el intento de mejorar; el trabajo es innecesario; el ansia de perfección, una quimera; el arte, la ciencia, la moral, son meras palabras vacías de sentido. La fatalidad ha trazado mi senda y por ella he de seguir necesaria, irremediabilmente, sin que nadie ni nada sean capaces de apartarme una línea del derrotero que me tocó en suerte.

Con tal razonar es lógica de juro la conducta del lakir

que pasa la existencia en inmovilidad de piedra, dando asilo en la carroña de su cuerpo a repugnante fauna de parásitos, e hipnotizado ante la cicatriz original que lleva en el vientre.

Semejante doctrina sería la disolución de las sociedades, la extinción de la vida. Proclama la irresponsabilidad humana, la infecundidad de la lucha y la negación del progreso. Es el refugio de los impotentes, de los perezosos, de los enfermos y de los vencidos. Pero no tiene qué ver nada con el determinismo, como se sugiere en el estudio que analizo.

El determinismo es la doctrina que reconoce la ley de casualidad en las acciones humanas y en el universo.

No hay efecto sin causa, es una afirmación trivial en fuerza de ser verdad, y sobre ella descansa quien se conforma en un todo con la realidad de los hechos. Estudia en bloque homogéneo, sin saltos bruscos, ni distingos sutiles, los fenómenos y las causas que los han originado.

Por dondequiera que se tiende la vista se advierte el paso del determinismo, que en puridad de verdad no es sino la confianza que se adquiere en las causas por medio de la experimentación o del empirismo.

Al analizar cualquier fenómeno debidamente, se llega a la conclusión lógica de que ha sido engendrado por una causa, y de que siempre que esa causa se presente, rodeada de idénticas circunstancias, producirá un fenómeno igual al estudiado. El terrón de azúcar que se pone en un vaso de agua, se disuelve por completo hasta el punto de perder su forma primitiva. De allí se deduce que cada vez que esos dos cuerpos se hallen en contacto, resultará un hecho semejante en un todo al primero. A nadie se le ocurrirá sostener que al mezclarlos se obtendrá la cristalización de uno de los componentes o su paso al estado gaseoso. Cuando se arroja al aire un cuerpo sólido, quien tal acto ejecuta está absolutamente seguro, por más ignorante que sea, de que ese cuerpo caerá al suelo necesariamente. Ambas cosas y mil otras comunes que podrían citarse, son muestras claras de hechos deterministas, sancionados por el empirismo del sentido común.

Elevándonos a casos más complejos, que requieren verdadero trabajo del pensamiento, se obtienen idénticos resultados. El químico en su laboratorio sabe con plena

certeza, cuando mezcla dos cuerpos conocidos, de pesos y cantidades definidos, que ha de resultar un tercero de esencia completamente distinta de los que le dieron origen; como de antemano conoce el fisiólogo las reacciones de la electricidad en los músculos de un animal.

Y uno y otro tienen esta visión anticipada, no por un don especial de los hados, sino por el estudio de actos anteriores y por el conocimiento claro de las causas; por el determinismo en síntesis. De una manera casi inconsciente, han llegado a la conclusión de que a causas dadas corresponden fenómenos especiales.

Remontándonos a cuestiones de orden moral, pasa igual cosa; sólo que en ese campo, como nuestros conocimientos son muy reducidos, las causas y sus efectos no se conocen de manera cabal o científica, las mas de las veces, sino de modo empírico. Pero es lo cierto que aun siendo así, la mayoría de los hombres procede impulsada por el determinismo.

Basta echar una mirada sobre lo que constituye la educación, cuyo objeto se reduce a sembrar en el alma del niño el mayor número de causas posibles con sello de bondad, honradez y cultura, para que algún día, cuando aquél entre de lleno en la vida, se produzcan benéficos efectos. Los padres, los maestros, los sacerdotes, si tanto se afanan por propagar ideas redentoras, por inculcar máximas de moral y proclamar las excelencias del buen ejemplo, es simplemente porque están convencidos de que las imprimen en el espíritu con sello imborrable formando la trama complicada del carácter. Bien saben que llegará una hora, cuando se presente el momento de la acción, en que darán frutos de bien y de progreso. Las semillas de bondad arrojadas en las tierras vírgenes determinan las jugosas cosechas del porvenir.

El pueblo, con su instinto ciego y sabio, ha sintetizado en adagios de precisión matemática, la verdad de lo expuesto: «De tal palo tal astilla,» «Hijo de tigre sale pintado,» «Como es la madre es la hija,» «Quien siembra vientos cosecha tempestades,» «El que a cuchillo mata a cuchillo muere,» «Quien la hace la paga,» son frases que denotan en su estructura lapidaria que, dadas ciertas causas, sobrevendrán determinados efectos.

Los médicos, consciente o inconscientemente, estamos convencidos de la fuerza de las leyes deterministas o de las leyes de causalidad. No hay examen completo de un paciente que no empiece por inquirir sus antecedentes heredi-

tarios o personales, es decir, las marcas que en el organismo y en el espíritu han dejado los progenitores al transmitir la vida o han impreso el clima, el trabajo, la sociedad, la topografía del suelo, las enfermedades anteriores, todo lo que constituye el medio, en una palabra. Abrígase la seguridad de que algunas de aquellas impresiones determinan en el enfermo, bien espiritual o corporalmente, parte de la dolencia, sino toda, que lo aqueja al presente.

Sociólogos, filósofos, políticos, civilizadores y los demás que estudian y se preocupan por el progreso de las colectividades humanas, al disponer sus planes reformadores, no hacen otra cosa que obra determinista. De antemano se fijan en causas que la ciencia o el empirismo les han enseñado a mirar como producteras de reacciones sociales favorables. El mismo doctor Rodríguez Forero, autor del notable trabajo que motiva estas líneas, y a pesar de la repulsión que siente por la escuela de que trato, estampa esta frase de un determinismo manifiesto: «Bien se sabe que si hay una herencia de *predisposición* tanto al bien como al mal». Y quien dice predisposición refiriéndose al hombre, dice determinismo. Ya está anotado que éste es completamente distinto del fatalismo, y se agrega, que tratándose del espíritu humano y dada una causa, no significa que necesariamente se produzca el efecto, pues aquélla puede permanecer en estado potencial o modificarse completamente. Lo que se afirma es que tal causa predispone o determina tal efecto desde el momento en que éntre a actuar y no pierda nada de su esencia primitiva en el punto de aplicación o en el curso de su desarrollo.

El hijo de un dipsómano, engendrado en plena embriaguez, está predispuesto o determinado al vicio del alcohol; pero no es ni con mucho un predestinado, por más que a veces se abuse del término. La causa hereditaria está latente en él; si ese niño se cría en el medio donde nació, presenciando a diario los estallidos de gula del padre; si al llegar a la juventud, frecuenta sitios donde se consume el tiempo en los turbadores placeres de las copas; si no ha sido abroquelado por una educación moral bien conducida, la causa determinará en él el vicio del alcoholismo, con tanta mayor intensidad cuanto que ha sido debidamente cultivada. En cambio, si al lado de la causa primera se hacen surgir por medio de la educación, del ejemplo y de la sustracción del ambiente, otras causas favorables, aquélla entonces permanecerá siempre latente, y la sociedad tendrá en

voz de un nuevo dipsómano, un individuo que gastará las energías, consumidas por el padre en la bebida, en obras de propio y colectivo bien.

Negar el determinismo es negar la ciencia, el arte y todos los valores morales. «Un mundo no regido por el determinismo sería *fatal* para el hombre y para la existencia del universo», dice algún autor, y está en lo cierto. Piénsese sólo en lo que sería la existencia si las causas variasen con la misma versatilidad que las moléculas de agua de una catarata. Piénsese en lo que sería nuestra vida si las leyes físicas, químicas, morales, se trastocaran de la noche a la mañana y se dieran a producir efectos desusados. A más del cataclismo inevitable, el concepto de lo cómico y lo trágico se acrecentaría considerablemente.

Habla el doctor Rodríguez Forero de la escuela antropológica determinista, como de una escuela materialista, por que «Todo el proceso generativo del delito lo busca en la estructura material del sujeto».

Ignoraba yo que el determinismo fuese materialista, y no veo bien clara la razón que se aduce para demostrarlo. La escuela antropológica moderna ha buscado, en efecto, en el organismo del hombre criminal, estigmas, degeneraciones y deformidades que la autoricen para clasificar los diversos tipos de delincuentes, pero éso no significa, ni con mucho, que niegue la existencia del espíritu. Imagino que se puede ser determinista y espiritualista al propio tiempo, sin que lo uno excluya lo otro. Y el hecho de que en el mundo espiritual no se haya logrado fijar leyes con absoluta precisión, como en el mundo material, no implica negación de aquél. Es la psicología un ramo incipiente de la ciencia humana. En esa materia se está en el período de tanteo, o sea en pleno empirismo.

Juzgando al hombre tal como es, como unión de cuerpo y espíritu, en que éste anima y vivifica a aquél, no puede negarse que desde que el primer componente sea afectado, el espíritu, que lo há menester íntegro y sano, para lucir todas sus galas, no dará de sí sino brotes deficientes o excesivos, es decir, anormales. Ocurre algo de lo que pasa con el artista a quien un instrumento defectuoso se le presenta. La potencia creadora de Sarasate no será capaz de producir el más débil destello en presencia de un violín sin cuerdas; como todo el genio de un Luis Pasteur sufrirá eclipse completo con dos gramos de tejido escleroso en el cerebro

o con el aumento o disminución de unos pocos centímetros cúbicos de las secreciones internas.

El determinismo antropológico, estudia en el criminal las deficiencias o excesos orgánicos que impiden, dificultan y tuercen las manifestaciones del espíritu. Desgraciadamente hasta ahora no se han obtenido resultados definitivos, y la escuela se ha sometido a frecuentes derrotas, lo que no le quita méritos, pues como bien lo dice Tarde: «Una ciencia incipiente debe considerar como una ganancia la pérdida de sus quimeras, que hubieran podido extraviar sus primeros pasos. Tiempo es ya de reemplazar las sombras por cuerpos y las conjeturas por certidumbres. Así, el resultado más positivo del Congreso de 1889 es haber puesto en claro la Jurisprudencia de las causas sociales del delito y, por consecuencia, la urgencia de tratar la antropología criminal como una psicología ante todo y como una sociología criminal».

Es conveniente advertir que estamos a la hora presente muy lejos del atavismo de César Lombroso, o sea de la creencia en el tipo regresivo, bárbaro, del criminal nato. El mismo Lombroso, antes de morir modificó en parte su teoría sobre el origen atávico del delito. En seguida viene el varón Garófalo de la escuela Antropológica Italiana, quien juzga al criminal como aquejado de una perturbación moral, más bien anatómica que psíquica. Lacassagne, de la Escuela Positivista Lionesa, admite en la etiología del crimen, a más del factor personal, el factor social, al cual da gran importancia. Emile Laurent piensa que «muchas razones obran hereditariamente de una manera más o menos eficaz sobre el desarrollo de la criminalidad». Habla en primer lugar del alcoholismo, luego de las vesanias y neurosis, y por último de la tuberculosis. Concluye: «Cada factor etiológico produce una merma de mayor o menor consideración, y cada uno de ellos obra más o menos eficazmente sobre el producto que será, por tanto, más o menos defectuoso desde el punto de vista físico, psíquico o moral». Para Drill, el criminal es «un sér vicioso mal organizado y mal equilibrado, pero no enfermo, en el sentido riguroso de esta palabra».

Como «consecuencia natural» del determinismo antropológico obtiene el Dr. Rodríguez Forero «la irresponsabilidad del delincuente, por la abolición del reconocimiento del libre albedrío base de la teoría científica de la penalidad».

Para tratar este punto debidamente, habría que ir dema-

siado lejos. Enciérranse allí varios conceptos a cual de todos más importantes: responsabilidad, libertad, libre albedrío. Sin embargo, circunscribiéndome a la noción de responsabilidad, diré que el determinismo no la excluye porque no excluye la libertad.

La psíquis humana es un conglomerado de causas, intensamente grabadas algunas, débilmente otras, en plena actuación varias; en estado potencial las más; en formación éstas, por influjos del medio exterior; completamente formadas aquellas, por leyes de herencia desde el instante en que el embrión ha quedado constituido. Todas forman las fuerzas deterministas. Cuando llega el momento de obrar, el hombre se siente impulsado por mil voces, débiles o fuertes, que lo determinan al acto en varios sentidos. Aparecen entonces la voluntad y la conciencia demasiado falibles y entecas si poco se les ha cultivado, que son las que escogen la senda que ha de seguirse. En el acto de escogencia, hay libertad positiva; de tal suerte que el hombre es responsable de sus acciones, por lo mismo que existen causas anteriores que lo impulsen a obrar, y de las cuales conoce por propia o ajena experiencia los afectos. La mujer amada que oye los reclamos ardientes del amante, por razones del sexo, del momento psicológico, de su propio deseo, de la voz de la especie, está determinada a entregarse; y se entrega muchas veces. Sin embargo, otras resisten cuando a la causa que podría llamarse instintiva, se han opuesto elementos de honorabilidad y de virtud. En el conocimiento de las consecuencias de sus actos, siempre, puesto que hay lucha, dos caminos se abren ante sus ojos: de renunciación y sacrificio el uno, de fácil placer el otro, y no obstante, unas veces escoge el primero, porque allí está la voluntad libre para marcarle la senda del bien moral, a pesar de determinaciones en el sentido del bien material, y otras, se entra por la grata vereda del pecado, con plena consciencia, desafiando altiva las consecuencias de sus actos, porque libremente prefiere los goces de la sensualidad. Auscultándose uno a sí mismo, sabe que en el fondo del sér hay apetitos animales y perturbadores, que de vez en vez salen a la superficie en demanda de cultivo, fuente, por otra parte, de satisfacciones, y sin embargo se rechazan con entereza manteniéndolos dominados, precisamente porque hay volición y libertad para éllo.

Por supuesto que cuando se habla de libertad, se sobreentiende una libertad relativa y no absoluta, como preten-

den los libre-arbitristas y uno que otro cerebro perturbado. Esta no existe sino como mera abstracción o simple juego de palabras. Medítese en cualquiera de los casos que se nos presentan como alta expresión de libertad. Piénsese en el demagogo que a seguida de un discurso incendiario, en que no admite ni Dios ni amo, tiene que salir huyendo de sus acreedores; o en el buen obrero, cuando en día de elecciones, hiperestesiado por algunas copas, lanza vivas furibundas a tan cortejada deidad, en tanto que lo aherroja la prole numerosa y hambreada o las exigencias del patrón que lo explota miserablemente; o en el mozo que ha cumplido veintiún años, y que libre se titula mientras sus bolsillos ayunos de dinero reclaman para su flacidez la solicitud paternal; o en el millonario que, dispéptico, vive clavado ante el escritorio, combinando y torturando las cifras de sus haberes que a sus carnes y a su alma se han aferrado como tenazas. ¡Tristes e irónicas libertades las que se nos ofrecen a diario y por las cuales muchas veces nos hacemos romper la crisma!

El hombre es libre, pero con una libertad cuya base descansa sobre el conocimiento de la resultante de sus actos, sobre la relación que existe entre sus impulsos y consecuencias, sobre la noción de causalidad. Negar esto es afirmar que hay efectos sin causa.

Ya se ha dicho y conviene repetirlo: el hombre es responsable, porque, no obstante las múltiples determinaciones que se agitan en su alma, puede escoger por el entendimiento que tiene, en un momento preciso, aquellas que la experiencia le ha demostrado que producen benéficos efectos, y dejar que se agosten en la inacción las que reconoce como nocivas. Allí no hay nada obligatorio fatal, ni necesario. Lo necesario y obligatorio están en el efecto que se obtiene, una vez que el juicio se ha decidido por la determinación o causa de sus simpatías.

Según lo expuesto, las penas correctivas, como la escuela, sí tienen razón de ser en una sociedad donde impera el determinismo. Y es allí precisamente donde dan sus mejores frutos, puesto que se basan en la ciencia experimental, en la ciencia que considera al hombre tal cual es; nó como un espíritu puro o como un organismo grosero predestinado al sufrimiento, sino como un ser orgánico, vivificado por un soplo del Creador, apto para una mejoría constante y en quien se pueden imprimir, como en blanda cera, los sellos de la bondad, de la nobleza y del carácter levantado.

En el Campo de Boyacá

Agosto de 1919. Días 6 y 7. ¡El campo de Boyacá! grita alguien, y el automóvil se detiene en la altura. Viva emoción a todos nos domina. Callamos ansiosos. Allá abajo, en la hondonada, hierve la multitud. A lado y lado, en las vertientes y en las cimas de las colinas, que como un libro entreabierto constituyen el sitio donde Colombia selló su independencia, se ven las tiendas de campaña, alineadas regularmente y decoradas por la bandera tricolor. Adviértense de trecho en trecho grupos de soldados, y de vez en vez, en las alturas y por entre las toldas, atraviesa un jinete con arreos militares. Un ruido ensordecedor, mezcla de conversaciones, de gritos, de sirenas de automóviles, de toques de corneta, de apresto de armas, quiebra el silencio de aquel paraje apartado. El obelisco conmemorativo de clásica solemnidad y gran tamaño, pone una nota exótica y evocadora. La verja que en parte lo circuye, está adornada de festones y banderolas, que al ser agitadas por el viento producen ese ruido grato de la tremolación, que dice de los espasmos y de los encantos del combate.

Algo sublime flota en el ambiente. Allí, en ese instante, se siente la patria junto al corazón. Amasela allí con amor que tiene algo de carnal; se olvidan todas las miserias del odio y las pequeñeces todas de las patrias chicas.

Por natural fenómeno psicológico acuden a la mente los recuerdos de la madre. de los hijos, de los seres queridos, y por sobre todos, el de la amada.....Experimentase la necesidad de tenerla cerca para que en abrazo estrecho y bajo el grave silencio de dos almas emocionadas, vuele al infinito el fervor de los seres que se completan.

Compréndese allí el sacrificio inmenso de esos soñadores de la libertad, que con el temple de las armas y el coraje de los ánimos, hicieron morder el polvo y arrojaron para siempre al extranjero agresivo y retardatario. Hay instantes en que la reconcentración espiritual es tan intensa, que el ojo contempla en el jinete lejano que pasa a la carrera, a

uno de los admirables descamisados de hace cien años.

No es brote lírico, ni flor de retórica, la afirmación de que el «genio de Colombia», como diría Bolívar, extiende sus alas por ese ambiente de leyenda y de gloria y funde en abrazo de amor todos los espíritus.

Echamos pié a tierra para mirar de cerca al obelisco y los cuatro bustos que lo adornan, de los grandes jefes que en asocio del Libertador coronaron la victoria. No sé por qué los bustos me dejan impasible. Nada dicen a mi alma; hubiera querido el monumento de ellos desprovisto. Quizá el espíritu, sin el tope del mármol tan frío y poco expresivo en este caso, hubiera tenido el dón de evocación suficiente para poblar ese recinto sagrado con las sombras altivas y angustas de los triunfadores, expresionadas con actitudes y gestos más marciales y dominantes. Hay una desproporción evidente entre el sitio y las memorias que suscita, y esos pequeños bloques de mármol recortados y pocos expresivos. Tal vez en un salón o en una plazoleta estarían bien; nó allí, donde lo que se reclama es una absoluta libertad de ensueño, para que sin trabas ningunas, pueda el corazón subir siempre, en anhelo fecundo, que sea una oración a la Patria, al Derecho y a la Gloria, bajo la nave del cielo sin límites.

Detrás del auto del Presidente de la República sigue el desfile. El Ministerio de la Guerra, las Comisiones de la Cámara y del Senado, Comisiones de los Departamentos, particulares, coches, jinetes, forman aquél. No falta por fortuna la nota delicada de la representación femenina. Dos filas de soldados a lado y lado de la carretera que serpea por el otero y en una extensión por lo menos de ocho cuadras, hacen guardia de honor, y al paso de la comitiva, presentan las armas. Tres bandas de música llenan el espacio con los bélicos acordes del Himno Nacional; óyense también los toques vibrantes de las cornetas. Agítanse en el aire las banderas de los batallones pregonando victoria. A mi mente acuden estrofas sueltas de la «Marcha Triunfal» de Rubén Darío.

La emoción de esa hora es casi dolorosa. En nuestro carro nadie dice una palabra. Siéntese sólo la respiración comprimida de los momentos solemnes de la existencia..... Al fin, cuando ya estamos lejos del bullicio, y hemos podido dominar un poco nuestros nervios, uno de nosotros grita: ¡Viva Colombia! Y todos respondemos con un ¡viva! a pleno pulmón y a plena alma, que los ecos de las cerranías se encargan de llevar a los cuatro vientos.....

El 7 en el medio día volvemos al campo de Boyacá. Váse a dar un simulacro de la gran batalla, y la gente de todas clases y condiciones, y los autos y los coches, y los jinetes, pueblan esa comarca de suyo silenciosa. Dícenme que maniobrarán unos dos mil soldados. Hay una animación y un júbilo indiscriptibles. En los diversos kioscos, levantados para dar algún refrigerio, mariposean las muchachas, poniendo la nota alegre de sus trajes en la masa oscura de la multitud.

El cielo se ha vestido de fiesta; parece que hubiera querido mantener luminoso el espíritu de los colombianos en este día de gloria. Un sol espléndido lo dora todo, y un cielo azul nos cobija. Las armas y uniformes de los soldados que vienen y van por entre el gentío, o de los que en las colinas se aprestan para el combate, rebrillan a intervalos como chispas eléctricas. Risas, cornetas, voces, autos, caballos, todo amalgamado llena el aire de bullicio y de alegría. Un puente de madera ha sido reconstruido en el mismo sitio histórico, que ocupaba el famoso por donde Santander, coronado de victoria, avanzó el primero con sus huestes de valientes.

Después de almuerzo, empiezan los discursos al pie del obelisco. Deben ser muy buenos pero se oyen muy poco. Hay demasiada vida y animación; está tan saturada esa tierra de nuestra gloria, para que la engalanada fraseología de los retóricos sea capaz de turbar de modo perceptible la voz callada de la naturaleza y del recuerdo. Colócanse coronas de laurel y flores en las gradas del monumento. Yo deposito un modesto ramo en nombre de la tierra antioqueña, y lo hago poniendo toda mi alma en ese acto tan trivial....

Va a empezar el combate. Apresúrase la gente a ocupar las alturas. El aspecto que éstas presentan es admirable, por la vibración y movimiento de la multitud. Los diversos cuerpos de ejército están formados en los puntos precisos en que se encontraban hace cien años a la misma hora. Los que representan las huestes españolas visten lujosamente de dorman azul y pantalón blanco; los nuestros, nuestros queridos zarrapastrosos, los que atravesaron la andina cordillera, hambrientos y desnudos, o se alistaron después del Pantano de Vargas, sin nociones de lo que era un fusil, los soldados de Santander, Anzoátegui y Rondón, van vestidos de dril kaki. Los instantes son de expectativa. De vez en vez algunos jinetes van de un puesto a otro dando órdenes. El sol fulge espléndido y tonifica el ambiente.

Derepente, en la inquietud de la espera, surge una nota de clarín como una flecha de oro. Es la señal. Empieza la batalla. El trueno del cañón y la fusilería llena los ámbitos. ¡Esas sí son voces para escuchar en esos campos; esas sí son oraciones para los libertadores y legítima ofrenda de incienso: voces de trueno y humo de la pólvora! Muchos ojos están humedecidos.

Síguense las peripecias de la lucha con ansia indiscrepitable. Los comentarios van de boca en boca. Escúchanse gritos de entusiasmo. Por momentos las descargas se hacen más cerradas; la tierra tiene alientos de volcán. Ya se divisa la caballería, que se escapa del cerro occidental y va a ejecutar el vado del río y luego el movimiento envolvente decisivo. Son lanceros de Rondón. Santander está dando la carga sobre el puente y sus soldados resisten como bravos. Bolívar sostiene la lucha en otra vertiente de un otero, mirando con sus ojos aguileños desde la piedra clásica que hoy lleva su nombre, todas las peripecias de la refriega. Las banderas ondean majestuosas, envueltas en humo. Quisiera uno volar hacia ellas y besarlas en un raptó de locura, y morir acribillado gritando: Patria! Patria!...

Verdaderamente es gracia especial que a los cien años, en el mismo sitio y a la hora justa, pueda un colombiano contemplar la batalla que nos dio vida de pueblo independiente, grabó en el recuerdo de los hombres una de las páginas más gloriosas de la tierra americana y arrojó para siempre de nuestro suelo a los que, a cambio del idioma, nos lejaron sólo fanatismos y pereza mental.

Santa Marta

Es un espectáculo de ensueño. El buque avanza lentamente por la bahía de azul perfecto, magnánima en su tranquilidad profunda. El azul desteñido de los cielos y el intenso sombrío del agua, bajo el esplendor del sol, tonifican el espíritu, maltratado por los trastornos del cuerpo que sopor-ta por horas y horas las perfidias del mar.... Ya hay reposo; se hace el centro de gravedad más estable; la tierra, en esta vez verdadera madre, volverá a sustentarnos y renace la esperanza, en tanto que la vista se deleita en la contemplación del paisaje,

Allá lejos, en el confín, la ciudad aparece bañada en una pátina de oro; borrones de arboleda la circundan; un otero, donde hay un faro, se levanta de centinela avanzado sirviendo de remate a uno de los extremos de la herradura que forma la bahía; las colinas de tonos esfumados se deslíen en la inmensidad del agua....

¡Santa Marta! No puedo negar que la contemplo con emoción verdadera. Acuden a mi memoria las estrofas de Rojas Garrido: «Aquí fueron sus últimos momentos,—su último adiós, su postrimer gemido,—aquí cayó como león herido —cuya rugiente voz no apaga el mar».

Bastara ser la tierra donde el corazón del Libertador dejó de latir, para que mi alma la contemplara con sobresalto de angusto sagrario. En el cementerio de ídolos de mis interioridades, se levanta enhiesta y crece más cada día la figura del genuino superhombre americano. A medida que se estudia a Bolívar, se agiganta su talla hasta llenar toda la América. Nada comparable a su grandeza; nada tan arrebatador como su genio. Natural, por consiguiente, que se experimente algo indecible al pisar el último pedazo de suelo patrio que retrataron los ojos del grande hombre, cuando perseguido por la ingratitud, la envidia y la estulticia, vino a dejar la vida en estas playas dolientes.

Mientras se amarra el buque, una veintena de negritos

desnudos lo rodean nadando como peces. Gritan desaforadamente y hacen toda clase de gestos, pidiendo algunas monedas, que persiguen arrojados al agua sabullendo hasta darles caza, quién sabe a qué profundidades. Cuando las atrapan, vuelven a la superficie, agitando las lanudas cabezas con vivo movimiento, y guardándolas en la boca con cierta indiferencia de dominadores.

Un americano que viene en el buque, acompañado de su esposa, bastante fea, pero gran bailarina de danzas exóticas y armoniosas, como bien lo ha demostrado en noches pasadas, bailando en el salón con los pies desnudos y apenas envuelta en telas vaporosas multicolores con reminiscencias de ornamentos de antigua sacerdotiza, llama la turba de negritos y los invita a que rodeen a su señora, en tanto que el hace funcionar la kodak...

Anticípome la satisfacción del yankee, cuando de regreso a su tierra, exhiba la fotografía:—Mi señora, en una playa del Caribe, rodeada por los naturales domesticados de Colombia, dirá a sus amigos. Y de juro que no faltará algún *magazine*, amante del color local, que reproduzca el cuadrado con la leyenda consabida.

Hay que tener en cuenta que se nos juzga como tribu pacífica, propia para dar comienzo a los encantos de la civilización. Lo cual no debe extrañarse si se considera lo que son nuestras costas, especialmente nuestro puerto principal, Puerto Colombia, y la vida a orillas de la gran arteria nacional: el Magdalena.

Desaparece la belleza salvaje del paisaje en vista de tanta miseria y atraso. Colectividades de mulatos, debilitadas por el paludismo, la anemia tropical y el pian con la resignación del vencimiento dibujada en el rostro y la vaguedad en las pupilas de quien soporta lo fatal de un sino abrumador. Las viviendas, tan infelices como sus moradores, inundadas en ciertas épocas del año casi en su totalidad como acabo de verlas al bajar el río.

Aquello da la sensación de algo irremediable; de una muralla de ignorancia, de desidia, de cansancio, opuesta a todo progreso. Siéntese a la vista de tanto desamparo, la inutilidad del esfuerzo y la voluptuosa conformidad de la derrota, que tanto bien hace a los abúlicos, cuando no están acostumbrados a habérselas con la tortura de desarrollar voluntades. De nada valen la gloria de los cielos tropicales, la magnificencia de la selva y la majestad del río que con su corrien-

te silenciosa y profunda, sugiere una lección objetiva para el pensamiento moderno. El hombre allí es un vencido, y todo lo que abarca el ojo tiene la infinita tristeza del fracaso. Nada importa que por doquiera circule la vida, en lo animado e inanimado, con empuje desbordante; si el ser racional, en vez de encauzar ese desborde, siente que lo aniquila restándole energías.

En mi memoria aún perdura el cuadro que presencié en Puerto Berrío. Mientras tomaba el fresco en una pequeña plazoleta, ví en una acera del frente a quince hombres medio desnudos y sucios, tendidos de largo a largo, con aspecto de profunda angustia.

—Y éso?

—Son enfermos—se me contestó—y como aquí no hay hospital ni modo de asilarlos, allí pasan su enfermedad.

Por fortuna no necesitaban de abrigo, porque el calor y los mosquitos tenían el encargo de mitigar el calofrío que martirizaba aquellos deshechos de humanidad.

Precisa advertir que tales casos no son raros en el puerto principal de Antioquia, la muy cristiana, la plata labrada de la casa, como quien dice....¿Qué sucederá en otros Departamentos? Ocurríame que nuestra sociedad protectora de animales, de reciente creación, podía ejercer su acción benéfica sobre los desgraciados trabajadores vencidos en la lucha por la malaria, las úlceras y el clima. Cier to es que el hombre, para las conveniencias sociales, es menos que un buey o una mula; pero siempre, por la animalidad de que goza, merece algunos miramientos de las sociedades caritativas fundadas para protección de los brutos....

Pero me he olvidado de Santa Marta.

Amarrado el buque y puesta la escala, nos apresurá mos a bajar a tierra. Un auto nos espera, y partimos. Tengo ansia de vérmelo todo. Trátase de una ciudad histórica, llena de recuerdos y de pasadas glorias. El conjunto debe tener un sello de grandeza inequívoco; la leyenda a cada paso ha de asomar por ventanas y rendijas cautivando el ánimo; no será raro topar a la vuelta de una esquina, con el hidalgo altivo, recién llegado de las Españas, o con la dueña de tocas monjiles que acompaña una recatada beldad.

Tristitia roerum! El primer desencanto me viene de la playa arenosa que borda el mar por donde el auto camina

lentamente. Allí debía existir un paseo agradable, sembrado de palmas y árboles frondosos que defendieran del resistero; con bancos en dónde reposar por las tardes para contemplar cómodamente la sublimidad del agua infinita que mucho bien hace al espíritu cuando con amor se le mira; casetas elegantes para los bañistas; en fin, algo que denotara un poco de artística chifladura, un poco de cariño por lo que no sirve para nada, y que tanto sirve! Pero nó; la playa es árida y ardiente, y sólo en el centro existen restos de alguna vieja construcción.

Al avanzar en la ciudad, el desengaño continúa. Es una ciudad muerta, de ruinas españolas, sin un rasgo que denote vida fecunda. España le dejó el sello de su tristeza conventual y de su decadencia. Por todas partes ruinas de grandes casas pesadas y sombrías, y en las calles, arena y más arena. En una plaza pequeña hay un parquecito descuidado, donde se yergue una estatua ecuestre de Bolívar, que bien puede ser ornamento de sala por lo minúsculo.

Adviértese aquí, mejor que en ninguna otra parte, lo calamitosa que ha sido para estas tierras nuestras la influencia de lo que, por ripio retórico, se ha convenido en llamar Madre Patria. Nos ha dejado una herencia desastrosa la buena señora, de la cual no hemos podido librarnos ni con las depuraciones de los frecuentes desangres revolucionarios. Envenénanos aún el morbo ancestral. La pereza, el desorden, el fanatismo y el desamor al aseo, lo llevamos todavía en el cuerpo como cuando nuestro amado rey Fernando hacía la felicidad de nuestros abuelos despanzurrándolos cual ratas. España en tierras de América ha sido una mancha de filoxera: lo que directamente ha tocado con su mano, de fi-jo lleva casi un germen de muerte. Y éso le ha acontecido a Santa Marta: atacada está de mal hispánico.

Sin pérdida de tiempo, nos encaminámos a la histórica quita de San Pedro Alejandrino. El automóvil corre por una carretera estrecha e inclemente, sembrada a lado y lado de zarzas y malezas. Por ninguna parte se ve una casa elegante, ni un paisaje risueño sobre qué descansar los ojos fatigados. Siempre zarzas y zarzas por entre las que huyen los lagartos, que han salido al camino a tomar su baño de sol. De cuando en cuando nuestro vehículo aminora el paso para no atropellar a un burro con su correspondiente conductor, negro o negra, que musulmanamente, con las piernas cruzadas sobre el bruto filósofo, se deja llevar vía adelante,

despacio, calmoso, como la propia vida de esa comarca. La vegetación tiene una tristeza enfermiza. Diríase atacada de anemia palúdica a no ser por el temor de que algunos de mis amigos bacteriólogos opinen que no es huésped frecuente de los vegetales el hematozoario de Laverán.

Detiénese al fin el auto ante la verja de la Quinta. Siento emoción especial, mezcla de melancolía y contento. El sitio es poético y silencioso, propio para que el alma vuelle libre por las regiones del ensueño. Árboles centenarios le dan sombra. El pensamiento en esta soledad tórnase intenso y profundo; las evocaciones, las desesperanzas, los dolores de toda una vida surgen espontáneamente como en una morada conventual.

Pienso en lo que debió sentir el Libertador, cuando a la caída de la tarde, sólo, enfermo, en pleno silencio de humanidad, se entregaba a sus cavilaciones, contemplando la marea creciente de la noche y no escuchando otro ruido que los mil del campo, que contribuyen a agrandar la idea pavorosa de la soledad y de la muerte.

Por su mente debieron desfilar los grandes desencantos, las perfidias de los hombres, la infecundidad de la lucha, el horror de la incompreensión. Su gloria inmensa la debió ver dibujada en la columna de humo y cenizas que se escapaba por la chimenea del ingenio, que queda cerca a la casa. . . . Nada, después de breve rato, ni humo ni cenizas. . . El firmamento estrellado mirando a la tierra con la absoluta indiferencia de siempre. «He arado en el mar», debió murmurar muchas veces el gran febricitante para rematar uno de sus hondos pensares. Y en un raptó de desconsuelo profundo, de íntimo naufragio moral, debió palpar el significado exacto del *vanitas vanitatum* del profeta lujurioso. Si Bolívar supo llorar, muchas lágrimas silenciosas debieron humedecer sus mejillas descarnadas en San Pedro Alejandrino.

Entro a la casa, bien conservada, limpia y llena de humildes ofrendas de la admiración popular. Esta invadida por los compañeros de abordó. Quisiera haberla visitado solo con mi esposa para «sentirla» como quería, pero me fue imposible y al penetrar a la sala la emoción que antes experimentara se evaporó por encanto a la vista de mis semejantes, entre quienes se hallaba la bailarina de los pies desnudos.

La presencia de colectividades humanas en sitios de

recogimiento o de recuerdo son siempre una profanación. Por eso los cementerios el día de difuntos tienen un no sé qué de antipático. Con su aspecto de fiesta, sus coronas y flores convencionales y sus paseantes muy correctamente vestidos de negro, dan una sensación de falsedad y de algo postizo que no corresponde al respecto que deben infundir esos sitios.

Eso de que todo bicho viviente tenga que visitar ciertos parajes históricos o bellos, es cargante.... Sin embargo a todo el mundo le asiste el derecho de aburrirse en aquello que poco le interesa, pero que conviene conocer para contribuir a la formación del buen trato....

La casa, dicen, está tal como se encontraba cuando murió el Libertador; de los muebles no quedan sino dos sillas desvencijadas y la mesa en donde el Doctor Reverand le hizo la autopsia al grande hombre para testificar a la posteridad que había muerto de tuberculosis, desarrollada sin duda la noche septembrina cuando, para esquivar la ingratitud de algunos compatriotas, tuvo que refugiarse bajo el puente de San Agustín.

Sin voces ni ruidos humanos, cuando tiñe la oración y la brisa agita rumorosa los ramajes de los grandes tamarindos de la entrada, y se puebla la atmósfera de mil murmullos indecisos, que son otros tantos estremecimientos de la noche, y en el cielo empieza a brillar la luz de agonía de algunas estrellas, los muros y el maderamen de San Pedro Alejandrino deben tener para el meditativo hondas sugerencias y sugerir grandes cosas tristes, con el lenguaje propio del lo inanimado. El viento que mueve una puerta; el traquido de la madera; la cilistia que, a través de un postigo entreabierto, riega su tenuidad en el suelo; la calma abrumadora de la noche; la sensación de aislamiento, son elementos favorables para que el espíritu se ponga en comunión con los desaparecidos amados o admirados y para que, intensamente, a través de la distancia, el tiempo o la eternidad, podamos con ellos compenetrarnos y comprender muchos de sus resortes psicológicos.

¡Lástima que no siempre se logre aderezar el escenario ni acordar el ánimo con la propiedad requerida por el ensueño que en la mente se lleva!

Al salir se me muestra en la mesa de la sala un gran libro de autógrafos. En él los visitantes dejan su firma o algún pensamiento, y naturalmente la frondosidad de las ortijas y

los ripios ha invadido aquellas páginas, casi con rabia de asalto. Es como un cesto lleno de trapos inservibles en donde de cuando en cuando y después de mucho revolver, surge el perfume de una rosa y cabrillea la luz de una gema. Diamante puro, de limpidas facetas y corte lapidario, lo que allí dejó estampado el Mayor Carlos J. Barreto. Siéntese la sublimidad del *parte sin novedad* al Liberdor, como entre un tremolar de banderas y rebrillar de sables.....

Y para hacer *pendant* a página tan majestuosa y guerrero, un Representante de la República que viaja con nosotros y viene de fabricar felicidad en la Cámara, deja este pensamiento que desconcierta por lo grandioso: «Libertador: viene a visitarte, pero no puedo demorarme porque tengo un automóvil a la puerta que me cobra a tres pesos por hora».

No sé yo hasta el presente que las Bovedas de Bocachica se hayan abierto para tragarse semejante microcéfalo. La libertad de Colombia es ilimitada, cuando no hay ley que castigue ciertos atentados peores a veces que el asesinato.....

De regreso visitamos el Hospital de la *United Fruit Company*, que se halla situado a un lado de la ciudad, en medio de un parque primoroso y pulcro. El Hospital, de modesta arquitectura, ofrece todas las comodidades modernas, y está sometido a la limpieza e higiene más estrictas. Lo recorro de una a otra parte y no veo un solo detalle que no sea irreprochable. Siéntese allí el dominio de una administración científica y eficaz.

La vista de ese edificio tan cuidado y bien dirigido, con la alegría y calma del parque, que borra toda idea de sufrimiento y tonifica el espíritu, me ha dejado un sentimiento de melancolía que por mucho rato me obsesiona. Pálpase allí, de modo innegable, la diferencia que existe entre nuestra raza y la americana. De un lado, edificios ruinosos, calles tediosas y sucias, maleza invasora, descuido, desaseo, quietud musulmana, y al otro lado, apenas mediando algunos hilos de alambre, la limpieza resplandeciente, las flores y los árboles en artísticas figuras; el amor al baño diario, al jabón y a la ropa inmaculada; la alegría de vivir que se contagia aun en los mismos enfermos tendidos en el lecho.

No es ingrata ni infecunda la tierra, si no abúlicos e incompetentes los hombres. Donde el colombiano no tiene para ofrecer sino ruinas, rastros y pantanos, el americano presenta jardines, calles asfaltadas y casas coquetas, al abrigo de los mosquitos y de los demás bichos nocivos.

Cuando el colombiano hace rogativas para que la Divina Providencia lo libre de las epidemias; el americano sana los terrenos, obliga al baño diario, propaga cánones de una higiene férrea y corta los males de raíz. Naturalmente, con tales sistemas son sanos, fuertes y dominadores, importándoles muy poco el que una prensa anémica vacie sobre ellos, por temporadas, espuestas de adjetivos malsonantes.

Y conste que no soy un admirador incondicional de los yankis, ni mucho menos. Pero tampoco defiendo los vicios de mi raza, entre los cuales ocupan puesto muy distinguido la mala educación, la pereza y la mugre.

Crónica menuda

Francamente no me imaginé que mis modestos apuntes sobre Santa Marta, fueran causa de la profunda desazón que han producido en el ánimo de los señores Directores de «El Tiempo» de esa ciudad.

Dedícanme dos editoriales, bajo el mote de «La Tiradera del Paisa», lo cual es sin duda una honra para mí, acostumbrado como estoy a que mis humildes producciones pasen en absoluto silencio. Les doy este último dato para que se afiancen en el pensamiento que tienen de que mi literatura es «pedestre», «anémica», «gastada», «mentirosa», «plagiaría», etc.

Al escribir estas páginas, no tengo en mira entrar en polémica, ni rectificar nada de la impresión que en mí produjo la vista de la hermosa bahía de Santa Marta, con su ciudad dormida y colonial, donde el viajero desprevenido aún cree percibir el alma adusta de España, de la España de la Conquista y de la Inquisición. No tendría eso objeto, ni en nada desvirtuaría los hechos. Si yo por darles gusto a los cultísimos periodistas samarios, dijese ahora que Santa Marta es una ciudad moderna, de calles asfaltadas, cruzada por tranvías, de airoso edificios y olorosa a flores, Santa Marta continuaría adormecida por el mar, poética en su senectud, cargada de gloria y reflejando en sus calles y en sus construcciones un espíritu pretérito sin actuación lógica en la vida moderna.

Santa Marta tiene su belleza, como la tienen Cartagena, nuestra vieja ciudad de Antioquia, Cartago, el mismo Bogotá en algunos de sus barrios; la belleza de lo antiguo, la sugestión de lo histórico, el encanto de los tiempos idos, el hálito de encantadoras leyendas donde los hombres han vivido y luchado con gallardía; pero Santa Marta posee gran cantidad de ruinas y es una ciudad melancólica.....

Tál he dicho y nada más. He dado una simple impresión del paisaje, sin ánimo de mortificar a nadie y menos,

mucho menos, a la muy noble e histórica ciudad, último fragmento de la patria que contemplaron los ojos entristecidos del Genio Americano.

¿Que hablo mal de España? ¿Y qué le hemos de hacer, si allí están la historia y los mismos escritores españoles, desde el gran Joaquín Costa hasta el último cronista, que me sirven de apoyo para sustentar lo que he dicho y sigo pensando de la que no ha sido para nosotros madre sino madrastra? Costa decía a los españoles que se *europaizaran* puesto que rezagados se habían quedado en el movimiento de civilización de Europa, y eso mismo opinan Unamuno, Arquistain, Maeztu, Giner de los Ríos, Posada, Blasco Ibañez y tantos otros que sería largo enumerar.

España, grande sí, de inmensa gloria pasada, pero llena de vitales defectos, entre los cuales sobresalen la envidia, la pereza, el fanatismo y la falta de aseo. Nosotros, los americanos, muchas de esas lacras hemos heredado, por más que nos hiera el amor propio el confesarlo. España civilizada, y ha desconocido por muchos años su más legítimo prestigio científico: Ramón y Cajal. Y no tiene ni siquiera lenguaje propio para las ciencias puesto que prestarlo debe a lenguas extranjeras. Y ha dejado morir a Peral en la miseria, el precursor de la navegación submarina. Y ha perdido íntegras sus colonias de ultramar. Y ha incrustado en estos pueblos el horror a las ideas. Y hoy, cuando todo mundo sondea el porvenir en busca de nuevos derroteros para el espíritu, ella endiosa y discute con pasión sus «fenómenos taurinos».

España es grande sin duda alguna, pero con la grandeza del señor feudal metido en su armadura, que devasta los campos aledaños, vence a la mesnada, destruye cuanto toca, acuchilla y quema herejes, y luego, por la noche, frente a la chimenea chisporroteante reza el rosario y recita trozos maravillosos de los clásicos..... Cítaseme como prueba de que no es fanática, la Semana Trágica de Barcelona, en que se violaron e incendiaron los conventos, con barbarie inaudita, asesinando monjas y frailes indefensos.

Los señores Directores de «El Tiempo» desconocen, parece, que al lado del fanatismo religioso, hay otro tan repugnante como el primero y de peores consecuencias, que es el fanatismo antirreligioso, génesis de los crímenes barceloneses.

¿Que España tiene parte en el progreso de la Argentina?

Convengamos en que esa es una ingenuidad del periódico samario: tal cuestión es para estudiarla detenidamente, y con especialidad en los libros argentinos de Sarmiento, de Ameghino, de Alberdi, de Gutiérrez, de Quesada, de Ramos Mejía, de Ingenieros y de muchos otros rioplatenses, que páginas sápidas han dedicado a la madre patria.

Cuando los editorialistas de «El Tiempo» se documenten mejor, en esas fuentes que les señalo, entonces variarán de opinión. Comprendo que la labor diaria del periodismo no deja tiempo suficiente para cimentar las ideas, ni dar abundoso pasto al cerebro, y por eso, en otra vez me tomo la libertad de servir de mentor a los donairosos críticos de *La tiradera del Paisa*.

A otra cosa. No es odio ni pasión el señalar los defectos que tengan nuestras ciudades o nuestra raza. Al contrario, en ello puede haber un sentimiento de cariño profundo por la patria, y siempre una ansia de mejoría constante, que es factor indispensable de progreso. Cuando yo hablo de la inmundicia de Puerto Berrío, que todo antioqueño reconoce, no es porque odio a ese puerto, ni mucho menos. Odio los defectos que hay en él, odio su falta de higiene, su falta de comodidades, y con toda mi alma pido y quiero que se remedien, precisamente porque amo a Antioquia y a Colombia y las deseo prósperas, felices y civilizadas. Hasta el presente, ningún periódico de aquí me ha reprendido porque diga que Puerto Berrío necesita limpieza e higiene, o porque diga, como he dicho en alguna parte, que los antioqueños tenemos grandísimos defectos. Cualquiera día se los muestro a los escritores samarios, para que nos ayuden a corregirlos.

Figúrense si sabré yo que nosotros los *paisas*, como se nos llama, somos antipáticos hasta lo indecible. Ve uno cada rostro por estas calles de la Villa, que da idea clara de lo mal que nos funciona el hígado. Somos fanfarrones también como el tipo de Daudet, hasta el punto de que a veces nos ponemos en ridículo por creernos personajes, y de cuando en cuando nos solemos *correr nuestros vidrios* para aumentar los haberes de don Pepe Sierra. Con todo, no nos crean los escritores de «El Tiempo» víctimas «de ese despecho tan natural en la raza antioqueña para todo lo que no huele a maíz».

Ni yo siento despecho, ni lo siente ninguno de mis paisanos porque exista ésta o la otra ciudad tan bella como

Viena o París. Al contrario, mucho nos alegramos, y lo más que hacemos será tratar de imitar las cosas buenas de otras partes; porque, valga la verdad, somos un poco imitadores o plagiarios. Yo garantizo que nosotros daríamos mucho con tal de tener una bahía como la de Santa Marta.....

¡Las chifladuras encantadoras que se le ocurrirían a la Sociedad de Mejoras Públicas! Ya me figuró una noche de estas tropicales, en esa playa, llena de luces, bajo ceibas frondosas, oyendo el rumor de músicas incitantes y voluptuosas y contemplando el polimorfismo del mar, al lado de tres o cuatro de estas ojinegras nuéstras, semijudías, que sin mortificar a nadie, se roban los corazones como quien se chupa un caramelo. A gloria debían saber los cocteles o el champaña apurados en tan grata compañía.....

Por lo que respecta al olor del maíz, no puedo ocultar que es muy agradable y que a los paisas nos hacen falta los frisoles y el puchero. No lo negamos. Un *chócolo* bien dorado y tostado, de granos jugosos y blandos, acabado de sacar de las brasas, es cosa que un maicero no olvida fácilmente. Como no olvida tampoco la arepa de montaña, de maíz niño, amarilla como el oro, esponjada y caliente, que pide a gritos la postrera de leche con espuma que es casi mantequilla; una postrera que ojalá pudiera ofrecer a los articulistas de «El Tiempo», para calmarles sus ardores bélico-críticos. Estoy seguro de que les sentaría bien y disculparían los entusiasmos chabacanos o ingenuos de Gutiérrez González, que resumen un grito del pueblo, cuando en versos prosaicos dijo:

«¡Salve frisoles, mazamorra, arepa!»

Termino, pero antes permítanme los editorialistas que les diga que no sean guasones. ¡Qué cuentecito el que se fajan dedicado a los antioqueños! Ni Zolá en sus buenos tiempos. Por lo visto, las brisas marinas dan envidiable libertad, libertad a lo Bocaccio, a las péñolas de sus diaristas. ¡Que buena prueba les haga!

Con Artistas

Reconozco que soy el menos autorizado para escribir sobre música. Jamás he podido tararear o silbar una canción. Naturaleza no ha sido pródiga conmigo en cuestiones de oído, y sin embargo siento las notas con verdadera emoción y encanto, y muchos instantes gratos de mi vida se los debo a la música, así como muchos recuerdos dulces, de esos que se llevan en la memoria cuidadosamente guardados como en sagrado cofre, despiertan al compas de bandolas y guitarras o al eco de una voz melodiosa.

Aún más: creo que mucho de nuestra alma está formada por reminiscencias musicales y que si no fuera por la música, grandes lagunas existirían en nuestra vida psíquica y sentimental.

¿Esa voz arrulladora de mujer que tiene una cuna delante, y en cuyo rostro vaga la más suave placidez imaginable, que nos habla de nuestra niñez, no revive en nosotros aquel pedazo de existencia florido, en que la figura aristocrática y tierna de la madre lo penetraba todo de amor profundo con los efluvios y ternezas del corazón? ¿Y esa sonoridad de las cuerdas lejanas, oída en el silencio de la noche, cuando velamos ante el libro de estudio o ante el sér que sufre, no viene a tonificar el espíritu, a recordarnos la pasión de la juventud, las angustias venturosas, sufridas ante la ventana de la novia que con sus aromas espirituales nos ha hecho amable este correr de los días? ¿Y las notas cadenciosas del vals, oído hace mucho tiempo en horas de ilusión cuando el porvenir sonreía y se abrigaba fé ciega en el destino y en los hombres, no despiertan en nosotros mucho del dormido vigor y resucitan ideales que creíamos muertos para siempre? ¿Y los lamentos del órgano en el templo, no nos dicen, con la gravedad sollozante de sus notas, que aun los muertos queridos se prolongan en el tiempo, puesto que su recuerdo llena de melancolía nuestros corazones; del mismo modo que la voz de la religión nos conmueve hasta la

última fibra, por más que las creencias hayan sido deslustradas por el escepticismo disolvente? ¿Y los arpegios marciales del Himno Nacional, llenos de las embriagueces del triunfo y de afianzamiento de la soberanía popular, no evocan la imagen augusta de Patria, y no nos hablan mejor que sabios libros de historia, de nuestras glorias, de la sangre heroica que ha empurpurado la tierra, de las sacras legiones de descamisados que sucumbieron y lucharon para que pudiésemos mirar cara a cara al cielo, sin opacar los ojos con las lágrimas de los esclavos?

Imagino el alma primitiva como burda tela de anejo, en la que los hilos luminosos de la música, entremezclados con el fulgor de las ideas que se van recogiendo en los libros y en el universo y con la madeja sombría de la experiencia, van bordando ensueños y aspiraciones, que a la larga dan por resultado la obra hermosa de un espíritu culto.

Ese espíritu a su vez contagia a otros y a otros, por la necesidad imperiosa de todo lo animado con vida completa, de expandirse y propagar vida. Véase así, lentamente formando el alma popular, inmensa amalgama en donde se encuentran desde la pasión violenta del aborigen, hasta la sutil complicación del filósofo y desde el alarido de los irredentos azotados por la miseria, hasta la sonrisa irónica del hombre que todo lo ha visto y sentido.

Contribuir por uno u otro medio al ennoblecimiento del alma popular, bien sea despertando la sensibilidad, delineando con precisión los trazos que la constituyen, poblándola de ideales elevados, inquietándola con ideas de avance y de bondad, refinándola, en una palabra, es labor de mérito positivo, que denota en quien la emprende el altruismo imputable sólo a espíritus superiores.

Y para este milagro cultural, la música no puede dejarse de lado, como tampoco la poesía, las tradiciones gloriosas, ni la literatura por más que su cultivo no produzca el grato tintineo de las libras esterlinas. Pero aquéllo ha de tener, para que cumpla su cometido, un sello inequívoco de nacionalidad; ha de vincularse íntimamente a las pasiones y necesidades de la raza; ser reflejo elevado de los sufrimientos, anhelos, y querer de un pueblo. Lo otro es llegar a la despersonalización o lo que es lo mismo, a una especie de suicidio moral por sendas de esnobismo y rastacuerismo. La novelaría de lo extranjero nos lleva a ser ridículos cuando no infelices. El sometimiento incondicional a los modos de sen-

tir y de pensar de allende el océano, denota un alma castrada de lacayo. La vida debe vivirse de dentro hacia fuera y no al contrario como los seres inferiores, que toda reacción se las da lo exterior.

Tál pensaba yo en noche inolvidable oyendo las armonías que al piano arrancaban dos artistas genuinamente nacionales, nutridos con savia de nuestro suelo, e inspirados por la luz de estos cielos del trópico: Emilio Murillo y Alberto Castilla.

Hay que oír a Murillo para saber lo que es música nacional. Ese gigante con alma de niño, como lo definiera un día Fidel Cano, se sienta al piano con su melena aleonada y revuelta. Antes de tocar explica, en lenguaje pintoresco, en gráficos términos, muchas veces de su propia invención, lo que quiere expresar con melodías.

Es la vida de la tierra; los rugidos de pasión y las melancolías del pueblo; el paisaje familiar; son los aires dolientes de los labriegos que regresan fatigados de la diaria faena.....Empieza: escúchase un canto melancólico de ese pájaro llamado Diostedé, oído en los bosques caucanos. Las notas dicen claro, quejumbrosas, el diostedé, tedé, tedé. El valle va surgiendo magnífico lleno de sol y de inusitadas transparencias, con la faja gigante del río que corre silencioso, llevando sobre sus lomos grandes manchas de verdura.

Vuelvo a ver aquel maravilloso pedazo de la tierra colombiana, merced al poder mágico de las notas, tal como lo contemplaron mis ojos una mañana luminosa al desembarcar en el puerto de Cali.

No sé lo que tenía aquel ambiente; era algo divino; el cielo ardía en luz azul que cegaba; el aire volaba cargado de perfumes fuertes y trastornadores casi como de mujer; el verde negrusco de las selvas estaba empolvoreado de oros; bandadas de garzas blancas y rosadas, en vuelo pausado cruzaban el espacio y luego, en las lagunas, los lirios de agua, bajo el calor del día, reventaban en blancuras y en aromas, con un ruido de taponazo de champaña.....La música va evocando el paisaje con una precisión que desconcierta. Siéntese la languidez de la tierra caliente, el cimbrear donoso de las caleñas, el arrebató de la sangre guerrera y hasta se diría que en momentos vienen efluvios de vainilla y de quere-me, a acariciar el olfato.

Ahora es la música boyacense. Háblala oído en Tunja y

desde entonces pensé que no sólo era boyacense sino colombiana. Si el indio del Páramo de Runta lanza en la noche fría esa nota que desgarrar el alma, como queja de amor o sollozo de desamparo, también el negro de Remedios viola la calma de la selva, que se torna en canción para encerrar las agonías del alma. Nada es a aquéllo comparable. Está allí el grito trémulo de una raza vencida; todo el amor melancólico de seres que miran la existencia con la angustia de los que mucho han sufrido. Dan deseos de llorar. Un comprimido soplo de tragedia, de algo que se inicia pero que no acaba, pasa por toda la obra estremeciéndola. Esa música suplica y acaricia, ruega y maldice, está húmeda de llanto, balbucea amores, ruge pasión, grita desamparo y comienzos de rebeldía que no llegan a cuajarse en tormenta.....Después viene un canto indígena, que es un lamento ya condensado en rústicas estrofas, todas terminan con el estribillo ¡Dios mío! Dios mío! de un efecto admirable. Apenas recuerdo versos sueltos.

Decile a la chata
Que deje el marío
Se vaye conmigo
Pal otro plantío
Y dale una vuelta
Si estamos bebíos
Dios mío! Dios mío!

Entrome ala iglesia,
pegáseme un cirio
Decir mi amo cura
Que soy un impío.
Y el señor Alcalde
Meteme al presidio
Dios mío! Dios mío!
En que te he ofendio:
Beber mi chichita
Y quedame dormío
Dios mío! Dios mío!

Luego el arte se refina. Ya no es el grito de esclavitud y de dolor de la raza india, en que a veces hay notas solitarias de marimba y chirimía, mezcladas a danzas monorítmicas de una belleza simplista, sino arpeggios complicados del cantar las altísimas cerebraciones sentimentales del gran Silva.

Tal música para tal poeta.

Oigole las *Golondrinas*, donde el ilustre suicida puso toda la movilidad cambiante del verbo para simular la inquietud peremne de las encantadoras avecillas, y no sé qué es más admirable, si el fuego y alado mariposeo de la rima, o la gracia y delicadeza de la frase musical. Maridaje de las almas selectas que a través del espacio se han unido en el arte.

Tócale el turno a Castilla. Siéntase al piano sereno, reposado, con cierta delectación de amante. No tiene las impulsiones brillantes de Murillo; no divaga. Con suavidad acaricia las teclas cual si hundiese los dedos en una cabellera femenina. Empieza a tocar.

Es la *Guabina* por él compuesta. Aire popular oído en las montañas y en los valles de la tierra nativa, y ahora vestido con el bello prestigio de un arte supremo. Oyéndolo se comprende lo que es el poder del artista, cuando logra exteriorizar la belleza y darle esa nitidez y transparencia de gasas y sedas a un bloque informe de armonías populares, que tiene como, todos los cantos nuestros, un sello de profunda melancolía, interrumpido el momento por un hervir de pasiones que estallan en el aire como burbujas en la caldera, para luego morir en languidez de queja.

Piénsase en que sí tenemos aquí en música como en poesía y en literatura, un venero inagotable de belleza, bajo rudo ropaje popular, que sólo pide el sentimiento del ungido, capaz de desbrozar y pulir lo que la naturaleza y el alma patria guardan como chispas de oro en la dureza de la piedra.

El *Bunde*, con que después nos deleita, es otra creación por el estilo de la *Guabina*, sacada del pueblo y adornada con los arreos de gran señor. Está allí la incitación voluptuosa de los bailes montañeses. La morena de ojos cálidos pasa desdeñosa y provocadora por el poema, en movimientos de avance y de retroceso, poniendo de manifiesto la esplendidez de sus curvas, que enloquecen al mulato, capaz de degollar por poseerlas. Vibra la pasión, hay nervio y también la languidez de los excesos de amor... Muere aquéllo en un arpeggio suave y triste que apenas roza el aire. Queda el alma enredada en anhelos de algo intangible.

Ahora, Castilla entona una canción de sabor netamente americano, que bien puede ser paraguaya como goajira. El grito penetrante y desgarrador de la raza perseguida y esclavizada resuena otra vez allí; es el desamparo infinito de

los hombres en cuyos ojos rasgados se adivina toda la amargura, de los dolores ancestrales. Dice:

Llora, llora, uratarú
En las ramas del yatay
Ya no existe el Paraguay
Donde nací como tú.....
Llora, llora, uratarú

Rasgado el blanco tipoy
Llevo en señal de mi duelo
Y en aqueste hermoso suelo
De rodillas siempre estoy
Rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los cambay
No pudiéndolo rendir.....
El fue el último en morir
Después de Curusitay
Lo mataron los cambay!

Padre, madre, hermanos ay!
Todo en el mundo he perdido,
Y en mi corazón herido
Sólo amargas penas hay.....
Padre, madre, hermanos ay!

Una angustia infinita flota en el ambiente; por unos momentos impera el silencio que guardan las alcobas donde hay moribundos. Castilla lo comprende, y para violarlo y volver a los ánimos la alegría rompe con su pasillo *Rondinela*, ágil, vibrante, luminoso, acariciador, femenino.

Fuéra, la noche fría se ilumina con la cilistia que baja de los cielos

Sara Bernhardt

Al pasar por un teatro, el *Standar*, veo en los grandes cartelones de la puerta el retrato de la gran trágica, y el aviso de que toda esa semana dará representaciones por la tarde y por la noche.

Sara Bernhardt es para mí, como para todo colombiano que haya leído un poco o viajado, algo propio o familiar. Su gloria y su triunfo se han esparcido por doquiera, y el recuerdo de Francia, la tierra de la donosura, el valor, la ciencia y la belleza, está asociado al de la gran mujer, como el de Pasteur, Napoleón, Zolá, France, el de tanto nombre, en síntesis, que ha iluminado al mundo con sus acciones mostrándole rumbos nuevos. Nada de raro tiene por de contado el que yo sienta, al leer el aviso, una satisfacción muy íntima y que, después de conseguir la localidad para dos o tres días más tarde, me aleje por entre la muchedumbre rumiando gratas lecturas ya olvidadas.

Decirme interiormente: Veré en la escena a Sara Bernhardt, es un acontecimiento de orden psicológico que entenderán bien los ingenuos anhelosos, con loco entusiasmo, por conocer las personalidades eminentes de sus simpatías. La Sara, más que una actriz maravillosa de carne y hueso, es un símbolo, es una tradición próxima a desaparecer. Como mujer ya no vale la pena. Tiene setenta y tres años, le falta una pierna y acaba de sufrir recientemente una grave operación. Pero, fuéra de su historia artística, tan esplendorosa, existe en el propio hecho de intentar sustraerse a la implacable lima de los años, de esforzarse contra los imposibles por detener el inevitable eclipse de su gloria escénica y juvenil, algo extraño que admira y causa dolor, pres-tándose a consideraciones propias de pesimista sobre lo perecedero de las cosas de la vida. Lo cual, por lo demás, no tendría nada de original, pues muchos años hace que Salomón, gastado por la frecuencia gratísima de «la carne tibia y

rosada», en gritos de hartazgo y de impotencia, exclamó que todo era vanidad de vanidades.

Sara Bernhardt ha sido una impulsora del más puro y genial arte francés. Figura su nombre al lado de los más ilustres dramaturgos, con toda justicia, porque si ellos han dado el armazón de sus creaciones, la artista les ha infundido su alma inflamada y llena de sabiduría, y de ese consorcio han salido las obras maestras que admira el mundo. Aun los que no hemos tenido la fortuna de verla triunfar en la escena francesa, en noches de delirante ovación, sabemos de piezas dramáticas porque élla las ha consagrado con el soplo de su arte insuperable. ¿A qué oídos de iniciado no llegó el eco de lo que fue Alfonsina María Duplessis a través del espíritu de la ilustre Sara; de lo que fue el amor liviano, ennoblecido y purificado por el dolor? ¿Quién no supo de las olímpicas liviandades tan de mujer, tan de hembra, de la radiante reina de Egipto, no obstante la marca sobre su frente de un destino casi divino? ¿Quién no sintió los hálitos de grandeza y desfallecimiento, y las amorosidades del *Aguilucho*, cuya alma femenina, teñida de gloria y prodigio, vacilaba y se torturaba entre las paredes de un cuerpecillo de efebo, incapaz de soportar la inmensidad de una herencia? ¿Y cómo no pensar en lo que debió ser el espíritu sombrío y complejo, símbolo de todas las torturas del espíritu del príncipe de Dinamarca, recorriendo en cálida onda los nervios de la mujer imponderable?

Luego, las mil historias y anécdotas que sobre ella ha referido la prensa mundial, sus amoríos, sus extravagancias, su refinamiento, sus viajes, todo con un sello de selección especialísima, muy por sobre lo común visto a diario, con la marca inequívoca que impone la supremacía del talento y del arte a cuanto toca. Necesariamente, personalidad de tan altos quilates y de tan excelsos timbres, es digna siempre de admirarse. Por tal motivo, emocionado, con el espíritu presa de la inquietud que precede a los grandes acontecimientos, fuí al teatro.

Programa variado como son siempre las representaciones norteamericanas. Primero el canto de una cupletista, después juegos de acróbatas, luego una comedia en inglés, en seguida una bailarina, en fin, en penúltimo lugar, el número Sara. *The greatest woman in the world*, como rezaba el programa. Daba el segundo acto de *Juana de Arco*. Levantóse el telón y apareció la escena severa y ricamente decorada:

nobles, obispos, frailes, que constituían un tribunal para juzgar a la visionaria muchacha de Orleans, representada por la trágica, quien se hallaba en medio de la sala, sentada ante una mesa, de negro vestida, y con el cabello en bucles de un rojo oscuro. Yo estaba anhelante. Cautivóme desde el principio el acento francés y la sobriedad y el arte que en todo se advertía. Habló la actriz. Qué sentí? No podría decirlo con exactitud, porque la sugestión de muchos años y de abundosas lecturas obraban en mí. Una corriente de zozobra agitó mis nervios. El ademán de la airada doncella era bello, y su voz un poco ronca y chillona en ocasiones, se iba muy hondo. Advertíase en el conjunto la supremacía y el aire del que está enseñado a dominar y a triunfar en todas partes. Sin embargo, no podía menos de sentir tristeza, aguda tristeza, tristeza torturante como los mordiscos del viento de invierno que soplaban, ante el arte perfecto de la gran mujer.

Los afeites, la peluca, el claro-oscuro de la escena, la claridad y fuego de los ojos de la artista, no eran suficientes para ocultar la ruina de su organismo, ruina para mí más trágica y desgarradora que la propia tragedia. El hecho mismo de pasar el acto sentada, por más que así el drama lo requiriera, obligaba a mi pensamiento a mortificarse con la idea de una pierna todo lo bien delineada que se quisiese, pero sacada de una fábrica de aparatos de ortopedia. Y a lo mejor, en los momentos de demencia y fuego, la voz se quebraba en notas de falsete, y desaparecía la ficción de la muchacha para dejarnos la realidad brutal de que se estaba en presencia de una abuelita.....

Después siguió un acto de fantoches para finalizar la función.

Confieso que cuando se cerró la cortina, entre frenéticos aplausos de los yankis, sentí positivo alivio. No creí que me hicieran tanto daño las profanaciones.

N. York—1918.

Papá Juan

Débole al artista Paco Ares de grata memoria, una deuda de agradecimiento que hago pública. Me refiero al inmenso goce espiritual que me proporcionó con la creación del *Papá Juan* de la comedia *El Centenario* de los Hermanos Alvarez Quintero.

Nada comparable a ese viejo anquilosado, temblón, curvo como una hoz y maravilloso, que lleva en el alma un nido de alondras y la luminosidad de un astro de primera magnitud: la esperanza.

Oyéndolo, la vida es un triunfo y una alegría. Aquella voz tartajosa, estropeada por los años, empapada en ocasiones en un temblor de lágrimas, dice cosas dulces y reconfortantes como un cordial. Habla de perdones, de amor y sabiduría, sabiduría trivial, de la que a diario se há menester para embellecer la existencia y alumbrarla, con la trémula y lejana «lucecita» de una ilusión.

Ni un detalle en el Papá Juan que fastidie. Es el querido abuelito de los días de nuestra niñez, a quien los años, en vez de veneno y desencanto, han purificado y ennoblecido, tornándolo manso y limpio de corazón. La senectud en ese tipo admirable, no es la ruina del organismo que pide el hueco del sepulcro, sino la sublimación del espíritu ansioso de las alturas del Cielo para expandirse y brillar. Al presentarse, dan ganas de estrecharlo entre los brazos y rodearlo de toda clase de cuidados nimios, para que no se maltrate y esa bella existencia, caja de divinas músicas, perdure otro centenario. Y tal es la ilusión que el ánimo, desviado un momento por las andanzas del viejecito, piensa con angustia en que quizá a su edad hace más de lo que puede.

La indumentaria es precisa y contribuye poderosamente a incrustar el tipo en la memoria: la americana negra de alpaca que da cierta sensación de frescura y comodidad; el hongo de amplias alas y de moda anticuada; el fácil lazo de

la corbata bajo el cuello tendido, que no impide ningún movimiento, el bastón con puño de marfil en escuadra, también anticuado; todo vívido y robado a la realidad. ¡Quien no ha visto con íntimo sentimiento de afecto, a Papá Juan, al menos en un retrato ya desteñado de la casa de los abuelos?

Y qué decir de la gesticulación? Aquella boca entreabierta y risueña; los movimientos vacilantes y sobrios de las manos; esos ojos que continuamente se cierran en busca de los tesoros inagotables de ternura que manan dentro; la curva irremediable y caduca del busto; el conjunto general pregoneros de bondad, paz y cariño, son admirables. Por ese viejecito yo *abuelo*, como el borrachín de la obra, las ideas disolventes y pesimistas que pueda tener sobre los hombres...

Siempre he creído que nuestro crónico aburrimiento y mal humor deben arrancarse de raíz para que logremos labor benéfica colectiva. Y nada tan propio al efecto como el contacto con las obras de arte supremo, que envuelven una filosofía sonriente y luminosa. Necesitamos algo tónico que nos desintoxique, siquiera por unos momentos, de la vida prosaica, llena de lamentaciones pueriles, de pequeños chismorreos de parroquia, de política batraciana. Algo que por un instante nos eleve a regiones de ensueño y delicadeza. Es asunto de higiene social.

El Centenario es una joya de la literatura actual española, como casi todas las producciones que conozco de los Hermanos Alvarez Quintero. Campean allí la difícil facilidad de Horacio, la gracia, la técnica perfecta, la sencillez maestra, y un fiel trasunto de la vida.

Por senda de flores, el ánimo va entrando en aquella trama trivial en apariencia y poética. Siéntese el bienestar que proporcionan las almas sanas y buenas. Hay músicas, músicas de espíritus que contemplan la vida con ojos encantados de niño. De repente el dolor se deja entrever; siente uno que lo va a herir, y que se entra en los dominios del drama, cuando, con arte supremo, el endiablado genio de *Trino* o la gentilísima *Currita* lo borronan con un chiste fino que hace fluir el regocijo. Las lágrimas brillantan los ojos a cada paso, pero no martirizan; y hay razón para ello: se juegan sentimientos tan delicados y con tal naturalidad, que la emoción es profundamente conmovedora, y sin llanto, o al menos sin amago, bien sabido es que no existe emoción verdadera.

Por sobre toda la comedia revuela una encantadora fi-

losofía. sin filosofía. No hay allí tesis, ni altos conceptos, ni mucho menos problemas complicados. Es la vida triunfadora, risueña, pletórica de esperanzas, con proyecciones de amplia fe hacia el porvenir. Mero incidente es allí la muerte, porque la vida, según frase de Papá Juan, nunca se extingue: prolóngase plena y fuerte, en los retoños que brotan de los troncos viejos. *Trino y Currita* continuarán en el futuro los días armoniosos del abuelo centenario.....!Bella idealidad que nos hace inmortales y nos torna fecundos para el bien!

Como toda labor engendrada por el ingenio en maridaje con el arte, la comedia es un símbolo de regeneración y vigor. Quizás sus autores al crearla no pensaron sino en un producto de mero esparcimiento; pero les ha resultado una enseñanza de hondas sugerencias y deleites, que por fuerza ha de influir de modo favorable en España y en estas tierras de América, donde, a pesar de la luz de los trópicos, hay mucho tedio en las almas. Enseñanza sin pretensiones, ajena a los dogmatismos de tono doctoral, que se infiltra como un perfume, vinculada al primor de las frases y excel-situd de sentimientos humanos, que no hacen vivir hermosamente, como están obligados los seres racionales.....

España, en esta ocasión, es la madre generosa que nos obsequia con los ricos dones de dos de sus ingenios más preclaros. Modo éste el mejor de ganarse la voluntad y la gratitud de los aborígenes que suspiramos por una existencia libre, armoniosa y bella.

Benavente

Amiga mía: La obra de Benavente es tan inmensa, que para juzgarla se requiere un estudio profundo y una mente sutil. Y cuando hablo de inmensidad, me refiero no a la cantidad sino a la calidad de sentimientos que abarca, intensos, universales y saturados de hálito humano, y a la manera maravillosa como están engarzados en la sencillez de los diálogos.

Hay allí múltiples facetas para el análisis, todas con el sello de lo completo. La selección en la escogencia de los temas; el gran conocimiento de la escena; la verdad absoluta; el arte perfecto; la sencillez prodigiosa del vocabulario, que en ciertos momentos desconcierta, haciendo pensar en cómo, con tan pocas palabras, con palabras triviales, se dicen tan hondas cosas y se plantean problemas de tan vital importancia.

La fineza de disección, que lentamente, a la sordina, sin bruscos estremecimientos, se va entrando a lo más oscuro de las almas robándoles su secreto y hasta las inconscientes razones de sus actos.....La vida embellecida por la magia del arte se muestra allí en todo su esplendor de sombras y de luz. La vemos con nuestras ojos, tal como en el diario afán, sólo que en el teatro benaventino la comprendemos mejor y la sentimos grande, no obstante que en momentos refleje lo pequeño o lo ruin, porque el soplo del espíritu genial la ha ennoblecido al reflejarse en ella.

La vida, luenta de lágrimas, sonora de risas, llena de dolores y pasiones, irónica, cruel, enigmática como el destino, pasa por la escena sobrecogiéndola las almas, poblándolas de anhelos desconocidos y descubriéndoles desusados estremecimientos.....Es la obra de un predestinado con alientos en veces de Shakespeare y de Esquilo. Recuérdese sólo el horror trágico del beso de la *Malquerida*, o el baile pavoroso que encubre la puñalada de aquel Príncipe Pálido que echaba a los mendigos puñados de oro sobre cuerpos

purpurados de heridas, para que en su horrible rebatiña, desgarraran aquéllas, estrujando las carnes muertas.....

Comprenderá usted, mi dulce amiga, que obra tan intensa, simbólica y superior, no es para juzgarla a la ligera, y que me asiste razón cuando, muy a mi pesar, tengo que privarme del goce de hablar de don Jacinto Benavente, el gran monarca de un reino que no destruye la metralla ni invaden las hordas de bárbaros.

Sin embargo, como un deseo de sus labios tiene para mí el grato prestigio de una orden, quiero mencionar uno de los elementos más admirables de la obra que ahora nos preocupa: la inquietud.

Desde las primeras escenas del drama benaventino, siente el alma indecible malestar, que, aun cuando paradójico parezca, es delicioso. No ha habido ni un ademán brusco, ni un levantamiento de voz ha turbado el ambiente. ni un gesto enérgico ha desfigurado los semblantes. Absoluta sencillez en todo. Diálogos casi insignificantes de los que sostenemos a diario; movimientos tranquilos; calma por doquiera.

Pero ésto sí es un drama? No lo parece. Y no obstante, algo raro, como un bosquejo de escalofrío, recorre nuestras interioridades. No somos lo mismo que cuando entramos. Sobre nuestras cabezas se cierne como un soplo de fatalidad, que no alcanzan a percibirlo los sentidos, pero que sutilmente penetra a lo hondo y allí se aposenta. Es algo semejante a lo que el novicio siente en una sesión espírita.

Qué? Nada. Aprensiones. Miedo al misterio. Horripilaciones de la piel por lo que no se ve ni se palpa. Presentimientos vagos y angustiosos. Sensación de la vida ultraterrestre. Inquietud, mortal inquietud, esa es la palabra. Y esto dura hasta el final efectuándose el fenómeno psicológico de desdoblamiento de la personalidad: Al par que seguimos el drama con interés común a tales espectáculos cuando saben cautivarnos, un yo de nuestra alma, experimenta la dulce congoja de lo imprevisto, de lo que no está en el drama, pero sí lo envuelve como un gas impalpable, de éso que puede ser el destino, la fatalidad, el vaho del más allá..... El alma sufre, con sufrimiento sutil y exquisito, que la va oprimiendo lentamente, hasta que al fin, cuando ya todo acaba, un suspiro de descanso dilata el pecho.

Los dramas que como *Tierra Baja* o *Juan José*, agitan grandes pasiones vulgares, producen sentimientos de dolor

o de protesta vulgares. Sus escenas son puñaladas que desgarran y en las cuales todo es grande y a flor de piel. No causan inquietud; dan tormento. Siéntese el espectador siempre macho, indignado ante los atropellos, capaz de acudir a la justicia del hombre primitivo. Vánse a lo hondo y allí sacuden brutalmente, como con ferrado guantelete. Pueden ser de perfecta factura artística, pero el arte que recatan es de una relativa facilidad sentimental, puesto que explotan sentimientos y pasiones instintivos.

No así los dramas de inquietud, desprovistos de teatralidad y de rudeza. La acción allí no está en lo externo, como en los anteriores, sino que por influjo del artista, se desarrolla en lo íntimo de las almas. Requieren, por lo tanto, un arte excelso y conocimiento profundo y genial del espíritu humano hasta en sus últimas reconditeces. Es el arte de Bjoernson, Maeterlink, D'Annunzio e Ibsen en ocasiones.

Sé que hoy Benavente está bajo el martillo de una crítica severa. Una parte del público, cansado de rendirle palmas, empieza a mirar muy de cerca sus defectos, que debe tenerlos como todo creador. Se le acusa ante todo de falsedad sentimental, y no hay duda de que en algunos de sus dramas o comedias, como en la *Propia Estimación*, se halla en desacuerdo con las normas comunes de la vida. Sé que en su enorme producción artística no todo ha sido acierto, ni menos obras maestras; mucha cizaña, no hay duda, debe encontrarse al lado de las doradas espigas. Y sé también que la moda, con volubilidad femenina, abaja en un momento de hastío, lo que ayer puso bajo docel de gloria.

Pero éso no obsta para que don Jacinto sea maestro de maestros y para que mañana, después de las revaluaciones de una crítica severa, científica y justa, se encuentren en su obra verdaderos diamantes, limpias montañas de luz, que con el destello de sus facetas, han iluminado los espíritus trazándoles rutas ignoradas de sentimiento y emoción.

Crueldad del Triunfo

Confieso que escribo estas líneas con agrado, dictadas por un sentimiento de justicia y por el anhelo de ofrendar mi humilde elogio a la victoriosa de un concurso femenino.

Siempre he creído que la mujer no está en el mundo únicamente para el ejercicio de pequeñas virtudes negativas, que, si útiles a la buena marcha social, no tienen el sello de energía fecundante y comunicativa de las almas forjadas para la lucha verdadera.

La que remienda hora tras hora, mira por las economías del hogar, dirige el servicio, asea a los chicos, reza de prisa, y en los ratos de ocio murmura un poco con el fin de ponerle condimento a la plana existencia, cumple sin duda actos benéficos que al fin y a la postre dan indiscutibles rastros de señorío.

Pero la vida no es eso sólo, y el mundo marcha en rápido vuelo hacia su total aniquilamiento o redención, y, mientras tal ocurre, precisa levantar el espíritu a regiones vibrantes y luminosas, no opacadas por el humillo grato del cotidiano puchero o por las emanaciones verdosas, como de charca palúdica, que se escapan del chismorreó parroquial.

La mujer no puede ser simplemente la bondadosa ama de llaves que conocemos, con sus ribetes moriscos para la procreación. Ni le es lícito que pase los días preocupada sólo, aparte de lo apuntado, con que si engorda o adelgaza merced a los regímenes de estupendos esculapios. Reclámale al mundo valores positivos. Sobre ella, sobre su alma consciente e intensa, descansa el prestigio moral de la sociedad moderna. Háse sostenido que en todo corazón femenino aletea un sentimiento de maternidad profundo, y ello es cierto. Niño es siempre el varón ante las miradas y caricias femeninas y ¿qué alma de mujer, en el correr de las horas, no ha tenido que habérselas con una atormentada frente masculina a quien es menester disiparle los dolores, o con un corazón sangrento

y enlodado, digno de elevarse como hostia bajo el influjo del amor para que no se pudra en la vida?

Hembras llenas de prejuicios, fanáticas y vulgares, sólo darán de sí hombres plebeyos, y en una sociedad no algodonada por las delicadezas del bello sexo, donde el espíritu no reciba el culto ferviente y diario a que es acreedor, y los ojos y las manos de las idolatradas no señalen las nobles rutas de los grandes ideales, hay derecho para pensar que el nivel ético se arrastra por los suelos y que en semejante conglomerado humano la existencia es absolutamente repugnante.

El mismo amor, único refugio digno de hombres verdaderos, no tiene otro guardián fiel y pulcro que el alma de la mujer. Cultivado con selección y refinamiento, rodeado de ternuras y altas sinceridades, purificado y esclarecido en el crisol del sacrificio, idealizado al humanizarse, dará de sí el bello fruto de una humanidad mejor y por lo tanto redimida. Pero manejado por el rugido de la médula y el sacudimiento fugaz de células trastornadas, sin una brizna de poesía, sin la más leve irización de ensueños, sin siquiera un dulce estremecimiento del alma, será afrentoso y sus productos tendrán la marca de la animalidad ¡Y qué cosa más triste y decadente que una sociedad en donde sólo se ama merced al influjo de modestas leyes biológicas!

Toca a la mujer la lucha por la grandeza y embellecimiento de la tierra. Que sea como inmensa flor cuyos perfumes espirituales inunden la atmósfera de efluvios de bondad y de justicia y cuyos tonos de suavidad incomparable, sirvan para mitigar un poco la congoja y el anhelo de los ojos viriles fatigados de tanto ver las reverberaciones del dolor.

Y en tan noble lucha, nada más hermoso que el arte en manos de la mujer. Figuráos el atractivo del cuadro o de la página en donde una selecta conciencia femenina ha vertido todas las ternuras de su corazón y su honda e inquieta sapiencia de menudas y tenues cosas del alma, de aquellas que nosotros los «fuertes» presentimos pero no comprendemos. Pensad en que el artista nos hará revelaciones respecto a su manera de apreciar la vida y de juzgarnos a nosotros absolutamente desconocidos aun para los más sutiles psicólogos. Porque si aisladas se hallan las almas bajo el sol, una inmensidad separa las del hombre y su compañera.....

¿No habeis oído con deleite y asombro como voces de un nuevo mundo de sentimientos los gritos pasionales y poéticos de una Alfonsina Storni, de una Juana Ibarbouron, de una

Luisa Fernanda Inclán, de Neryhana María Lefebvre Lever, de la Mistral, divina visionaria, de la dulce suicida Edelmira Agustini?

Pensad en que la mujer altísima, que de las puras y bellas cosas del espíritu se preocupa, tiene un poder de influencia inapreciable, que se ejerce consciente o inconscientemente. Si un plasmador de ideas conduce multitudes, ¿qué no hará una gallarda generadora de ritmos y delicadezas?

Complázcome en imaginar la labor educativa y trascendente que puede realizarse en nuestra patria si nuestras damas emprenden la senda del pulimento y exteriorización del finchado «reino interno» que dicen poetas ambiguos, plagiando a Darío y Mallarmé. El opaco medio enervante que nos agota tornaráse en atmósfera grata de cordialidad y sonrisa, donde toda gentil iniciativa y toda labor de sociabilidad tengan su asiento; nuestro carácter huraño irá limando sus aristas agresivas para dar campo a la suavidad del hombre civilizado, comprensivo y por ende tolerante; la envidia, el chisme y el fanatismo serán desalojados por la alegría del bien ajeno, el culto a la ajena reputación y por humanizado espíritu religioso, cuyas raíces arrancan no en el amor al prójimo, lo que es mucho exigir, sino en la cultura para con el «próximo», que juzgo una forma próspera de la caridad cristiana. Brotarán virtudes positivas como la del respeto ilimitado a sí mismo y el conocimiento perfecto de las reglas de estética moral, que bien incrustados en el alma, no se falsifican ni aun cuando uno se encuentre a solas frente a su yo.

Compréndese por lo expuesto, que quien tales ideas abriga sienta verdadero regocijo, cuando de tarde en tarde vea al pie de una página literaria la firma de una dama distinguida; del mismo modo que cuando en la escena contempla con ojos admirados la interpretación de artísticas faras por encantadoras doncellas nuestras.

Son ellas laboradoras de la cultura patria; persiguen un gallardo ideal; hay derecho para considerarlas como nobles avanzadas de civilización y refinamiento. Injusticia dejar en el olvido los nombres de señoras como doña Lorenza de Cock, Sofía de Navarro, Tila de Molina, Blanca de Jaramillo Isaza, Lía de Vélez, Ana de Molina, Rosario Grillo de Salazar, Teresa Carrasquilla de Mejía, Carmen Rosa de Quevedo, María Saldarriaga de Restrepo, y los de señoritas como María Cano, Uva Gaitán, Fita Uribe, Cecilia Mejía, Ana Echeverri Duque, y Enriqueta Angulo, quienes ce-

rrando contra el prejuicio y rompiendo esta pesada costra de indeferencia que para la espiritualidad nos domina, se han entrado por los campos del arte y desde el primer momento han recogido una prometedora cosecha.

No desvirtuaré la sinceridad de mi aplauso afirmando que han creado obras maestras. Ellas las primeras negarían tal aserto que no se compagina con la lógica de los hechos. Obras maestras las producen muy pocos escogidos, y esto después de innúmeros tanteos y vacilaciones. Sólo se han enfrentado contra las rebeldías del léxico y del espíritu, que son múltiples, y han luchado con entusiasmo demostrando que el bello sexo no es ni puede ser ajeno a las labores del pensamiento y que les asiste derecho de, en noble lid, medir armas con nosotros los reyesitos de la creación. Nada más.

Ahora la brecha está abierta. Háse dado el primer empuje. No han faltado los bramidos sordos de la envidia ni los mugidos de los bueyes de la impotencia. Tampoco han escaseado los aplausos en esta tierra donde de ellos somos tan avarientos. No queda por pedir sino que persistan y triunfen, que su triunfo es para la madre común.

Asistí al de Enriqueta Angulo a quien apenas he tenido el honor de tratar, y horas después leí su bello cuento *La Ciega*. Dejóme una sensación de dulce melancolía y sólo un recato viril me impide confesar que cuando terminé su lectura mis ojos estaban húmedos. Es muy delicado y está desempeñado con arte sencillo y cuidadoso. Tiene la espontaneidad de un manojo de flores del campo. Es femenino sin feminismo de ninguna clase. Podría firmarlo con gusto cualquier veterano de la gaya ciencia. Alta la idea, sobrio y discreto el estilo, cautivante desde el primer momento el relato; no se le puede pedir más. Muy justo el fallo del Jurado, al discernirle el primer premio, pensé, y en mis interioridades, por analogía, sentí el contento de la vencedora. ¡Grata cosa aspirar la primera emanación de la tinta de imprenta mezclado al olor de los laureles que perfuman el triunfo de un nombre!

Que el cuento es un plagio, empezó a murmurar por lo bajo nuestra señora la envidia, con el asentimiento de la festejada y hedionda señorita la maledicencia. Que es copia de *La Esfinge* de José de Roure, y que el Jurado se dejó sorprender lastimosamente.

Hacía muchos años, quizá en *Blanco y Negro*, había yo leído el cuento de Roure y de él conservaba el recuerdo só-

lo de la mágica palabra que conmueve el semblante y las entrañas del monstruo.

La Ciega termina con igual vocablo, y con el criterio de la señorita arriba mencionada, juzgando que tan feroz es la Efinge como el público, deduje que sí había plagio. Es tan dulce y fácil pensar mal de los otros cuando no se tienen claros comprobantes o escasea la buena voluntad! ¡Es tan molesto aceptar consagraciones surgidas de la noche a la mañana! Total, que con la sabrosura de contemplar un fracaso, voté por el robo literario y no me ocupé más del asunto.

Por fortuna, alguien, ante mis ojos puso los dos cuentos del litigio y me he quedado perplejo..... ¡Como es de raro el mundo, y cruel el personaje proteiforme y villano que al sobrenombre de público responde! ¡A que llamarán plagio nuestros críticos de corrillo y las elegantes damiselas que sólo frecuentan las revistas de modas?

Ni en la composición, ni en la narración, ni en los personajes que obran en los cuentos, ni el estilo, ni en nada, hay la menor semejanza entre *La Esfinge* y *La Ciega*. El motivo final y dominante es el mismo, pero la manera de interpretarlo y los temperamentos de uno y otro autor son absolutamente distintos. Para mi gusto es más intenso, emocionante y humano el desempeño de *La Ciega*. El otro posee el sello de la maestría de quien hecho se halla a las lides de la pluma, pero es menos atrayente y real.

Podrá existir imitación, no habrá quizá originalidad en la escogencia del tema, mas ni la imitación ni la falta de originalidad en los asuntos son un crimen en literatura. Imitadores son los modernos de los antiguos en sucesión indefinida. Háse ya dicho todo y es natural, puesto que las pasiones y sentimientos humanos son los mismos desde el padre de la especie, hasta el último aborigen que viste taparrabo. Lo único que al escritor puede pedírsele es originalidad en el estilo, rasgos personales de temperamento, rastros inconfundibles del alma, y todo éso existe en *La Ciega*. Si apropiarse quiso su autora de un tema ajeno, y airoso salió al vestirlo con propio ropaje, obra tan original hizo, como la de los poetas de verdad al cantar el amor, que es viejo como el mundo e igual en sus manifestaciones en todos los humanos con ligeros variantes de detalle.

No hay que olvidar, según dice Unamuno, que en un si-

glo a duras penas se inventa una idea y que hay muchos en que no florece sino media o ninguna.

Enriqueta Angulo puede estar satisfecha con la hoja simbólica que hoy ha conquistado en digna empresa, sin olvidar por supuesto que el lanrel tiene amarguras de retama, y que en esta querida tierra la elevación del nombre se paga con venenosos mordicos en el alma.....

Flor de ingenio

Me he deleitado últimamente con el libro *La Linterna de Diógenes*, de Don Alberto Guillén, que si no estoy mal informado, es de nacionalidad peruana.

El señor Guillén, según él mismo afirma, ha escrito otros libros, pero debo confesar que me era absolutamente desconocido antes de ahora, probablemente por la ignorancia lamentable en que vivimos unos de otros los hombres de América. De suerte que ha sido para mí una verdadera sorpresa el volumen magistral que he hojeado, producto de uno de los discípulos más aventajados del argentino Soiza Raily y escritor desenfadado y escéptico que de todo se burla, desdenando la tonta virtud de la admiración.

Imagínome el proceso mental del señor Guillén para alcanzar la cumbre en que hoy culmina con la confección de su libro. El señor Guillén debe ser un mozo de talento y muchas lecturas, allá en una de esas ciudades provinciales y silenciosas del Perú, donde la vida, como en todas las ciudades de segundo y tercer orden en nuestras repúblicas americanas, se desliza monótona entre rezos, chismes y modestos comentarios de parroquia.

El talento del Sr. Guillén, con injusticia manifiesta, debe haber pasado inadvertido en ese medio hostil, y como el señor Guillén es un intelectual auténtico, lleno de elevadas aspiraciones de notoriedad, en cuyo cerebro hierve una fragua, no se resigna a vegetar olvidado del mundo. Entonces el señor Guillén resuelve trasladarse a tierras cultas, de refinamiento artístico, donde sus artículos y versos sean admirados como se merecen, y, después de ímprobos sacrificios y economías, ya con algunos pesos ahorrados, resuelve abandonar la patria rehacia, y una mañana melancólica, con altivo gesto de visionario incomprendido, dice adiós al hogar.

Por bagaje lleva la maleta en donde, al lado de prendas íntimas, hay bosquejos y croquis de grandes obras re-

denteras, y además, su talento rabusto y demoledor, su escepticismo de buen tono, su desprecio catégorico por las obras ajenas, su audacia procera y el culto ferviente a su personalidad....

En homenaje a la verdad, su ilustración no es muy maciza, pues es joven y apenas ha tenido tiempo de leer novelas, poesías y crónicas de los más afamados entrevistadores, pero en cambio, se gasta el nihilismo de los autosugestionados por el yo, que nunca, ni por breve espacio, han robado un instante a su propia admiración para dedicarlo al análisis del esfuerzo de los otros.

Diríjese a España, y en el barco que lo lleva, estirado en cómoda *chaise-longue*, contemplando el mimetismo maravilloso del océano, dáse a pensar en lo que hará en ese Madrid literario para conquistarse una rápida popularidad y un nombre respetado, cuyo prestigio vuele hasta su modesta ciudad y sirva de mortificación a los buenos burgueses y amigos que no supieron apreciarlo.

Qué hará? Novelas? Bah! Aun cuando es sencillo, es largo y molesto componer una novela....Además el público es tan zafio, que aún se deleita con las chochees de ese viejo humilde que se llamó Perez Galdós; las fruslerías de Doña Emilia, el insoportable marimacho; la prosa esmirriada del fletado a Yanquilandia que es Blasco Ibañez; las páginas funambulescas, superficiales y retóricas del tal Valle Inclán....

Versos entonces? Quizá un libro de versos, de capítusa edición, con un retrato sugestivo en la portada, con todo y crisantemo en el ojal, despertaría entusiasmo en las damas de la Corte y, así.....Nó, nó, tampoco. Justo es confesar que en materia poética en España se han quedado un poco atrás, pues aún leen a Carree, a Villaespesa, a los Machado y a Marquina, y perdura el reflejo luminoso del aborigen Rnbén Darío.

Estudios sociológicos o de filosofía, entonces? Quia! Eso no da aureola, no viste como dicen los *Smart*, y luego, a pesar de lo insustanciales que son Ortega y Gasset, Eugenio D' Ores, Adolfo Posada, Rafael Altamira y muchos otros tipos por el estilo, sus siluetas aún se destacan en la conciencia colectiva....Y la mente del viajero se agita como el oleaje del mar, entre dudas, con la angustia de quien en la oscuridad no columbra el lampo de luz que guíe sus pasos.

De repente, después de indagar en uno y otro sentido, golpéandose la frente, exclama como en las comedias:

Una idea! Su destino está marcado. El pedestal de su gloria, de nítidos y clásicos lineamientos, está puesto. Será crítico visitante, o sablista de visitas ilustres, que es lo mismo. Uno por uno tomará los hombres notables de la península, y en las mallas de su prosa contorsionada y lapidaria los mostrará tales como son: pobres peleles, ridículos y risibles, inflados de viento, sin méritos de ninguna clase. Será cruel e implacable como conviene a un demoledor. Echará los ídolos al suelo, reduciéndolos a polvo. De la España intelectual moderna no quedará sino el desierto, inmenso, silencioso, abrumador en su vacuidad, con sólo en el centro, como figura de irradiación anímica, de alta potencialidad artística, de prestigio auténtico y comunicativo, la figura enhiesta del culminante revaluador peruano, Alberto Guillén. Es la venganza de un nieto de Atahualpa contra el oscurantismo colonial de España; es el grito revolucionario y atronador de la juventud americana, contra el atraso africano de nuestra madre patria.

Y así como lo sueña lo ejecuta. Una vez en Madrid se introduce a todos los estudios, viola todas las consignas, levanta el velo de los santuarios todos. Nadie se resiste al punzón de su critica implacable, ni soporta la mirada penetrante de ese sondeador de almas que con el desdén sonriente en los labios, se burla de los modestos individuos que la estulticia de millares de hombres juzgó como eminencias. Sus obras mediocres no las analiza; no vale la pena. Conténtase con ponerles un rótulo de desprestigio para que definitivamente se hundan en el olvido. En cambio, donosamente estudia la nariz del uno, el cuerpo esmirriado del otro, la sordera convencional de éste, las pantuflas o la bata de aquél, la enfermedad crónica de mengano, el sajonismo postizo de zutano, las miradas, los gestos la tos, la bufanda, todo, todo aquello que tan trascendental influencia tiene en la obra científica o de arte.

Naturalmente, esos mortales desgraciados que posan de intelectuales y diz que constituyen la corona preciada de España, quedan reducidos a meros pingajos morales, apenas comparables al bagazo de caña que deja el trapiche, sólo que éste de la molienda extrae la miel, en tanto que de la acometida del iconoclasta incásico, no queda sino un sedimento de amargura en el alma, por haber abrigado la creencia, durante largos días, de que en la patria de Pelayo había gentes de valer.

Estúpidos los españoles y nosotros los hispanoamericanos que llegamos a susgestionarnos hasta el punto de creer que el viejecillo enclenque llamado Benavente sabía de dramas y comedias, y que igual cosa le ocurría a ese sordo cazurro de Linares Rivas, no obstante el «urodonal» y los «almohadones»; que Ortega y Gasset era un pensador eminente apesar de su surmenage, y que Maztu, Azorín, los Quinteros, Zozaya, Palacio Valdés, Marquina, Villaespesa, D'Ors, fuéran de los defectos inherentes al sér humano, inclusive los del es or-nudo y el bostezo, había creado alguna vez cosas nobles y bellas.

Por fortuna, para algo sirven el talento y las facultades analíticas, pues aun cuando proporcionan desengaños, señalan la senda reconfortante de la verdad. El libro del Sr. Guillén lo está probando con esa lógica invencible y sutil de los espíritus superiores.

Por lo demás, el Sr. Guillén ha rejuvenecido las corrientes de la crítica fecunda y saludable, un tanto olvidadas desde los tiempos del católico caballero don Antonio de Valbuena.

Es justo que volvamos a esos métodos incisivos y atractivos, con tanta más razón cuanto que son sencillos y no requieren ni vigili-as, ni enfadosos estudios de ninguna clase. Basta para practicarlos fijar el nombre de un autor, cuyas obras pueden ignorarse, pues su conocimiento huelga. Escríbese entonces un artículo en el cual se empleen adjetivos gruesos e infamantes contra la personalidad escogida, violáse su vida privada, anotando sus actos reales o ficticios, entre censuras y chanzas corrosivas, que son de grande efecto en el común de los lectores. Una vez el artículo en letras de molde, la fama de quien lo firma queda asegurada, aureolándose de matonismo y sapiencia subyugadores. Irá de labio en labio por corrillos y tertuliaderos, y el público, agradecido por el irrespeto a un individuo a quien antes fue menester admirar por sus méritos, contribuirá a mantener la leyenda de fiereza y regocijado temor en torno del combativo, que ha saltado al palenque, en alto la maza destructora de los íconos consagrados por un mísero pasado artístico.

Préstase el público gustoso a este juego, porque nada hay más agradable que el abajamiento de lo que muy alto está. Evítase por tal medio el tributo necesario de consideración, siempre mortificante, que reclama cualidades selectas del

alma, y destrúyense las castas intelectuales, absolutamente insoportables en democracias donde impera el apelmazado sentido común y el *dolce farniente* del pensamiento.

Tan eficaz es la obra del Sr. Guillén, que ya se respiran los aires renovadores de la crítica basada en el buen gusto, la pulcritud interior y un elevado sentimiento de justicia artística.

Algunos de los representantes de nuestra juventud que manejan la pluma y los conturba la buyente inquietud de las ideas, se aprestan para la demolición de lo existente. No necesitan al presentarse, obras propias; no tienen tiempo qué dedicar a diciplinas mentales; son decididamente inconformes con la ajena producción, en tanto que están plenamente satisfechos con las personales capacidades; son rebeldes como ellos dicen; odian las alturas, porque recortan el vuelo gigante que imprimirán a sus inmensas aspiraciones en el horizonte sin límites; en su complaciente autocrítica les sobra audacia y desprecio por lo que los demás han hecho en el laborioso silencio de los gabinetes de estudio, y van a la liza desenfadados, crueles y gallardos.

Con pasmo contemplo el escuadrón sagrado de los elegidos del Arte, que irrumpe por entre la fronda lírica, la lanza en ristre y el puñal de misericordia entre los dientes para rematar a los malferidos. Nada se resiste a la crepitación explosiva de sus párrafos contundentes y al rebrilleo acerado de sus frases, que aprisionan gracia y ciencia, como electricidad una dínamo. Todo ante las catapultas del talento va quedando en escombros y en pavesas. Las reputaciones ajenas son negra podredumbre donde chapotean los gusanos de la descomposición. El paisaje tórnase en una llanura vasta y desolada donde, a la verdad, aún no se advierten renuevos de próxima cosecha o paroxismo de alumbramiento, pero..... hay que tener fé.

Ellos, los demoledores valientes, serán los sembradores magnánimos del mañana. Esperemos la obra grandiosa y definitiva, que sin duda, en esta hora desgarrará aquellas mentes, con las angustias de una fecundidad exuberante que intenta desbordar.....

En la Muerte de Pérez Triana

Era imposible que Colombia en esta hora de angustia universal no tuviese su herida profunda en pleno corazón, tanto más sensible y dolorosa cuanto que se trata de la muerte de uno de sus más preclaros hijos. Del más preclaro podría decirse sin miedo a la hipérbole. Porque ¿qué era Pérez Triana para esta tierra nuestra, si no el más alto exponente de cultura; la enhiesta cumbre de pensamientos en hervir constante y prolífico; la lengua de oro más preciada y armoniosa, manantial inagotable de belleza y de verdad; el vocero irreductible del Derecho, listo de continuo para la defensa de la patria; artista siempre, aun en lo fragoroso de la lucha, como esos caballeros de otras épocas, que ocultaban el vigor de los músculos bajo la cincelada armadura y disimulaban la fiereza de los golpes bajo la gracia y donosura de los movimientos?

Imposible parece en estos momentos de intenso duelo, que haya dolores comparables a los que presencia el mundo aterrado. Y sin embargo, en la vida moral de las naciones existen ciertos hechos relacionados con el cumplimiento ineludible de leyes naturales, que tienen la trascendencia abrumadora de aquéllos, cuando no la desolación de una catástrofe.

Oprime el alma el espectáculo de seres anónimos que caen barridos por la metralla; el hundimiento de esos modernos leviatanes que arrastran al fondo del océano tesoros y existencias; la destrucción de ciudades y obras de arte, en las cuales los hombres han puesto sus sueños y su amor; pero es más doloroso, por lo que de irreparable tiene, las extinción de un sér cuyo cerebro es sol de verdad y de justicia. Quizá España podría conformarse con la pérdida de estas tierras de América a cambio del resurgimiento de un don Miguel de Cervantes Saavedra; como Inglaterra, de juro, no desdeñaría el entregar su imperio de las Indias con tal de ver surgir un espíritu equiparable al de Shakespeare.

Las vidas que hoy se tronchan renacen mañana debido al constante devenir humano; los campos que a polvo reducen los cascos de los caballos y la rueda de los cañones, no muy tarde sentirán en sus entrañas el reventar de jugosa cochecha; las ciudades y obras de arte destruidas por la salvaje de los hombres, en día no lejano resurgirán magníficas de la ruina por mandato de las mismas urgencias de la vida. Pero el cerebro luminoso que se apaga en la noche eterna; el ardiente y gran corazón que cual frágil vaso se rompe, dejando disolverse en la nada la pura esencia que acendrabá, orgullo de un pueblo y de una raza; la flor de refinada cultura que luce en las cúspides de la gaya ciencia y que de repente, al soplo de la «intrusa», se agosta, no dejando otro rastro que el de una inmensa desolación, ¿tendrá reemplazo digno en hora determinada, cuando las necesidades de un país y la angustia de millares de almas se afanan por llenarse vacío?

Quizá en un porvenir lejano la evolución lenta y paciente de toda una porción humana con sus rectificaciones y retrocesos, avances y caídas, produzca al fin el fruto admirable del «representativo», que diría Emerson. Pero esa es labor de años y quizá de siglos.

Mientras tanto, el vacío del gran desaparecido queda inllenable y el pueblo que sufre la pérdida, continúa la marcha hacia el futuro, bajo la desoladora trivialidad del diario afán, suspirando de modo inconsciente, por el momento en que ha de surgir el gran espíritu nutrido de todas las excelencias.

No creo en los hombres providenciales, ni en los absolutamente necesarios. Pero es innegable que hay horas en la vida de las naciones en que la actuación de ciertos individuos, adornados de supremas cualidades, decide del porvenir de aquéllas.

Tál, Perez Triana para Colombia. Ese varón ilustre era indispensable para la patria en estas horas inciertas, y su desaparición marca en el tiempo la cifra de un inmenso duelo nacional. Nadie como él la había rodeado de prestigio en el Exterior; nadie la había defendido con más ahínco ni mostrado más amplios derroteros. Su labor no era veleidad de un día, trabajo espasmódico de espíritu irreflexivo. Era labor tenaz, continua, sabia, en pro del engrandecimiento de la tierra que tuvo la honra de verle abrir los ojos a la luz. Luchó siempre por lo noble, por lo justo, por lo bello, por todos los ideales que significan la existencia.

Para analizar las múltiples faces que su personalidad mostraba, serían necesarias las páginas del libro y la sagacidad de un espíritu apenas al suyo comparable. Fue grande entre los grandes. He dicho que su muerte es un gran duelo colombiano, y empequeñezco la verdad. Su muerte es tristeza para España y América; es motivo de sentimiento para la humanidad toda que tenía en él un propagador de la belleza, y un paladín de la libertad, y el más agresivo enemigo de las tiranías. Sus últimas campañas contra los bárbaros iconoclastas, y en pro de los pueblos débiles y heroicos y de los amantes del derecho, harán época en los anales de la guerra Europea. Sobre su tumba, aparte de los laureles del artista, queda bien lo que Heine pedía para la suya propia: una pluma y una espada.

En la muerte de José Enrique Rodó

Es bajo un cielo sereno, en un jardín umbrío, lleno de musicales frondas y de pájaros, y penetrado de un alma que predispone a la meditación. Estatuas de mujeres surgen en las avenidas entre la verdura de los árboles, de líneas perfectas, castamente veladas y con los ojos en blanco cual si rumiaran un pensamiento eterno y profundo. Algunos sauces y cipreses, con pausado balanceo, diluyen melancolía en el conjunto. No faltan allí las hojas simbólicas del laurel. Las rosas, con invasora vitalidad, triunfan por doquiera, avanzándose por entre éras y senderos, en pregón de belleza, sin las mutilaciones de relamida jardinería. Hay sendas silentes para amantes o meditativos, alfombradas con grama que amortigua el ruido de los pasos, y defendidas de la curiosidad por la maraña del bosque. Escúchase, perdida, una fresca canción de agua, que evoca horas de égloga en la compañía de los propios pensares. A la vuelta de una calle, un lago como un espejo, cuya superficie patinada de azul, quiebra la olímpica silueta de uno de los cisnes que en versos admirables elogiara Rubén Darío.

El Maestro, en un banco de piedra, junto a una encarnación marmórea de Ariel y protegido del sol por las ramas tupidas de una encina, habla a un corto número de discípulos, que echados sobre la hierba, lo escuchan con el alma en los ojos.

Tiene la juventud que le permite su sabiduría. Su mirada, melancólica y vagarosa cuando está en silencio, se anima, eléctrica, al hablar, y diríase que retrata las ideas antes de emitirlas, o que se maravilla al escoger en su tesoro interior las que han de brotar fuera. La cabeza leonada, altiva y estremecida cuando hierve en ella la inspiración, es la de un profeta que predica la religión del Arte y de la

Vida. En artístico descuido la indumentaria, porque sólo hay tiempo para el cultivo de la belleza y armonía del espíritu, que como príncipe fantástico escasas juzga siempre las pre-seas con que se adorna.

Habla en períodos rotundos e incendiados. Su prosa es agil, nerviosa, majestuosa y llena de un lirismo no superado en estas dependencias de Castilla. Recata ideas con el atractivo de piedras preciosas. En ocasiones es artífice que, por mero entretenimiento, combina y engarza gemas deslumbradoras. Siente deleite verdadero en exponer y ahondar el pensamiento, y lo hace con tal arte y amor, con tan férvida unción, que en momentos se le adivina el gozo casi material, como si se tratara de prendas de mujer querida. Evoca todo lo noble, lo ideal, lo elevado. Llama es su verbo que abrasa los corazones en belleza, amor y libertad. Es el poeta-héroe en el sentido de Tomás Carlyle; producto de una cultura y de una civilización superiores, apenas columbradas en tierras americanas. Puede juzgarse como un anticipado, como el brote extemporáneo de una raza de ungidos.....

Píntase en el semblante de los oyentes la sed insaciable de lo espiritual. Por el prestigio de la voz colmada de ritmo y de verdad, aquellos rostros desvanecen sus rasgos materiales y se idealizan hasta adquirir la sugestiva expresión del pensamiento, única cosa que da aspecto de ser superior a la criatura humana. Flota en el ambiente la atmósfera de paz pensativa, que tienen siempre, a la luz meridiana, los bosques y jardines un poco olvidados.....

Así, sin el prosaísmo de las frases, en una diafanidad de ensueño, imagino al gran pensador americano José Enrique Rodó, cuando tengo entre mis manos uno de sus libros admirables y reconfortantes. Y es que hay páginas en ellos tan repletas de alma, tan nítidas y poéticas, que es imposible al leerlas no salirse del trivial ambiente cotidiano, y haciendo la composición de lugar que piden los místicos para mayor eficacia e intensidad de las ideas, no evocar uno de esos pasajes pintorescos, quizá de Grecia, aislados en absoluto de los rugidos plebeyos de las ferias, donde filósofos amables y gentilísimas pecadoras discutían sobre las más bellas cosas del espíritu.

José Enrique Rodó, es el espíritu más alado de los que hablan español; es el maestro insuperable. Tiene la gracia de lo femenino en la apreciación detallista de los ma-

tices y en la movilidad voluptuosa y cambiante de las formas, al propio tiempo que la profundidad viril de la sabiduría.

No se concibe cómo ha surgido un ser tan selecto en las turbulencias de estas democracias americanas, ahitas de fanatismo y mediocridad, y renuevos del tronco carcomido que fue la Colonia, es decir España. España, la fatídica, que, a trueque del idioma y de la Cruz, símbolo de amor, según el Crucificado, y escarpia u horca para el pensamiento, según la madre patria, nos legó toda clase de vicios, especialmente la pereza y la envidia; nos entenebreció para siempre el ánimo con los tribunales del Santo Oficio, que aún se prolongan en el tiempo, y nos envenenó la sangre con semillas de esclavitud, génesis de invasora maleza, no obstante nuestros estallidos anárquicos y liberticidas, robándonos hasta la dulce herencia de aquel vesánico sublime que inmortalizara don Miguel de Cervantes. No se concibe, repito, cómo medios tan impropicios producen de repente hombres de la talla de Rodó. Parece como si la naturaleza, cansada de parir tantos soldados, políticos, doctores y buenas gentes, quisiera en un momento de dionisiaca alegría, hacer culminar en un individuo lo que la especie humana puede dar de sí en cuestión de delicadeza.

Justo es confesar, por supuesto, que Rodó, aunque en tierras de América nacido, es más que americano, latino de legítima raigambre, cuyo pensamiento al ampliarse por la sensibilidad y contemplación de la vida, se ha universalizado hasta dominar los asuntos sin limitaciones parroquiales, ni sometimientos a los lindes de la patria que le tocó en suerte. Ciérnese en la altura como el cóndor andino y con ojo indagador abarca un inmenso paisaje, olvidado del solitario peñón donde vió la luz por vez primera.

No significa esto que Rodó no rinda el tributo de su amor al suelo donde floreció su existencia. Patriota ha sido de altos quilates; sólo que su patriotismo no es el aferramiento provinciano de los de conciencia limitada, que juzgan el mundo reducido a las pasioncillas y mezquindades en que se debate la minúscula porción de humanidad que los rodea, sino el gran sentimiento del hombre superior, que, en impulso de amor verdadero, trabaja y lucha por el bien de sus conciudadanos, por sus hermanos de idioma y raza, por los habitantes de una vasta porción del globo, por toda la humanidad.

Es prerrogativa de los sentimientos elevados y puros el

dilatarse en círculos concéntricos a medida que brotan, como las ondulaciones de las aguas tranquilas cuando un cuerpo hiere el espejo de su linfa. Rodó lo ha probado en esa oración cálida y bella que justamente designó con el nombre del Espíritu del Aire. Está destinada a la juventud americana en vez de haberlo sido a la uruguayana, y a la hora presente es manjar apetitoso, tónico vivificante, para la juventud castellana, para la juventud latina.

Explícate el regionalismo, no en extremo limitado, en el novelista, en el dramaturgo y hasta en el poeta. Son ellos historiadores de las épocas y los medios en que actúan. Sus creaciones sirven para dar idea clara y concreta del alma popular, y en la mayoría de los casos, para fijarle nuevos derroteros y sumidades de idealismo. La misión del pensador y del filósofo, si tiene punto de contacto con la de aquéllos, es más universal y humana. Sus abstracciones, para que tengan el dón de la divulgación, han de planearse con miras hacia el hombre, no con el fin exclusivo de conmover sólo a una sociedad. Y es ésto tan cierto, que aun cuando el filósofo o pensador, sin pretender universalizarse, quiere obrar en determinado grupo, valiéndose de sus fuerzas espirituales, su influencia, al fin y a la postre acaba por repercutir en todos los pueblos de la tierra.

Dícese que Cervantes al crear su inmortal obra, no tuvo otro fin que el descrédito de los libros de caballería; pero como era varón de hondo pensamiento, verdadero filósofo, su libro, sin quizá él pretenderlo, resumió en sí toda la savia de aquel espíritu inmenso, y lo que se quiso fuera sólo crítica mordaz para los lectores españoles, resultó código universal de verdad y de belleza.

De las cualidades de Rodó como pensador; de la altura moral en que se ha colocado para tratar los diversos temas; de la rica mina de donosura y ritmo existente en sus interioridades; de las muchas ojivas abiertas en su espíritu y por las cuales le llegan en armónico maridaje la luz, las armonías, los perfumes, las vibraciones todas del universo, resultan cuatro principales características de su filosofía que conviene anotar: la tolerancia, el liberalismo, el optimismo y la gracia.

Por naturales modalidades de su temperamento, aunadas a su vasta cultura y a una sensibilidad exquisita, Rodó es el tipo del hombre tolerante, es decir, del hombre comprensivo en el más alto significado de la palabra. No es un escéptico, ni mucho menos, como se sugiere siempre cuando

se trata de la virtud social a que aludo. Al contrario, es espíritu lleno de fe robusta y prolífica en las doctrinas que expone y que nunca impone. Pero es que la fe no excluye la tolerancia como lo pretenden los sectarios, cuya visual es muy estrecha y siempre en línea recta. La fe es en absoluto ajena al fanatismo. Ya lo ha dicho otro americano ilustre, José Ingenieros: «La fe es de visionarios y el fanatismo es un freno; la fe es una dignidad y el fanatismo un renunciamiento; la fe es una afirmación individual de alguna verdad propia, y el fanatismo es una complicidad de hueses para ahogar la verdad de los demás».

Rodó, lo repito, tiene fe consciente en las doctrinas que informan su credo. Está convencido de la belleza y bondad que a aquéllas adornan, y las predica con unción casi mística, como lo haría aquel otro filósofo de encanto, cuyo nombre es oportuno citar por mil motivos, en estas líneas de elogio. Refiérome a Guyau, uno de los grandes pensadores de la Francia contemporánea, que indudablemente mucho influyó en la plasmación psíquica del gran pensador americano.

Sin fe y sin amor se hace imposible cualquiera acción redentora. Es necesario incorporar íntimamente la idea a nuestro organismo, hasta que constituya esencia de nuestra esencia, si aspiramos a que tenga el dón de contagio. Con vacilaciones y diletantismos se obtienen hasta gratos matices espirituales, pero jamás se logra hondo surco en las conciencias. Donde no hay fuerza no hay efecto, y en cuestiones morales y de pensamiento la fe y el amor son las fuerzas creadoras. Lo que éstas no produzcan no lo producirá ninguna otra cosa; mucho menos el odio o la intransigencia. Las almas, como el mármol, necesitan de escoplos manejados por manos de fuerte suavidad para que surja victoriosa la figura de formas eurítmicas. La intransigencia es martillo iconoclasta que destruye aun aquello que trata de afirmar, puesto que incrustándolo en la conciencia, le roba la movilidad de la vida y la vivacidad transformadora, tornándolo estéril como los campos de venganza recorridos por el fuego que aniquila todo germen.

Rodó verdadero escultor de almas, ha puesto en su obra el atractivo de lo que se impone con sólo presentarse, y aun cuando convencido de sus ideas, puesto que con pasión las vierte, por abundancia de intelecto, comprende que si a veces no halla las concordancias apetecidas, es porque existen causas tan poderosas para no amar ni entender determinadas cuestiones, entre otras, lo reducido de la evolución de

un público, como las que existen para rendirles el tributo de admiración o de cariño. Todo, cuestión de medio, idiosincrasia y educación.

Uno de los motivos que advierto en la rápida universalización de la obra rodoniana, aparte de su bondad intrínseca, reside precisamente en la atmósfera de tolerancia que la envuelve. Superior la obra en sí, y expuesta con tal de-sinterés, tanta cortesía espiritual, con dosis tal de fraternal afecto, cual si de ofrenda de rosas se tratara a una persona amada, que es imposible no sentir la fascinación desde el primer instante. Y tan característico es éello, que aun periódicos atacados de fobia sectaria y de manifiesta atrofia del sentido estético, no desdeñan y a honra tienen el hermo-sear sus columnas con páginas de aquel filósofo, tan eminentemente liberal. Semejantes proceder, ilógicos en apariencia, prueban de modo claro que la tolerancia y la cultura son virtudes positivas y de tan gran eficacia, que aun los obstinados sistemáticamente en ahuyentarlas no pueden en momentos sustraerse a su influencia.

Hay una frase de Rodó que da la clave de su liberalismo de pura ley: *Reformarse es vivir*. Innecesario exigirle más para saber a qué atenerse con respecto a su filosofía. La esencia del credo liberal allí está encerrada.

El hombre, como ser consciente, debe vivir en perenne transformación, trabajando sin sosiego por la amplitud del horizonte visual del mundo; procurando despojarse de las rudezas naturales; refinando sensibilidad y temperamento; destruyendo endriagos y fantasmas que le merman acción y pensamiento; de altos ensueños poblando la existencia; a cada instante acrecentando sus recursos interiores; conquistando sin tregua mayor acopio de sana libertad; siendo mejor, en síntesis, cada día, cada hora, cada minuto, con el alma en «perpetuo devenir», «abierta sobre una perspectiva indefinida», como el propio Rodó lo afirma en uno de sus libros. El hombre debe ser mezcla armónica de rudo trabajador, capaz de gestas enérgicas y continuas, y de supremo idealista. Que toda crispatura del músculo sea ordenada por una idea hermosa y todo esfuerzo, por humilde que parezca, corresponda a la persecución de un sueño que vuela por sobre los brutales apetitos de la bestia.

Mas tales excelencias, aplicables al individuo como individuo, no son para que sólo las disfrute, encastillado en su «torre de marfil». El individuo hace parte de la sociedad, y si se le exige su constante progreso, es para que ésta disfrute

fruto de aquél; de modo que al ejercitarse cualquier acto saludable, sea la sociedad quien primero beneficie, y como esos actos serán frecuentes, puesto que de seres selectos parten, educados para la vida colectiva por una filosofía altruista y liberal, obtendráse al fin y a la postre, un conglomerado humano culto, libre y progresista.

Tal es a grandes rasgos el liberalismo de Rodó; liberalismo sano, de avance permanente, desposeído de rencores de secta, de amplia conciencia, edificado sobre el noble sentimiento de amor por la especie humana.....

Y ahora que de ese liberalismo se habla, permítaseme que evoque, al lado del gran uruguayo, la patricia figura del autor de *Idola Fori*, uno de nuestros representantes de más fuste, predicador de serenas verdades y naturalmente incomprendido en esta patria cara, donde las aberraciones jacobinas y clericales ahogan toda voz que clama por la cordura y la justicia. El recuerdo no es extemporáneo, porque muchas analogías espirituales existen entre los dos pensadores.

Un credo liberal, nutrido con savia tan jugosa, necesariamente trae como consecuencia lógica el culto del optimismo. Quien presupone al hombre capaz de mejoría e idealismo es porque, después de auscultarse a sí propio y hallar en sus interioridades un venero inagotable de una y otra manifestación, juzga que virtual o potencialmente existen en todos los seres humanos, y que, en consecuencia, con esmero deben cultivarse para que algún día ofrenden opíma cosecha. Rodó cree en las capacidades del hombre para el bien, cree en el arte y en la vida, y por eso, con acento de visionario, nos muestra la belleza que allí existe, haciéndolas adorables por el feívor conque las comenta y analiza. Al escucharlo, el alma se llena de un fulgor de esperanzas y suspiramos anhelantes por la conquista de la perfección en todo campo.

Luminosas enseñanzas las de ese optimista para los pueblos americanos, en cuya sangre llevan la tristeza del aborigen, mezclada a los morbos coloniales, y que consumen la existencia en una atmósfera de niveladora mediocridad, desprovista de ideales, agitados por el chismorreio disolvente de malas hembras, acogotados por el miedo al cura y al cacique, ajenos en absoluto al paso de vencedores que llevan las ideas por doquiera, y olvidados hasta del hervir juvenil bullente en los organismos, donde se agitan semillas de renovación y noble rebeldía, que por desgracia, el miedo y

siempre el miedo, fortalecido por la pereza, no dejan transformar en actos redentores.

Sin embargo, las leyes evolutivas se cumplen a despecho de todo, y en pueblos nuevos, a pesar de los múltiples defectos, existe una masa fecunda y moldeable, apta para que predicaciones como las de Rodó, sean las plasmadoras de la grande alma americana, en que soñamos los que mucho creemos y esperamos.

El día de la radiante aurora llegará, en que redimidos por el trabajo, la ciencia y la educación, levantemos nuestras testas en un ambiente libre, depurados los espíritus de malos enemigos, hábiles para el sentimiento de lo bello y capaces de mirar cara a cara al mundo entero.

El amor a la libertad, junto con la excelsa rebusca en seres y cosas de la parte de bondad que los torna amables y pone gasas de ensueño a la vida, poetizándola cada día un poco, no florece sino en pechos de artistas; y nó en artistas superficiales, sino en los que después de hondas meditaciones y refinamiento constante de la perceptibilidad, han logrado encontrarle a lo animado y a lo inanimado el sentido recóndito y encantador.

Rodó, artista incomparable, ha llegado a ser el mago de la prosa y el maestro de la gracia. Nadie como él para la fluidez, brillo, color y musicalidad de los períodos. Siéntese melancolía al saborearlos a solas mentalmente. Provoca la presencia de un concurso de iniciados, para con brío declamarlos y escuchar la armonía que se encierra en el sólo engarce material de las palabras. Amplio e irizado corre su estilo, sin saltos ni caídas con la mejestad de los ríos del trópico, que no obstante el caudal de aguas que arrastran, no desdeñan el copiar la policromía de los cielos, las nemorosas combas de los bosques, ni la sentimental silueta del pájaro que raya el aire como una flecha de color.

Tan nobles y atrayentes como las ideas de Rodó, es su prosa arrogante y tierna, sabia y sutil, perfumada y valiente. Háse efectuado en él la modalidad anotada en su libro *Motivos de Proteo*, cuando habla de las «distintas actitudes de la mente», que unidas entre sí, forman «vocaciones complejas en que cada actitud pone, según el fin que predomina, ya lo fundamental, ya lo accesorio». En Rodó se confunden de tal modo sus dotes de filósofo y artista, que imposible sería separarlas o darles la preferencia a unas u otras.

No resisto al impulso de copiar el párrafo a que alu-

do, para edificación de unos cuantos monocordes, que juzgan la ciencia y el trabajo reñidos con el arte, simplemente por propias deficiencias. Dice así: «Para el genio científico, el privilegio anexo de la aptitud literaria es instrumento preciosísimo, con el que vuelve diáfana y comunicable la verdad, por la virtud de la exposición luminosa, y logra la anotación distinta y neta de todos los matices del pensamiento. Tal, en Galileo, en Buffon, en Humboldt, en Claudio Bernard, en Pasteur..... Si las condiciones literarias se levantan a más alto grado, comprendiendo aquellas virtudes esenciales de la imaginación y el sentimiento, que invaden los dominios de la creación poética, resultan de ello espíritus como el de Renán o un Guyau, en quienes el entendimiento de verdad y el dón de realizar belleza, se compenetran y ensimisman, de modo que no parecen formar sino una única actitud; una actitud compuesta, dentro de la cual sería difícil discernir la parte que toca a cada género de facultades. Diríase entonces, usando el lenguaje de la química, que hay entre ambas combinación, no mezcla solamente. ¿Quién apartaría en la *Vida de Jesús* o en *La Irreligión del porvenir*, la obra del pensador de la obra del artista?»...

¿Verdad que cabe en estas líneas, al lado de Renán y de Guyau, la augusta figura del pensador americano?

.....
Y José Enrique Rodó ha muerto.

Parece como si la Providencia sólo esperase a que el esteta-filósofo pisara el suelo de una de las urbes legendarias, abrumadas de grandiosas visiones históricas y evocaciones de gloria, colmadas de obras de arte supremo y cuna de varones ilustres, cuya fama ha llenado al mundo, para dispararle el golpe definitivo. Diríase que ansiaba una tierra digna, removida por civilizaciones seculares y pulverizada por el tráfago de múltiples acciones en favor del Derecho, la Libertad y el Arte, para sumirlo en el gozo del sueño eterno. Por eso escogió a Roma, la ciudad-matriz del universo.

La muerte de Rodó es pérdida irreparable para la América, la lengua de Castilla, la raza latina. «En este desamparo de las grandezas», por el eclipse de los grandes representativos del pensamiento americano, llena el alma de dolor infinito. ¿Con quién los reemplazaremos? Son cla-

ros muy difíciles de llenar. Ayer, Carlos Arturo Torres; más tarde, Rubén Darío; después, Santiago Pérez Triana; en seguida, Amado Nervo; por último, Rodó.....A la verdad: ¡cinco tumbas solamente y muy estrechas! pero ¡cuán avarientas! ¡Qué tesoros los que se han tragado!

Julio Flórez

En la Playa hay una ceiba añosa, de grandes brazos potentes tendidos para sostén del dombo protector que forman las ramas. Es pródiga en frescura, en fecundidad y en alegría de los ojos, entristecidos por la vista de tantas cosas ingratas y seres humanos

Al madurar sus frutos, abandona el ropaje de verdura, pero se cubre de múltiples vellones blancos de sutilísima seda, que el viento desparrama en todas direcciones para esparcir las semillas. Y ningún espectáculo es comparable al que se admira en tardes de verano, cuando el cielo es un zafiro perfecto y el sol pone, en lo animado e inanimado, una esplendente película de oro.

Topa la brisa, que baja de la montaña, con las ramas cargadas de albura, e inmediatamente el aire se puebla de tenues copos, abrigados por la luz de los cielos, que emprenden, cual mariposas ideales, una fuga suave y graciosa. Ascienden unos casi hasta perderse de vista, y en la inusitada transparencia del ambiente son como chispas estrelladas; otros, después de revolar por algún tiempo, sin afán, con abandono femenino, van a posarse en los árboles vecinos, en el agua del riachuelo, en los tejados, en el suelo. Diríase que la ceiba aspira a poetizarlo todo, y quiere dar muestras del alma inmensa con que ha florecido,

Y lo encantador de aquéllo es que, siendo suaves y silenciosos, despiertan anhelos de delicadeza espiritual y sustraen la mente de la aridez cotidiana para fijarla en las glorias de la naturaleza: Cielo azul y sin mancha; tremulaciones de luz; verdor y frescura de las frondas; silueta ruda de las montañas que recortan la diafanidad del horizote; rumor adormecedor del agua.....,

La ceiba otras veces olvida su explosión de blancura y se cubre de verdor como está al presente. Ofrece entonces el vigor y seriedad de los destinos fecundos. Es vida toda ella, vida armoniosa y plena.

Mientras más la contemplo, más me convengo de que recata un símbolo de noble sencillez, propio para lección de los humanos. Altiva, llena de lozanía, animada de pujante savia que se advierte en todos sus brotes y en la presteza con que restaña las heridas; poblada de músicas por influjo del viento; blanca en ocasiones como una excelsa virtud; con los ramos potentes, asilo de parásitas, perdidos en la altura, y aun cuando cargada de años, siempre primaveral, cumpliendo el destino de ser bella y útil, en medio de la existencia mezquina y chica de la parroquia.....

¿No es hermoso el símbolo para un espíritu que ansía el engrandecimiento y fecundidad de la vida?

Pero ignoro porqué raras afinidades mentales se me ha ocurrido hablar del árbol que con frecuencia pone gozo en mi alma, cuando lo que pretendía era decir mi voz de entusiasmo por Julio Flórez, el poeta. Sin duda alguna, existen semejanzas entre aquél, y este lírico admirable. Las siento en lo oscuro de mi sér, mas quizá no sea capaz de fijarlas como es debido. Conténtome por lo tanto con mencionarlas cual muestra de sentimiento inconsciente.

Julio Flórez es el gran poeta romántico de Colombia. Ajeno a la moda, sin parar mientes en las escuelas literarias, ha sentido la necesidad de cantar desde su primera juventud, y lo ha hecho espontánea y armoniosamente, como quien lleva en lo interior el dón excelso de la inspiración. Hánse nutrido sus cantos con las grandes cuestiones comunes de la vida: el dolor, el amor, el prestigio de la mujer querida, la libertad, el odio, la naturaleza. Cuestiones comunes, digo, temas triviales, si quereis, pero temas eternos, que por el mismo hecho de ser pasto espiritual de las edades, son infinitamente más difíciles para abordados que los asuntos exóticos.

Requírese exquisita sensibilidad, un espíritu vibrante y altamente comprensivo y un arte superior, para festejar a la amada con letanías pasionales capaces de conmover a todo un pueblo; para hablar de nuestras íntimas tristezas de modo que interesen y contagien tanto al anciano, que columbra el hueco negro del sepulcro, como a la doncella, cuya existencia se inicia por camino de flores; para fijar de manera imperecedera, muchas veces en almas vulgares, la impresión del paisaje que los ojos del poeta contemplaron con deleite.

Esos temas comunes han sido la esencia de los cantos de Julio Flórez, pero ¡qué forma tan bella ha sabido darles; qué sensibilidad tan intensa; qué arte tan viril y tan per-

sonal ha extraído de lo recóndito del sér, para presentarlos con novedad y gusto altísimos!

Por eso es el gran poeta popular, y uno de los primeros portaliras de la América Española. Merced a sus facultades excepcionales, ha logrado universalizar los propios dolores, goces y anhelos, y el público, naturalmente, lo ha consagrado como a eximio intérprete del alma colombiana. Los labios todos musitan sus estrofas, pauta o norma de modos de sentir comunes a muchos espíritus, que encuentran allí, bajo la belleza y precisión de las frases, las cosas oscuras e inquietantes que soñaron o presintieron pero que nunca llegaron a expresar. La música no desdeña prestarles sus armonías que las complementan de manera casi necesaria.

En la popularidad de la obra de Flórez, veo una de sus mayores excelencias. Para mí tengo que si la poesía no logra calar muy hondo en el alma proteiforme de la multitud carece de objeto. Concibo, y es natural, que las obras científicas requieren un público muy reducido de predestinados; pero es inaceptable, dado el carácter de la obra poética y del influjo que debe ejercer en las sociedades, que sirva sólo para gozada en un cenáculo de esótericos. Al menos no es al *hermetismo* a lo que nos han acostumbrado los grandes poetas de la tierra.

Un espíritu selecto comprenderá la belleza de un canto de Víctor Hugo mejor que un rústico; mas cada uno en su esfera, será conmovido por la honda emoción del alma creadora. Muy lejos esto de lo que ocurre con cierta poesía enferma de literaturismo y castrada de ideas, que reclama clave para ser descifrada.

Acepto por de contado y me deleito con los cantos de factura moderna, que exigen verdadero refinamiento artístico para su creación y no poco de preparación para su cabal inteligencia. Si uno de los principalísimos objetos de la poesía es la sublimación del espíritu y el pulimento de la sensibilidad ¿cómo puede desdeñarse la aristocracia y pulcritud de la forma, o la aristoeracia y selección de las ideas? Hoy, en materia de lírica, no nos desayunamos ya en «coco negro», ni nos estasiarnos ante la «cometa enredada en el papayo». Nuestros nervios de civilizados, nuestros cerebros modernos hiperestesiados por la vertiginosa vida actual y ávidos de sensaciones nuevas, reclaman un arte verdaderamente trascendental e intenso. Mas es justo reconocer que cierta clase de poesía enigmática con pretensiones a ultra-

sensible, comparable al cubismo en pintura y que no la comprenden ni sus propios autores, es sencillamente un modo complicado de ocultar una pretenciosa vaciedad mental.

Las poesías de los maestros del arte moderno de Hispano América, Valencia, Silva, Rubén Darío, Casal, Nervo, Lugones, Herrera Reyssig, Gntiérrez Nájera, Díaz Mirón, La Mistral, La Storni, la Ibarbournu, y varios otros y otras, presentan un sello de suprema distinción, son perfectamente aristocráticas tanto en los pensamientos que recatan como en la forma que las cubren; pero ninguna es ininteligible, ni requiere clave para ser comprendida, por más que muchas veces la profundidad del concepto impida al espíritu apropiárselo desde la primera lectura.

Los ininteligibles son los imitadores sin talento, los malabaristas de la rima, los faltos de inspiración, los falsos monederos del Arte.

Julio Flórez, sin ser un exquisito, ha puesto en sus versos belleza, ritmo e inspiración, dotándolos del prestigio de la sociabilidad, como quien dice. Su lira es multicolor, no obstante el predominar en ella el dolor. Pero es tan sincero ese dolor, tan salido del alma, y se exhibe con tonalidades tan variadas y delicadas, que siempre conmueve de modo nuevo. Hay momentos en que toca los límites de lo sublime. Sus imágenes, en ocasiones tienen majestad y atrevimiento de águilas.

Cuando canta a la mujer, es de una ternura y delicadeza inimitables. Sus voces acarician y arrullan casi hasta el espasmo. Es un voluptuoso, y como voluptuoso saturado del aroma de la carne; es triste. El amor y la muerte andan siempre juntos en sus versos, como en el símbolo antiguo.

Merécele la libertad culto ferviente. Ha infundido a sus estrofas soplo bélico, notas de clarín, brillo de aceros, crepitar de pólvora, cuando la patria ha agonizado en épocas culminantes de opresión y tiranía. Recuérdese el canto titulado *Oh! Poetas* que es todo un himno guerrero. Ha tenido ofrendas, como gajos de laurel o rosas frescas, para los grandes repúblicos, y a'gnos de los tiranos de nuestra revuelta democrática, conservan en sus carnes, cual sello de ignominia, el desgarrón abierto por la pluma del poeta.

Artista indiscutible Julio Flórez: su obra, extensa y variada, requiere un análisis profundo porque mucho ha contribuido al moldeamiento del alma popular. Yo sólo me contento con exteriorizar mi gratitud y entusiasmo, porque mi

alma sensible, en este prosaico tráfigo de la vida, ha encontrado un espíritu superior, que en más de una vez le ha dado condensadas, bajo bellas formas, bajo formas tangibles y musicales, sensaciones, sentimientos y aspiraciones apenas presentidos, y que son los que en puridad de verdad constituyen la encantadora vida interior, la única digna del hombre.

Julio Flórez es la ceiba frondosa de la lírica colombiana. Macizo y fecundo, da sombra sedante a las almas de amor perturbadas y ávidas de sentimiento. Esparce al aire el tesoro de sus rimas, con la prodigalidad del árbol en que mis ojos se recrean, y como él, arroja a todos los surcos sus benéficas semillas. La savia ardiente y fecunda de su sombra, pregonera la perenne primavera del espíritu, que, aun cuando siempre torturado por la vida, alienta en atmósferas de arte y belleza.

Ceiba frondosa, he dicho, llena de rumores y fragancias, plantada en este yermo espiritual de Colombia, imperio del miedo, la teocracia, la prosa vil y la pereza intelectual, donde las vibraciones del espíritu se pierden sin golpear las almas con el eco, como los trinos de los pájaros en las oquedades de la montaña.....¡Hermoso y melancólico destino!

Fidel Cano

Es bajo un sentimiento de dolor profundo, al propio tiempo que dominado por una gran suavidad interior, como escribo las líneas presentes.

Acabo de cerrar los ojos y de poner en la caja mortuoria el cuerpo de ese gran patricio, digno de desfilar por las páginas de Plutarco, que se llamó Fidel Cano. Mi alma, llora la pérdida irreparable que hace la República, pero, no obstante, experimenta una sensación de vigor y consuelo. He asistido al extinguirse de la vida de un hombre honrado, y con ésto está dicho todo.

La frase «hombre honrado» se usa en el mundo con la asiduidad con que se gastan las monedas de escaso valor. Hombre honrado es cualquiera: el que paga lo que debe y no hace trampas; quien a nadie importuna; el que no se ha visto nunca en las encrucijadas del Código Penal. No hay escrúpulo alguno en echar mano del adjetivo honrado, como no lo hay en manosear otras tantas palabras del diccionario a las que no se les da su extricto significado. De allí que tal adjetivo haya caído en desprestigio, hasta el punto de no tener casi uso. Por eso quizá parezca exiguo el elogio y de mermada significación, cuando se aplica a un varón del porte de Fidel Cano.

Sin embargo, con un poco de meditación, la duda desaparece. El hombre honrado es el más alto exponente de la especie humana. El valor, la ciencia, el arte, son prendas admirables del espíritu, pero no la cima suprema a que éste puede aspirar. Por sobre aquéllo está la nitidez de la vida. Sin sabiduría y sin grandes acciones se puede ser excelso; mas nunca sin honradez.

Una existencia, penetrada íntimamente del destino del hombre sobre la tierra, que es el de mejorar siempre un poco; que pone su ideal muy alto, desligado de bajos apetitos y bastardas pasiones, noble, y puro, cual la luz de una estrella de las que en cielos serenos brillan solitarias y evo-

cadoras; que organiza todas las potencias del alma templándolas de modo que sólo tiendan al bién; que en fuerza de mucho pensar en la pulcritud interna se torna en amorosa, e insensiblemente, a medida que avanza, el amor que acendra lo riega en el camino para alivio de sedientos; que en las épocas de congoja como en los momentos de gozo, conserva siempre la serenidad del espíritu fuerte; que jamás, ni aun en las peripecias más arduas de la lucha, se ha manchado con sentimientos de rencor o siquiera con frases malsonantes contra el adversario; una existencia, en la cual no se advierte por parte alguna amagos de claudicación ante el ideal propuesto, un instante de desfallecimiento, la más leve sombra de atentado a la conciencia, es lo que yo llamo la existencia de un hombre honrado. Tál ha sido la de Fidel Cano.

Por eso, al verla extinguirse, en virtud de leyes supremas, he sentido, fuéramos de la angustia que deja el ser noble y querido cuando nos abandona, una sensación de armonía perfecta, de grandeza sencilla, algo que conforta y da ánimos para trabajar con ahínco por la más modesta brizna de bién. Aquella muerte tuvo la belleza severa que había tenido la vida: fue la muerte del justo.

Desde año y medio atrás, fue atacado por la enfermedad que le llevó al sepulcro. Cúpome la honra y la pena de diagnosticar y tratar, en asocio de los doctores Jiménez y Uribe Mejía, el trastorno que debía poner fin a tan fecunda existencia. Empezó la lucha angustiosa del médico contra la naturaleza que desquicia un organismo. En esta vez nuestros esfuerzos tenían casi el sello de la desesperación. El organismo que pretendíamos defender encerraba uno de los espíritus más luminosos y rectos de Colombia. Tratábase del jefe de un hogar, que es cántico de paz y de virtud, y era el amigo preclaro que en más de una ocasión nos había dejado disfrutar de sus excelencias interiores. Desde un principio comprendimos que nuestros empeños serían infructuosos. Día por día el mal avanzaba calladamente. Hubo necesidad de ordenar reposo a aquel cerebro, que siempre en ebullición vivió laborando por la Libertad, la Patria y el Derecho. Fue menester quitar de la mano delibilitada la pluma maestra que tantas campañas librara, tan artísticas páginas escribiera y tan limpias enseñanzas hubo de difundir por los ámbitos de la República.

Compréndese el dolor nuestro al suprimir el vuelo de

aquel pensamiento, indispensable en esta atmósfera de mediocridad y cobardía moral que respiramos, a cambio de un retazo de vida. . . . Y digo que los médicos segámos aquella fuente de ideas, porque don Fidel, por gracia especial de la Providencia, ni un momento durante su enfermedad, ni a tiempo de morir, perdió la lucidez del alma. A habérse-lo permitido, hubiera escrito hasta poco antes de dar el último aliento.

La enfermedad avanzaba. El cuerpo antes vigoroso adquiría palidez y enflaquecimiento de asceta. La sangre, privada por deficiencias de la célula hepática de sustancias indispensables, no alcanzaba a tonificarlo. En los trazos del rostro la muerte burilaba con paciencia de artífice su gesto de serenidad definitiva. Pero aquella alma cristiana, siempre recia y elevada, benévola y sabia siempre, verdadera alma de filósofo, se conservó intacta hasta el fin, abierta a las fecundas corrientes del espíritu, sin una queja, sin un estremecimiento de terror ante el misterio que se le venía encima, sonriendo a su familia, a sus amigos, a la vida, y esperando, con la calma que da una existencia consagrada al trabajo y la virtud, a que el Sér Supremo viniese a desligarla del mundo de los vivos.

Llegó la hora del duelo temido. Era el 15 de Enero, un día primaveral, lleno de luz y gratas sugerencias en que se siente la necesidad del contacto con la naturaleza para gozarla como el Pobrecito de Asís: hermana fuente, hermana verdura, hermano cielo El enfermo aunque muy debilitado, había pasado buena noche. El doctor Uribe Mejía lo visitó por la mañana y estuvieron dialogando amigablemente. El doctor Jiménez lo vió de las 11 a las 12, y después de aplicarle una inyección tónica, por encontrarlo muy grave, lo dejó por unos instantes para ir en mi busca. Durante este corto tiempo, alguno de los miembros de familia, que siempre lo custodiaban, advirtió su completa quietud, y al llamarlo no obtuvo respuesta. La agonía llegaba. Avisóseme apresuradamente por teléfono y corrí a la cabecera del moribundo. Inmóvil lo encontré, vuelto del rincón, con el rostro tranquilo, sin la más leve huella de sufrimiento y tan pálido como las sábanas. Apenas respiraba y ya no se sentía el pulso. Rodeaban el lecho, llorando en silencio, la digna esposa del ilustre hombre y algunos de sus hijos. El cuadro en su absoluta sencillez era profundamente conmovedor. A poco entró el noble sacerdote doctor Enrique Uribe Ospina, y en voz baja rezó algunas oraciones; también entra-

ron los doctores Jiménez y Uribe Mejía. Aplicáronsele al enfermo algunas inyecciones, pero todo fué inútil. Aquella vida se apagó suavemente, sin un gesto, sin una contracción, sin un murmullo, como una nota musical se difunde en el silencio de la noche.

Pasarán muchos años sin que de mi memoria se borre la escena que puso fin a esa existencia colmada de merecimientos. En mi corazón sentí la angustia de lo irremediable, mientras las sombras del luto teñían aquel hogar antes feliz; pero, no obstante, no experimenté el más leve sentimiento de protesta. La visión de esa muerte reposada y cristiana removi6 en mi interior el dormido fondo de misticismo que nos deja la infancia asistida por una santa madre, y en lo íntimo de mi ánima tuve la satisfacción de comprender que en el final de la vida existe un premio verdadero cuando ésta se ha enaltecido a toda hora y todo día.

¡Cómo debe ser grato dormirse en la paz del sepulcro con la conciencia tranquila y el convencimiento de que atrás se dejan prolíficas semillas redentoras!

El nombre de Fidel Cano está ligado a recuerdos de mi niñez. Mi padre me enseñó a amarle desde que abrí los ojos a la razón. A ciencia cierta no sé cuando ví por primera vez aquella fisonomía agradable y radiante de benevolencia y aquel cuerpo un poco cargado de espaldas, en actitud de franca acogida, como de quien aspira a prestar siempre un servicio, al menos el del cariño.

Fué quizá en la clásica tertulia de mi padre, reunida en su almacén en el Parque de Berrío, antes plaza principal, y donde concurría la Plana mayor del liberalismo de Antioquia. Allí, Antonio José Restrepo, con su palabra donosa y sabia; Rafael Uribe Uribe, vibrante y exaltado hablando con deje de marcado antioqueñismo; el admirable Indio Uribe, paródico y vibrante, en los ratos de vagar que le dejaban las prisiones o destierros de los conservadores; el general Lucio Restrepo, de profundos conocimientos y rebosando siempre en ensueños juveniles; el doctor Pedro Restrepo, el donairoso «Matías Tosilos» y don Julián, hermanos del anterior; el doctor Antonio María Restrepo Cadavid, honra del foro antioqueño; mi distinguido maestro el doctor Jorge Enrique Delgado; don Juancho Peláez; el doctor Manuel María Bonis, Manuel Antonio del Corral, Ramón Ramírez U., Toto Campuzano,

César Piedrahíta y tantos otros cuyos nombres se me escapan en este momento.

La verdad del caso es que a don Fidel lo veía de vez en vez en aquel círculo, por cierto con positivo entusiasmo, no exento de un poco de orgullo, porque él, no obstante el ser yo un chico, me saludaba con deferencia, estrechándome la mano, cual si de persona mayor se tratara.

En mi conciencia infantil no podía menos de rendirle tributo de fervorosa gratitud a aquel hombre tan notable, que, olvidado de su talento y prestigio, descendía al nivel de los humildes. Cuando llegué a mayor edad, comprendí que precisamente una de las cualidades sobresalientes del vigoroso polemista era la más acendrada benevolencia junto a una modestia positiva. Para él no habían grandes o chicos, superiores o inferiores. Envolvía los a todos en la cordialidad de su palabra y en lo afectuoso de los ademanes. Espíritu eminentemente comunicativo, ponía un círculo de atracción a su redor donde iban a parar sus mismos adversarios.

Más tarde vi a don Fidel muchas veces en la redacción de «El Espectador» chico. Era una pieza pequeña, poco luminosa, llena de periódicos en el suelo, sobre las sillas, inundando la mesa de escribir y sin otro adorno que un retrato grande de Victor Hugo. Oíase desde la entrada el ruido de los cajistas y las prensas, y el grato olor de la tinta de imprenta se respiraba en el aire. La figura del escritor encajaba perfectamente en aquel medio, y yo la contemplaba emocionado y respetuoso. En el desorden de libros y papeles debía vivir quien tanto pensaba, luchaba y escribía.

Le vi en épocas de triunfo, en agitados días de lucha eleccionaria, cuando, ídolo de las multitudes y pararrayo de la cólera gobiernista, recibía el fervor y las aclamaciones, después de uno de esos editoriales incomparables que removían las raíces del alma popular poniendo estremecimientos de miedo en el campo contrario.

Visitélo en la cárcel varias veces expiando el delito de sus ideas, el muy grave de lanzarlas a los cuatro vientos en alas de la prensa y el imperdonable de una conciencia amplia y recta que desconoce propios intereses materiales, que para ser gozados plenamente no exigían sino la pequeña concesión del silencio.

¡Que no hubiera hecho Fidel Cano si en vez de escribir rompe la pluma, se convierte en un ciudadano pacífico y sigue los rumbos naturales que marca el sentido

práctico y universal de nuestra tierra a todo el que aspira a la casa bien puesta, la mesa abastecida y a la consideración de las gentes normales! Pero ese espíritu, alto exponente de la raza latina, era el de un soñador amante del ideal por sobre las sabrosas satisfacciones proporcionadas por este amasijo de músculos, pellejo y nervios en que se encierra el alma.

Sentéme a su mesa en la casona solariega de *La Doctora*, perdida en un bucólico rincón del valle de Medellín y más tarde, en fulgidos días de Diciembre, en la lírica *Fidelena*, nido de arrullos, abrumado de rosas y enredaderas plantadas por la mano diligente del patriarca. Vílo allí rodeado de niños y campesinos menesterosos con quienes compartía el pan y los manjares de noche-buena ofreciéndoles, por sobre todo, el divino licor de la sonrisa y de la palabra mansa que conforta como un cordial.

Oh! En el mes de Diciembre lleno de recuerdos y gratas evocaciones tan dulce y melancólico por la vida que atrás se deja; en que reviven en el alma los seres caros que nunca más veremos; mes luminoso, de mañanitas azules, impregnado de fragancias de helechos y de jardines musgosos regados de rocío; de músicas y cantos montañeses, de noviazgos inocentes y bulliciosos aguinaldos; en que el firmamento, por las noches, se enoja con la pedrería de los cohetes y la vistosidad de los globos de papel que suben y suben como ilusiones y como ellas, sin alcanzar fin alguno, descienden convertidos en pavesas; de los pesebres del Niño Dios, poblados de fauna minúscula y encantadora, de los árboles de navidad tan prometedores y de los manjares tradicionales que son ex-voto a los dioses penates; en ese mes poético, de fraternidad universal, en que se estrechan los lazos de familia y con menos despego se piensa en los desventurados, acude con frecuencia a mi memoria la figura procera de Fidel Cano.

Aquellas navidades por él cantadas, que en el alma dejan perfume de huerto familiar y frescor de lágrimas, ya no tendrán el poeta de la infinita ternura que de tan sentida manera supo arrullar al Pequeñuelo del Pesebre!....

Era entonces el niño grande a quien las rudezas del mundo no habían hecho otra cosa que refinarle la sensibilidad, tornándolo más comprensivo y dadivoso, más humanamente protector.

Y año tras año su lira de poeta olvidada de las luchas políticas y de las intensas de la existencia, resonaba con armoniosos y sencillos cantos, acendrados en lo íntimo del co-

razón, allí donde callada bullía la ternura para los hijos y la elegida. Sus *Navidades*, un tomito de factura modesta y casi desconocido en el vaivén de este mercantilismo fenicio que siega toda delicadeza, pregona con las transparencias de su linfa, el chorro de puros sentimientos de donde tomó origen.

Angusta silueta la del gran luchador, a quien la imaginación tenía derecho para representárselo en actitud combativa, la pluma en ristre como lanza, el ojo alerta, revuelto el cabello; convertida en la de apóstol apacible, aureolado de bondad y misericordia, gozoso con los niños cuyos juegos compartía, y fraternal con el mendigo para quien era la mitad de su pan.

Hondo cristianismo del positivo e infalsificable, del que enseñó Jesús cuando perdonó a la pecadora, arrojó a los traficantes del templo a latigazos y tuvo nítidas frases como azucenas para todas las miserias, impulsaba aquella alma hacía el desgraciado, en amplios regocijos de caridad, especialmente en la época en que el mundo celebra la venida del que sólo fue Amor, Perdón y Mansedumbre.

En esa especie de rito familiar de Fidel Cano, en su encendido afecto por la sugestiva fiesta de Navidad, que tan bellas cosas rememora, veo el símbolo de su vida en amalgama indecible de sentimientos.....La batalla sin tregua e implacable por parte de sus enemigos; el corazón que sangra dolorido; las persecuciones, el odio y la calumnia que desgarran las carnes; la incompreensión ofensiva más mortificante que los mismos ultrajes, para terminar en olvido de agravios y amarguras, en rayo de afecto esplendoroso, acurrucado en la morada tranquila, al fin de cada año, al fin de los días, diluido en ondas invasoras por sobre cabecitas de niños, desvalidos cuerpos de infelices, seres queridos, hermanos enfermos de ignorancia y fanatismo. Ah! La oración por Todos.

Verdaderamente conforta el ánimo y reconcilia con la especie humana, el análisis de espíritus tan altos y benignos, capaces, durante el combate diario y bajo el golpe de todas las injusticias, de sonreír sin amargura ostentando la nítida transparencia de un parvulillo.

Ya he dicho que después me tocó asistirlo y tratarlo como enfermo.

Nunca el hombre es más triste ni inspira más compasión que cuando su organismo es presa de un trastorno que

perturba sus funciones y pone en peligro la vida. Entonces el altivo se torna en humilde a quien hay que consolar y acariciar como a un niño; y quien de lúcido talento se mostraba en los días de salud, es, ante el ataque de la enfermedad, un pobrecito moral, lleno de prejuicios e infundados temores. Sin embargo, don Fidel, como espíritu superior de carácter bien templado, fué una excepción a la regla. Por largo tiempo sufrió la enfermedad que puso fin a su existencia, con serenidad filosófica. Amaba la vida como sér equilibrado, máxime en los últimos días, cuando como premio a sus esfuerzos, contemplaba su hogar dichoso, en que los renuevos son prolongaciones de las capacidades y honorabilidades del genitor. Pero había meditado lo suficiente y acorazado el ánimo con la entereza que en viriles temperamentos produce la lucha sostenida, para respetar los designios de lo Alto y no entregarse a las lamentaciones y apocamientos de los que ni se resignan ni comprenden las maravillosas leyes del eterno renovarse. Sintió, como en el drama de Maeterlink, que la Intrusa avanzaba a pasos silenciosos, y sus labios no se desplegaron ni el asombro enturbió sus pupilas. Tuvo hasta los últimos instantes piedad por los suyos y por sus amigos, aparentando ignorancia de su estado, y ni aun a los mismos médicos que lo asistíamos llegó a torturarnos con exigencias sobre la verdad dolorosa. «Comprendió la gentileza del morir»

De suerte, pues, que en todas las ocasiones de mi vida en que me tocó por una u otra causa, rozarme con Fidel Cano, tuve siempre la impresión de que me hallaba en presencia de un hombre eximio, de un filósofo de la serenidad, de un gran corazón. No recuerdo jamás haberle oído una frase dura, ni siquiera contra quienes de adversarios políticos, se convirtieron en canes de su reputación inmaculada. Nunca le vi tampoco un movimiento rudo o un gesto de disgusto, que por un instante rompiera el reposo de aquel cuerpo, fiel reflejo de la armonía del alma. Estábase en su presencia con la tranquilidad que en el campo se disfruta en los asombrosos atardeceres de verano, cuando el día no muere, sino que se diluye en la noche bellamente estrellada.....

Múltiples facies dignas de estudio, y que un biógrafo avisado debe analizar detenidamente, ofrece la vida de Fidel Cano. Han de surgir de allí benéficas enseñanzas, junto con el sentimiento justísimo de orgullo patrio, al esbozar el porte moral de ese varón, que evoca la silueta severa de un Mar-

co Aurelio, cuyos lineamientos piden la forma imperdurable del mármol y que, por otra parte, demuestra la no infecundidad del vientre de Colombia para el mérito.

Hay que estudiar a Fidel Cano como escritor, periodista, pensador, apóstol, poeta, y como ciudadano. No quiero extenderme en el elogio de su prosa numerosa y fluída, cierta y pulida como un florete. No hablaré de su cultura de polemista, tan excelsa que clásica se ha vuelto, y tan evidente, que después de treinta años de ruda labor y formidables acometidas en que naturalmente resultaban mal heridos algunos prójimos y desmenuzadas muchas ideas y prácticas impuras, en el campo de sus adversarios políticos—hablo de los leales—no quedaba uno solo que lo odiara por más que muchos lo temieran, rindiéndole el homenaje del respeto. Apenas mencioné su estro poético tan delicado, revelador de las ternuras de su alma buena que, después del fuego de polémicas como combates y de las heridas de múltiples persecuciones, lanzaba al aire sus cantos para demostrar que la amargura de fuera, sabía convertirla en renuevos de arte: el sauce donde el hacha lo hiere también da magníficos retoños. Quiero únicamente poner de manifiesto una de las modalidades culminantes de don Fidel, que de manera más neta lo señalan como al hombre honrado y meritorio de que hablé al principio. Refiérome a la brega constante de toda su vida, sin claudicaciones ni temores, por la realización del ideal social y político en que soñara.

Fatídicos los tiempos para el liberalismo colombiano en el año de 1887, cuando don Fidel fundó «El Espectador». Vencido aquél en los campos de batalla, después de lucha sangrienta, se adueñó del país la tiranía más oprobiosa y regresiva que haya visto esta tierra. Vinieron las persecuciones, las cárceles, el destierro y la guerra sin cuartel a la palabra hablada o escrita.

Profesar ideas liberales era un peligro, y propagarlas valía tanto como firmar sentencia de muerte, pues si el patíbulo no estaba oficialmente establecido para los pensadores, el hambre es el mayor asesino conocido y a pura hambre eran condenados los que se oponían a los poderes constituídos. Téngase en cuenta, además, que en Antioquia, a causa de lo montañoso del suelo, por defectos ancestrales y por exagerado individualismo, que lleva lógicamente a un egoísmo antipático, pelechan con dificultad las doctrinas liberales, máxime en aquellos tiempos en que una juventud y un pue-

blo embrutecidos en los campamentos e infatuados con los laureles del triunfo, daban la ley en la sociedad. En tal ambiente empezó don Fidel el combate de su pluma y la resiembra de gérmenes de libertad y progreso.

Piénsese en el valor que aquéllo representa, la fe que es preciso encarnar en las ideas, en el grande amor que por la patria debe sentirse, para, sacrificándolo todo, entrarse por los senderos de un fervoroso apostolado. Apenas hombres excepcionales emprenden labores semejantes, hombres rectos y convencidos que se levantan muy alto por sobre los intereses materiales, para perseguir lo que juzgan el supremo bien de la patria.

El supremo bien de Colombia estaba para Cano en el triunfo de las ideas liberales. Por éso se le vió durante treinta años, con la inteligencia siempre despierta, el corazón hirviente como una fragua y la pluma afilada trabajando por el predominio de tan hermoso ideal.

Y para que el mérito resalte con trazos más visibles, no se olvide que el noble caballero de la democracia, fuera de las persecuciones de los gobiernos, soportó en esta tierra de los grandes fanatismos, la más temible que es la del sectarismo religioso. Ejercitose contra él con sello cristiano, el cristiano boicoteo, arma infame inventada por la cobardía y fobia al pensamiento que opone a las razones y a la altivez del cerebro libre, el pandillaje de nulidades reunidas en la sombra, velados los rostros sin responsabilidad ninguna, escurridadas con el anonimato del número, para atacar el estómago que es viscera implacable.

Y labor de tal naturaleza llevola Fidel Cano a término feliz con la cortesía, el arte y la alteza moral jamás alcanzados por sembrador o periodista colombiano. Sus mismos enemigos, ya lo he dicho, acabaron por rendirse ante la nobleza de su espíritu y por juzgarlo como a uno de los más eminentes representativos de la raza intelectual de Colombia.

Con toda tranquilidad, por lo tanto, se puede proponer vida tan amplia y jugosa como tema de meditación y ejemplo digno de imitarse, a la juventud actual desprovista de ideales, entristecida por el miedo, y ayuna de carácter.

Enero 1919

Al Doctor Uribe Mejía

Querido Maestro: Perdóne usted que me cite. Alguna vez he dicho que «no sonreír es tener el alma enferma o muy mala». Y efectivamente no hay nada más repulsivo que los hombres serios. No se qué siento cuando veo uno de esos individuos a quienes todo el mundo teme porque su seño es adusto, y cuyo único mérito es la falta de contractibilidad en los músculos de la cara. Verdad es que éso imprime carácter y da cierta respetabilidad y nombradía en la parroquia, pero es porque la humanidad es ilógica. Si seriedad es supremacía, nada más excelso y digno de respeto que un burro.....Callado, quieto, los ojos vagarosos, sin mover una pestaña, sin el más leve estremecimiento del pelaje, es la imagen fiel de ciertas personalidades muy honorables que siempre meditan y nunca despliegan los labios. El burro también medita, medita perpetuamente quién sabe qué complicados problemas filosóficos, y meditando se lo traga la eternidad. Ese sí que tiene derecho de proclamar aquello de que «el silencio es oro», apesar del rebuzno.

No lo admiro a usted, Maestro, por su ciencia que es vasta; por su producción ética y literaria, que tiene la transparencia y la frescura de los aljibes de la montaña, de helechos cubiertos y de frondas, sin contaminación de ninguna clase; por su labor pedagógica, difícil como ninguna, y que, para llevarla a feliz término, es necesario desgarrarse diariamente el alma, porque pedazos de alma es menester dar a cada paso y ésto no se efectúa sino con el dolor de la madre cuando infunde vida al niño; por sus virtudes públicas y privadas, que son las de un ciudadano bueno, con lo cual está dicho todo. Lo admiro, señor, por su sonrisa, por su perpetua, reconfortante, sana sonrisa.

En élla he pensado constantemente ahora cuando el público habla de sus bodas de oro profesionales. Cincuenta años de una vida dedicada íntegra a los hombres, en con-

tacto permanente con la especie humana, y nunca una protesta ni una queja! Nunca, ni en un instante de agotamiento nervioso, un gesto de desdén profundo, definitivo, de asco hacia los semejantes.

Todo lo contrario: siempre la sonrisa en los ojos, en los labios, en los gestos y en el alma, para consolar y perdonar. Justo es convenir en que quien así procede, está penetrado de una honda comprensión de la existencia y gasta un tesoro de tolerancia y amor hacia los humildes, que somos todos los que cargamos con el pecado de haber nacido.

La vida del médico es dura y llena de sobresaltos y angustias. A la vista del dolor nadie se acostumbra, por más que se trate de empedernecer el ánimo. Las lágrimas llaman las lágrimas, que pueden brotar fuera o deslizarse corrosivas dentro del corazón. El sufrimiento, sufrimiento engendra, tanto más intenso cuanto con más frecuencia se le contemple, pues en estas cuestiones hay una especie de anafilaxia moral, en que el espíritu, en vez de acostumbrarse a las penas, por la repetición de ellas, se torna más sensible cada día hasta el punto de que en ciertos momentos lo más insignificante produce una conmoción vecina del delirio. El espectáculo de la muerte es siempre pavoroso, y para el clínico, algo mortal y turbador existe en cada individuo que se acerca en demanda de alivio.

Hay que salvar la vida del niño, porque es una esperanza y una alegría; y la del joven porque la patria y el amor la reclaman; y la de la madre, porque allí, al rededor del lecho, gimen una porción de cabecitas inocentes que necesitan de ese santísimo calor; y la del padre, porque hay seres indefensos que reclaman educación y sustento; y la del viejo, porque es el núcleo de una familia, la voz de la sabiduría, la evocación viviente del pasado. Hay que salvarlas, y sin embargo todas se hunden en la sombra, dejando el convencimiento de lo irremediable y la congoja en el alma de la impotencia.

Nada han valido vigiliias, sacrificios ni quebrantos. El dolor universal sigue su curso, y el médico tiene que contemplarlo en sus estallidos más angustiosos e intensos, con el aditamento de la infinita pequeñez de su ciencia ante los designios inescrutables de Dios.....Ese límite oscuro, insignificante, de un momento que separa la vida de la muerte, ese límite tétrico que se siente pero que los sen-

tidos no perciben, como en *La Intrusa* del gran escritor belga, es la interrogación que maltrata el alma del médico.

Pero hay más. Ya no es lo irremediable, no es la lucha contra la enfermedad y sufrimientos físicos. Es el pinchazo diario de los prójimos; las flaquezas de los semejantes; las pequeñas ofensas, muchas veces insistentes; las heridas en el amor propio; la pequeña maledicencia; la pequeña incompreensión; el pequeño chisme; la pequeña ingratitud; toda esa fauna de larvas infinitamente microscópicas, que bien pueden hacerse a un lado, si vienen una por una, pero que cuando avanzan en manada envenenan y roban energías. Y para que nada falte, en esa lucha silenciosa y diaria, para que bien caro se pague la supremacía del título, el zarpazo aterciopelado del compañero, el ultraje cultísimo, la deslealtad amistosa, la picadura del bicho aquel tan bien descrito por el Padre Gaspar Astete y modificado más tarde por un antioqueño en esta frase incisiva: «La alegría del mal ajeno».

Todo éso, Maestro, usted lo ha visto, lo ha sentido en sus carnes y en su ánimo, y sin embargo usted sonríe. Y su sonrisa no tiene nada de irónico. Es consoladora y bondadosa, como que es reflejo de una alma inundada en ternuras. Es una lección viviente, puesto que está probando que el mundo con sus penalidades, si hiere el espíritu también lo engrandece cuando está nutrido con filosofía optimista y cristiana. Es un escudo contra los golpes porque el mal y la maledicencia no se atreven con los hombres que llevan el semblante iluminado permanentemente por el reflejo de las sanas intenciones.

Usted atrae a los niños tan amados de Aquel que tan escasamente reina en los corazones; cura a los enfermos y da esperanza a los heridos de muerte; propaga en la prensa y por doquiera preceptos de limpieza moral; gasta la conformidad del varón fuerte ante las pruebas a que los somete el destino, siempre con la sonrisa en los labios.

Por éso su labor ha sido tan eficaz y sobre todo tan querida; por éso usted, que nunca ha sabido de imposiciones, se ha adueñado de los corazones con la mansedumbre de las violetas al perfumar el ambiente. Hoy un pueblo, reconocedor de su méritos, le rinde justísimo tributo, y usted tiene que saborearlo con la íntima satisfacción de que no existe en su vida una hora en que haya causado dolor al hermano. Su triunfo no es el del caudillo, el del escritor, el del

político, ni siquiera el del hombre de ciencia. Es el triunfo del limpio de corazón. Los de aquéllos dejan lágrimas, heridas y rencor. En el suyo no hay sino la suavidad que esparce una existencia consagrada al alivio de los hombres y al intento perenne de que sean mejores.

Gabriel Latorre

La personalidad de Latorre, como la de todo tropical que se entra por las veredas gratísimas del pensamiento y vive al propio tiempo, como debe vivirse la vida, intensamente, es múltiple y requiere un estudio meditado y macizo que de veras defina un espíritu, dé idea de los caminos que sigue, y ponga de manifesto las influencias que ejerce en el medio circundante.

Aquí para hablar de los llamados intelectuales somos pocos en demasía. Bástanos un suelto humilísimo de periódico, redactado por el más modesto de los chicos de la prensa, que lógicamente por sus escasos años y la falta de estudio, no es muy versado en lo de trajinar por las almas, máxime si son un poco complicadas; o con el comentario despectivo o malévolo de la tertulia burguesa.

Desconocemos la importancia de la crítica analítica, la creadora—comprender es crear—la biológica pudiéramos decir el progreso intelectual de un pueblo. Ante la obra artística o científica, nos contentamos con el desdén agresivo de la ignorancia o con la burla solapada que lleva su rumorcillo de escándalo y es origen de descalificación entre el gran grupo de los «equilibrados», que a sí mismos se denominan gentes prácticas.

Y así por tales procedimientos, de una infecundidad manifiesta y de planura psíquica, también manifiesta, aislamos o apagamos los brotes de ingenio, que son como flores fragantes en la aridez de la vida horrible del municipio, y practicamos, con los que de cosas bellas o altas nos hablan, el cómodo boicoteo del silencio, que si perjudica al interesado porque le recorta las alas paralizándole el entusiasmo, también daña el medio, porque un conglomerado humano donde no impera el espíritu, que es la voz de Dios, es algo grisoso y pesado con reminiscencias de tribu y los naturales estallidos de barbarie y del más grosero materialismo.

Gabriel Latorre, cuya obra, como la de Efe Gómez, Carrasquilla, Botero Saldarriaga, Bernardo Vélez, Gonzalo Vidal, Francisco Cano, en otro ambiente más propicio hubiera sido más extensa y rápida, ofrece, no obstante la limitación obligada, varias facetas de trascendencia que merecen estudio detenido. Dan la síntesis de una personalidad, que, dígame lo que se quiera, ha influido e influirá en el incipiente desarrollo artístico del pueblo antioqueño.

Y conste que no he hablado de nuestra cacareada literatura regional, en la cual, últimamente, creo muy poco, como muy poco creo en la literatura colombiana, inclusive la de la Atenas Suramericana. Aquélla y éstas, digámoslo con franqueza, aunque se resienta del orgullo patrio, no es sino la modesta colcha de retazos de la matrona hacendosa, donde junto al cuadro de raso fino o afelpado terciopelo campea el recorte de dril o de zaraza. Todo, muestras importadas que hablan sólo de la paciente labor de escogencia y de remiendo.

Latorre, en busca de consonancias con el medio al que siempre se acude, de modo inconsciente a veces a pesar de hallarlo impropicio, ha escrito versos, novelas, dramas, conferencias, y es un traductor muy meritorio de excelso arte extranjero. Recuerdo con especialidad una soberbia traducción de D'Annunzio, que en mi concepto nada tiene que envidiar al original. Por desgracia, está inédita y así habrá de permanecer, dadas las condiciones asustadizas del ambiente.....

Latorre es un profesor de estética, un verdadero profesor que desde la eminencia de su cátedra, adiestra a los hombres nuevos en la escogencia de sendas que conduzcan a la exaltación del alma. Y esa es la faz que más me cautiva y que quiero poner de relieve por ser la más prolífica y útil en el sentido social y racial.

Aún no he mencionado la palabra maestro, ni la menciono para aplicársela a Latorre. La tal palabreja, como muchas otras que encierran un mundo ideológico, pero que en ciertos momentos y para ciertos espíritus son mera estopa de relleno, me suena a falso.

Los maestros en Colombia, los inventores de valores nuevos, creadores másculos y revolucionarios, los conductores audaces de la mentalidad colectiva alcanzan una cifra exigua por más que el título se prodigue con la abundosa fecundidad de algunas gramíneas.

Latorre no es un maestro, pero sí es un propagador

de luz y un sembrador, un espíritu refinado y cultísimo que por necesidades urgentes de su yo, va predicando la Religión de la Belleza, que nexos muy estrechos guarda con la suprema de la Bondad, por las aulas y caminos de la vida.

Y bondadoso es Latorre, con la bondad viril de quien mucho ha trasegado los libros y auscultado la recias palpitaciones de la existencia en el propio ser humano. Hasta cuando canta las violentas tempestades del alma, como la encendida pasión del amor que exalta y conturba a los hombres, se advierte la delicadeza de su corazón que perdona porque comprende, y comprende porque ama.

No existe en él la agresividad propia de la raza; no tiene su intelecto la zarpa que desgarrar prejuicios y arremete contra el miedo y la mentira. Su vasta cultura, la idiosincracia de su temperamento y las horas saturninas de meditación, han suavizado todas sus actitudes y le han dado ese matiz de aristocratismo espiritual del que se coloca al margen de los acontecimientos. Ni siquiera la política lo ha cogido entre sus anillos de anacondo, y por eso su olfato no ha percibido las emanaciones acres de las multitudes en celadas, que tanto desnaturalizan y aflojan los resortes morales.....

Es una especie de monje laico y solitario, escéptico ante los hombres, desdeñoso de la aureola minúscula que pueda dar el medio, y enamorado únicamente de la forma y del perfume cálido del pensamiento que en ellas vive. En la serenidad de su estancia pule y repuja estrofas y prosa que no publica, en tanto que su espíritu fluye en hondas de simpatía hacia sus discípulos, llevándoles el mensaje propiciatorio de lo Bello y de lo Bueno.

Cree como Guyau que el desinteresado culto por la Belleza mejora en absoluto la condición humana. Aquélla, con la Bondad y la Moral en mágica urdimbre, constituyen la sustancia con que se fabrican las alas para que el alma ascienda y olvide un poco el vaho febricitante y el chapoteo como de gusanos que produce el rey de la creación en su implacable lucha por el pan.....

Lo feo, lo innoble y lo vulgar prostituyen la vida y agrietan el espíritu convirtiéndolo en una simple fuerza instintiva. En esta sucesión monótona de los días no queda otro oasis para el dolor eterno de los hombres, que las emociones por el Arte y el Amor proporcionadas. Y si no hablo de las que de la ciencia dimanan, es porque ésta, cuando es pu-

ra y ha llegado a convertirse en esencial sustancia de un cerebro, mucho de artístico tiene y engendra las mismas satisfacciones estéticas que la contemplación de un mármol impecable, o la audición de un, poema o de una sinfonía.

Arte legítimo, fiesta del espíritu, son estudios como los de Fabre y Pasteur, Virchow y Ramón y Cajal, Berthelot, Edison, los Curie, Crooks, han sentido en la augusta calma de sus laboratorios, tan repleta de pensamientos e ideales, ante el resultado admirable de sus métodos científicos y de su amor por la verdad, idéntica emoción divina, igual sublimación del yo, el mismo entusiasmo creador que experimentó Miguel Angel ante el «pujante macho» de barbas como ríos de nieve, cuando le martilló la rodilla para exigirle que pronunciara la palabra fecunda.....

Sólo la estética hondamente sentida en todos los actos y menesteres de la existencia, salvará a los hombres.

Ya veo sonreír en mueca de burla a ciertos rostros; pero esa sonrisa debe congelarse en los labios, si se piensa que hasta la misma religión no es sino el más sublime brote de lo bello, la armonía y el engrandecimiento de las fuerzas morales puestos como camino de ascenso indefinido entre Dios y el anhelo insaciable de los seres humanos.

Euritmia, alegría, desinterés, idealismo, ennoblecimiento, todas cualidades de lo bello, necesitamos para que no nos asfixie el *tedium vitae*, impere el reino del espíritu y la crispatura brutal del músculo, como la hediondez de las bajas palabras y de los impulsos primitivos, se refugien en la oscuridad de las cavernas.

Nuestro pueblo, que en algunas actividades marcha con pie seguro, en cuestiones de estética y de pulimento intelectual, está apenas aprendiendo el alfabeto. Es inarmonioso moralmente, no rinde el tributo necesario a la delicadeza en el alto sentido del vocablo, y ha perdido el respeto por lo grande. Confunde aquélla con afeminamiento o parquedad de ánimo, por ignorancia del asunto. No se ha penetrado de que la virilidad y la fuerza no excluyen la gracia, sino que antes la completan dándole mayor prestigio y donosura. El matonismo en todo campo aún tiene adeptos fervorosos, y las relaciones sociales y las luchas ideológicas, donde la serenidad y el arte debían imperar, ofrecen a veces el gruñido y el puñetazo de la horda que entra en combate. Los mismos individuos que por razón de sus estudios y profesión debían tener desarrollados la medida y el gusto ar-

tístico necesarios para dulcificar la vida y tornarla atrayente, desconocen la importancia sociológica de la estética y las producciones artísticas las juzgan como muestra de vagancia o de bohemia de gentes poco serias.

Gabriel Latorre, en són de un curso de literatura, o si queréis de retórica, se ha propuesto, como paciente jardinero, arrojar a diario, en el campo eriazado de nuestro rudo psiquismo, el germen prolífico de las armonías y noblezas espirituales. Su obra silenciosa en la calma de los claustros, como la de toda fuerza evolutiva que trasmuta esencias y crea valores desusados, contribuirá al fin y a la postre por trazar en nuestro pueblo lineamientos de sólida cultura que lo presenten como verdaderamente civilizado.

Hay que creer que, como lo dice Alfredo de Vigny en su poema *La botella arrojada al mar*, magistralmente vertida por Latorre al español: «El Dios Vero, el Dios fuerte es el Dios de la idea» y que El guiará piadoso las semillas de amor, de bondad y de belleza, que arrojemos «al mar de los humanos».

Ciro Mendía

Algo más que una nota emocional merece este poeta selecto, que ha logrado poco a poco, sin impaciencia ni vanos alardes, conquistarse un puesto envidiable en la lírica nacional.

Mendía ha pasado la época de las iniciaciones y tanteos, y se muestra ahora con sus cualidades sobresalientes de verdadero lírico y de hombre sentimental que con ojos comprensivos contempla la vida. Su poesía tiene dos aspectos capitales, muy atrayentes por cierto y veneros eternos de arte supremo, cuando los exhiben temperamentos de selección: el amor, y la piedad por los humildes.

En el primero de ellos, con justa lógica, es un poeta netamente subjetivo. Canta el amor, o mejor *su* amor, lo que equivale a la manera personalísima de reaccionar en presencia de la amada o las amadas de un momento, en variados ritmos de positiva belleza. Y por cierto que con laudable frecuencia muestra matices de sentimiento, rasgos y sugerencias tan admirables, que tornan el viejo tema en algo muy artístico y original, ahuyentado los gastados moldes de lágrimas y suspiros insinceros. Sin querer citar, recuerdo como joyas de gran valía a *Sor Mia*, *Como el vino en la cántara*, *El pecado del ángel*, *Vesta Amor*.....

Quien en el amor se engolfa es triste y melancólico, y sin quererlo recorre la gama toda del sentimiento y del dolor, desde las dulzuras del llanto, hasta las tempestades del alma; desde las caricias de palabras y miradas, hasta las crispaturas, desgarrones y languideces de la carne pecadora. Mendía naturalmente conoce de estos asuntos con su sabia sensibilidad de artista, con la intensidad de su alma armoniosa, y sabe ponerlos de cuerpo presente en las mallas de sus versos. De allí el milagro adorable de la multiplicidad de emociones y la abundancia de notas, acordes con los diversos estados del espíritu que los vierte, dentro de la trivialidad del tema.

Porque hay que convenir en que el amor, por lo mismo que es eterno, universal y lo único digno de la vida, es de una trivialidad desesperante cuando se debate entre burdos corazones. Por eso el artista que con su propia pasión es capaz de contagiarnos de sus congojas, ansias y entusiasmos, y nos hace profundamente querida a su propia amada, ejecuta obra gloriosa.

Mendía como todo amoroso es triste y aun en aquellas estrofas en que sonríe lo hace de tan tenue manera, con sonrisa tan de perdón y suave ironía, que nos deja siempre en el alma la vaga tristeza de un dolor que se aproxima.

Por fortuna, su tristeza es aristocrática y de buen gusto. Está muy lejos del estallido clamoroso o de la convulsión histérica que deforman el rostro y rompen la euritmia del conjunto. Es una tristeza que produce goce exquisito como ciertos perfumes finos y discretos, que en horas de intimidad hemos aspirado quién sabe dónde.....

El otro aspecto típico de Mendía: el amor a los humildes, constituye una de las más delicadas y sonoras cuerdas de su lira. Ama como Cristo a los desheredados de la vida, y los ama con pasión tan sincera, inundado en fuego salido del corazón, sin postizas retóricas. Por sus poemas desfilan cargados de miseria y angustia, golfos y presidiarios, hijas del vicio y madres con hambre, obreros sin pan y vagabundos anarquistas. Y se muestran aureolados por el arte, bajo la mirada piadosa y doliente del poeta, sostenidos por el perdón y la compasión de quien penetrado de vívido análisis y bondad de espíritu, sabe que las llagas sociales se irritan y acrecientan con el odio o la indiferencia, y que sólo la leda palabra o la caricia las anestesia y purifica.

¡Y qué palabras de ternura más honda, qué caricia comparable en dulzura a la música que vierte el arte sobre el inmenso dolor humano!

Pero otra faz muy interesante nos presenta Mendía a última hora: la de comediógrafo. Quiérase o nó hay que hablar de ella, porque por la ruta que transita llegará en un futuro no lejano a ser uno de los fundadores del teatro nacional y a cosechar triunfos positivos. Todo es asunto de paciencia, método y estudio; porque lo que son facultades, las posee en alto grado.

En ensayos más o menos laudables, como ensayos, se ha iniciado en las grandes dificultades de la técnica, con criterio

artístico y fé en el propio esfuerzo y reconcentrándose en sus interioridades, ha buscado en el alma del pueblo armonías para su temperamento, y creo que las ha hallado.

Desde el estreno del primoroso juguete *El Enemigo Majo*, el público le ha dispensado su confianza en tales disciplinas y ha comprendido que alienta en el poeta vena robusta y palpitante para llevar a la escena, arrancándolas del diario trajín, las creaciones y sueños de su mente.

Vino después la comedia *Pérdidas y Ganancias*, obra de más aliento que la primera, pero como aquélla genuina hija de Antioquia, sin los adobos, perifollos y falsos efectos de los que quieren incrustar en la mentalidad y sentimientos criollos, las sensibilidades y psicologías de pueblos fatigados, porque todo lo han visto y sentido.

En *Pérdidas y Ganancias* está la modalidad de Mendía de cuerpo presente. Es la vida circundante la que allí se respira. No hay nada postizo ni literario. Han ascendido los personajes de la calle al escenario sin retorcimientos intelectuales de ninguna clase y menos snobismos de allende el mar. Algo verdaderamente vernáculo y fácil, con la facilidad dolorida a veces y cómica otras, que ofrece la existencia del común de las gentes, que somos la gran mayoría. Allí pasando mucho: ambiciones que se derrumban, desadaptación, vanos sueños, cabrilleo de lágrimas, pequeñas pasiones, no ocurre nada de particular. Ah! Pero en ese no ocurrir nada ¡cuánta vida!

En mi concepto, el secreto del arte reside en ese engaño admirable del autor capaz de darnos en su obra un retazo de lo que a diario vemos, cual si en efecto desfilara ante nuestros ojos, sin el disgusto de lo mentiroso, desprovisto de los recursos oliscados del adulterio, ayuno de patología mental, sin complicaciones petulantes, animado por el nervio de lo que alienta por propio impulso. Teatro como el de los Alvarez Quintero, querido—ese es el adjetivo—perfumado con las yerbas aromáticas del huerto familiar, donde hierve únicamente sangre nuestra, que no por serlo deja de ser humana y por lo tanto universal.

Y sangre nuestra es la que se vierte en la última producción del poeta, que no ha subido a las tablas, pero que el público sí conoce en un periódico, titulada *Paque no friegue*. Es un capullo de drama admirable, en el cual, por un instante centellea la pasión con fulgores trágicos, reveladores de

una mentalidad que si a veces muestra en la superficie el regocijo de la sonrisa maleante, también guarda en lo profundo el sentimiento acre y terrible del hombre que con la vida se enfrenta y cuyos resortes fatales conoce o presiente.

Ha llegado Mendía en su evolución artística a un grado de desarrollo en que empieza a ser odiado y en que más de una vez encontró a su paso el insulto, como natural tributo del lodo a la blancura del muro enhiesto. Hasta ahora su obra no ha sido estudiada con la detención que se merece, pero sí se ha hecho lo posible por desacreditarla y empequeñecerla, asestando, como ocurre en tales casos, las flechas envenenadas contra el individuo.

Su auténtica capa española, un poco *descrestante*, su sombrero de anchas alas y su indumentaria de bohemio caballero que con escrupulosidad paga sus deudas y vive no del petardo sino de su trabajo honrado, han desatado las iras de poetillas y escritoruelos, corroídos por el vicio feo de que nos habla el Padre Asteste. Sin mentalidad para habérselas con el poeta, se han conformado con mortificar la persona en chismorreos de comadres.

¡Buen provecho, idiotas! Nadie que intente subir prospera, sino os tiene a vosotros para contraste entre la vacuidad moral y mental que os asiste, y los tesoros, informes si queréis, pero al fin tesoros, que guardan en el fondo las almas selectas.

Por Herrera

Los muertos mandan, se dice con hondo sentimiento de la realidad, queriendo encerrar en tal frase el vínculo indisoluble que une las generaciones pasadas a las presentes, las voces profundas que nos vienen de ultratumba y hablan a nuestro espíritu con acento de convicción, las sugerencias misteriosas que sin darnos cata determinan muchos de nuestros actos o son la vara mágica que hace brotar nuestros sueños e ideales.

Por influjo de los que fueron, vivimos y prosperamos y son ellos quienes, en puridad de verdad, han dado fuerza a la tradición y propia fisonomía a un país y a una raza. De allí que sea tan lógico, respetable y humano, el culto que pueblos y religiones han tenido por los muertos. Sus hechos, virtudes y pensamientos son la herencia sagrada que han dejado a los hombres del presente, y esa herencia, para cumplir con una ley de alta biología, y acentuar día por día el ineludible mandato del progreso indefinido, impuesto por el Creador en el alma, del acrecentamiento bello y noble de la vida, debemos conservarla con entusiasmo y amor, engrandeciéndola con una existencia consagrada íntegra al trabajo y al bien.

Es preciso prestar oídos a las voces que de la eternidad nos llegan. Debemos meditar en las nobles vidas ya extintas, y grabar en forma imperecedera en el fondo de los corazones, los actos eximios de los que nos han precedido en el viaje supremo y que son orgullo de la especie. La indiferencia ante las tumbas o el olvido de los desencarnados es un suicidio colectivo. Quien con silencio despectivo o con un estallido de odio rompe un eslabón de la cadena que nos ata al pasado, por el desconocimiento de una personalidad ilustre honra de la patria, atenta contra su propio yo, y comete un crimen contra la solidaridad del progreso humano.

Los odios históricos son tan insensatos como los ultrajes contra Dios. Está bien que se estudien y analicen las acciones de los hombres que en una u otra forma han influido en un pueblo o en la humanidad, pero que no se vierta sobre su memoria el vocabulario del ultraje, ni por malicia, incompreensión o furente sectarismo se trate de borronar sus méritos.

Hay que pensar ante todo que quien persigue con desinterés el bien colectivo—y los grandes aun movidos por el propio interés son desinteresados—puede equivocarse muchas veces y caer otras tantas, pero aun en sus mismos errores y caídas, existe un hálito de dinamismo fecundo, de anhelo meliorista, que analizado como es debido, fija los trazos inconfundibles de un espíritu. Y esto es de gran trascendencia, porque sirve la mayor parte de las veces, para dar la clave de virtudes y hechos, que no brotan espontáneamente y son viables bajo los golpes del destino y de honradas rectificaciones, como no se obtienen bellos vasos artísticos de metales preciados sino a golpes de cincel y de martillo.

El sepulcro que guarda las cenizas del ilustre varón Benjamín Herrera es el crisol de su magno espíritu. Dentro de las brumas de aquél, surge éste transfigurado para la inmortalidad. Las virtudes que lo adornan, privadas de las escorias de la carne, han dejado de ser personales para convertirse en otros tantos focos de irradiación comunicativa que iluminarán muchas de las oquedades del alma colombiana y servirán de faro a las generaciones presentes y futuras. Ya ese espíritu, sublimado por el soplo de lo eterno, es augusto y tiene derecho a llenar con sus voces silenciosas los ámbitos de la República. Es una de las lenguas de luz que el pasado arroja al porvenir, después de perforar el presente en trayectoria esplendente.

Los méritos de Herrera, como los de próceres o precursores que en una u otra forma han engrandecido la madre común, si poseen el título de propiedad, ya no es sino nominalmente porque pertenecen a Colombia entera. Ante la muerte, justa y niveladora, el individuo importa poco. Quedan sólo, como patrimonio colectivo, para poblar la inmensidad de la fosa, las acciones meritorias.

Por supuesto que tan precioso legado, como el filón áureo de la mina, es preciso saberlo desentrañar, guardar y acrecentar con la fe y bríos de quien intenta proseguir una

tradición gloriosa. De lo contrario, dilúyese en la vana hojarasca cargada de retórica de los discursos, estrofas y diarios políticos.

No es con clamores femeninos ni hipidos de llanto como se lamenta el hundimiento en el misterio de los conductores y plasmadores de multitudes dignos de fama. Tampoco con idolatrías ni sometimientos estrafalarios, hijos de la incompreensión y fanatismo, que perjudican a quien se quiere honrar y no representan, para el observador desapasionado, sino las mermas anímicas de los que así proceden. El elogio desmedido es casi tan funesto como el ultraje. Y los que falsifican una personalidad por engrandecerla, la dañan tanto como los gratuitos denigrantes. Decir que Herrera ha sido un pensador, un escritor o un gran político, es amenguar su gloria, como es un contrasentido la pretensión de que su ideología personal queda como norma definitiva.

Es con actos de voluntad tendidos hacia la imitación de sus excelencias, con sostenidos esfuerzos de energía, con propósitos de enmienda, como se le rinde tributo a su memoria.

La tumba de Herrera debe ser tabor para la juventud colombiana y para el partido liberal; remanso solemne poblado de calma pensativa y de impulsos renovadores donde con ánimo viril meditemos sobre lo que dió lustre y renombre al noble caudillo que gallardo vencedor fue cuando vencido estuvo.

Hállanse allí magnánimas enseñanzas que no deben perderse en el rápido remolino de las horas, porque valiosa presea son de nuestro pueblo. Alientan allí con fulgores de epopeya hechos y actitudes que por sí solos servirían para delinear con perfiles de inmortalidad la silueta del ciudadano ilustre.

Escápase de allí el mandato imperativo, ya sin la rudeza del gesto y la palabra, de quien con el ejemplo pregonaba que la vida humana, es campo de lucha, de combate de sacrificio y de amor por el pedazo de tierra donde se columpian las cunas de nuestros hijos y disfrutaban del reposo eterno los huesos de nuestros padres.

Múltiples facetas ofrece la recia personalidad de Herrera, pero hay sobre todo rasgos de tan acentuados relie-

ves, que son los que la tornan digna del mármol o del bronce y la rodean del prestigio propio para ofrecerla como ejemplo culminante al pueblo colombiano.

Y es precisamente en esta hora de vacilaciones y de congojas cuando el alma nacional, perturbada por el ansia de renovaciones y de justicia, escruta en el horizonte la figura del pensador, del conductor o del filósofo que amplíe el cauce del progreso y abra nuevos ventanales al espíritu, cuando necesitamos del calor vivificante y potente influjo de aquellos que, con dadivoso gesto de sembradores, arrojaron a los surcos la simiente de grandes ideales.

Y allí está el hombre preclaro triunfador del tiempo y sereno ante el análisis de la historia, exhibiendo los dones de su alma como apreciable timbre de orgullo para la patria.

Los hombres del presente tienen obligación de recogerlos para que contribuyan al engrandecimiento de la epónima varona, ilustre entre las dolientes, que es la tierra de Colombia. Los furores de secta y la vesania de la persecución deben callar ante la tumba del republico-soldado que llena con su nombre páginas excelsas de los anales colombianos.

Fue Herrera el hombre hecho a sí mismo en el yunque severo de la propia estimación y del más estricto decoro; el paladín invicto cuya espada se eclipsó sólo en guardia de la honra nacional; el valiente entre los bravos que así como fue grande y poderoso en el campo de batalla lo fue mucho más en sus actuaciones civiles, que es donde se prueba el valor razonado y verdadero; el vigilante incorruptible de la integridad patria; un gran patricio, en síntesis, con el pensamiento puesto en Colombia y nunca en personales intereses.

¿No son estos títulos suficientes para el respeto y veneración de sus conciudadanos? ¿No se prestan para que la juventud, en un momento de recogimiento espiritual ante la tumba recién abierta, medite y de allí extraiga, por noble contagio, la savia de un culto ferviente y sincero, sin tristes claudicaciones ni temores por la patria, la democracia y la libertad?

Perfil

Con positivo regocijo anuncio que un nuevo poeta ha aparecido entre nosotros. Llámase Luis Gutiérrez, e ignoro en dónde y cuándo ha nacido. Sólo sé que es un portadora de verdad, de los que cantan naturalmente porque tienen las reconditeces del reino interior pobladas de armonía y delicadeza.

Allí está ese poema *El Magdalena*, publicado en *Sábado*, lo único que del poeta conozco, pregonando lo mucho que vale su autor y el raudal de belleza que hay derecho de esperar de quien tan gallardemente se inicia en el divino arte del verso.

El Magdalena es un poema descriptivo, y lo es tan hondamente, de tan alta manera sentido, que en fuerza de serlo, se torna en una serie de sugerencias portentosas, adornadas de nobles imágenes, que poco a poco despiertan en el alma la visión de un pedazo de vida tropical con toda la savia hirviente y desordenada que la vivifica.

El río de maravillosos asombros y serenidad fecunda, llega a sentirse a través de la rima, como un organismo inmenso, de misteriosas complicaciones anímicas, convencido de su gran destino, majestuoso y profundo cual si en efecto llevara en sus ondas turbias la gran conciencia renovadora de la tierra.

Gutiérrez ha poseído, con intensidad y sencillez artística, el alma del paisaje, proteiforme y panteísta que nexos vigorosos tiene con ciertos espíritus, y lo ha estereotipado en un canto macizo, rotundo, poblado de musicalidad infalsificable, de la que viene de las profundas oscuridades del sér, donde vibra el ritmo—sordo para muchos—del sentimiento. No hay allí vacilaciones ni tanteos; no hay la «esperanza»; es la realidad triunfadora con su zarpazo firme.

En este momento histórico de desorientación ideológica y

mediocridad intelectual, en que los mozos inteligentes se han convertido en cronistas y gacetilleros de fáciles triunfos, o en críticos corrosivos al pormenor, es decir en juglares de la literatura; cuando ha muerto Julio Flórez, y Valencia, el orfebre supremo de la lírica, se calla; cuando a penas de tarde en tarde se escucha en la tupida maraña de la prosa diaria, la melodía tenue de algún predestinado que desdeña los esfuerzos por afianzar su personalidad, es confortante la aparición de un poeta como Luis Gutiérrez, que no fabrica poesía a la moda sino que canta poesía vivida y se orienta en el sentido sabio de compenetrarse con la tierra nutricia, cuyas emanaciones voluptuosas, como de hembra prolífica, le embargan los sentidos.....

Estamos ya cansados de las autobiografías lacrimosas los despechos de amor y las fingidas citas con que frecuentemente nos favorecen los versificadores que nos hablan de fuentes «cantarinas», soles «mañaneros», muchachas «quinceañeras», paz «pueblerina» y filigranas «flordelizadas». Queremos una poesía recia y potente, de estremecimientos vitales, puramente vernácula, que nos muestra en rica explosión de rimas, los dolores, las pasiones, los entusiasmos, la sangre toda de esta América ruda y tierna, católica y revolucionaria.

Nos abruma ya la poesía de invernadero, importada de la zona templada, ambigua como una pisaverde que se pinta ojeras y se empurpura los labios. Anhelamos la poesía del trópico, nuestra legítima poesía, pujante y masculina, como de pueblo joven que va a la conquista de sus ideales y tiene personalidad inconfundible.

No olvidemos que mujeres admirables dan en estos momentos el ejemplo de los milagros de arte que puede realizar una alma delicada, en contacto íntimo con la naturaleza que palpita ante su vista y con los hombres que luchan a su redor. Allá veo, en la floresta sentimental, los flechazos luminosos de la Mistral divina, y oigo el ruido pasional de la Ibarbourou, como la encendida canción de la Stormi. Avanzan ellas, firme el pie grácil sobre el suelo, borbollantes los labios de armonías, con el oído atento sólo a sus voces interiores, que se nutren de los mismos jugos con que se nutre la pampa ilímite, la selva soberana, las flores cargadas de esencias enervadoras, la vida angustiosa y agitada de las ciudades porteñas o la melancólica de las aldeas, los nervios estremecidos y voluptuosos del aborigen y nues-

tro pensamiento desorbitado e inconforme que suspira por todas las palpitaciones y refinamientos de la gran alma universal civilizada.

Poesía de tal urdimbre, que nos interprete y conmueva las más escondidas fibras de lo que por dentro somos, es la que necesitamos para tallar bajo forma definitiva el carácter de nuestro pueblo.

Por eso, ante el nuevo poeta que hoy viola el silencio con la sonoridad de un canto bello, los profanos que desconocemos el prestigio de las escuelas literarias y sólo pedimos la verdadera emoción de un fragmento de vida, agitamos en alto palmas de victoria y gritamos el ¡hurra! con que se festeja a quien llega cargado de dones.

Sugestiones de Noel

Indudablemente el señor Eugenio Noel, a quien hemos oído, es un conferencista excelente, que deleita por su agilidad de pensamiento y sólida cultura, pero que no es lógico ni mucho menos.

Desde su melena de trovador provenzal y cuello de amplias alas de deportista, hasta el apostolado peregrinante en que va por el mundo, todo en él pregona que no ha podido poner en armonía su romanticismo quijotesco, su vida muy genuinamente hispana, con la ideología que predica.

En este siglo del radiófono, de los injertos glandulares y de los aeroplanos, los apostolados excesivos están un poco pasados de moda. La misma palabra «apostolado» es algo que huele a ropa vieja guardada en el arcón familiar. A un espíritu culto, ante las constantes rectificaciones de la vida, no sienta bien la desmedida intensidad de las convicciones. Por tal medio se limita la amplitud de criterio. El espíritu moderno no puede ser amurallado como los antiguos castillos feudales. Es preciso dejarle resquicios por donde penetren las rachas perturbadoras de las ajenas ideas.

El señor Noel es orador-poeta, efectista admirable, piro-técnico maravilloso del verbo, generador emocional de imágenes, y en estas cualidades, que tan hondo se adentran en el corazón de la multitud, reside precisamente otra de sus grandes inconsecuencias. Porque el señor Noel odia a los oradores y apunta como uno de los defectos máximos de la raza, el amor a la oratoria y a las bellas palabras.

Quizá tenga razón, como la tiene cuando afirma que las bases principales del progreso son la estadística, los números y las máquinas. Sólo que no puede negarse que para contagiar las masas de ideas tan saludables hay que gritárselas en la frase cálida, esplendorosa y movable del señor Noel. Así se graban más rápidamente en el cerebro

y llegan en ola fecunda a estimular el corazón, que en este trajín del pensamiento hacia la práctica, tiene que marchar al unísono de aquél, pues labor a la cual se le niega una brizna de sentimentalismo es vacua y árida. Si el señor Noel inquieta o sugiere, es precisamente porque sus ideas, al convertirse en frases, han ido primero a humedecerse de emoción en el fondo de la viscera, que, según él, pierde a nuestra raza.

Las ideas del señor Noel son excelentes y deben ser aceptadas sin restricciones mentales de ninguna clase. Novedad no tienen, porque desde Joaquín Costa, en España, y García Calderón, en América, todos los que manejamos una pluma y nos interesamos por la suerte de nuestro pueblo, hemos dicho igual cosa; naturalmente, sin ser oídos ni leídos. Pero el hecho de que les falte novedad no significa que no sean admirables. Todo lo contrario: el mismo sello de vulgarización que ostentan, demuestra que han sido aceptadas y son necesarias, pues en el campo ideológico no prospera sino aquello que tiene la trivialidad de la verdad cuasi-matemática.

No hacemos, por lo tanto, un reproche al decir que el señor Noel no ha dicho nada nuevo. Basta con que sea un divulgador, para que su obra aparezca como meritoria. Hay que convenir en que, como dice Unamuno, en un siglo apenas se descubre una idea, y hay muchos en que a lo sumo aparece media.

Las opiniones oídas al señor Noel, pueden resumirse así: uno de los defectos capitales de nuestra raza, es su amor desmedido por la oratoria y la retórica, el culto frenético a la emoción, el dolor y las lágrimas y un desdén por lo que trasciende a la traducción del pensamiento en obra. Todo expresado con vehemencia y convicción, con lujo de imágenes y felices destellos, con sobra de elocuencia emotiva, de la que va derecho al corazón. Verdades enormes y desconsoladoras que tienen su asiento en la misma esencia del alma colectiva.

En la misma esencia del alma, decimos, y con esto se sugiere la inutilidad de las palabras ante el ancestralismo morboso que en la sangre llevamos.

Lo que es admirable es la fe ingenua del señor Noel, que mucho ha trasegado la vida y los libros, como lo demuestra su alta cultura y su refinada sensibilidad artística,

al pretender el cambio radical de la morfología moral de la raza. Hay que convenir en que individuo que así procede y tan bellas cosas predica, es un hombre de mente sana, inflamado por altísimos ideales, y digno del respeto afectuoso que inspiran siempre los grandes iluminados con almas de niño, los nobles Quijotes que sacrifican alma y paz por gozar de los lampos luminosos de una estrella minúscula, perdida entre las oquedades y nubarrones de un cielo ilímite.

Las ideas de Noel son redentoras y enaltecen a quien las sustenta, pero con franqueza dichas las cosas, permanecerán por siempre sirviendo de savia vital en los cerebros de los generosos sembradores que las han engendrado. No serán nunca carne ni sangre de esta doliente raza hispano-americana, fanática y odiadora, valiente e impermeable a todo lo que nexos guarde con las probetas, los microscopios, la electricidad y las máquinas.

Según esto, es inútil el apostolado del señor Noel? Al contrario, fuéramos de meritorio, es benéfico en alto grado, porque al par que regocija el espíritu por la manera culta y artística como lo practica, adormece un poco la ideología agresiva y plebeya que nos caracteriza, y puede que nos haga más tolerantes y humanos ante el diagnóstico preciso de los males inevitables de que estamos atacados.

Ya que no podemos curarnos, y que la existencia la hemos de pasar haciendo gestos olímpicos de nobles arruinados, cuando no propinando garrotazos de yangüeses, que al menos encontremos en el fiel conocimiento de nuestras miserias, la morfina de las frases para atenuar aquéllas, como se hace con los cancerosos.

El ideal

DISCURSO

Si el Consejo Directivo de la Universidad, al designarme para que hoy me honrara dirigiéndoos la palabra, prescindió de méritos intelectuales, y se atuvo sólo al férvido sentimiento de mi alma por este recinto grave y sereno, confieso que no anduvo desacertado en la elección. Mucho he amado estos claustros, en donde mi espíritu, en un venturoso orto de juventud, empezó a iniciarse en la razón y a suspirar por la verdad y el bien. Mucho los amo al presente, ya con amor intenso y reflexivo, a medida que he ido avanzando en la vida, olvidados detalles poco gratos de métodos y sistemas, en pugna con mi modo personal de pensar.

Y cómo no amarlos? Es aquí, en la entraña máxima de Antioquia, en donde se forma y aquilata el alma de la Patria; se elevan y fortalecen los espíritus para pelear más tarde los arduos combates de la vida; y adquiere toda mente la divina inquietud que la torna sedienta, la divina inquietud de las ideas..... Es esta nuestra *Alma Mater*, la que encubre las más jugosas esperanzas y nos promete días de grandeza en futuro no lejano. Es en este seno fecundísimo en donde se acendra el alto ideal que debemos perseguir como individuos y como pueblo, ideal de perfección, hoy tanto más digno de solicitud y más indispensable, cuanto que necesitamos tonificar el alma ante recientes dolores patrios.

Las colectividades humanas, necesitan para el cumplimiento de su misión sobre la tierra, que es de progreso indefinido, fijar de antemano un punto luminoso en los horizontes de la vida que les alumbre el sendero y las haga avanzar como a los magos la estrella solitaria. Ese es el ideal.

Alcánzase pocas veces, y la existencia se consume por

asir el cendal de ensueño, fugaz rayo de luna, de que en mágica leyenda nos habla un dulce visionario español. Pero cuando tal sucede, surge en el alma el ansia de uno de mayores excelencias, que colocamos más lejos, siempre más lejos. Y es que el hombre no se somete a vivir sin ideal, sin ese maná del espíritu, acicate de bién, que lo aproxima a la verdad suprema. Renunciar a él, es borrar el límite preciso que nos separa de la zoología. Si algo nos diferencia de los animales, es la constante zozobra en que vivimos por alcanzar lo no alcanzado, la flecha de anhelo en que el alma sedienta se convierte, tendida siempre hacia un amor o un entusiasmo.

El sér inferior, la bestia, cumple su labor de modo instintivo, uniforme, siempre igual a sus progenitores y congéneres. La paloma hoygasta ternuras y edifica el nido de manera idéntica a como lo hacía bajo los cielos serenos de Grecia, o bajo las arcadas milenarias de los bosques. No así el hombre. Por aspiraciones indecibles torturado, viene, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días, modificando los medios de existencia en busca de felicidad. Roba a la naturaleza sus secretos; vigoriza y tortura el espíritu avariento, y ensaya radios de acción, merced al influjo de ese «demonio interior», que dijo Goethe, que lo hace ser un eterno insatisfecho.

La calidad del ideal de un pueblo depende de las capacidades mentales y sentimentales de los individuos. En las tribus salvajes las aspiraciones han de ser rudimentarias: abundancia de caza y de algún brebaje fermentado, músculos empedernidos para la matanza, plumas vistosas tomadas a las aves, o cualquier coloreado jugo para el adorno, y como suprema finalidad de todo, el grotesco fetiche o un repugnante animal, que simboliza un dios. No así los pueblos cultos, los de la vanguardia en la gama de la idea y del sentimiento: allí se lucha en primer término por la libertad, que preside los grandes desenvolvimientos de las ciencias, las artes, la industria, el comercio; el pensamiento, objetivo de millares de existencias, vuela libre, majestuoso, complicado siempre, como complicada es la trama del enigma que envuelve los seres y las cosas; las bellas artes decoran la vida de gracia y encanto, en lo físico como en lo moral, y como nota definitiva y excelsa, está el Dios del Cristianismo, Verdad Infinita e Infinita Sabiduría.

Se comprende, según lo expuesto, que lo que refina,

multiplica y eleva el ideal es la educación. Y es a ella precisamente a la que se le demanda la grandeza y regeneración de los pueblos. Si nosotros aspiramos al adjetivo de civilizados, con derecho al goce de la cultura que hoy campea por el mundo, debemos prodigar la escuela y entronizar el libro. Nuestros errores, nuestras miserias, las vergüenzas sufridas, la turbulencia histórica que padecemos, no tienen otra génesis que la carencia de educación. Nuestra vida exuberante de pueblo nuevo, sin el valladar de la cultura, se ha desbordado como esos arroyos de la montaña, y lo ha inundado todo..... Quedan sólo a trechos, pequeños islotes donde aún se percibe la germinación de la semilla y un anhelar de vida nueva. Aprovechémoslos, regando en ellos el abono de benéficas ideas, y tendiendo de unos a otros puentes de amor.

Si nuestro ideal como nación está definido, y en lo abstracto quizá hasta satisfaga a una voluntad exigente, los medios desplegados para alcanzarlo sugieren la sensación de lo frágil, lo incompleto y lo desordenado. Por fortuna, la misma exuberancia de vida, de que hablaba hace poco, nos da derecho para confiar en el porvenir. Y esa confianza es tanto más justificada, cuanto que al hacer parte de un concurso tan selecto como el presente, se advierte que muchos de los representantes de la juventud aquí congregados, emprenden la senda de la vida con paso de luchadores en los nobles torneos de la inteligencia.

Múltiples son los medios a que es necesario recurrir, cuando se aspira al triunfo de una personalidad o de una colectividad humana. El espíritu lo ha invadido todo y, moderno Proteo, ha adoptado millares de formas de acuerdo con los variadísimos temas de especulación y de trabajo.

Para tratar con eficacia de éstos, es indispensable una excursión, no sólo a la filosofía, y a cada una de sus diversas ramas, sino a todas las ciencias y las artes. Labor que presupone nó los conocimientos limitados de un hombre, sino la experiencia, sabiduría y sentimientos de los hombres; nó los lindes reducidos de un discurso, sino las páginas macizas del libro.

Por fortuna, la misma disparidad y variedad de medios consagrados al culto del ideal común, hacen que cada individuo, por humilde y desmedrado que aparezca su campo de ejercicio, pueda contribuir benéficamente con propios es-

fuerzos a la realización de aquél. Factor indispensable de progreso es el pensador que funda sistemas filosóficos, o el poeta que sondea infinitos; como el labrador que avienta la semilla a los surcos, o el muchacho que mueve la rueda de una máquina. Y hace tanto por la cultura general quien descubre una fórmula nueva del pensamiento, como el obrero modesto que inventa un tornillo.

Cuando así hablo, no abrigo la loca pretensión de trazares la norma de conducta que ha de seguir nuestro pueblo en la conquista del triunfo futuro. Aspiro sólo a sugerir desde este sitio, yá ilustre por quienes en él me han precedido en años anteriores, unas pocas ideas generales, que juzgo indispensables para el pulimento y fortaleza del alma colectiva.

Vosotros, jóvenes, que ya habéis entrado de serio en la vida, liberando la razón del sopor de la inconsciencia; que a la hora presente lleváis en las mentes la salvadora y fecunda angustia del comprender; que sois, sin que ello sea vana fórmula retórica, las legítimas promesas de la Patria, estáis en el deber imperativo de ascender por camino de sacrificios, moral e intelectualmente, para cosechar en favor de la sacrosanta entidad, el gajo de laurel a que tienen derecho los sembradores, los buenos y los fuertes.

Es a vosotros de preferencia a quienes van dirigidas mis palabras, a vosotros a quienes considero —y perdóneme seme lo lírico del nombre— como los cruzados del ideal.

Una de las condiciones necesarias para el triunfo es la alegría de la vida. Hija del orden, de la comprensión de las leyes universales o de la conformidad con ellas; de la práctica de virtudes positivas; del trabajo sistemático y de alteza de miras, la sienten las almas sanas y las almas superiores. Las almas sanas, aquellas que pueden ser incultas, pero que penetradas de modo inconsciente de su misión sobre la tierra, la cumplen con la sencillez con que una flor exhala aromas o un pájaro perla un trino. Libres del torcedor de los vicios, sin aspiraciones desmedidas, ignorantes de refinamientos, gozosas con el pan cotidiano y el medio ambiente, atraviesan el mundo en risueña humildad, enamoradas del destino. Ante las desgracias naturales oponen el escudo de la conformidad. Táchaseles de pasivas, y yo, en este siglo tormentoso de las conquistas del aire, del pensamiento quintaesenciado y de la fuerza, me guardaré

muy bien de proponerlas como modelo; pero alabo su alegría que es tónica y digna de imitación.

Las almas superiores, aquellas que mediante pacientes disciplinas han logrado el ensanche de las facultades comprensivas y el destierro de miserables preocupaciones; que han alcanzado la cima del criterio sereno, desde donde se contempla a los hombres con amor y se juzgan sus mil modalidades, sin cólera ni sorpresa, como naturales reacciones de la especie humana; que han hecho del sér interior una obra armónica, fortificada y engrandecida por la voluntad, y del trabajo continuo, amado culto y objeto de la noble existencia, a esas considero como propias para ejemplo de la juventud.

Esas no experimentan el «mal vivir» ni lanzan al aire el treno cobarde de las quejas. Y es claro. El sello de alta finalidad impreso en todos los actos; el empleo digno de las horas y minutos; las frecuentes derrotas impuestas a la bestia que nos acompaña y que tanto nos tiraniza, afeminando y embruteciendo el ánimo débil; la contemplación de la infinita belleza del universo, son poco aparentes para engendrar preferidos del dolor y predicadores de desencantos. Sirven, sí, para elevarnos por encima de aquél y hacer de la vida, fecunda e intensa, surgente perenne de sanas alegrías.....

La felicidad está en uno mismo, según el concepto de Finot, y nada de lo que viene de fuera, si hemos sabido educarnos, puede alterar nuestra paz interna. Los sufrimientos naturales, como la privación del sér querido por la muerte, para quien bien los analiza, determinan el estado de la melancolía, «que es el placer de estar triste»; pero jamás son capaces de entenebreecer la existencia hasta hacerla odiosa..... De esos mismos sufrimientos, el alma bien templada, saca recursos para ennoblecerse y dignificarse, colocando muy en alto su ideal. Las otras penalidades de la existencia—tanto más escasas cuanto más bien se encancen las corrientes de la vida—desaparecen o se amortiguan ante el simple raciocinio. No hay dolor por grande que se muestre, que bajo la disciplina de una meditación bien conducida, no ofrezca consuelo inmediato y lo que es mejor, no sea causa de algún bien... Lo que acontece en el orden físico, ocurre en el orden moral; después de una grave enfermedad en que hemos estado próximos a la muerte, cuando llega el período de convale-

cencia, sentimos un placer indescriptible; todo tiene un aspecto nuevo y encantador; lo que ayer nos disgustó hoy nos entusiasma; en cosas antes no reparadas, encontramos belleza; nos domina una bondad profunda transparentada en el semblante, las palabras y los actos. Así en lo moral, a seguida de una de esas tormentas que torturan el alma. Pasado el primer momento de angustia, cuando luce la reflexión, que nos obliga a desplegar fuerzas hasta entonces latentes, comprendemos que no todo se ha perdido, que aún alentamos, y alentamos con bríos; que el fracaso sufrido no ha sido sino mera prueba para nuestro vigor, verdadera medicina heroica que ayuda a eliminar las toxinas de la debilidad y de los malos hábitos; y de pensar en pensar, sobreviene el instante en que, sin darnos cuenta, experimentamos la satisfacción de quien se le presenta la oportunidad de exhibir altas capacidades, y adquirimos la verdad de que la alegría, los triunfos y la virtud no prosperan sino en las lizas del sufrimiento.

Sienten el mal de la vida, aquellos que colocaron su ideal en regiones inaccesibles o lo arrastraron por los suelos, como los crasos adoradores del becerro de oro: los que cultivaron con fervor el demonio de la carne y buscaron el placer fuera de su propia personalidad; los que se amaron sólo a sí mismos; los abúlicos, los desordenados, los envidiosos, los soñadores enfermizos. Esos constituyen el bando de los pesimistas, y de su seno surgen los profesores de escepticismo y los profetas del desastre..... Si fueran lógicos, debían eliminarse por propia mano, o aguardar el advenimiento de la eterna niveladora, en la quietud meditativa de los fakires de la India, la vista fija en la cicatriz que les dejó la vida al animarlos.....

Nuestro pueblo, precisa decirlo, se inclina a la tristeza, lo cual es obstáculo digno de cuenta para su avance progresivo. Entre los varios factores causantes de tal modalidad, sólo me será permitido insistir sobre el ya mencionado: carencia de educación, o, para mayor exactitud, eficiencia en la educación. Como el mal estudiante de que habla Payot, nos hemos desparramado en múltiples conocimientos sin profundizar en ninguno; hemos ensayado métodos y sistemas con sobra de superficialidad y siempre nos ha faltado un derrotero fijo. Somos de un lado «dilettantis» y «snobs», y de otro ignorantes. Nuestra vida pública, naturalmente, ha sido fiel trasunto de la vida de las aulas; los

misimos ensayos y rectificaciones continuos; idéntico desgarrar y multiplicidad en los conocimientos; la misma falta de seriedad para manejar la República, que la primitiva para trasegar las ideas, y por doquiera, brotes de pseudo-civilización alternados con estallidos de barbarie. Como consecuencia lógica: el disgusto de nosotros mismos ante los frecuentes fracasos, el cansancio y el hastío de todo organismo gastado vanamente. Después el lamento incesante, la acritud en los rostros, la apatía y sequedad de las relaciones.

Toca a los hombres nuevos remediar tal estado de cosas, dulcificando las costumbres, puliendo el pensamiento y alegrando la vida, que no es mala de por sí, sino por la agresividad en nosotros existente. Así se realizará el pensamiento de Michelet, que quiere la educación, no sólo descendiendo de las cabezas plateadas por el tiempo hacia la juventud, si no también, ascendiendo en ideas innovadoras de los corazones en primavera hacia los hombres maduros.

La alegría de la vida que proclamo no excluye el descontento, ese estado del espíritu en evolución, ansioso de hallar la fórmula definitiva de la verdad y el bien. El descontento, levantado sobre bases sólidas, y encauzado debidamente, es motor vigoroso de progreso. La conformidad con lo que nos rodea y con nosotros mismos, engendra la rutina y la parálisis del alma. Quien cree haber llegado a la cúspide de la felicidad y de la perfección, se estaciona en un remanso de la vida, como esos despojos inservibles que las corrientes arrojan a la orilla. Debemos vivir descontentos, alegremente descontentos, convencidos de lo mucho que resta por realizar y de que nuestro ideal, a medida que el mundo avanza, luce en un horizonte más alto y dilatado, y es necesario poner alas al espíritu para alcanzarlo.

Por clara asociación ideológica de quien piensa en el goce de vivir, surge el pensamiento de los medios para la efectividad de aquél, y sin mayor agudeza de análisis se llega al término de que la ciencia de la belleza, la estética, es algo que ha dado y dará horas de noble placer a los hombres. Y no sólo placer: la facultad de comprender y amar lo bello, amplía la circunferencia del espíritu, favorece la propaganda de las ideas, suaviza y abriga, con barniz de gracia, las costumbres y eleva el nivel moral del individuo. Si la emoción estética no es propiamente bondad, el alma capaz de albergarla sí transita por una senda muy vecina del bien. Quien siente y gusta la armonía en lo perceptible

por los sentidos, de seguro que no será el apropiado para turbarla en el orden moral. La virtud es belleza, por más que muchas veces se muestre toscamente como en grosero vaso encendido clavel. El mal y el error son disonancias, son la deformidad interna del hombre, y un espíritu culto, que haya hecho de las ideas estéticas algo íntimo y esencial de su sér, tiene de sentir ante ellos repugnancia comparable a la del artista, que en armónico festival oye una nota discordante.

No sería difícil, por lo demás, después de un estudio psicológico, probar que en ciertos tipos de delincuentes, como en los criminales natos de Lombroso, el sentido de lo bello está embotado por completo; así como las épocas de barbarie de la historia, los períodos de refinada maldad colectiva coinciden con un eclipse total de las artes adorables y una marea del mal gusto. A este respecto dice Rodó que sería interesante «determinar la parte que corresponde, entre los factores de la maldad de Nerón, al germen de histrionismo monstruo depositado en el alma de aquel cómico sangriento por la retórica de Séneca.»

Procurar un florecimiento de delicadeza y hermosura, es hacer obra civilizadora. No se aspira a que todos sean artistas, porque esto, a más de imposible, rompería la armonía social; pero sí a que todos lleven en el alma el grano de estética, que cual chispa de amor, los incline fervorosamente hacia lo que en una u otra forma conduce a la belleza. Incompleta sin duda alguna es la educación que sólo atiende a las necesidades materiales del hombre. Por sobre la prosa diaria vuelan los anhelos del espíritu, que cuando mal impulsados, no tienen como punto de mira fines altos y dignos, vienen a la tierra a recrearse en las bajas complacencias de nuestra animalidad.

Lo llamado entre nosotros, por corruptela del vocablo, educación práctica, es una forma bastarda de utilitarismo, un brote de *yankismo* burdo, que debe eliminarse a todo trance. Hace pretendido que con sólo iniciar a la juventud en los secretos del lucro inmediato, está resuelto el problema para el porvenir, y a la fecha somos un pueblo que, si enérgico para el trabajo, es demasiado árido, muy amante del oro como fin, no como medio, e incapaz del divino dón de la sonrisa y de la gracia..... La excesiva confianza en los titulados hombres prácticos nos ha perjudicado, sin caer en la cuenta de que los tales no existen. No hay sino hombres bien e-

ducados y educados malamente, siendo los primeros, aquellos en quienes la educación ha vigorizado y pulido las facultades físicas, morales e intelectuales, armonizándolas de modo que de su conjunto vario resulte un todo completo en una atmósfera de delicado idealismo que dilata y exalta la vida.

Ninguna profesión u oficio alguno, por humilde que sea, excluye el culto de lo bello o siquiera de lo agradable. Antes bien, toda labor humana, cuando está animada por un germen de buen gusto y gentileza, se hace más intensa y comunicativa, y quien la cumple experimenta la satisfacción íntima del artista al finalizar la obra soñada..... Es inconcebible cómo algunos espíritus, por cierto de un radio sentimental muy reducido, han juzgado las bellas artes, no sólo como vano pasatiempo, sino como cosa altamente perjudicial en la lucha por la existencia. Y es que han creído, en su hipertrofia materialista, que la misión del hombre sobre la tierra se reduce únicamente a perseguir el yantar cotidiano, sin pensar en que el soplo del Creador que llevamos dentro, tiene hambre de un pan espiritual y milagroso y sed del vino que acendra la palabra.

Vano pasatiempo, ocio vano las bellas artes, y no obstante fueron ellas las que fecundizaron, haciendo adorable y encantadora la vida de ese pueblo maravilloso, maestro de los hombres en cosas de juventud y gallardía, el pueblo de los ocios divinos que se llamó Grecia. ¿Perjudiciales las que dulcifican el carácter, aproximan al bien y a la verdad; dan forma cálida y atrayente a las ideas; regocijan el alma con pureza; elevan el nivel moral del hombre; engrandecen e iluminan el ideal?

Como antes dije, en la sociedad no todos pueden ser creadores de arte, pero sí cada uno de sus miembros, y muy especialmente los que reciben los gajes de la cultura, conductores y educadores del mañana, están en el deber de refinar el espíritu, dotándolo de las delicadas aptitudes por las cuales se siente la belleza. Sin esa tonalidad de refinamiento, la obra educativa será infructuosa. Habráse hecho del hombre una máquina de trabajo, pero jamás el sér superior, honra de la especie, a que, se debe aspirar ante cada cabeza juvenil. Si lo llamado prosa de la vida se muestra con abrumadora frecuencia a nuestros ojos, es por que nos falta el velo de idealismo conque el esteta oculta lacerias e imprecisa contornos rudos.

Réstame, para el fin que me he propuesto, de generalizar un poco, acerca de lo mucho noble y grande que debe constituir nuestro ideal, hablaros de una virtud de suma trascendencia, máxima en los tiempos presentes. Me refiero a la tolerancia que es patrimonio de civilizados, y consiste en la benevolencia o si se quiere en la indiferencia para juzgar las ideas ajenas cuando son contrarias a las nuestras. La producen de un lado la cultura y de otro una clara comprensión de la naturaleza humana, sin que falte un bosquejo de piedad. Generadora de la paz social, contribuye a la germinación del pensamiento libre, y es el mejor dique contra los odios mezquinos y la maledicencia. Bajo su imperio lo falso y lo convencional, privados del prestigio del martirio, sucumben por la misma libertad de exhibición, como se agotan las plantas de débil contextura bajo el fuego fecundo del sol tropical.

No obstante lo fructuoso de tal modalidad de espíritu, y a pesar de las vividas enseñanzas de la historia, que nos demuestran como el pecado contrapuesto, la intolerancia, levantó la cruz del Redentor y encendió la hoguera de Miguel Servet; no obstante las lágrimas y la sangre que por su falta ha vertido la humanidad, hay quiénes pretenden negarle su eficacia, porque implica, dicen, conformidad con el error y éste debe ser combatido dondequiera que aparezca.

Perfectamente. Sólo que el asunto así presentado admite algunas rectificaciones. Hasta el momento actual, nadie puede considerarse dueño absoluto de la verdad, y aún no se ha inventado la fórmula precisa que marca los límites del error. Cada individuo posee una verdad, su verdad, y lo abruma un error, su error; es decir, lo que él juzga como tales. La humanidad se ha mantenido de rectificación en rectificación. Los dioses pretéritos con sus cultos grandiosos y terribles y sus pompas maravillosas, son en el día simples mentiras poéticas, sin trascendencia en la vida; lo que ayer fué símbolo sublime para millares de hombres, es hoy mera curiosidad de anticuarios; el concepto o la acción que siglos antes merecían el rechazo general, quizá actualmente sirvan de salvoconducto para alternar con gente digna. Y es que el hombre lleva en el alma la misma inestabilidad del agua o de la llama. Sometido a influencias de educación, de medio, ancestrales; a influencias del propio organismo, en el cual a su vez, tan manifiestamente repercute onza más

o menos de alimento, las variaciones de la atmósfera, la humedad o sequedad del suelo; es imposible pedirle la eterna fidelidad a una idea, como la absoluta concordancia con otro ser de su misma especie.

Pero dado el caso que existiera el mortal afortunado que encerrara, como en un sagrado relicario, la verdad absoluta, el secreto de la felicidad, la ciencia pura e incontrovertible, de seguro que su sistema más apropiado para ofrendar a sus semejantes tan ricos dones, no sería el empleo del adjetivo denigrante, de la sed y el hambre, de la fuerza en una palabra.....

El claro y bello razonamiento, la serenidad en la enseñanza, el influjo del ejemplo, cautivarían mayor número de voluntades, serían más fecundos, que el estacazo del yanguies o el odio del aberrante. Nunca el hombre superior, el que tiene fé en sus doctrinas y se respeta a sí mismo, descendió al terreno del ultraje para sembrar sus ideas: «Si he hablado mal, manifiesta lo malo que he dicho; y si bien, por qué me hieres?»

La práctica de la tolerancia no excluye la combatividad; únicamente la ennoblece. Quien tolerante se titula no tiene por qué pactar con lo que él juzga erróneo, ni por qué callar su verdad..... Muy al contrario, debe atacar aquello y enarbolar ésta como pendón de lucha. Sólo que no se armará del insulto y de la cólera, armas del sectario, para herir a la persona errada o juzgada como tal. Se batirá con la simple enunciación de ideas que, como cosas íntimas del alma, a nadie tienen por qué ofender ni mortificar. En el campo del pensamiento puro, desligado de la carne y sus pasiones, no hay nada delictuoso ni inmoral.

El mal no está en las opiniones contradictorias, ni en los múltiples matices espirituales, ni en las ideas, sino en el garrote vil de los bárbaros que descenden del campo especulativo para castigar el espíritu, vertiendo la sangre del cuerpo.....

Voy a concluir, pero antes quiero, sintetizando mi pensamiento, proponer a la briosa juventud antioqueña, como uno de los medios para marchar a la conquista del ideal, vivir en alegría y en belleza, nutriendo un espíritu amplio e incendiado de amor.

La bandera

(DISCURSO)

Designado por el Cuerpo de Profesores vengo, con viva emoción, a dejar en poder de la juventud de Antioquia la gloriosa bandera de la patria.

Háse creído que este centro de cultura, donde se fragua mucho del porvenir de Colombia y palpita en germen gran parte de su futuro esplendor, debe guardar todo aquello, que, en una u otra forma, le recuerde el alma nacional o le sugiera los nobles ideales a que aspiran las más altas colectividades humanas.

Por tal motivo, en esta fecha de evocaciones de libertad y de heroísmo, se ha convenido en traer al seno de la Universidad, fecundísima y noble madre, el busto del Libertador, el escudo de la Nación y este hermoso trapo tricolor, que recata los amores de todo un pueblo, sus sueños de grandeza, el recuerdo de sus epopeyas, sus dolores, sus aspiraciones y sus odios.

Y por cierto que el acto recata un símbolo de belleza íntima y profunda. El espíritu de la patria, oculto en la bandera, abandona hoy el estruendo de las plazas públicas y de los campos de guerra, y busca refugio en este sitio de atmósfera serena, donde la Filosofía y la Ciencia tienen su asiento, y donde el silencio de los claustros sólo es turbado por la ebullición de las ideas.

Viene a encender el amor por la patria en los pechos juveniles y a sugerir con su ondear gallardo el pasado glorioso, poblado de las gestas de héroes y mártires, que afianzaron la soberanía de este pedazo de tierra americana.....

Son legión. En las brumas del recuerdo la mente los confunde. Avanzan los precursores con Nariño a la cabeza, trastornando las conciencias con sus ideas revolucionarias

y acendrando entusiasmo en almas ensombrecidas por la esclavitud; el dictador Juan del Corral se halla entre ellos. Impetuosos y altivos aparecen los libertadores, capitaneados por Bolívar, a cuyo lado marchan Córdoba y Atanasio Giraldot, el coraje en el pecho, en alto los aceros luminosos, mostrando las cimas donde soplan los vientos recios y tónicos de la libertad. Después los pensadores: Caldas el sabio, es quien los guía, convencido de que la tiranía no alienta, ni prosperan los hombres providenciales donde florece la ciencia; Santander siéntese honrado en ese grupo.....Arómase el ambiente con fragancias de amor: es que asoman sus rostros delicados las mujeres, precedidas por Policarpa Salavarrieta, la doncella. Han querido que la patria tenga por cimientos no sólo estrépito de cañones y fusilería, sangre, fuego y muerte, sino también el palpitante de almas femeninas, la gracia y el encanto de tiernos corazones de mujer, que por siempre tornan bella la vida.

Surge la inmensa falange de los seres anónimos, de los generosos hijos del pueblo, tanto más meritorios, cuanto que abriga el convencimiento de que la heroicidad de sus acciones y lo inmenso del sacrificio serán arropados por el olvido en el tejer y destejer de los días.....! Loo a ellos y para todos la encendida rosa de pasión de almas penetradas de gratitud!

Viene también la bandera en señal de paz, a pedir concordia a la juventud y desterrar de los claustros venerados el rencor de los partidos políticos y la vulgaridad agresiva del fanatismo. Como enseña de la patria quiere, al igual de la cruz, para lucir y abrigar todas las almas entre sus pliegues gloriosos, sin los distingos ofensivos de la intolerancia, un sitio más alto que las cabezas, a ser posible en lo diáfano del Cielo, donde la augusta calma del ambiente no la turbe el fermento de mezquinas pasiones, y desde donde los detalles ingratos, inherentes a toda humana colectividad, aparezcan desvanecidos por los resplandores de la llama de amor que irradia de la juventud hacia el hermoso estandarte de la Nación.

Hermoso en verdad, con hermosura intensa que del alma se adueña y la fecunda de elevados pensamientos y nobles aspiraciones. Aquí, especialmente, en la gravedad de este recinto, donde todo ensueño altivo tiene su asiento y germinan las grandes ideas del porvenir, parece que aumenta el prestigio del pabellón tricolor.

Y es natural, hallándose en contacto como se halla con ardientes corazones, de las esperanzas de una raza y las mentes jóvenes que se inician en la libertad y la cultura. Tienen aquí los tres colores, a más de la significación conocida, una de excelso lirismo que debe ofrendarse como tema de meditación a los hombres nuevos.

Dice el rojo de hondas pasiones por el bien y la libertad, de pechos rebosantes de amor y entusiasmo, de almas abiertas a grandes concepciones y a eminentes virtudes patricias. Habla el gualda de la luz, de la ciencia, de la única forma de liberación que es la verdad. Recuerda el azul, la comba del cielo hacia donde, por ser altura, deben tender las aspiraciones del hombre digno y emancipado: arriba, muy arriba, aun cuando no llegue el anhelo que como flecha disparó nuestro corazón. Y los tres juntos, en mezcla enternecedora, que abrillanta los ojos de lágrimas, nos recuerdan el horizonte nativo, grabado en la retina desde la cuna; la silueta santa de la madre; la mirada tierna y prometedora de la amada; el campo magnánimo que guarda huesos queridos; nuestro idioma rico en músicas, en bellas palabras y en expresivos modismos; las canciones de nuestros poetas genuinos, entre los cuales figura, en primer término, el viejecito de la barba blanca, como las «chorreras del Guadalupe» y de ojos teñidos con el azul de batatillas montañesas, que nos enseñó a llevar el hierro entre las manos, por pesarnos demasiado en el cuello. Y los tres juntos, cuando tremolan en una atmósfera caldeada, como en esta noche, por los acordes guerreros del Himno Nacional, inflaman el pecho con ansias de gloria y hacen presentir la belleza de las muertes heroicas, cual la soñara uno de nuestros más prestigiosos poetas: «Con un girón de tela entre la mano y un puñado de tierra entre la boca».

Viene también la bandera a encender odio en los corazones. un odio santo, como diría Zolá. El que debe profesarse a los enemigos de la Patria y de la República. A una y otra les causa mal el extranjero codicioso que ambiciona los campos fecundos de nuestro país, como el hijo desnaturalizado que en cualquier forma atenta contra el derecho, los tesoros y las libertades públicas. Parece imposible decidir quiénes han sido más nocivos a la buena marcha de nuestra vida colectiva, si los ultrajes de pueblos bandoleros, ayunos de justicia y dignidad, o los atentados liberticidas y saqueos al Erario de algunos de nuestros caudillos. Estos y aquéllos han

mancillado la Nación, cubriéndola de duelo, y son acreedores por lo tanto al odio colombiano, odio que debe mantenerse vivo, fervoroso, rugiente, y transmitirse de generación en generación.

El precepto de Cristo de perdonar las injurias o exponer al golpe la mejilla sana cuando la otra ha sido herida, es para el individuo más nó para los pueblos. Los pueblos tienen qué responder con el hierro al hierro, sino quieren ser víctimas de la esclavitud. Deben alimentar la venganza en inmensas piras candentes para que de allí brote la libertad. Pueblo que olvida las ofensas, es pueblo abyecto destinado a morir. El nuestro se hermana con los más altivos y en su seno alienta la vida con pujanza y altivez desbordadas. No quiere la muerte. El futuro le pertenece, y un gran destino lo empuja.

Por éso, en estos días memorables, convencido de sus vigores, viene a dejar en manos de la juventud, prolífica cosecha del mañana, este símbolo soberano de la República. Quiere que se le adore por sobre todo, que como a una madre se le respete y que si llega la hora, fluya la sangre generosa en borbotón magnífico, hasta la última gota, en su defensa. Exige que ondee siempre muy alto, quizá agujereado, desteñado, en girones, pero sin mancha y siempre en la cúspide.

Así, con profundo respeto, y después de besarlo con hondo amor filial, os lo entrego, señor Rector, convencido de que vuestro talento, vuestra hidalguía y vuestro decidido ardor por la patria, sabrán inculcarle a la briosa juventud antioqueña, que con justicia os aclama como a uno de sus meritorios representantes, todo cuanto él vale, todo cuanto de ella se espera.

Por Isaacs

(DISCURSO)

En esta noche de gentilezas y de arte, en que la mujer, por el prestigio de su hermosura y delicada sensibilidad, impera como reina y señora, quiero presentarme ante vosotros, nó con un discurso académico en donde resplandezca la borrosa silueta de Clemencia Isaura, rodeada de citas y de sapiencia fácil, como es uso en fiestas a la presente semejantes, sino con emociones propias que tengan positiva raigambre en nuestro suelo.

Trátase de un homenaje definitivo, de la gloriosa deuda que el pueblo antioqueño ha contraído con uno de los primeros ingenios de Colombia y quizá de Hispano-América, del póstumo tributo que se rinde al gran poeta cuyo nombre llamea en estos momentos en el corazón de los amantes capaces de sentir hasta la congoja, el hechizo del amor sin mancilla.

Vale más, por lo tanto, poner el alma a flor de labio y entrarse de rondón por los campos de la fantasía, para aspirar el grato olor de las cosas antiguas y con las fragancias espirituales conmoverse, que amables nos hicieron muchas horas de la vida, cuando aún guardábamos el «divino tesoro» de que nos habló un mago de la rima.

Un sinnúmero de recuerdos encantadores de infancia y juventud acuden a la memoria, cuando en el avance incesante hacia la muerte que es el vivir, en un instante de calma, miramos la senda recorrida y nos entregamos al melancólico placer de las evocaciones, con el alma ya un poco fatigada por los desengaños y las inclemencias de la lucha y con algunos hilos de plata en el cabello, que son polvo anticipado de la eternidad.

Allá en las brumas del cerebro surgen siluetas y sucesos adorables que el tiempo nunca logrará borrar. Colúm-

branse unos ojos de celestial mirada que se inclinan apacibles y protectores ante una camita donde duerme un inocente; fragmentos de sencillas canciones, con las que labios benéficos nos adurmieron, rumorean en nuestro oído; las figuras expresivas de los héroes de los cuentos populares, cuyas hazañas, narradas por la vieja sirvienta, nos despertaron a la vida emocional, se presentan con trazos precisos, de tal suerte que nadie confunde a Sebastián de las Gracias con el Patojito hijo del Rey, ni a la Reina Mora con la Bella de flor de Lilolá, ni el Gigante que come carne humana con el Lobo de Caperucita. El olor del ordeñadero de la casa de campo acude a nuestro olfato, cuando en esas mañanas luminosas de diciembre, llenas de trinos de pájaros y húmedas de rocío en que muchas flores nuevas lucían en el jardín y vagarosas nieblas borronaban a trechos los flancos de la cordillera, nos íbamos a sentar en el césped, junto al muchacho que exprimía la ubre de la vaca *frisola*, para rebosar de leche el coco negro, ya cantado por el dulce Epifanio. La natilla, los buñuelos dorados y calientes, que despiden un baho inefable, y el manjar blanco, junto con otros manjares regionales, que tantas veces vimos confeccionar por manos caras, nos dan una vez más al evocarlos una deliciosa sensación gustativa, mezclada a remembranzas de músicas campesinas y desbordante alegría familiar. Siéntese aún en el ambiente el perfume del incienso cuando en un amanecer radioso, limpio el espíritu de toda culpa y níveo en su pristina inocencia, fuimos guiados por la solicitud maternal a la vieja iglesia, florecida de luces y de flores, a recibir la primera comunión. ¿Y qué decir del primer amor, de aquella dulce tortura precoz y desmañada, en que nos sumieron la cándida malicia de unos ojos y las risueñas gracias de unos labios de colegiala? Ciertos aires musicales y el rumor de cantos populares oídos en el silencio de la noche, nos traen el recuerdo de aquellas serenatas impregnadas de lirismo juvenil que desgranamos frente a las rejas de la doncella que el alma nos robara y en quien cifrámos nuestros más puros anhelos. Y aquellos trozos de prosa revolucionaria y crepitante que recitábamos en horas de rebeldía o de tedio supuesto, para darnos aires de geniecillos no comprendidos, o aquellas estrofas desoladas, como la *Hora de Tinieblas* o el *Que Sais-je?* con las cuales queríamos demostrar la amargura y el ficticio nihilismo de nuestro espíritu, ¿no nos dicen, cuando las hallamos por ahí en hojas amarillentas de vieja colección de versos,

todo el saturnino encanto, de los días primaverales que se fueron para nunca más volver?

Recuerdos esos tanto más gratos cuanto más alejados se encuentran del momento actual. Háse encargado el tiempo piadoso de desvanecerles en el ensueño los rasgos prosaicos que tuvieron cuando fueron realidad, y en el día se nos presentan como chispazos de poesía genuina, como verdaderos remansos de frescura, en los cuales, en época pasada y en una hora de felicidad, el alma se sumergió para tonificarse cual en un baño purificador.

Y somos avaros de ellos. No quisiéramos volverlos a gozar como efectivos, por miedo de sufrir un desencanto. Há nos enseñado la experiencia que el acto que recata mayores apariencias de ventura, tiene su dosis inevitable de acibar o sufrimiento, que empaña todo goce. De allí que los guardemos en el fondo de nuestro sér, en lo recóndito de la intimidad, como único tesoro que mucho ha de servirnos de consuelo en este golpear monótono de las horas negras de la existencia.

A ese género de recuerdos pertenece la lectura que hice de la *María* de Jorge Isaacs. Hallábame en plena adolescencia, y en mi pecho repicaban a ilusiones y a gloria. Creía en las bellas cosas en que se cree cuando aún los hombres no han dejado en lo profundo de la conciencia, ese sedimento acre y doloroso que queda después del contacto prolongado con nuestros semejantes. Fue aquéllo un verdadero goce de mi espíritu. Por mucho tiempo la divina forma de la virgen caucana flotó en mi fantasía, y la tierna angustia de los amores ideales embargó mi alma. Sentí toda la desolación de Efraín, cuando, «estremecido partió a galope por en medio de la pampa solitaria, cuyo vasto horizonte ennegrecía la noche». Padecí entonces del mal de los quereres imposibles, sufriendolo con delectación y entusiasmo, impregnándome de las escenas del inmortal poema, deslumbrado con el esplendor de los cielos y el paisaje, aspirando con fruición de pansiquista los perfumes de las extensas selvas y dehesas del Valle.

En mi memoria quedó para siempre una impresión imperecedera y encantadora, mezclada a seres y cosas que muy hondo han labrado en mí. Nunca más volví a abrir el libro. Sentía temor de desflorar sus páginas, porque me parecía que en la suprema emoción experimentada al tenerlo

en mis manos por la primera vez, había puesto toda mi juventud, y el autor sólo la trama en que yo bordara hermosos sueños. Temía que al releerlo se evaporase la esencia ideal que guardaba como en santo relicario. Era un recuerdo dulce y fugaz, que en maridaje con otro igualmente grato, suscitaba en mi memoria cuando de un cordial necesitaba que serenase el ánimo maltrecho en la lucha.

Hoy por vuestro influjo, señoras y señores, he vuelto a repasar las páginas del libro admirable, y mejor que nunca puedo deciros la bellezas que encierra.

Es una obra maestra, quizá la más culminante de Colombia, que honra inmarcesible da a la Patria. Dominan allí elevados sentimientos, aderezados con la pulcritud de un estilo impecable y desarrollándose en el ambiente de la más noble poesía. Los caracteres creados son de los que gozan eternamente de la suprema vida del Arte. María es de las figuras más puras y atrayentes del ingenio humano. No encuentro ninguna que le iguale en la literatura universal. Atala, Virginia, Mireya, Ofelia, doncellas de albura de azahar, pasan regando las ternuras de su corazón y sus efluvios de virginidad ante los ojos doloridos de los hombres, como faros de ensueño, como pálidas estrellas inaccesibles, pero ninguna tiene el encanto íntimo, la nitidez humana, el prestigio familiar y cándido de la novia de Efraín. Ninguna se mueve con tanta vida y tan aromada inocencia dentro de los días triviales, como ella se mueve. Hay momentos en que la sentimos tan cerca al evocarla, que nos parece oír el crujido de su traje de muselina, o creemos aspirar la fragancia de sus cabellos negros florecidos de blancas azucenas. Es mujer con todos los atractivos femeninos, pero sin que ninguno hable a nuestros sentidos. Todos convergen a exaltar lo noble y delicado que llevamos dentro. En su presencia, la carne pecadora se adormece avergonzada y habla sólo el anhelo de perfeccionamiento por medio del amor que purifica y engrandece. Suspenso queda el ánimo ante creación tan radiosa y excelsa.

Figura de tan magistrales contornos, necesitaba para lucir un medio poético de plácida belleza, en que hubiese perfecta concordancia entre la luz de aurora de aquel espíritu y los esplendores de la naturaleza, junto con la paz serena e hidalga de un hogar irreprochable. Isaacs supo hallar lo uno y lo otro en esa región edénica que es el Cau-

ca y en los honrados muros de su casa patriarcal, perdida entre las bellezas del Valle.

Nada comparable, en efecto, al escenario en que luce La María. Aquellos cielos, lo grandioso de la selva, lo extenso de las dehesas, la arteria sublime del río, son el dón máspreciado del Creador a la tierra colombiana. Tiéndense mares de verdura donde la vista se pierde, con una exuberancia de vida que se torna en veces abrumadora. Desperézase con negligencia de soberano el río silencioso y profundo, como un gran pensamiento, copiando los tesoros de la copa celeste que vierte en su linfa los oros de la mañana y la policromía de las puestas de sol. Aves y flores parece que hubieran aprisionado en plumas y pétalos los gayos tonos del firmamento. Olores deliciosos de vainilla y ricas resinas impregnan la atmósfera. Por doquiera el ganado pone una nota virgiliana en el paisaje. Nubes de garsas blancas y rosadas cruzan el cielo en vuelo pausado y gallardo. Los lirios de agua, en las lagunas que a trechos bordean el río, revientan con explosión de taponazos de champaña, ofreciendo la virginidad de sus corolas a los rayos solares con una gracia netamente femenina.

Y el poeta ha sentido hasta lo hondo ese paisaje de maravilla y nos lo ha dado vívido y perfecto, reflejando en el libro sus múltiples facetas. Las descripciones que allí abundan son verdaderos estados de alma, como diría Amiel. Palpita la realidad en esas páginas con vigor y tono de eterna primavera, con los derroches y efluvios de la selva americana, pero realzada con el ropaje mágico de un arte insuperable. Chispa divina, espíritu inmenso y difusible debe poseer quien contempla la naturaleza con ojos tan extasiados, veraces y penetrantes, y sabe hacer partícipes de sus impresiones conmoviendo hasta las lágrimas, al humilde labriego y al artista refinado, como lo ha hecho Isaacs, al animar con su palabra mágica ese paraíso de armonía, de luz y de verduras que riega el Cauca majestuoso.

¿Y qué decir del ambiente familiar en que el idilio se desarrolla? Háse visto pocas veces tanta selección en la escogencia de escenas y detalles para realzar una creación artística como en el caso que analizo. No hay una sola pincelada que no contribuya a subrayar la pureza y las gracias de la heroína. Allí todo es noble y sencillo, con la espontaneidad de lo que creado ha sido para el bien y no guarda en su seno el más leve rastro de malicia. Corren los

días por la trama del libro, con la claridad de las aguas de los arroyos que de la montaña bajan. Nada enturbia su curso como nada, ni siquiera el dolor, empaña la rectitud de las almas que forjan el poema. Las mismas figuras secundarias, con sus actuaciones y vocabulario propios tienen una frescura y honradez campesinas, que las hacen profundamente atractivas y se graban en la retentiva con precisión de rostros queridos.

¿Quién puede olvidar al negrito Juan Angel, o a Tránsito la virtuosa doncella orgullo del cortijo, o a Braulio cuyo brazo fornido ha dominado la selva a golpes de hacha, o al bíblico José, sangre de nuestra sangre, que huyéndole a la infecundidad de los riscos antioqueños, ha emigrado al valle feraz para tornarlo prolífico con el sudor de su frente? ¿Quién olvidará las proceras figuras de los padres de Efraín?

Cada escena en que intervienen uno o varios de los protagonistas, tiene un sello de poético realismo que hace pensar en que los de aquel pequeño rincón del mundo, cuando la obra fué sentida y escrita, recibieron de algún dios rústico y esteta las primicias de una dádiva especial para vivir en poesía.

A mi memoria acuden detalles nimios que son estrofas llenas de ternura sin ritmo de palabras pero sí con música de ideas. Recordáis los manojos de flores húmedos de rocío con que María adornaba todas las mañanas la estancia de Efraín; y el cristal del baño roto por las rosas que ella deshojara para que el novio al bañarse el cuerpo también el alma se bañase; y los dialogos de dulce timidez en que más que sonoridad de voces alentaba el palpitante de corazones y el brillo cándido de las miradas; y la belleza del amor virginal que a cada paso, ante las insinuaciones del padre o de la madre, se estaba recatando en lo íntimo, cuando se delataba en la humedad y rendimiento de los ojos o en el vaivén del seno bajo del cual estallaba el raudal? ¿No recordáis que en cada párrafo tropiézase con joyas de emoción, sugerencias delicadas y rasgos de nobleza, que brotan de hombres y cosas, de lo animado e inanimado con la naturalidad con que en el aire se diluyen las esencias finas?.

Antes he hablado del estilo, y agrego sólo que es limpio y castizo, campeando en él la difícil facilidad que dis-

tingue a los artistas de verdadera estirpe. Fluye en vena incontenible, con auténtica y sencilla majestad, alcanzando apenas el encauce del sentimiento que en el alma desborda. Cuando mucho se ha sentido y abunda el qué decir, el espíritu es sólo un medio, nunca un fin. Bástanse a sí mismas la verdad y la emoción hondamente vividas para ser comunicativas, y desdennan el préstamo a la retórica y a los artificios del diccionario de los falsos oropeles. Eso ha hecho Isaacs: ha presentado su alma de vibraciones ultrasensibles en la belleza de su pasión y de su dolor, y lo ha hecho sin vanos adornos, excelsa en su claridad melancólica, como estrella que derrama sobre el atormentado corazón de los hombres los oros diluídos de su esplendor.

Poeta de tan alta prosapia y tan genial trascendencia, cuyo nombre ha engrandecido a Colombia en países de vasta cultura artística, es el que en un día de honra para Antioquia, ha pedido en un brote de cariño y admiración por nuestro pueblo, que sus cenizas reposen a orillas del Aburrá. Y aquí en esta ciudad, que un armonioso desaparecido llamó «Ciudad de las Rosas», tenemos esas cenizas veneradas que sólo esperan ennoblecer el monumento que para siempre ha de guardarlas.

Es ésta una deuda, calificada antes de gloriosa, que mucho hemos tardado en cumplir. Quiero pensar que ante lo valioso del legado, nos ha cohibido el temor de no hallar algo digno de lo que él exige. Por fortuna, ahora va a ser realidad. Dentro de poco, nuestra ciudad, desposeída de aromas de leyendas y evocaciones de grandeza, tan hermosa pero tan adusta, va a honrarse con una urna funeraria, donde sólo el arte impere, digna del creador de María. La juventud así lo quiere, y el querer de la juventud es acción.

Donosa acción por cierto en esta vez la de aquellos que para el noble fin expuesto, nos han reunido en este sitio, rodeándonos de gentilísimas damas, intérpretes fieles del arte supremo de la vida, y de triunfadores en los torneos de la inteligencia.

Antioquia no puede permanecer por más tiempo sin cumplir los dictámenes que demanda tan preciosa herencia. Quiere corresponder de manera decorosa a los requerimientos de amor con que desde las páginas de María la festejó el poeta, cristalizándolos más tarde en fogoso canto de alabanzas a la «Tierra de Córdoba». Siéntese ufana al

guardar entre sus reliquias, con ternura de madre, los despojos que un día animaron el alma más fervorosa y sensible del continente americano. La presencia de un público tan selecto como el aquí reunido lo está probando, y muy especialmente la presencia de vosotras nobles y bellas mujeres de mi tierra, prez y orgullo de mi raza. Vosotras habéis orientado el espíritu hacia el de aquel que en horas de inspiración sublime dijo con frase inimitable toda la castidad, todo el encanto y el perfume todo de los amores puros. Vosotras que sentís en el silencio augusto del alma, bullir la fuente de ternuras con que dicha y vigor dáis a los elegidos de vuestro corazón, en la penumbra del hogar sin mancha, habéis penetrado hasta el hondo sentido del poema sin par que es María, y habéis comprendido que su creador es uno de esos seres de excepción en quien la naturaleza se complació en verter a raudales la armonía.

Por ello, estoy seguro de que seréis los guardianes de la tumba del poeta, y de que públicamente la ocultaréis de las miradas del vulgo, bajo una silva abrumadora de rosas y azucenas cultivadas por vuestras manos, en recuerdo de aquellas con que la novia de Efraím perfumó siempre su morada.

Civismo

(DISCURSO)

No es sólo sentir, pensar u obrar con ánimo desprevenido y mente sana lo que pide el alto concepto biológico, ni basta la mansedumbre del corazón ni el respeto al ajeno derecho para ennoblecer la vida. No es suficiente que nuestras acciones redunden en propio beneficio ni que nunca lleguen a producir el brillo de una lágrima o la crispatura de un gesto de angustia, para que seamos acreedores al título de ciudadanos meritorios.

Procediendo de tal suerte, es cierto que elevamos el espíritu y lo predisponemos a la armonía y a los goces delicados que su pulimento pueda dar de sí, pero aún queda oculta una faz de vital importancia, cuyo prestigio trascendente ha sido evidenciado por el dogma cristiano y democrático emanado de El Calvario. Me refiero al acto que se ejecuta con el anhelo exclusivo de servir al prójimo.

En ocasiones ¿por qué no decirlo? la bondad y cierta suavidad adormecedora con que algunos seres atraviesan la existencia, sin causar nunca el más leve choque y siguiendo el turbión de las ideas y convencionalismos comunes, se debe ante todo a pasividad del ánimo o a frialdad de la sangre, que no dejan se encienda la llama de los ideales, que impiden el vuelo audaz de los espíritus y arremansan la vida en la calma infecunda de las aguas estancadas.

Jamás esos seres ocasionan mal de ningún género, no turban la monotonía opaca del diario vivir con una idea bullidora, ni un impulso de renovación o siquiera un movimiento de protesta. Son modelos de ecuanimidad y equilibrio espiritual, pero no cumplen con uno de los deberes primordiales del ser racional, cual es la modificación favorable del medio.

El hombre no ha nacido para encastillarse en la ebúr-

nea fortaleza de su yo, ni para contemplar, arropado en manso egoísmo, el desfile de las horas sin choques ni angustias, hurtándole el cuerpo al dolor y a la inquietud universales. «Ser es luchar, vivir es triunfar», ha dicho un biólogo de renombre, y es indudable que la característica de la vida humana y lo que la diferencia en absoluto de la vida animal, es ese impulso de perfección ilimitada que aliena en el fondo de toda conciencia normal, traducido por el afán y anhelo que en la labor diaria pone quien contempla las luminosidades de la ilusión por sobre la humeante marmita del cocido cotidiano.

En doble sentido debe encauzarse el esfuerzo de esa perfección a que el hombre aspira. De un lado está el propio avance y cultivo. Procurar cada día el personal ascenso venciendo los escollos que ofrecen el mundo y la carne doliente; podar a cada hora las pequeñas pasiones y los vicios minúsculos que como retoños de agresiva hojarasca están pugnando sin descanso por estrangular el alma y mantenerla muy aferrada a la tierra..... Hay que propender por la exteriorización de delicadezas de las que a aquella elevan y libentan. Precisa el ejercicio de virtudes activas que la vigoricen y la tornen serena, comprensiva y noble. Que todo acto lleve un sello de aristocracia interior, infalsificable, como infalsificable es el perfume de las esencias finas, aun cuando estén en contacto con los harapos de la miseria. Siempre mejor, debe ser la divisa de quien se halle convencido de que su misión en este mundo no es puramente vegetativa.

Por otra parte, es preciso luchar por que nuestras acciones, pensamientos y deseos tiendan al acrecentamiento del bien colectivo; por que se adornen de un hálito espiritual eminentemente comunicativo. Beneficio grande es el del bien personal, pero aumenta sus excelencias si se expande sobre la sociedad, reflejándose en lo animado e inanimado que el ojo percibe. No bastan la bondad e inteligencia del individuo. Es necesario obrar con energía y entusiasmo, penetrando el ambiente de esas cualidades para que muchos seres reciban su benéfica influencia y a su vez vayan a influenciar a otros. No es varón completo, en el alto sentido de la palabra, quien en su paso por la vida no se ha detenido a pensar, alguna vez, cómo cumple su misión de modo que de ella se lucre la patria grande o chica. El que nunca ha sido sembrador, no merece vivir. Hay que sem-

brar con gesto magnánimo, con pródigo desprendimiento, aun si preciso fuera con altivez de incomprendido, en los campos fecundos y en las tierras eriazas, pensando en el propio sustento, pero también en que la semilla llevada por los vientos ha de fructificar en zonas distantes para nutrición de hermanos.....

En esas ceibas coposas, plantadas por manos desconocidas y benévolas que adornan nuestros paseos, veo un símbolo de la vida. Enhiestas, fuertes, mirando al cielo siempre, orgullosas en su corpulencia y en lo jugoso de la savia que a la tierra han robado, y al propio tiempo protectoras con sus amplias frondas reverdecidas que templan los ardores del resistero, dan sombra grata al viandante y ponen una nota de lirismo musical y rumoroso en las avenidas polvorientas de la ciudad.....

La Sociedad de Mejoras Públicas, cuyo vocero, para honra mía, soy en esta hora, se ha inspirado siempre en las ideas y sentimientos que dejo expuestos, teniendo como único ideal el engrandecimiento físico, moral e intelectual de esta Patria querida. En tal virtud, ha instituido el premio de la Medalla del Civismo, para el pecho de aquellos ciudadanos que, aquilatando sus nombres con sus obras, han laborado con desinterés y bríos en favor del adelanto colectivo.

En el presente año de 1920, el Jurado por la Sociedad designado para la adjudicación de la simbólica insignia, resolvió ofrendarla por unanimidad al doctor Jorge Rodríguez.

La labor del doctor Rodríguez es digna de todo encomio, y, por lo tanto, acreedora a la distinción con que hoy se premia. Tiene una marca insospechable de desinterés, eficiencia y progreso, y está dotada de lo que hace un instante llamé hálito espiritual eminentemente comunicativo.

Sin duda alguna, a la hora de ahora, son varias las personas que en la República se preocupan por seguir las huellas del fundador de la Estadística en tierra antioqueña. La ruta trazada es de las que no se siegan una vez abiertas. A la sola presentación de trabajos como la *Sinopsis Estadística de Antioquia*, compréndese que un pueblo, que de civilizado se precie, no puede de ellos carecer, y el asombro llega al ánimo cuando se piensa en las dificulta-

des que para trabajar en cualquier campo ha sido preciso vencer sin apoyo de tan alta valía.

La industria, el comercio, la agricultura, la ciencia, el arte reciben un poderoso influjo de beneficios futuros incalculables, con producciones como la que hoy se aplaude al doctor Rodríguez. Obra patriótica y libertadora en grado máximo. Carece de la estridencia de las gestas militares, del sentimentalismo a veces atrayente, otras equívoco, de algunas obras de caridad y propaganda, de la sugestión dominadora de la concepción artística. Pero en cambio posee los trazos del progreso real, del esfuerzo desinteresado en busca de beneficios para la sociedad, de la paciencia creadora puesta al servicio del bien común, de un amor grande por la patria que nos sustenta y a la cual le debemos las mayores palpitaciones nobles del alma.

Doctor Rodríguez: Permítame usted, ciudadano ilustre y recto, que yo en nombre de la Sociedad de Mejoras Públicas, que vale tanto como decir en nombre de la sociedad de Medellín, coloque sobre su pecho este símbolo, prueba del reconocimiento de sus compatriotas, que lo acredita como un trabajador intachable y un elemento civilizador de limpios timbres y de mérito verdadero.

La Cruz Roja

(CONFERENCIA)

No podía en manera alguna desatender la orden de S. M. doña Inés, Reina de los Estudiantes, y es ésa la principal razón por la cual me dirijo a vosotros, pidiéndoos por anticipado que disculpéis la desarmonía de mis palabras.

Es un pensamiento feliz, no hay duda, el que han tenido los estudiantes de Colombia, al instituir como lo han hecho, el simbólico reinado que hoy los gobierna. En un momento de elevado lirismo han puesto sus aspiraciones, sus ideales, las angustias del diario afán, los dolores de la lucha, bajo el imperio encantador de la mujer que con su gentileza, la luz de sus miradas, la sonrisa prometedora de sus labios, el fuego y amor de su corazón, nos guía por el mundo haciéndonos la continua brega menos árida y dándonos como supremo galardón del triunfo la corona fragante de sus brazos y, en las horas de derrota, curando las heridas en el alma recibidas con el prestigio sedoso de sus manos. Han procedido como los gallardos paladines de otras épocas, cultivadores fervorosos de la cortesía, que concurrían al campo del honor a combatir por su Dios, por su Patria y por su Dama.

Algunos de los titulados espíritus serios han visto en esta monarquía sentimental algo que no se compagina con la severidad, que según ellos, deben tener las ideas que exigen los estudios.

Melancólico pensar a mi modo de ver, por no tildarlo de adusto e incomprensivo. Nada es tan grato, ni nada que vigorice tanto el ánimo, al propio tiempo que lo pule y refina, como la dedicatoria de nuestros anhelos y esfuerzos a un ser delicado, todo sentimiento y amor. La labor humana, por modesta que sea, debe ennoblecerse con el áureo polvillo de la ilusión y de la gracia. Y si esa labor, como en el

caso presente, está vinculada a la parte excelsa del hombre que es el espíritu, debe irisarse con las tonalidades del Arte, precisamente para que sea más prolífica y comunicativa.

Ni las ciencias, ni el trabajo por prosaico que se presente, excluyen la armonía, y si es posible la belleza. En la actitud del agricultor que, rítmicamente, bajo el flagelo de un sol de fuego desgarrar a golpes de azada la costra de la tierra y luego, en los surcos abiertos arroja a puñados la semilla fecunda, hay tal sugestión dominadora, tan hondo atractivo, como el que puede existir en un mármol de Rodin.

He visto alguna vez en la fragua de una aldea, negra como un antro, un cuadro viviente, cuya impresión se ha grabado más intensamente en mi alma que las obras maestras de los grandes pintores. Destácase el herrero en el boquete rojizo de la luz que se escapa de los carbones encendidos y que en suave gradación difúndese en la negrura de la choza. Es un hombre fornido, joven y moreno. Sus brazos y su pecho desnudos y bellos, exhiben pujante relieve de músculos. Tiembla sobre su frente la cabellera revuelta y ensortijada y por la piel del rostro resbalan luminosas, destiñendo el tizne, las gotas de sudor. Con enorme martillo golpea sobre el yunque el lingote de hierro al rojo blanco, que al sentirse herido revienta en la más esplendente pedrería que mis ojos hayan visto. El fuelle resopla pausadamente como un enorme corazón cansado, y el herrero, que no se doblega ante lo rudo de la faena, canta con admirable voz dulces coplas de amor.

Y es indecible la emoción que aquella escena produce. La mezcla de negruras y de luz; la movilidad de las llamas azulosas, fundiéndose en el ocre de la hoguera y todo en las tinieblas de la estancia; la expresión avasalladora y alegre del hombre, y dominando el conjunto, la canción amorosa que dora el ambiente más que las luminosidades de las ascuas.

Hé aquí uno, me digo, que ejecuta obra bella: Crispa el músculo en trabajo brutal; suda hasta la última gota por el esfuerzo que realiza; muéstrase su alma decidida y chispeante en los globos de sus ojos, en reconcentración sostenida de energía, y para que la fatiga no abata el ánimo y la labor sea perfecta y dé rendimiento, saca de lo íntimo del corazón, el sentimiento acendrado por el pueblo en el penar de sus quereres, y lo lanza al aire bajo forma de sen-

tidas estrofas. El dolor de la creación lo tornasola con la agreste belleza del canto.

Así creo se debe transitar por la existencia, entre sombras y luces, cayendo aquí y levantando allá, pero siempre con el alma poblada de armonías y el anhelo disparado hacia lo alto, allá donde lo inmenso de las lejanías desvanece el prosaísmo de los detalles y amortigua las estridencias de la lucha.

Tál lo han comprendido los estudiantes, influenciados por el caballeroso y noble genio latino. Simbolizan en su Reina el tributo fervido que rinden a la mujer. La faena diaria extenuadora y melancólica de los claustros, la iluminan con el ensueño de los ojos y del corazón femeninos. Aspiran a que hasta la pequeña y fría estancia de estudio, en las noches de vigilia, llegue el recuerdo cordial de la casta doncella que a todas las encarna, a quien han elegido por soberana y señora. Tendrán así el calor vivificante de un ideal, y no se dejarán sorprender por el desmayo de las horas interminables y solitarias. Quieren que la fuerza que gastan como varones pierda la rusticidad jayanesca y se oculte bajo la donosura de quienes viven en contacto de seres tiernos y encantadores. Anhelan, en una palabra, elevar el nivel de la cultura colectiva, y ésta no puede existir desde que vosotras, oh nobles mujeres!, no nos confortéis con el efluvio de vuestras almas, la sonrisa divina de vuestros labios y la sedante suavidad de vuestras manos al imponerse sobre frentes entristecidas por el pensamiento y el análisis.

Quiero hablaros por mandato de S. M. doña Inés, que como magnánima mucho se preocupa por la suerte de sus súbditos, de un asunto de positiva importancia, que refleja a las claras la delicadeza del espíritu de donde ha surgido.

Refiérome a la creación de la Cruz Roja Estudiantil. Mas antes deseo entrar en algunas consideraciones que sirvan de ambiente propicio a tan excelente idea, y demuestren que ésta no puede prosperar si no extiende sus raíces a lo íntimo del alma, allí donde se ocultan los gérmenes de bondad y ternura.

Os hablo como un simple estudiante, a pesar de que ya

el polvo de la vida ha dejado algunas hebras blancas en mi cabeza de aborigen. Como muy poco he creído en los hombres serios, grávidamente serios, en aquellos que no sonríen ni sienten el hervor de la sangre entre las venas, y como nunca he aspirado al título de tál, me contento con apellidarme estudiante a secas, pues no otra cosa soy en efecto.

Estudiante, es decir, alma inquieta y ávida que con empeño busca la verdad por doquiera; que persigue un ideal nunca alcanzado; desprevenida un poco ante los desgarrones e ironías de la vida; insolente o tierna según soplen los vientos; soberbia con los soberbios y humilde con los humildes, como diría Montalvo; melancólica y amorosa cuando la amorosa y tierna evocación viene a borronar las páginas del libro de estudio; llena de generosidad si corazones angustiados le salen al paso; odiadora sistemática de lo que se arrastra, falsifica o traiciona, del fingimiento y la cobardía moral, de las minúsculas virtudes negativas que chillan como comadres de barrio.

El estudiante desempeña un papel trascendental en la sociedad, y cualquier obra que emprenda debe tener un sello inequívoco de altruismo, de gallardía y de fuerza. Es él la potencialidad de la raza, el vigor del presente y la mayor esperanza tendida hacia el porvenir. La patria ha puesto en él todas sus complacencias, y de sus actos espera la renovación y prosperidad. Sus mismas locuras juveniles, simples exuberancias de energía, se miran con benévolo gesto o no se tienen en cuenta a condición de que las muevan generosos sentimientos y el ansia del engrandecimiento individual o colectivo. Todo en él es fecunda promesa, y por ello con justicia se le exige que ponga en sus acciones y empresas la seriedad honrada de la ideología y del sentimiento, muy distinta por cierto de la cazarra y para la exportación de que hablaba hace poco.

Primero que la Cruz Roja para las necesidades corporales, creo, como ya lo he expresado, que precisa un ambiente moral favorable para que aquélla sea una vívida realidad. Pido, ante todo, la creación de la Cruz Roja para las exigencias y torturas del espíritu.

Como se comprende, la sola enunciación de mi pensamiento abarca un programa de excepcional magnitud, en el cual caben íntegros los ideales y aspiraciones de los hombres nuevos. Por desgracia, ni el tiempo ni mis capacidades

son propicios para desarrollarlo como es debido, y he de contentarme por el momento con tocar a la ligera algunas de sus faces más salientes.

La institución de la Cruz Roja ha sido formada a base de cristianismo. Surgió merced a las enseñanzas del Maestro de maestros, que quiere que el paso de los hombres por el mundo lo señale, nó la destrucción ni el odio, sino la mutua ayuda y el amor. Que se extremen los raudales de la ternura precisamente con los más necesitados, con los sin ventura, con los vencidos. Nació el día en que el Divino tuvo palabras como rosas para la mujer caída, la samaritana y el publicano.

Junto, al dolor que es amo y señor del doliente sér humano, se esparce después de la tragedia del Calvario, el suave rocío del consuelo que endulza las horas de agonía y hace menos punzante el sufrimiento. Un espíritu de fraternidad y conmiseración debe arropar la tierra en infinita ola de amor. El más bello empleo de las horas de la existencia es la práctica del bien por el bien mismo, máxime si se ejercita con el extraño, o con el llaguiendo moral o físico, cuya carroña repugna, pero que en encendidas flores se torna cuando la unge la caridad. No hay razón de que existan enemigos. También para ellos se ha pronunciado la fraternal palabra del perdón, y luce el gesto grandioso de quien devuelve las ofensas en beneficios para el cuerpo o para el alma.

De sentimientos tan puros ha tomado cuerpo la institución a que ahora me refiero, y no hay en el día país civilizado que no la cuente como una de sus obras más preclaras. Desgraciadamente, si por todas partes se ven los níveos uniformes y el signo conciliador de todos conocido que la representa, no sucede igual cosa con la sana doctrina que la informa. Esta no ha calado lo hondo que es preciso en los corazones, no se ha convertido en esencia de almas. Con élla ha ocurrido lo que con mil palabras de admirable significado, que a músicas celestes suenan en nuestros oídos. Nos contentamos con la sonoridad material al pronunciarlas, y olvidamos el gran pensamiento que envuelven. La mayor parte de los sustantivos abstractos, que vínculos estrechos guardan con el perfeccionamiento humano, están en ese caso. De allí provienen, el error perenne, las constantes rectificaciones y la desconfianza en que zozobra el ánimo ante los grandes ensueños de los hombres.

Cúrase hoy al herido que cae en el campo de batalla, pero antes, por todos los medios científicos, se ha procurado su completa ruina. Atiéndese a las pestes originadas por la miseria y el abandono en que se debaten los menesterosos; mas, primero con el agio, la avaricia y el egoísmo puéblase el mundo con la pávida caterva de los vencidos desde los vientres maternales. Proclámase el olvido de las injurias, el mutuo auxilio, la paz universal, en el libro, la cátedra, el púlpito, en congresos y comunidades fundados para el efecto, y no obstante el odio, como un gas asfixiante, se infiltra por doquiera, envenenando las almas y aguzando las garras para la matanza de los lobos humanos.

No somos lógicos. Las ideas, para que en efecto contribuyan al perfeccionamiento del hombre, deben bajar del cerebro al corazón y convertirse en esencia de nuestras células. Dínamos deben ser que impulsen las acciones y que, como el chorro de agua que mueve la pelton, se trasformen en energía, en luz y en calor que todo lo vivifican.

Si queremos los auxilios corporales en las horas de duelo, debemos dar principio al pulimento y dulcificación de las almas. La Cruz Roja Estudiantil ha de surgir de una serie de reacciones intelectuales y sentimentales que convertidas en savia le den frondosidad y raigambre necesarias para que perdure y se extienda por todas las capas sociales, dando sombra benéfica a todos los sufrimientos.

Nosotros, por morbosa herencia española, somos furentes sectarios, y rendimos un tributo desmesurado a Nuestra señora la Pasión. Por la más leve discrepancia ideológica nos enloquecemos hasta el delirio, y si los tiempos no dan margen para encender hogueras y tostar a los contrarios, en el fondo de nuestros pechos sí levantamos patibulos en donde moralmente asesinamos al hermano que se aparta de nuestro modo de pensar.

Ahora mismo en los ámbitos de la República, de esta República nuestra que hemos contribuido a formar con nuestra sangre, nuestro dinero y nuestras fuerzas, resuena un grito de protesta y de sordo rencor contra el pueblo antioqueño porque es altivo, invade territorios montaraces con las herramientas redentoras del trabajo y persigue un sueño de liberación económica, arrancándole a la tierra sus teso-

ros y domeñándola para que produzca la pródiga cosecha que ha de fortificar la raza y engrandecer al país.

Los partidos políticos son la causa principal para que vivamos una existencia intranquila y no logremos entendernos.

Sobre cuestiones puramente intelectuales, hemos soplado el odio africano que guardamos en el corazón como depósito sagrado y que de padres a hijos se trasmite con el determinismo ciego de caracteres ancestrales. La misma sacrosanta religión, que es amor y perdón, luz del alma y anhelo infinito de idealismo, bálsamo para todas las heridas y refugio para todas las desgracias irreparables, la religión pura que los labios maternales murmuran como primer caricia al oído del pequeño, ha sido profanada por el sectarismo, y sirve con frecuencia al sostenimiento de pasiones menaguadas y malsanas que no se compaginan con la excelsitud de la moral cristiana.

No sería yo quien abogase por la extinción de los partidos políticos de mi patria. Sé muy bien que ellos arrancan de las mismas leyes biológicas y que por tal motivo son indispensables para la conservación del ritmo colectivo en su impulso hacia el perfeccionamiento indefinido. Imitan ellos la obra de la naturaleza en su transformación incesante: una fuerza propulsora e impaciente, digámoslo así, que quiere reformas inmediatas y evoluciones rápidas, y otra fuerza frenadora y moderada que, si persigue las reformas en todo campo, no está conforme con la precipitación de la primera ni ama las audacias de la acción y el pensamiento.

Tál es, en síntesis, la sustancia de los partidos liberal y conservador. Como bien se ve, el asunto mirado con un criterio un poco alto no da margen para la atmósfera apasionada y hostil que en la práctica lo envuelve. Mas por desventura, como antes decía, una cosa son las palabras y otra el significado íntimo que encierran. Y si en distintas veces he tenido la candidez de pedir a mis compatriotas que cambien las modalidades del ser para bien de la patria, sin que nunca, naturalmente, haya sido oído, ahora me dirijo a vosotros jóvenes, en quienes la vida, por razón de su cortedad, aún no ha dejado el sedimento de amargura que tanto esteriliza.

Pensad lo que queráis. Sed liberales o conservadores, pero sedlo con elevación de carácter, con espíritu abierto, con alma sana, con positiva filosofía. Respeto a la opinión

ajena, y profundo, a vosotros mismos, debe ser vuestro culto, porque éso es hidalguía, nobleza y comprensión. Dentro de cualquier grupo de ideas, desde que se manejen con honradez, se puede trabajar por el bien personal y colectivo. Desconfiad de los que os muestran en la ruta carrileras en exceso estrechas. No oigáis a los falsos profetas que se creen depositarios de la verdad suprema. La vida es exuberante y magnífica, de múltiples fuerzas desparramadas y no puede someterse a un criterio simplista. Las aberraciones son la loza del cerebro.

Vosotros, por lo mismo que os entregáis al cultivo de la inteligencia, la única digna ocupación del hombre, estáis en el deber de fijar como el ideal más culminante, el bien de la patria.

Patria! Palabra vana si con intensidad no se piensa en que la constituimos todos con lo que somos y aspiramos: nuestros padres, hijos y hermanos; la dulce mujer amada; los amigos; el horizonte ilímite que nos circunda y que desde niños contemplamos; las tumbas en donde duermen seres caros; la historia gloriosa de la sangre vertida en defensa de la libertad; las encantadoras leyendas; nuestra música tierna y melancólica; el sabroso yantar que sostiene el organismo y que a la tierra robamos; ese glorioso trapo de tres colores manchado con la púrpura de tantos heroes y que a tantos ha servido de sudario. Toda esa mezcla de sentimientos, de emociones, de afectos, de grandezas y bellezas es la patria, la cual estáis en la obligación de defender y ennoblecer con el vigor de vuestros brazos y el calor de vuestras mentes.

Con semejante formación psicológica por guía, y fortalecido el ánimo con el culto de que os hablo, se desarrolla como lógica consecuencia el gran sentimiento de la confraternidad universal. Aparece poco a poco el respeto a todo sér humano, e impulsos de simpatía despiértanse hacia lo creado y en especial hacia los hombres. Apréndese a cultivar la gran virtud de la tolerancia, y las debilidades del prójimo, en vez de motivos de censura, conviértense en otros tantos móviles para dar curso a la bondad de los afectos. El dolor inevitable del existir, tórnase en algo altísimo que, como imán poderoso, atrae el consuelo y el apoyo de las almas forjadas en nobleza.

A vosotros, jóvenes, a quienes sonríe la primavera de

los años, no es difícil realizar este milagro de comprensión y amor. Es cuestión de buena voluntad y altura de miras. Teniendo por norma el bien personal y el colectivo, penetrados de los intereses de vuestro grupo y de lo que Colombia espera de vosotros, uniendo esfuerzos para la conquista de los grandes ideales que perseguís, llegaréis por senda fácil a despertar en vuestras almas la fecunda virtud de la hermandad estudiantil, que es fraternidad social para más tarde.

Entonces habréis formado la Cruz Roja para curar las heridas que nuestros odios y fanatismos han abierto en el corazón de la patria, y la otra, la que hoy quiere instituir vuestra Reina, para atender a las necesidades de los que caen en el trabajo diario, vendrá por añadidura.

Mi anhelo me la hace ver como una realidad, como un producto necesario, de los elevados sentimientos que se agitan en vuestras almas. En la práctica, es la suma de centavos de los que se gastan en fruslerías, arrojados semanal o mensualmente en un fondo común. De allí vendrá la droga salvadora y el consuelo para el condiscípulo desamparado y solitario que siente las torturas de la enfermedad. De allí vendrá más tarde, en el correr de los días y bajo el impulso de la constancia, la clínica coqueta y moderna, con todas las exigencias científicas, donde el estudiante, al par que alivio para su cuerpo, encuentre las ternezas que le escatima el hogar ausente.

El asunto está en decidirse inmediatamente, animados por el anhelo de esparcir el bien a manos llenas. Sembrar y siempre sembrar, tal debe ser la consigna, para que mañana el granero sea pródigo en frutos. Los detalles de organización se desarrollarán con suma facilidad desde que la idea se mezcle en vuestra cálida vida.

Tal es en resumen y a grandes rasgos expresada, mi concepción de una Cruz Roja estudiantil que debe abarcar no solamente el cuerpo sino también el espíritu, para que sea realmente benéfica y repercuta en ejemplos saludables por todos los límites del país. Será una obra admirable de altruismo juvenil, de contagiosidad social que mucho ha de complacer al espíritu inmenso de Colombia.

Uno de los catorce mil

Acabo de leer la página final de la novela de R. Botero Saldarriaga, y en el alma, enredado como una gasa me queda un vago sentimiento de tristeza. Porqué? Con precisión no sabría decirlo. Sinembargo, analizando un poco, pensando con alguna detención en el conjunto de la obra, recordando pasajes y personajes más salientes, llego al convencimiento de que el estado indefinible en que su lectura me ha sumido, se debe a un amago de angustia patriótica.

La novela de Botero Saldarriaga es la reconstrucción de una época borrascosa de nuestra patria chica. El ambiente que allí se respira es escaso de oxígeno y recargado de gases nocivos. Circula mucha agresiva incompreensión, el fanatismo aletea con sus alas membranosas chupando vida útil; pasiones malsanas inferiorizan las almas. Es un ambiente de parroquia caldeado y revuelto, en que el vuelo del espíritu es tardo y a ras del suelo como el de ciertas aves nocturnas. Y lo peor es que en parte está bien sentido y bien descrito. Por éso hace daño.

Podría mirarse con regocijo artístico por el buen desempeño, si en efecto se tratara de tiempos idos, como ocurre con obras evocadoras que reviven dolientes pedazos de existencia de pueblos e individuos, y cuya transcripción verídica, si entristece un poco al penetrarnos de ella, también aligera el pecho porque se refiere a acciones pretéritas, hundidas por siempre en la eternidad. Mas en el caso presente, por desgracia, lo malsano de la atmósfera aún prolonga sus emanaciones, viciando y degradando energías que encauzadas y dignamente cultivadas servirían para tornar bellas y gratas las horas.

De allí nace el bosquejo de pena que me ha dejado la página postrera de *Uno de los Catorce Mil*.

La Antioquia de hoy es igual a la Antioquia del 76, ape-

sar de las locomotoras, las bombillas de luz eléctrica y las ideas que vuelan a diario en los periódicos.

Estréllanse aún los vientos fecundantes que atraviesan el océano contra la muralla china de nuestras montañas, y ni siquiera el velívolo sublime que raya el azul del cielo es capaz de empujarlos del lado de acá de las cordilleras con el batir gallardo de sus alas. Una pesada costra de prejuicios, de quietismo y aldeana repelencia impide todo brote de renovación. Con fervor de amantes cultivamos aún nuestros viejos odios de partido, que barajamos en todos los actos de la vida, inclusive los que atañen directamente al corazón. Solemos, de cuando en cuando, ejercitar cristianamente el boicoteo contra quien disiente de nuestras ideas, que bien miradas son apenas aberrantes pasioncillas, y todavía la religión es profanada para encubrir vilezas y decretar persecuciones. Vivimos con cerca de un siglo de retraso, no obstante la marea de ciencia y análisis que hierve en los cerebros privilegiados de allende el océano. Botero Saldarriaga al reproducir un viejo ambiente, ha pintado con veracidad de artista uno moderno que no por ello deja de ser anacrónico. Su novela, salvo detalles no esenciales, es tan actual y real cual si a los tiempos presentes se refiriera.

Estas consideraciones pesimistas, emanadas directamente de hechos innegables, no pueden dejarse de lado cuando a una novela antioqueña se refieren. Reflejan el medio y costumbres en que actuamos, y a tal medio hemos ofrendado el corazón. Al anotarlas se quiere llamar sobre ellas la atención reflexiva de los dirigentes, desprevénido el ánimo de impulsos partidaristas, guiado sólo por un alto sentimiento patriótico, para que se ponga el pronto remedio, que únicamente se encuentra en la educación sólida, en fecundos principios de moral universal, y no de campanario o banderiza como se estila, y en una mutua y comprensiva tolerancia inspirada en real amor por la patria y por la paz.

Por lo que respecta a la novela en sí, diré mi opinión franca y sincera. Es una obra de arte meritoria, que tiene apreciables cualidades y defectos muy visibles. Trataré de demostrar lo uno y lo otro, sin que pretenda, ni mucho menos, imponer mis opiniones que son simplemente, como

bien claro lo dice la palabra, opiniones de un modesto aficionado a las bellas cosas del espíritu.

Hablé al principio del ambiente, y quiero extenderme un poco.

Es indudable que en la pintura y sugestión del medio en que se mueven los personajes, Botero Saldarriaga ha acertado en parte, creando una verdad a medias. Ese ambiente, como ya se dijo, es asfixiante, grisoso e incubador de males sin cuento; antioqueño sin duda, pero no puede negarse que está un poco desvanecido y que le faltan rasgos para que sea genuinamente vernáculo. No da la impresión clara ni de los paisajes ni de los poblados que por la novela desfilan. No se respira bien el Medellín del 76, como debía respirarse. Escasean rasgos de importancia de los que imprimen sello característico a una narración, y la falta es más sensible si en cuenta se tiene que de una novela histórica se trata, la cual, como tal, debía dar la plena sensación de lo que se intenta evocar. La descripción de algunos edificios típicos, las modas de hombres y mujeres, y ciertas costumbres sociales, con discreción esparcidas en el conjunto dándole la nota del color local, se buscan en obras como la analizada, más que en las de actualidad, para sentir las debidamente y gozar sin trabas de la emoción intensa que resulta del trasplante a los tiempos presentes, de un pedazo de vida significativa, ya disuelto en el pasado.

Uno de los mayores encantos que adornan los Episodios Nacionales del gran creador Pérez Galdós, es precisamente el de la nitidez y propiedad del vasto escenario en que se desarrollan. Del lector llega a apoderarse el convencimiento, por la precisión, realidad y abundancia de los detalles, de que conoce los sitios en que han ocurrido los hechos culminantes narrados por el ilustre escritor. Puede hasta sugestionarse en el sentido de que testigo presencial ha sido de las escenas salientes. Siendo pintor, lograría después de la lectura de una de aquellas páginas magistrales, sin apelar a mayores gastos, revivir en el lienzo, con veraz colorido y movimiento, las animadas siluetas y el lugar descritos. Así de potente es el poder de las palabras cuando se les exprime el espíritu que acendran.

No ocurre igual cosa con la novela de Botero Saldarriaga. Si el ambiente moral está bien diseñado hasta el punto de acongojar el ánimo, como dije al principio, el ma-

terial no alcanza a ser tangible y es igual por su imprecisión al de cualquier parte y al de cualquier época, lo cual, sin duda alguna, constituye un defecto serio.

La trama de la obra es fácil y lógica, desenvolviéndose con naturalidad, sin saltos bruscos ni manifiesta intención del autor de sacarla adelante. Tiénese la tranquilidad al estudiarla, de que es la real concatenación de los hechos impuestos a la mentalidad del intérprete con la pujanza de la vida. En esta vez ha sido observador fiel Botero Saldarriaga de la urdimbre rara que tejen y destejen las almas en su paso por el mundo.

Lástima grande que el relato no corresponda a la feliz concepción de la trama, pues en veces es lento y pesado y en ciertos pasajes hasta un poco descuidado en el estilo.

No me explico porqué nuestro autor, artista de la palabra, enamorado de la frase, que muy bellas páginas ha creado y poesía legítima ha destilado en su prosa, en una obra de la importancia de la presente no ha sido mas precavido y pulcro. Hay párrafos en donde abundan las repeticiones de vocablos en absoluto impropia de un refinado y conocedor del léxico como Botero Saldarriaga; del mismo modo que existen las asonancias y consonancias de irritante monotonía. El verbo «arrecostarse», muy orondo sin ser castizo, aparece cuatro o cinco veces en el curso de la obra, amén de otros términos que pueden pasar en un editorial de periódico, mas no en el libro de un intelectual de estirpe auténtica.

Nimiedades tales censuras dirá alguien, máxime si quien las hace es un modesto agitador de péñola, que pocos nexos tiene con la sonora lengua de Castilla. Sin embargo, no hay que olvidar que si se formulan, es precisamente porque se trata de un iniciador cuya obligación es dar ejemplo de buen decir y de forjar párrafos lapidarios y musicales.

Los personajes son reales, sacados de la vida. El principal, Patiño, es tipo atrayente, de clara inteligencia y de una filosofía natural bastante aguzada. Es un espécimen del antioqueño aventurero, honrado y buscalavida, que también sirve para habérselas con las agrias entrañas de la madre común en busca del filón redentor, como se echa al cuerpo los arreos militares en caso de revuelta política, o se entra por los claro-oscuros de las sacristías, viste de

monago y lidia con el chismorreio místico-agresivo de horridas beatas y curas revolucionarios. Es figura bien delineada y observada con amor,

La señorita Elena es sin duda el personaje-luz de la obra. Trátase de la noble doncella de alma levantada, de encendido corazón abundando en virtudes cristianas, y en quien el medio mezquino en que se agita, no ha logrado viciar y deformar las bellas cualidades que la adornan. Viva enseñanza de la rectitud de conciencia y del valor civil, sobre los que conviene meditar en estas épocas de las grandes claudicaciones y de la juventud que se vende y falsifica sentimientos con la veleidad camaleónica de hembras histéricas.

El don Gregorio, novio de Elena, es el infeliz sin carácter acogotado e inferiorizado por los prejuicios imperantes. ¡Pobre hombre maleado por el medio de sacristías en que se debate sin brillo y sin gracia, hasta que sucumbe aplastado por el desdén de la gallarda mujer a quien no supo conquistar como varón!

Los padres Alange y Acevedo son figuras gratísimas de evangélicos sacerdotes, cuyas almas vuelan muy por encima del chapoteo rabioso y fraticida de falsos profetas, de militarotes incultos y de caciques peludos y furiosos como hombres de las cavernas. Refrescan sus siluetas y consuelan tanto más el espíritu, cuanto que son salidas de la realidad, y en la realidad tienen similares, los genuinos apóstoles de Cristo, cuyos brazos se abren como los del Maestro, para estrechar en abrazo paternal todos los hombres, en vez de exhibir los puños crispados en ademán de ataque....

Doña Petra es la repulsiva hembra politiquera, la rata mística que roba reputaciones, e irrespirable torna el aire con sus pujos idiotas de directora de conciencias y salvadora de la sociedad. Personaje que debía ser cómico por lo desmedido de sus pretensiones y lo menguado de los recursos mentales con que cuenta para encarnarlas en la práctica; pero que sombrío se torna y hasta trágico por los excesos y aberraciones a que llega en rebusca de éxitos y triunfos. Con facilidad conviértese en instigadora del asesinato contra inocentes cual otra «Doña Perfecta». Botero Saldarriaga en veces trata de atenuar los lineamientos repulsivos de su heroína, mas no lo logra, porque la realidad y lógica de los hechos saltan por sobre la piedad del autor, dejando a la

repulsiva señora tal como la solemos ver por iglesias y alcobas.

Entre los caracteres secundarios muévase por ahí, apenas esbozado, una tierna miniatura, demasiado artística, conmovedora y doliente. Es el «soldadito de Aranzázu» El teniente Orozco es una figura simpática, de militar noble y rudo, no pervertido por la vida de cuartel. Orteguita, el eterno enamorado del General Mosquera, está tan bien pintado, que al verlo en el libro, acude a mi memoria el recuerdo de un anciano bueno, honorable y liberalísimo, que siendo yo niño, frecuentaba siempre la tertulia de mi padre, y no dejaba de hablar del gran viejo «Mascachochas» a quien a diario encendía velas y cuyo retrato, en pequeña mascarilla de plata, llevaba en la solapa de la americana.

Tienen estos personajes, bien observados en lo que dicen relación con su psiquismo, algo que constituye un defecto y que a veces les merma verdad. Refiérome a la manera elevada y correcta como dialogan. Véase a las claras, desde el primer momento, que no son ellos los que hablan sino el distinguido hombre público Roberto Botero Saldarriaga. Qué digo? Quizá ni el mismo Botero Saldarriaga se expresa tan cuidadosa y finchadamente en sus conversaciones íntimas. Son diálogos demasiado literarios y de consiguiente, poco verídicos, lo cual quita movimiento y atractivo a la narración. Bien está que no se exagere la incorrección fonética ni los modismos y barbarismos del pueblo, pero sí es preciso, guardando un justo medio, cuando de novelas regionales se trata, dar idea del modo como se expresan los tipos que se estudian. Cálcase así mejor el pensamiento y con mayor propiedad se sugiere la indiosincracia del individuo.

No todos podremos tener la abrumadora retentiva de Carrasquilla o de Rendón en lo con el «folklore» relacionado; pero el que hace obras de costumbres sí está en la obligación de no desperdiciar ninguno de los elementos que contribuyen a fijar aquéllas de modo inconfundible. Un montañés o un minero hablando con la corrección del académico, son sencillamente insoportables, y, quien así los trasplanta al libro, desdibuja por completo sus personalidades y peca contra el octavo en cuestiones artísticas.

No concluyo sin llamar la atención de modo especial sobre el pasaje en que se describe la gran batalla de Garra-

patas. Júzgolo como lo mejor de la novela. Está lleno de movimiento, verdad y vida. El corazón siente la angustia de los combatientes, ante la muerte invisible y certera que revuela por la caldeada llanura. No sobra un detalle; nada falta. Es indudable que en esas páginas Botero Saldarriaga ha estado a la altura de su fama, lo mismo que en la escena admirable entre Elena y Gregorio, cuando ella le pide que no abdique, y en la no menos feliz que cierra el libro, entre Patiño y Guadalupe.

Después de todo, justo es batir palmas a Botero Saldarriaga, quien ha tenido la virtud de ser creador y dar ejemplo de viril empuje en tierra impropicia para la obra de arte como la nuestra, donde se le rinde tributo a la infecundidad olímpica, y sólo es meritorio el seudónimo que oculta al gacetillero sin nombre y sin honor, cuyo sello heráldico es el trébol trifoliáceo de la maledicencia, la calumnia y la ruindad.

El Zarco

La aparición de una novela vernácula, compuesta por un ingenio cuya labor en las letras patrias ha sido suficientemente conocida y elogiada para conquistarle los honores del maestrazgo, debía mirarse como acontecimiento artístico e intrigar la curiosidad de los círculos sociales que se preocupan por el progreso efectivo de la patria.

Por desgracia, nuestro medio no es propicio para obras de pensamiento y aún tenemos ideas muy deficientes con respecto al concepto de civilización. Civilización, para muchos, es más lo externo, lo material, que el pulimento del espíritu y la delicadeza en el sentir. Nos entusiasma más la vacuidad crepitante de los políticos de oficio, que la macicez de la obra didáctica moldeadora de las generaciones presentes y futuras. Palmas de delirio batimos al torero ignaro que despanzurra becerros mansos en el circo, o al moderno boxeador que brutaliza por todo lo alto, con perdón de Maeterlink, trayéndonos en los puños de hierro los estigmas de civilizaciones seculares e hiperestésicas, en tanto que un silencio agresivo envuelve al poeta que pone toques de ilusión sobre la vida, o al pensador que señala el orto luminoso de los grandes ideales.

Civilización es, en veces, mera indigestión—no asimilación—de ideas y sentimientos extranjeros, que pretendemos incorporar rudamente, sin laboreo propicio y anticipado del terreno, en nuestra alma criolla, donde bulle el glóbulo rojo indígena, junto a las gotas de sangre española. Civilizados nos titulamos porque somos plagiarios en ciencia, en industrias, en comercio, en política, en arte, en todos los ramos de la actividad humana. Muy poco poseemos personal genuino, característico de la raza y del suelo, vinculado con raigambre potente a esta tierra maravillosa de los trópicos, que nos nutre con recia savia y debía darnos modalidades psicológicas y materiales inconfundibles para no ser el ano-

himado humano que hoy somos, prolongación grisosa de las masas cosmopolitas y pseudo-civilizadas de Europa. Y lo poco que poseemos no lo sabemos estimar, mirándolo con olímpico desdén o haciéndole el doloroso boicoteo del silencio,

Tál ocurre con las producciones literarias que muy de tarde en tarde vienen a romper el ambiente de asfixiante mediocridad intelectual que nos envuelve. Pasan inadvertidas: la crítica seria no se ocupa de ellas, porque no existe; la prensa en sus columnas se contenta con el mísero suelto sobre acuse de recibo, y después la absoluta indiferencia. Sólo en ocasiones, cuando la obra puede dar asidero por cualquier circunstancia al chismorreo lugareño, se produce un malévolos rumor de escándalo, en el cual el primer perjudicado es el autor que quizá tuvo en mira, antes que despertar las pequeñas pasiones y malsanos instintos del catarro, ser un intérprete artístico de la vida.

Ejemplos dolorosos de incomprensión o indiferentismo nos ofrecen algunos de nuestros más conspicuos escritores. Entristece pensar que para que José Asunción Silva fuera consagrado como uno de los artífices ilustres del verbo castellano, necesitó partirse el corazón de un pistoletazo, rodeando el suicidio de todas las nimiedades románticas que le dictara su temperamento de refinado. Antes apenas era conocido por un estrecho círculo de amigos de *élite*, y el resto, el público, el que da y quita reputaciones, el que consagra o cubre con las sombras del olvido, lo miraba pasar por las calles de la Atenas suramericana, con gesto de desdén, no exento de la sonrisilla compasiva con que favorecen las personas de buen gusto y las gentes prácticas a los perturbados inofensivos, no bien hábiles para las especulaciones del tanto por ciento. Los mismos poetas, que por afinidades mentales debieron haberlo comprendido o al menos observado como un caso de renovación artística, lo juzgaron siempre como un extravagante, como un irrespetuoso de los rumbos consagrados, a quien asistía la audacia de encauzar la sensibilidad por sendas desconocidas. Hoy sí; hoy, cuando la leyenda de su grandeza y de su refinamiento se ha cuajado sobre su tumba, abruma el recuerdo y la gloria del insigne bardo todos los «aniversarios», los sonetos y los panegíricos, la prosa anémica, la sensiblería ridícula y chata de los que sin penetrar en la sutil trama de sus poesías, hacen pininos de arte excelso con el rastro de amargura y de belleza que dejó tras de sí el ilustre suicida.

Carlos Arturo Torres es sin disputa uno de los primeros pensadores de esta América española, y, sin hipérbole tropical, puede juzgársele como una legítima gloria de la Nación. Sin embargo, varón de tan alto coturno, que tan prolíficas semillas ha aventado a los cuatro vientos, que gallardamente ha sido árbol frondoso para dar frescuras, músicas y abrigo a centenares de representantes de la juventud americana, que siguen sus enseñanzas y que, muchas veces entran a fuego y sangre a las páginas de sus libros, tras el saqueo de los áureos lingotes de su ideación espléndida y robusta y de las sonoridades de su prosa de maestro, pasa ignorado entre la multitud que delira con las cupletistas, los payasos y otros juglares de éxitos fáciles. No se le ha hecho justicia a Torres. Colombia no se ha honrado honrando su memoria de pensador esclarecido. Su labor apenas es conocida, por los pocos que frecuentan el silencio de las bibliotecas, en medios como el nuestro, donde existe parquedad en la lectura.

¿Y qué decir del maestro de la prosa americana, del que pulverizó hombres y gobiernos con las centellas de su pluma luminosa como cascadas de oro y acerada, cruel y pulida como un puñal de samuray? Surge, naturalmente, la figura rebelde del revolucionario cosmopolita Juan de Dios Uribe. Nadie como él para dar elasticidad, donosura y sugestión al pensamiento, que en sus manos se torna arrogante e impetuoso como un corcel de raza; nadie que haya hecho más fluída, grácil y abundante la palabra. El adjetivo bajo su pluma no es relleno engañoso, sino gloria, nervio y luz del sustantivo. Los párrafos revientan en la fragua de su cerebro, detonantes, hermosos, de cincelada armadura, como mancebos prestos para un combate a muerte en que fluye la sangre en fuentes incontenibles como una dilusión de flores purpúreas. Juan de Dios Uribe es el prosador epónimo, es el verbo tornado en arte, en venganzas y en letanías a la libertad. No obstante, semejante representante del espíritu inconforme y ciranESCO que debe animar estas revoltosas democracias americanas, ansiosas de formas estables de libertad y progreso, no cuenta con el santuario a que tiene derecho en el alma colectiva, que suspira por el engrandecimiento de la República y a quien él trató de liberar con las trepidaciones de su frase incendiaria. El fanatismo, las raquílicas pasiones políticas y la incomprensión vergonzante de gentes dominadas por femeniles prejuicios y por minús-

culos convencionalismos sociales, no han permitido que a la memoria de este artista del pensamiento libre, quijote de la santa causa del derecho, e insuperable en los primores de la prosa, le sea ofrendada una digna edición de sus obras, que serviría, fuérase de la patria, como muestra de los blasones que podemos exhibir en asuntos de gaya ciencia. El odio vesánico de aquellos que hasta en los cementerios hacen rabiosa cosecha de oprobio para desvanecer sombras ilustres, ha impedido que escritor de tan alta extirpe sea conocido en el Exterior. Sistemáticamente se ha fraguado contra él la conspiración del silencio y del olvido. Pero él surgirá en el porvenir, desvanecidos sus innegables sectarismos, hijos de la época, porque los brotes del talento genuino son como las ondulaciones de las aguas tranquilas cuando un cuerpo viola su superficie; en círculos móviles se amplían más y más hasta que llega el instante en que mojan y socavan los apartados rincones de la orilla.....

Tales conceptos, hijos de una justa observación, dan derecho para pensar en que la novela «*El Zarco*», de Tomás Carrasquilla, que se presenta al público con todas las dotes de una complexión artística y robusta, no despertará los entusiasmos a que es acreedora como obra regional—y por lo tanto universal—desempeñada con verdadero acierto y dotada de un raro poder de sugestión, de capital importancia para el estudio de nuestro pueblo.

Y esto será tanto más positivo si se advierte que la acción de la novela pasa en las puras breñas de la montaña, en el sembrado de rudos labriegos, borronado por el humo del hogar primitivo de tres piedras, o en el poblado melancólico y pintoresco, nutrido de miserias y de humildísimas virtudes donde no hay asomos ni de civilización ni menos de refinamiento, y los personajes que en ella actúan no son «ciudadanos», no gastan cultas maneras, visten modestamente y hablan el semidialecto que emplea el pueblo campesino de Antioquia.

Avanzo tal afirmación, porque para muchos el mérito de la obra de arte está en cierto exotismo con tendencias al universalismo o a lo que así se considera, al propio tiempo que en la pintura de costumbres y caracteres más o menos selectos y distanciados lo más posible de los que desfilan

diariamente ante nuestros ojos. Esos podrían catalogarse entre los «aristócratas» del arte, y por cierto que ven la aristocracia en lo externo, en el detalle nimio o en el alambicamiento de la frase, sin cuidarse en lo mínimo de la verdad del sentimiento, ni en la pujanza desbordante de la vida que en olas bullidoras ruge a su redor. Son los que desdeñan el paisaje familiar, el gemir en celo de la tierra que los sustenta, los dolores y alegrías del pueblo cuya sangre llevan, para deleitarse con croquis de países que nunca han visto y que sólo conocen de oídas o por la sapiencia de las enciclopedias, y con usos, modas y personas, cuyas genialidades psicológicas apenas barruntan.

De allí nace la cáfila de poetas embusteros y fumistas, que nos hablan en versos esmirriados y caóticos, como faltos de sinceridad que son, de musmés y bayaderas, geishas y odaliscas, y de camarines de raso trascendiendo a mirra y cinamomo, y de citas bajo acacias y tilos, cuando podría jurarse que su arranque erótico lo han tomado de modestísimas maritornes, cuyas emanaciones en nada recuerdan ni el ámbar ni la reseda. De allí surgen los admiradores fervientes y por adehala imitadores en pequeño de esos libros «mostruosos» e ingenuos, escritos para deslumbramiento de jovenzuelos livianos, como «*El Señor de Phocas*», «*El Vicio Errante*», «*El Infierno*», «*Al Revés*», y no sé cuántos más, en que con algunas nociones de patología mental en el ramo de perversiones sexuales y un estilo coloreado y primoroso, se falsea la vida de modo lamentable, se dan muestras de un super refinamiento de crisocal y se hacen ediciones copiosas para cierto público que finge alta corrupción y agotamiento del sistema nervioso, como otro falsifica virtudes, todo *pour épater le bourgeois*.....

La novela que estudio no será para los paladares estragados de los aristócratas, quienes pueden dejarla sin desflorar. Es un manjar sencillo, muy nuestro, condimentado con raíces y yerbas aromáticas de la tierra, y cuyas emanaciones recuerdan los gratos vapores de los platos regionales que han acariciado el olfato desde que hemos abierto los ojos a la luz.....

Oh! el encanto de las navidades en la paz del hogar, en la sedante casita de campo, rodeada la madre de la chiquillería bulliciosa, en tanto que frente a la cazuela humeante amasa con mano experta el buñuelo que se dora y esponja bajo la acción del fuego, saturando el ambiente de un

olor salino y provocador! Y quién puede olvidar el rústico puchero, donde campea desde la papa selecta hasta la plebeya arracacha, que ha fortalecido esas generaciones de hombres sanos, fuertes y aventureros, dominadores de los bosques y timbres justos de orgullo para Antioquia? ¿Y cómo no recordar y saborear con deleite el plato de natilla trascendiendo a la pura canela y cuya confección, en las visperas de Noche buena, obedece a una especie de rito en la cocina antioqueña, en favor de una deidad familiar y afectuosa?

Y perdóneme Tomás Carrasquilla; pero él, que es maestro en cuestiones de alma adentro, sabrá explicar el por qué cuando disfruto del placer de su prosa experimento el efecto de sensaciones gustativas y olfativas, que traen a mi memoria épocas lejanas de mi vida, aquellas dulces, pasadas en contacto de la naturaleza, como cuando leo ciertas páginas de nuestro padre y señor Miguel de Cervantes Saavedra.

«*El Zarco*», he apuntado, no es para los *snobs*, *rasta*; es para los amantes de las bellas cosas, que dotados de un espíritu generalizador y universalista de legítimo basamento filosófico, se interesan por los productos clásicos de la tierra propia y sienten de verdad, cuando se rozan con las almas humildes de labradores y gentes de la hampa, que, como almas, al ser estudiadas por un temperamento de artista, ofrecen tanto encanto y atractivo como las joyas, adornos y afeites de la más refinada cortesana, al propio tiempo que, por el prestigio del arte, y como partículas del gran todo universal, adquieren el dón de la universalización. Ha dicho Bernard Shaw que sólo universaliza caracteres quien copia los que tiene cerca y bien los estudia.

Ofrece *El Zarco* tres puntos de meditación de capital importancia: los personajes, el medio ambiente y la psicología total, o sea la serie de detalles que constituyen una gran verdad en globo, preñada de hondas e importantes sugerencias sobre el carácter, costumbres y modalidades de esta llamada raza antioqueña.

Me ocuparé en primer término de los personajes. Naturalmente surge como figura dominante de la novela la figura de Mana Rumalda. Es algo que se impone, que tiene vida, que se mueve con gestos y rasgos inconfundibles. En

la montaña hemos visto la vieja noble y buena, animadora y guardián del hogar primitivo y limpio, interviniendo en los múltiples menesteres, desde la confección diaria del modesto yantar adobado con frutos de la huerta, en la cocina ahumada y renegrida como antro de brujería, hasta la oportunidad en que debe multiplicarse el ganado para que el rendimiento sea mayor. Ahorrando siempre los centavos y sacando partido de las cosas más insignificantes, para que nunca la miseria llame a su puerta, y también por el placer de ahorrar. Enamorada de su marido a su manera, quizá por costumbre, sin coqueterías ni exigencias de ninguna clase. Creyente a macha y martillo, sin que escaseen en su haber sentimental curiosas supersticiones, muchas de ellas importadas del Africa, que confinan por un lado con la religión y por otro con la medicina; porque ha de saberse que en veces es medio taurmaturga y «yerbatera». Nadie como ella sabe de «vahos», «sahumerios», bebidas y «fletas», para eso de sacar «vientos encajados», «bajar la gota», o de curar el tabardillo. Su ternura es ruda como el ambiente en que se mueve, pero hay en su alma raudales, que los vierte entre cantaleñas, ñutidos y rezos. En fin de fines, es un verdadero tipo digno de estudio, y del cual Carrasquilla en esta vez ha hecho una creación maestra.

Veo en ella, precisamente como creación maestra, como reproducción exacta de la vida, un símbolo gráfico de lo que es esta Antioquia prolífica, especialmente en lo que al pueblo humilde y laborioso se refiere. Las virtudes de Mana Rumalda son las del montañés antioqueño cuando echa por sendas de honorabilidad y corrección. El amor al hogar, que está por sobre todo, y la fidelidad indestructible que nada empaña y que si subsiste es porque ni siquiera con el pensamiento se concibe que pueda violarse; el culto al trabajo, persistente y hasta monótono, a toda hora, todo día, sin levantar los ojos del surco, donde se suda la existencia, sin más alegría que la de no sentir torturas de alma, aceptando la consigna de la lucha eterna, sin protestas ni envidias; la fe ciega incrustada en el cerebro, incontrovertible y siempre sometida, en todo y por todo, a las enseñanzas y exigencias del Cura que gobierna las conciencias como amo y señor; el cariño acendrado para los propios, pero envuelto en una costra de indeferencia externa, que no da de sí, cuando aquél trata de exteriorizarse, sino monosílabos o zurdos gestos de afecto, que mueren tímidamente cuando apenas se esbozan; la

virtud del ahorro, o lo que así llaman, que a veces degenera en avaricia y que mata en germen cualquier gusto o expansión desde que pueda ocasionar mínimo gasto; la hospitalidad para el extraño, muy reservada por cierto y muy escrutadora, que no excluye un poco de xenofobia, sobre todo por temor al contagio de las «malas ideas» venidas de fuera; y por último, un alto sentimiento de independencia, desligado por supuesto de la religión, que hace culminar en maizales y plantíos un individualismo en ocasiones agresivo.

Figura de la laya de Mana Rumalda, tan palpitante de verdad, nutrida con savias acres de la vida, hija de una observación precisa, en la cual ni sobra ni falta un solo detalle, y que tiene el poder, cuando se le evoca, de sugerir, al propio tiempo que una personalidad precisa de corte vigoroso e imborrable, las armonías y similitudes del pueblo o raza de que ha tomado cuerpo, necesariamente tiene que ser una creación maestra: «El Quijote» salva las edades y las modas artísticas por eso, porque siendo una figura magna del arte humano, con caracteres tan propios que le dan fisonomía desemejante a la del común de las gentes, evoca por la vida que la anima, por el alma bulle que en él palpita, a todo un pueblo soñador y caballeroso y a la legión fervorosa de los visionarios de los nobles y bellos ideales de todos los tiempos. Mana Rumalda perdurará por siempre en la literatura hispanoamericana, como ha perdurado la radiante figura de María.

Mano Higinio es el esposo de Mana Rumalda. Figura procera, de gran relieve, aunque no tan sugerente como aquélla. Es el tipo del patriarca montañés de mentalidad apagada, de honradez incuestionable, y de sentimientos religiosos tan arraigados, que conducen hasta las torturas de lo patológico. Hace pensar, con su cara de asceta y la llama de fervor que lo consume, en uno de esos perturbados de la Edad Media, que destruían la materia a fuerza de privaciones, rezos y cilicios. Mano Higinio lentamente va a la locura mística, y cualquier día, sintiéndose condenado, se ahorca. La manera como Carrasquilla estudia y analiza la sombra que va mordiendo esa conciencia, es magistral. No hay en tal caso, como decimos los médicos, nada de artificial, estudiado o científico. Es simplemente la ciencia de la vida la que allí alienta, la justeza de la observación más estricta. Nótese que el autor al crear personaje tan saliente y difícil, no echó mano de los libros, sino que reprodujo

un modelo de carne y hueso ofrecido por la realidad, ejemplo éste digno de seguirse por aquellos que creen que se puede crear algo duradero con los solos aletazos de la fantasía, que se logran hacer revivir fragmentos de existencia bajo forma artística, cuando se desconocen en absoluto, por más que los libros nos den nociones.

Y llegamos a *El Zarco*, hijo adoptivo de Mana Rumalda y Mano Higinio. *El Zarco* es producto del misterio, es el *botao*, como se dice en la novela. Una noche, cuando en la finca de Agualinda, donde trabajaban la Rumalda e Higinio, todo duerme, se aproximan unos hombres embozados a la casa, protegidos por la oscuridad, y dejan en el corredor, bien abrigado y cubierto, a un niño, con quinientos pesos, vaca de leche y su cría correspondiente, y un papel en el cual se hacen las recomendaciones del caso, sin rastro ninguno de la procedencia del chico. Los buenos campesinos toman a éste por su cuenta, y empiezan a cuidarlo con cariño y ternura cual si fuera el hijo propio. *El Zarco* corresponde a los afectos que despierta, y ve en sus protectores a su padre y madre verdaderos.

Cuando aparece en la novela, es un tipo de zagal verdaderamente hermoso, inteligente, trabajador, avisado y simpático.

Adviértese en él desde el primer momento, la supremacía de la raza a que pertenece. Contrasta su desembarazo, su ingenio y su porte distinguido con las modalidades desmañadas y plebeyas de todos los que lo rodean. Y precisamente sobre la superioridad moral y material de *El Zarco*, se desenvuelve la trama de la obra.

La superioridad tan apetecida se paga muy caro en la existencia, sobre todo si se exhibe en medios pequeños y mezquinos, como los medios aldeanos o montañeses, donde se conocen unos a otros íntimamente, y el hombre, por falta de roce y educación, deja libres menguadas pasiones y malos hábitos. Allí la envidia raquítica, como el odio al vestido nuevo o a la casa limpia del vecino, envenenan lentamente las almas; las murmuraciones infames y calumniosas por el acto más trivial, que es discutido, agrandado y falsificado, por los altos y bajos de la parroquia; la venganza continua, implacable y mísera contra quien por cualquier circunstancia sobresale por sobre la inferioridad reinante; la incompreensión y falta de caridad en una palabra, bajo sus formas más

repulsivas y nocivas, viciando el aire que se respira, tiznando las almas de minúsculas maldades, torturando el cerebro y recortándole alas al pensamiento, haciendo invivible la vida..

A *El Zarco*, generoso y de nobles impulsos, lo persiguen sin descanso sus tíos supuestos y las esposas de éstos, mortificándolo a cada paso con la cruel y exasperante guerra de alfileres que acostumbran las hembras cuando dicen a perseguir. Por doquiera oye el horrible vocablo de *botao*, que le llena el alma de amarguras y despecho. Nada tan lacerante como el dolor del pobre muchacho ante la vileza injustificable de los que lo hieren. Hay escenas tan reales y conmovedoras, impregnadas de tan temblorosa emoción, que se sienten las lágrimas ascender a los ojos, al par que un movimiento de protesta por la canallada humana.

Concíbese la maldad de hombre a hombre, porque allí hay peligro verdadero, existiendo como existen fuerzas ofensivas y defensivas que se contrarrestan, exponiendo a quien da un tajo a recibir otro. Compréndense las ofensas del hombre para con la mujer y viceversa, porque en tales encuentros figura el amor, la más formidable de las pasiones humanas, que tiene de lo implacable, de lo doloroso, y de lo feroz, papel principalísimo, y porque la mujer es enemigo temible, no obstante su mentada debilidad—mero pretexto de dominación.—Pero lo que no se concibe es la crueldad con un niño débil, indefenso y querido. Eso es abominación repugnante, relajación de todos los vínculos morales.

El estudio psicológico de *El Zarco* es obra de positivo mérito. Véase en él paso a paso cómo van despuntando la conciencia del niño y las múltiples observaciones que lentamente le sugiere la existencia. Aquella alma crece llena de bríos e ingenuidad, ansiosa de expandirse, de saber y de vibrar, torturada en momentos, buena y limpia. Hácese adorable desde el primer albor con sus ensueños, invenciones y actividades y se experimenta al contemplarla la zozobra de que quizá la empañe el vaho pestilente del mundo.

Se ha distinguido Carrasquilla en la precisión del análisis, cuando de niños trata. Allí están «Blanca», los héroes de «Dimitas Arias» y el de «Entrañas de Niño», que sacarán adelante mi aserto; pero es preciso convenir que en el de *El Zarco*, se ha superado. Ese muchacho queda en la

memoria con la precisión de la realidad, como aquel otro de la literatura universal a quien Daudet bautizó con el nombre de «Jack».

«Los Caliches», son los yernos de Mana Rumalda, los tipos clásicos del montañés perverso, enredador y falso, que no desdeña, cuando sus pasiones se desbordan o se propone un fin, en consumir hasta los más horrendos crímenes. Porque justo es confesar que no todo es orégano en el bosque. Si existe la Antioquia sana, trabajadora y honrada, simbolizada en Mana Rumalda, también, por nuestro mal, alienta la cazorra, feroz y asesina, que tiene legítimos representantes en «Los Caliches».

Un género de literatura falsa, hija de un regionalismo embustero o interesado y de una observación deficiente, pinta siempre al habitante de campo y montaña como el tipo del hombre limpio de cuerpo y de espíritu, penetrado de un hondo sentimiento de justicia, que de sol a sol riega los surcos abiertos por la azada con el sudor de su frente, que ora por las noches con manso corazón en torno del hogar chisporroteante, al lado de la esposa y de los hijos, dotado de un alma evangélica, donde nunca aullan las pasiones voraces de los hombres de la ciudad. Ese tipo, que en efecto tiene sus bellos representantes, cada día por desgracia más escasos, no es el genuino espécimen del montañés. Si tal fuera, valdría la pena de despoblar aldeas, pueblos y urbes para correr a las breñas y en contacto con la naturaleza, respirando el aire puro de las sierras, sin ambiciones y angustias, tonificada el ánima por la proximidad de los sanos de espíritu, entregarse a la vida bucólica y apacible.

Pero el montañés es como todos los hombres, y en ocasiones se muestra de maldad más salvaje y refinada que la que aqueja a los que viven en sociedad, maculados por los vicios de la civilización. La falta de educación, que ha dejado sin poda los instintos del primitivismo, y la relativa ociosidad en que se mantienen por las pocas exigencias de la vida y la fácil satisfacción de las más apremiantes necesidades, son causas que explican los excesos inconcebibles a que llega el campesino en la comisión de ciertos delitos. Los crímenes del ciudadano, por lo general, están en más armonía con las pasiones humanas desviadas o exaltadas. Urgido por el hambre, mata y roba; las injusticias de la existencia lo llevan a la revuelta y al apachismo; el orgullo, que no el amor por la hembra, lo hacen derramar sangre en ocasiones con trá-

gica arrogancia; el alcohol le conduce a excesos repugnantes; falsifica y estafa para librarse de la miseria o para cumplir con apremios de galanterías o refinamientos de civilizado. En tales actos, cuando se analizan serenamente, se advierte una lógica funesta, pero lógica al fin. Hay, aparte de las justísimas consideraciones de ética, proporciones entre la acción punible y el móvil que la impulsa. Raro es el caso en que se rompe la fatídica armonía en el delito ciudadano.

No sucede igual cosa con los crímenes campesinos. Allí todo es desbordado, excesivo e ilógico. Las circunstancias revisten caracteres de un salvajismo aterrador; se dirían fuerzas desatadas de la naturaleza. Si sangre se vierte es con sevicia inusitada, a mansalva y sobre seguro, sin una sola razón del horror de la sin razón. Daniel Escobar descuartiza a hachazos siete infelices durmientes para robarse unos cuantos pesos, que un ratero hubiera hurtado con una trivial estratagema de cine. Los atentados al pudor revisten formas repugnantes que afrentan a la especie y superan el espanto de la tragedia antigua. El asesinato por fútiles motivos se decora siempre con los agravantes de cobarde alevosía. Ha sido menester el invento del verbo «paviar», para designar la asechanza desde los matorrales del camino, con la escopeta en puntería y amartillada, en espera de que pase el que ha de suprimirse, de modo simple y cauteloso, como se hace fuego sobre una «pava» o «guacharaca». Las mismas bestias son víctimas de villanías inenarrables. He visto una vaca sin hocico y desorejada por la barbarie de un labriego, que se vengaba del manso animal, porque había traspasado el cerco de su predio para rumiar algunas yerbas. Un caballo hermoso ha sido tasajeado a machetazos, por pertenecer a un dueño que no gustaba al asesino.

Aparte de la criminalidad campesina, existen otras faces del alma montañesa y de villorrio que hacen odiosa la vida en los medios rústicos. Antes he enumerado algunas de ellas, como la envidia y el chisme en pequeño y la incompreensión en grande, pero quedan otras tan repulsivas como las anteriores cuando se extralimitan. Confieso que en ocasiones, si se mantienen en los lindes de lo justo, presentan hasta matices pintorescos que las tornan atrayentes. Las mil supersticiones heredadas de los aborígenes y muchas importadas por los aventureros hispanos, ofrecen a veces un positivo encanto de leyenda y encierran filones de una filo-

sofia maliciosa y natural, que sugiere sabias reglas de existencia. Ciertas prácticas curiosas, que retrotraen el espíritu a épocas de humanidad feliz y sencilla, dulcifican el ánimo y lo obligan a suspirar por el frescor húmedo de los boscajes, las inmensas lejanías de las montañas cobijadas por el azul infinito, el murmullo musical de las aguas. «la descansada vida del que huye del mundanal ruido», de que nos habló el Místico.

Pero en cambio, Dios mío! qué decir cuando aparece el fanatismo troglodita, toda la bazofia moral de los rústicos, la grosería, la mugre, el engaño, la avaricia, la testarudez, la sinuosidad reptilesca?

El verídico Carrasquilla, predicador de que el arte sin verdad no es arte, se ha conformado en un todo con la realidad y ha creado «Los Caliches», sacándolos de las propias entrañas de la diaria existencia, lo mismo que los demás personajes, y los ha animado con una alma tortuosa que se muestra tangible a nuestros sentidos.

«Los Caliches» son asesinos y cobardes con el empuje de los carniceros, asesinos natos como diría Lombroso, que van al crimen sin brizna de disculpa, si es que para aquél existe. Son avaros con avaricia infame, y de allí ese tormento que infligen a Mana Rumalda, calculado y frío, que nada respeta, que por poco echa abajo la casa y el plantío, en rebusca del supuesto «entierro», y el con que torturan la inocencia y debilidad de *El Zarco*, día y noche, al juzgarlo como heredero de lo bienes de Mano Higino. Son camorristas y enredadores, y por éso viven en pleitos, en las encrucijadas de ese rabulismo sin entrañas de las parroquias, creado por almas envenenadas y por indignos escamoteadores de la ley.

Como productos de la vida, semejantes tipos ponen en la obra una nota de desolado pesimismo, que oscurece la nitidez de ciertas almas que en ella esplenden, y dejan en el lector la angustia y desencanto que ocasiona siempre la proximidad del *homo sapiens*. La fiel reproducción de la existencia, por más embellecida que sea por la magia del arte, deposita siempre en el fondo del espíritu un acre sedimento de tristeza, y esto es aplicable aun en aquellas obras escritas con ánimo sonreído, tratando de evidenciar el concepto de lo cómico. Para un cerebro reflexivo, nada tan melancólico como la comicidad humana. Después de que la

risa ha convulsionado el organismo ante una ridiculez o situación falsa, queda en las interioridades la bruma del regocijo, que con gran facilidad puede resolverse en lágrimas. Carrasquilla que, como he dicho, es un verídico en arte, incapaz de filigranas de fantasía, se muestra sin pretenderlo como un consumado pesimista. Y no puede ser de otro modo desde que éntre y salga con los ojos escrutadores por esos vericuetos de las almas, tan complicados, tan lóbregos y..... tan melancólicos. Sonríe Carrasquilla a cada paso en sus obras, pinta como él sabe hacerlo los detalles cursis o jocosos de sus héroes, se regocija el lector con sus salidas y ocurrencias donosas, y cuando se cree que la alegría va a dominar el conjunto, viene la nota dolorosa, que dormía latente, el retacito de un alma abyecta, la queja de un corazón que ha sido herido impensadamente. ¡Así como en la vida!

Con lo dicho no pretendo hacer profesión de fe pesimista; no aspiro tampoco a maldecir la existencia. Únicamente anoto que quien la vive intensamente, y la contempla con ojos veraces, al copiarla tiene que reproducirla tal cual es: oscura y dolorosa, con sus chispazos de luz en veces y gratos aromas por momentos, pero en síntesis, oscura y dolorosa. Esto, naturalmente, excluye el optimismo y la conformidad, que son virtudes beneplácitas pero tontas, mas de ninguna manera el meliorismo, que es la perenne inconformidad con lo existente, aunado al anhelo fervoroso por que todo sea digno de mejorarse en el tiempo, mediante las potencias exaltadas y bien coordinadas del espíritu.

La Nata Miranda es en la novela de Carrasquilla una alma-luz, que tiene el encanto tornasolado y movedizo de las mariposas. Dignísima hermana, esta querida silueta femenina de aquella otra «Pepa Escandón», tan llena de movimiento, de gracia e ingenio. Por fortuna, no son escasas en nuestra tierra adusta, mujeres como la Miranda y la Escandón, adorables en su avispamiento, inocentes y puras en sus malicias, que llenan el aire de risas argentinas y de resplandor de miradas, con pura alma a flor de cuerpo, y que cuando llega la hora de enseriarse por exigencias de la existencia sacan al exterior todas las vigorosas fuerzas morales que nobles herencias y cuidadosa auto-educación, han almacenado para enfrentarse con gallardía ante los golpes devastadores de los días. A mi pluma acude otra figura femenina, digna de renombre y tan cautivante como las ante-

rioros: refiérome a la heroína de «Grandeza», Magdalena Samudio.

Mana Casimira, la del horrible labio latorino, la mendiga «boquineta», recogida por caridad de Mana Rumalda, es un personaje que aparece pocas veces en el curso de la obra, pero rodeada de un nimbo de ternura saturnina que la hace bella en su fealdad.

¡Magia maravillosa del arte la de hacer atrayente lo repulsivo y extraer el diamante facetado y luminoso de las más turbias canteras sociales! En Mana Casimira luce el amor maternal no satisfecho, en todo su esplendor, y se siente la terneza sedosa de un espíritu rudo, cuando se halla en contacto con almas de bien, capaces de exteriorizar a fuerza de bondad, el recóndito tesoro que sin duda alguna duerme en el fondo de todo ser humano.

El Padre Mejía, es figura ascética, de lineamientos vigorosos, pálida como la cera, iluminada por la llama interior de positivas virtudes cristianas. Recuérdanse al contemplarla esas pinturas antiguas intensamente sugestivas por la pátina del tiempo, de santos varones, donde se advierte un halo de idealidad mística por sobre las dolencias y poquedad de la carne vencida y torturada, en rebusca de espiritualismo.

Cuán lejos estamos, ante ese personaje excelso, del Cura político moderno, que olvidando la nivea lana del Cordero Pascual y el gesto augusto y amplio del que bendice a todos los hombres y que para cada corazón tiene una palabra de miel, baja a la plaza pública llena de polvo, y sudor, y multitud en celo, y vitandas pasiones que aúllan, y allí, congestionado y crispado por el odio, vociferará las frases que hieren y vierten sangre, y amenaza con el puño y con el ojo airado, cual si fuese el jayán guapetón de nuestros villorrios..

Al Padre Mejía se le ve una sola vez con motivo de la fiesta de Santa Bárbara, patrona del pueblo. Pronuncia el sermón en elogio de la santa, pero ¡qué sermón! Aquella prosa ondulante, fluída, cristalina y levantada, se roba las almas y las eleva a las cumbres de la serenidad religiosa. Diríase el chorro de un surtidor convertido en fugaz reflejo de piedras preciosas por los rayos del sol que sube y sube hasta tornarse en alba niebla que se pierde en los cielos.....

Los dos GiralDOS son personajes pintorescos y sombríos,

más del siglo XVI que del presente, en quienes se advierte la híbrida mezcolanza de religiosidad, fanatismo y superstición, producto no escaso del medio. Verdaderos tipos de leyenda bárbara, recuerdan los legendarios penitentes de la vieja y española ciudad de Antioquia, que en el silencio de la noche y trajeados con un hábito negro, cuya capucha cubría la cara, con violentas disciplinas se azotaban las carnes hasta hacerlas sangrar.

Respecto al medio en que se mueven los personajes apuntados, y muchos otros que aparecen y desaparecen entre la multitud que en la novela se agita, mostrando, como en la realidad, propia fisonomía, ya está dicho que es puramente antioqueño. Y por cierto que abarca en esta ocasión desde los campos de labranza montañesa, hasta la ciudad capital, el Medellín ingenuo de 1863, sin excluir el pueblo, que es una zona intermedia de la vida campesina y ciudadana. Allí bullen, por lo tanto, los paisajes propios de Antioquia, y la arquitectura y decorados sui generis de los poblados, junto con esa psicología honda y característica que emana de las cosas y que va contribuyendo lentamente, pero de modo innegable, al moldeamiento de las almas de quienes en su contacto se hallan. He dicho de las almas y debí ser más afirmativo y referirme también a los cuerpos, es decir, al hombre completo.

Es un hecho indiscutible, aceptado hoy por la moderna biología, que el medio es asunto capital en el desarrollo del sér viviente. El mismo elemento unicelular no puede considerarse desligado del medio en que actúa, porque entonces valdría tanto como considerarlo sin vida, o no tenerlo en cuenta para nada. La célula que da origen a un organismo complicado, prospera, se multiplica y diferencia, en el transcurso del tiempo, los distintos tejidos y órganos que a aquél integran, por razón del medio. Suprimásele éste o cámbiese por uno inapropiado, e inmediatamente esa célula, llena de potencialidad vital, con todas sus fuerzas listas, almacenadas en el núcleo y el protoplasma, para desarrollarse y formar el tipo del individuo perfecto, moriría. El hombre no se sustrae a estas leyes, que, naturalmente, por tratarse de un sér de trama sutil y altamente diferenciada en los principios que lo informan, donde el espíritu es amo y señor,

cuando a él se refieren, se presentan en amalgama sutil, oscuras y difíciles de estudiar y catalogar. Mas es lo cierto que existen y que influyen de manera definitiva en la suerte de los humanos.

De los diversos medios han tomado origen las diversas razas y pueblos, y quien tal dice, se refiere a los diversos usos y costumbres, a las grandes diferencias en mentalidad y cuerpo, a los distintos modos de sentir y de pensar, a la considerable semejanza de los hombres, dentro de la uniformidad esencial del género humano.

De estos hechos evidentes han surgido las diferentes formas de gobierno, las múltiples religiones, las filosofías, las literaturas, el sello especial, en una palabra, que cada sociedad pone a la manera de entender y disfrutar de la existencia. De allí ha surgido también lógicamente, la necesidad de un estudio detenido del medio, para fijar normas de conducta a los pueblos, que los conduzcan por sendas amplias de progreso y bienestar. Biólogos, sociólogos, estadistas, pedagogos, no son sino estudiadores del medio, individuos que buscan las ocultas ligas de la tierra con el hombre y las no menos misteriosas que unen a los del mismo conglomerado social. Y por cierto que, precisamente, de la manera como esos investigadores cumplan su cometido dependen la bienandanza o el desastre de las naciones, pues está visto que una desadaptación cualquiera, por desconocimiento del medio, lleva fatalmente al fracaso.

Nuestro país es una prueba palmaria de lo dicho. Hemos fracasado en la política, en el comercio, en la agricultura, en ciencias y en todo, por plagiarios, por falta de originalidad positiva, por total ignorancia de los medios en que alentamos. No hemos sido lo suficientemente observadores para volver los ojos a la tierra nativa y robarle sus secretos. No nos hemos detenido con paciencia de pensadores a contemplar nuestros orígenes híbridos, ni a analizar las influencias de este sol de canícula que nos tuesta la piel, de estos valles y montañas inmensos, donde la vista se fatiga de tanto espacio, que nos hablan de galopes de potros libres y de libres vuelos de cóndores, de estas selvas enmarañadas como un universo caótico, cruzadas por ríos silenciosos que son mares, de esta eterna primavera maravillosa y agresiva, donde espía la muerte a cada paso, por el mucho exceso de vida y fecundidad. Nos hemos contentado con apropiarnos lo ajeno, e importarlo a nuestro suelo, sin

calcular los frutos que ha de darnos. Y tenemos algunos que son verdaderos productos teratológicos, y otros esmirriados y sin savia, como niños creados con alimento artificial, de prematura senilidad, en quienes a las claras se advierte que nunca succionaron los pródigos pezones de una madre sana.

Métodos pedagógicos, leyes, ciencias, modas, todo nos vienen de allá, del otro lado del mar, y todo en *pêle-mêle* deplorable, sin discernimiento, sin cálculo científico, lo incorporamos a nuestra existencia de civilización incipiente, sin pensar en que las indigestiones morales se traducen para los pueblos en movimientos de retroceso y en pérdida de la personalidad.

Bien está la imitación, pero no el plagio. El hombre no es una individualidad aislada; y naturalmente tiene que aprovecharse de la existencia y conocimientos de sus antecesores, como de la experiencia y conocimientos de los que han ascendido mayor número de grados en ese proceso indefinido de la evolución humana. Queramos o no, hemos de pagar tributo a los pueblos cultos de la tierra, y ese tributo es necesario y justificado desde que sepamos rendirlo a plena conciencia después de meditar serenamente en nuestras condiciones de receptibilidad, en las modificaciones benéficas que habrán de sobrevenir, y en la calidad de las ventajas del elemento importado. Pero incorporar al organismo social la reforma o el sistema que ha producido magníficos resultados en un pueblo de la zona templada, de raza y organización distintas a la nuestra, de ideales diferentes a los que perseguimos, únicamente porque allá ha tenido éxito, sin pensar para nada en nuestra mentalidad y reacciones psicológicas, sin calcular la potencialidad de las fuerzas asimilativas con que contamos, para incorporar el producto extraño de modo que constituya parte integrante de nuestro propio sér, que sea o se convierta en algo verdaderamente nuestro, es el colmo de la insensatez, es la muestra de la facultad simiesca que caracteriza a los pueblos bárbaros o degenerados. Ese producto, en semejantes condiciones apropiado, en vez de elemento de prosperidad y bienestar, convertirá a poco andar en obstáculo para el desarrollo armónico y metódico de la sociedad, cuando no en foco de perturbaciones e intranquilidades del gran organismo. Vendrá a ser como la colonia de microbios o el parásito que invaden un cuerpo viviente; si no son rápidamente eliminados,

demonstrarán con sus mismas manifestaciones de existencia el punto enfermo, el sitio trastornado o vulnerable, el boquete por donde huye la vida.

Tales consideraciones se aplican en un todo y por todo a la literatura, que es conspicua actividad del espíritu. Para que ésta cumpla los altos destinos que se le tienen encomendados, precisa que arraigue hondo en el medio de donde brota, que se nutra con savias de la tierra, que pinte la vida con verdad. De lo contrario, no tienen razón de ser. Porque, dígame lo que se quiera, la literatura no es obra sólo de mero entretenimiento: es obra de eximio entendimiento, de regocijo para las fruiciones más nobles del espíritu que son las de la ideación y de la generalización. Quien crea que la obra de arte no tiene otra finalidad que la del fugaz pasatiempo proporcionado a un centenar de ociosos, desconoce en absoluto su trascendente significación en la cultura humana. El poeta, el novelista, el dramaturgo, son divertidores, digámoslo así, de la multitud que siente, piensa y estudia, que tiene dilatados anhelos de espiritualidad, que desea encontrar la forma tangible de ese ideal de belleza y sentimiento que llama al alma cuando se concentra en sí misma frente a la inmensidad, en busca de un ascenso indefinido de perfección.

De la literatura puede decirse con propiedad que es la historia del sentimiento humano, así como la ciencia lo es del pensamiento. Hermanas gemelas que arrancan de la parte excelsa del hombre que es el espíritu, y que sólo viven del espíritu vibrante, liberado, abierto a todos los vientos renovadores y cargados de gérmenes fecundos para el presente y el porvenir.

Grande y bella labor la de la obra literaria que encierra los modos de sentir y pensar de un pueblo en un momento dado, al par que sus defectos, aspiraciones, carácter, cualidades e ideales. En ella encuentran el sociólogo, el educador y el estadista datos precisos para estudiar debidamente, y planear las reformas propicias que destruyan atávicos errores y desvelen sobre el futuro dilatados horizontes y senderos de bien.

De la sola novela se ha dicho que es la historia de las gentes que no la tienen, y como lo que constituye los grandes conglomerados humanos es precisamente la enorme masa de los innominados, de los sencillos, de los que como indi-

viduos no poseen ninguna representación social, o la poseen en escasísimo grado, y como esa masa es la que forma las sociedades, dándoles personalidad propia y fijando los rasgos inconfundibles de sus valores, lógicamente se deduce que es de suma importancia para quien se preocupe por el desarrollo y actuación de un pueblo, conocer a fondo la psicología y reacciones de sus diversas clases sociales, las historias pormenorizadas salidas del montón y que reflejan en conjunto el alma popular tan proteiforme.

La verdadera historia, la sintética, estudia sólo los grandes acontecimientos y delinea la figura de los héroes que sobresalen por sobre el nivel común. Atiende sólo a lo macroscópico, a lo demasiado visible, a aquello que marca el flujo y reflujo de las naciones, sin que muchas veces su ojo escrutador alcance a percibir el detalle, en apariencia nimio, vinculado a los humildes y desheredados. Y sin embargo, muchos de los grandes sucesos tienen su génesis en las ignoradas conmociones anímicas de los situados más bajo en la escala social, y efectos sorprendentes de los que perturban el mundo y nutren las páginas severas de aquella, no se comprenden como es debido, si sus causas no se buscan entre aldeanos, labradores y gente de la hampa. Sabemos más del doliente pueblo ruso por los libros de Tolstoy, Andreiev, Gogol, Dostoyonsky, Gorky, y comprendemos mejor el horror de sangre y de miseria que flagela esa tierra sin ventura, que por los relatos de sus historiadores, de seguro poco leídos. Del mismo modo que si España nos es amable y la miramos con filial respeto, no es por lo que de ella nos cuentan las crónicas referentes a su dominación en esta América, villanamente manchada por toda clase de crímenes, en los tiempos de la Conquista y la Colonia, sino por las páginas jugosas y dominadoras de un Cervantes, para no citar entre los antiguos sino al gran emperador, donde palpita el alma caballeresca y aventurera del pueblo, con sus defectos y bazarías, como palpita, haciéndose atrayente, en los libros modernos de Galdós, de Pereda, de la Pardo Bazán, de Valle Inclán, de Benavente, de los Quintero, y de mil otros creadores de belleza y nuevos descubridores de ese filón de arte maravilloso, oculto en los fondos del alma popular. Uno de los títulos llamativos y justos con que Colombia puede presentarse ante el mundo intelectual, es el de ser la patria de ese ingenio que responde al nombre de Jorge Isaacs. Es de más prestigio la divina creación de

«María», y muestra mejor un fragante pedazo de vida nuestra, enalteciendo, por otra parte, al pueblo que da de sí tipos de tan delicado y hondo sentir, que cualquiera de las historias que sobre nuestro país se han escrito.

Por supuesto que para que la obra literaria cumpla dignamente su propósito, necesita, vuelvo a repetirlo, de ser dominada por la verdad, una verdad descompuesta en otras tantas de detalle. Verdad en el sentimiento, en el pensamiento, en el paisaje, en los personajes y en los actos y dichos de éstos. Cualquier elemento que se falsee, echa a perder el conjunto, por más filigranas de arte que se gasten. Piénsese en lo que sería, por ejemplo, una novela de montañeses, en que los diálogos tuvieran la pulcritud y corrección académicas. Habría para desesperarse y maldecir de lo postizo del finchamiento.

Por éso no me explico cómo el distinguido amigo Samuel Velásquez, que gloria merecida conquistara sacando al sol ese primor de «Madre», amamantada a los pechos ubérrimos de la montaña, nutrida con la sangre del pueblo, olorosa a selvas y prados familiares, castiza y recia como no hay otra, a las diez y últimas se ha convertido en un renegado combativo, y olvidando su antiguo abolengo, sus timbres de orgullo, la masculinidad mágica y racial de su arte ha descolgado de su panoplia el arma con que intenta suicidarse como artista, y agredir a los que profesan ideas semejantes a las que dejó expuestas. En una almibarada misiva que desde Bogotá endilga a un Reverendo Padre, se descuelga con lindezas como esta que copio: «Lo que sí arrimé de verdad, como cosa de trastos tomados de orín, fueron los asuntos que informan mis primeros libros—y los de célebres novelistas antioqueños—. Me fastidió tanto regionalismo, y ese como miedo a manosear la palpitación del alma universal; y ya no hay riesgo de que yo vuelva con aquello de las *olladas de mai pelao* de «Madre», o el *calabazo aguamacero*, de «Sol», de Pacho Rendón, o mi Padre San Serapio, *toitico salido del enmarcao*, de «Frutos de mi Tierra» de Tomás Carrasquilla».

Tratando de desentrañar el sentido que informa el cambio radical de Velásquez en cuestiones estéticas, he llegado a la triple conclusión de que el preciosismo y amaneramiento del estilo son joyas falsas en arte y señal de decadencia; de que el culto del yo, practicado con fervor, desvirtúa un poco las sensaciones venidas de fuera y enturbia la

vista para la observación precisa, y de que mi caro amigo, por un reducido concepto sobre regionalismo, no cree que éste, cuando es bien comprendido, pueda abarcar «la palpitación del alma universal».

El regionalismo, como claro lo indica el mismo vocablo, es, aplicado a la literatura, la reproducción fiel de tipos y paisajes de una comarca dada. Para reproducir fielmente un personaje, es necesario conocerlo a fondo, en los diversos elementos que integran el alma, y expresar de manera exacta los distintos modos que tiene para ponerse en contacto con el mundo exterior (lenguaje, gestos, cualidades, defectos, etcétera). Eso se llama crear un carácter, es decir, un ser definido, lógico en la variabilidad natural de sus reacciones, y en concordancia con el medio. Caracteres creados según lo expuesto, dan por resultado una expresión de verdad y de vida al conjunto, indispensables a la obra artística. De donde se deduce que sin un conocimiento profundo, basado en la observación de las partes que han de constituir la obra literaria, ésta no tiene derecho a que se le juzgue como producto de arte. Puede ser labor de entretenimiento, urdimbre divertida de admirables episodios, dechado deslumbrador de estilo, pero le falta el sello de nobleza que da la verdad, la característica suprema de todo aquello que en una u otra forma tiende a elevar, ampliar y embellecer el espíritu, finalidad última del arte positivo, de la excelsa literatura.

Existen primorosas falsificaciones, joyas de crisocal de fascinadores cambiantes que están pregonando a los cuatro vientos las facultades de sus autores y que cautivan la atención y el entusiasmo de las gentes; obras conceptuadas como casi perfectas y que para muchos son la última palabra en asuntos de estética, y sin embargo, no pueden, analizadas con elevado criterio filosófico, considerarse como verdaderas obras de arte. Carecen precisamente del nervio vivificante de la verdad. Son meros engendros de fantasías desbordadas, juegos bonitos de hábiles juglares del pensamiento, coloreadas pompas de jabón, pavesas, humo. ¿Qué han creado, que han sugerido, qué dilatados panoramas han enseñado al ávido pensamiento? Nada. Han divertido breves instantes, y el espíritu ha permanecido inmutable como el vidrio atravesado por el flechazo de un rayo luminoso.

Cierto que el arte no tiene utilidad de la que se cotiza

en la bolsa o en los mercados, pero sí persigue, como se dijo, una gran finalidad como la que persiguen la ciencia y la religión; ennoblecer al hombre, obligándolo a un ascenso constante en idealismo, haciéndolo cada día más espíritu, para que no lo asfixie y embrutezca ese pellejo infecto que lo envuelve. ¡Arte maravilloso, arte divino, chispazo de Dios, que eres capaz hasta de dar tonalidades inmateriales y bellas a la propia carne humana, crucificada de dolores y de muerte!

Y tal misión no la cumplen el artista y el creador, sino con las manos y los ojos puestos en el palpitante corazón de la tierra, sintiendo sus íntimos estremecimientos, y oyendo el aleteo y el anhelo de almas y cuerpos que se apretujan y desgarran por correr tras sus sueños. «Escribe con sangre y aprenderás que la sangre es espíritu», ha dicho el tudesco iconoclasta.

Pero advierto una objeción que se me puede formular: Según lo expuesto sobre regionalismo, quedan fuera del arte, precisamente aquellas obras maestras, consideradas por la crítica de todos los tiempos como los más grandes monumentos del ingenio humano; pues a nadie se le ocurrirá pensar en que «El Quijote», «El Hamlet», «El Fausto», o «La Divina Comedia», sean obras regionalistas. A primera vista el argumento es de peso, por el carácter de universalidad que informa tales creaciones. Mas si se medita un poco, se nota que esa tal universalidad les viene de la gran verdad de que están nutridas, convirtiéndolas en pasto espiritual del universo, y esa verdad es hija del profundo conocimiento del medio en que actuaron sus autores. Ellos reunieron los materiales para crearlas, observando a los hombres con quienes se codeaban a diario e impregnándose de la vida que alentaba a su redor. El soplo genial que animaba sus cerebros los llevó a encarnar en una figura dada la inmensidad de una idea general y directora, pero tanto la figura dominante, como las ideas, los detalles, los accesorios, el color local, el sello de realidad, lo extrajeron de la región que bien conocían. De lo contrario hubieran podido hacer una obra filosófica abstracta, pero no una magna obra literaria. Y tan cierto es ello, tan vinculadas están esas obras a su medio a pesar de todo, que nadie concibe un «Hamlet» o un «Fausto», trajeado de hongo y americana, montando en tranvía y alumbrándose con luz eléctrica. La inexactitud del detalle echa a perder el conjunto.

Por supuesto que el regionalismo así entendido excluye de hecho el minúsculo regionalismo, producto de una periferia de visión demasiado reducida. Hay gentes que no ven las cosas sino cuando están demasiado cerca, y lo hacen de modo superficial, sin buscar una causa, sin tratar de violar lo invisible que duerme en todo. Naturalmente, el concepto de la vida que logren dar de sí, es casi una enumeración de simples sensaciones visuales. Lo compararía a lo que se ve en un espejo colocado en una habitación pobremente amueblada. Ese concepto engendra aquel regionalismo, sin ideal, sin vuelo, estrecho como la claraboya de una cárcel. Es el regionalismo del gamonal de alma antropoide que supone el mundo reducido al perímetro del mísero villorrio que explota y domina.

La literatura colombiana se salva por unos pocos autores que arraigando sus obras en el suelo nutricional, las han universalizado, dándoles novedad a las pocas pasiones que imperan en el mundo al encarnarlas en el alma criolla. Surge siempre a la memoria, en primer término, Isaacs, cuya novela, entre paréntesis, ha sido traducida a todos los idiomas modernos, a pesar de sus modismos. ¿Qué cosa más simple por no decir trivial, que el argumento de «La María?» Y sin embargo, cuánta belleza palpita en esas páginas, y de qué modo intenso agarra el sentimiento que ellas vierten! Y lo que las hace más dominadoras y cautivantes es ante todo el fiel reflejo y la exactitud de los detalles de la tierra caucana, aureolados por el polvillo del arte esparcido con discreta profusión. Samuel Velásquez ha se ha ganado la gloria con «Madre», con esa «Madre» que hoy desdeña precisamente por lo que la ha hecho digna y merecedora de todos los encomios: por regionalista. Y es que en esa maravilla pulida como una filigrana, está el olor grato, el rocío, la hojarasca y la verdura de nuestros bosques; y el agua cristalina corre cantando y reflejando el gran zafiro de los cielos; rebrillan ojos negros de montañesa, agobiados de honda pasión; y se escuchan arrullos de paloma; y llénase el ambiente con rugidos de amor y de rabia, y alienta el alma campesina hirviente y humana, como se encuentra en las crestas y repliegues de la montaña.... «Hija», en cambio, del mismo Velásquez, creada, saliéndose de los moldes del regionalismo, con una chisporreante y deslumbradora preciosidad de estilo, sin verdad y sin observación de la realidad, ha sido devorada por la realidad.

El nombre de un poeta insuperable acude a mi pluma.

Refiérome a ese mago de la rima que responde al nombre feo de José Eustasio Rivera, artista sutil y modernista, de hondo sentido, de visión perspicaz, que como un águila majestuosa se cierne sobre la tierra colombiana y la contempla con amor para robarle la belleza de sus selvas seculares, de sus ríos turbios e inmensos valles y montañas grandiosas, de su fauna feroz y pintoresca, y encerrarla en los pomos diamantinos de sus versos.... El hubiera podido cantar a las grisetas parisienses o describir lances caballerescos, pero aferrada el alma a esta pródiga naturaleza que nos rodea y que en ola cálida se nos entra al a sangre, ha querido ser el gran poeta de la patria y como este suelo nuestro no es un islote perdido, Rivera, por excelencia de su arte, se ha tornado en uno de los más ilustres porta-liras hispano-americanos, y mañana, cuando en Europa se le conozca, lo será de la lengua española. Lleva el mozo alientos para atrapar la gloria.

No quiero cerrar esta divagación sin mencionar otro poeta que se sustenta con el pan nuestro de cada día, desdeñando el recurso de las falsificaciones a la moda. Luis C. López, muy distinto en procedimientos y en espíritu de Rivera, ve las gentes que pasan por su calle, les sorprende la almita que llevan dentro, y hace en verso una amarga caricatura con apariencias de sonrisa, más, mucho más decidora y sugerente que un libro de cuatrocientas páginas. Véase, como muestra, este comprimido que es todo un manual de psicología:

«Se casaron ayer,
Y se marchan hoy
Sin saber
Lo que dice Tolstoy»

Y vuelvo a Carrasquilla, quien de manera estricta comprende lo que vale el ambiente en literatura, y siendo como es un experto observador, lo traspasa a sus libros con fidelidad pasmosa a través de su temperamento de artista, como pedía Zolá. En «El Zarco», el medio llega a poseer tal acopio de datos, intensidad tan sagaz en la observación y exactitud tan asombrosa en lo copiado, que se piensa a veces en las abrumadoras pormenorizaciones de una obra de ciencias naturales. Y en verdad, aparte de arte, hay ciencia en contemplar la vida con vasta comprensión y de modo tan sávido y jugoso. En ocasiones la misma abundancia de detalles y el respeto por la realidad, dan lentitud a la acción y oprimen un poco el cerebro con el contagio de la fatiga que debió sentir el

autor con el violento ejercicio de los ojos y del espíritu. Carrasquilla es implacable en la verdad y en el amor a lo que describe, hasta el punto de que a veces en busca de claridad, se vuelve hasta trivial e indiscreto. Tiene por ahí, en medio de sus diálogos, unos malhadados paréntesis absolutamente innecesarios, que marchitan el vigor de la idea y del personaje. Leyendo el párrafo y penetrándose del pensamiento y acción de quien habla y obra, el lector se da cuenta de todo y sin embargo Carrasquilla, en fuerza de ser verídico, explica lo que fácilmente se advierte, robándole a aquél el placer de lo sugerido. Pequeños lunares éstos, hijos de grandes cualidades.

Respecto a la psicología total que emana de las páginas de *El Zarco*, no puede decirse sino que es armoniosa y lógica. Ninguna de las almas que allí vibra deja de proceder como en la diaria existencia debe proceder. Y como esas almas no son solitarias ni únicas, sino que tienen íntimos contactos con el pueblo de donde han surgido, resulta que al abarcarlas en conjunto, datos muy preciosos se obtienen sobre la gran alma que se difunde por estas arrugas de los Andes de Antioquia.

Las pasiones que en la obra se ponen en juego, son tres o cuatro de las comunes pasiones humanas, pero con el mérito eficiente de ser analizadas en temperamentos inconfundibles, que tienen su lenguaje peculiar, productos de sociedades incipientes, cuyos orígenes son varios y curiosos, lo que da por resultado un aspecto de frescura, de novedad y de originalidad a todo el conjunto. En esencia, los personajes de «*El Zarco*» son iguales a tipos de cualquier parte; pero cuando de cerca se observan, son desemejantes en absoluto aun de los compatriotas de otras regiones del País y, dentro de las normas o sendas comunes de los hombres, obran con sello especial propio de una porción humana, muy reducida si se quiere, mas no por ello indigna de cuenta, que tiene perfecto derecho a que se le estudie y analice, y a que quien tal hace, se designe con el justo patronímico del pueblo de donde extrae sus creaciones artísticas. Carrasquilla es, según esto, un genuino creador de literatura antioqueña, pese a los que sonríen de que tal literatura exista.....

No concluiré sin mencionar a la ligera dos pasajes admirables de «*El Zarco*» donde el alma montañesa, en burdo

y pintoresco lenguaje, se muestra en todo su desborde pasional y la pujanza magna de su apasionamiento. En el relato que hace Mana Rumalda de la mina de «El Criadero», hay acentos tan dramáticos y dolorosos, existe tanta amargura, que las lágrimas afluyen a los ojos, al par que hondas sugerencias pueblan la mente, de luchas y angustias del pueblo antioqueño en la brega diaria por el pan. Esa sola página bastaría para acreditar de maestro a quien con sentido tan agudo y artístico ha sido capaz de desentrañarla de los oscuros dominios de la masa ignara.

Pero aún queda otra que tiene fuego y aliento de tragedia. Leyéndola se siente el trastorno fisiológico de lo sublime. Recuérdanse aquellos períodos formidables de Shakespeare o de Esquilo en que un soplo de horror y grandiosidad humanos conmueve las fibras más recónditas del alma. Es aquella final en que Mana Rumalda, pacífica y sufrida como una mansa bestia de trabajo, que sin protestas ha soportado por días y días toda clase de injusticias y mortificaciones, siempre abundando en espíritu de sacrificio y concordia ante los zarpazos de los suyos, siempre dulce como una propiciatoria víctima cristiana: de repente, en presencia del ultraje a «El Zarco» por uno de los Caliches, se yergue amenazadora como una erinnia, y en lenguaje atropellado y elocuente, preñado de rencor y pena, vuélvese contra sus perseguidores y les bota a la cara todo el sedimento que sus infamias le han dejado en el corazón. Hay que oír aquel turbión de quejas desordenadas y bullentes, que salen de su boca en cataratas de ignominia, llenando los vientos de alaridos, contra los verdugos de su hijo, del hijo concebido en plena alma..... Jamás frases tan dramáticas y emocionantes se habían escuchado de labios de Carrasquilla, quien siempre en sus relatos ha conservado cierta medida e indiferencia, propia de espíritus un tanto escépticos y analíticos. En esta vez, en aquellos rugidos poderosos de madre ofendida, se ha perfilado la faz de un dramaturgo que no ha hecho dramas.....

PROXIMA A PUBLICARSE
EL SEÑOR DOCTOR
(NOVELA)

Indice

	Págs.
Alfonso Castro.....Por Ramón Vinyes	III
Antes.....	3
Año Nuevo.....	7
Un síntoma.....	9
Por los niños.....	11
Lo falaz.....	15
Guerra al Libro.....	19
A un crítico	23
Divagación.....	27
Lo práctico.....	31
Guineo.....	35
Almas de encrucijada.....	39
La intolerancia.....	41
Pequeñas psicologías.....	45
Feminismo.....	53
Febrero 3 de 1916.....	57
Del rebaño.....	63
La madre agua.....	67
La fiesta nacional.....	75
Moral biológica.....	83
La paz.....	89
Veinte años	97
Vista fiscal.....	105
En el campo de Boyacá.....	113
Santa Marta.....	117
Crónica menuda.....	125
Con artistas.....	129
Sara Bernhardt.....	135

Papa Juan.....	139
Benavente.. ..	143
Crueldad del triunfo.....	147
Flor de ingenio.....	153
En la muerte de Pérez Triana.....	159
En la muerte de José Enrique Rodó.....	163
Julio Flórez.....	173
Fidel Cano.....	178
Al doctor Uribe Mejía.....	189
Gabriel Latorre.	193
Ciro Mendiá.....	199
Por Herrera.....	203
Perfil	207
Sugestiones de Noel.	211
El ideal	215
La Bandera.....	227
Por Isaacs.....	231
Civismo.....	239
La Cruz Roja	243
Uno de los catorce mil.	253
El Zarco.....	261



FAES

**SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL**
Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría

BIBLIOTECA
Universidad EAFIT



100048823

